
UNIVERSITY OF TORONTO
3 1761 01309139 2



EL LIBRO DE LOS PLAGIOS

EL LIBRO DE LOS PLAGIOS

LUIS ASTRANA MARÍN

LAS PROFANACIONES LITERARIAS

EL LIBRO DE LOS PLAGIOS

RODRÍGUEZ MARIN, CEJADOR, CASARES, VILLAESPESA, MARTÍNEZ SIERRA Y OTROS



EDITADA POR LA REVISTA HISPANO-AMERICANA
«CERVANTES»



Imp. de G. Hernández y Galo Sáez.—Mesón de Paños, 8.—MADRID

DEDICATORIA

A D. Ricardo Gasset

Director de "El Imparcial,,

En testimonio de firme amistad y reconocimiento.

EL AUTOR



Al "Libro de los Plagios"

URGANDA LA DESCONOCIDA (1)

«Si de llegarte a los bué—,
libro, fueres con letú—»,
que se despida el de Osú—
de dar más veces el pe—.
Sigue el pleito contra Ce—
hasta meterle en chiró—,
que aquel que comete un ro—
debe sufrir el castí—,
aunque es tan cuco el ladí—
que intentará salir ho—.

—

«Y pues la experiencia ensé—
que el que a buen árbol se arrí—
buena sombra le cobí—»,
en Madrid tu buena estré—
un sitio de honor te ofré—
en un diario de gran fa—,
donde puedes hablar cla—,

---

(1) Parodia de los famosos versos del *Quijote*.
Las composiciones que siguen se deben a celebrados ingenios de esta Corte.

desenmascarando a idió—:
¡tunde sin contemplació—
a estos pícaros osá!—.

—

De la obra de dos ge—,
profanada y combatí—;
de comentarios ridí—
tratarás con mano fé—.
Plagios, copias, desafué—,
descubriéronse de mo—,
que la indignación de to—
fué tan grande como pu—,
condenando la frescú—
del sevillano y del o—.

—

No busques alabardé—
que te defiendan de atá—,
ni des a firmar campá—,
que todos nos conocé—.
Si a discutir no te atré—,
¿a qué apelar a lo ilí?—;
nada valen los ardí—
en estos tiempos que co—.
Licencia a tus defensó—;
¡ya ves de lo que han serví—!

—

Y tú no hagas más el bu—
metiéndote con Quevé—,
y deja a Fernández-Gué—,
o llamo a Fernández-Lu—. (1)

(1) El jefe de la Primera brigada de Investigación Criminal. Hago esta aclaración no sea que futuros comentaristas crean que se trata de algún obispo anglicano, que conjeturas más disparatadas se han sostenido sobre cosas cervantinas.

Vive sólo de lo tu—,
pues está penado el ro—,
ni me llames «Soficó»—,
que te diré «Soficá»—;
así, mejor es que ca—
y des un punto en tu bo—.

—

No te ocupes en la vi—
de los asuntos ajé—,
que suele tener sus quié—
el ser harto entrometí—.
Advierte que es un pelí—
ponerse entre las espá—
en dos fuertes adversá—,
cuando combaten con fu—.
¡La lección ha sido du—
para no estar avisá!...—

—

Tras el grave traspiés da—,
deben los dos, de consu—,
no meterse en aventú—
ni en camisas de once va—.
Dejen de vivir del pla—
y quietos a los autó—.
Y viva nuestro «Quijó»—
y las obras de Queve—
libres de Zoilos y né—
y comentarios idió—.

A Don Quixote, blasón de hidalgos.

SONETO CON TRAZA DE ODA

Ya han armado a Vivaldo caballero,
y del genio, la estirpe castellana,
como doncella púber se amilana
y huye aterrada del baldón logrero.

Tú, entre los Pares, puedes ser primero;
mas, si alguien te tuviese por segundo...,
ni supo de abolengos en el mundo,
ni tuvo a lo genial por hacedero.

Que grite el Zoilo, viendo cómo se hunde
sumergida su fama en la cisterna.
Tu gloria es clara, y como clara, eterna.

El que se precia «sano de Castilla»,
al bueno con el pícaro confunde;
pero Calabria nunca fué Sevilla.

Hamete-Aben-Xarah,
el Beturant.

Al «Bachiyer» de Osuna.

DE FRAY CANDELAS

TRAZA DE SONETO

Los fulgores radiosos de tu numen,
calcinan tronchos por doquiera pasas;
y el reflejo macano de esas brasas,
en cezina convierte mi cacumen.

¡Con qué poder, Dios santo, su chirumen
avasalló! Y con porte seviyano
y olímpico desprecio y blanda mano,
magnánimo ordenó: »¡Pues que lo emplumen!»

Mas a fuer de adalid americano,
que todo es resistible. Aplique el cuento
que de niño aprendí; de ello me ufano:

«Si pretendes crecer sobre otros ciento,
porque aún en el otero eres enano,
pájaras de papel no des al viento.»

Al «Soficaco».

GRAN MAESTRE DE LA ORDEN DE MERCURIO UN ACADÉMICO EN CIERNA

TRAZA DE SONETO

Tu valor has probado en fieras luchas,
aportando caudal de frases gruesas.
¿Cómo se entiende que *vocablas* de esas
el *higo* de Minerva aplique en duchas?

Has caído a nivel de las babuchas,
por bausán; e incapaz de raciocinio,
disfrazado de lacio ¡voto a Plinio!,
arrojaste del buche *gachas puchas*.

¡Vete al campo—con ene—, que eres nimio,
y deja en sus sepulcros a los sabios!
En la ley se castiga el latrocinio.

¿Quién quieres que desplegue ya sus labios,
para alabarte, desgraciado simio?
Al Parnaso le asquean tus resabios.

Al «insigne» archivero de coplas andaluzas.

SUS COMPARES...

Dimpué e sien año muerto
y de gusanos comío...
pa engrandeser er *Quijote*
toas mis coplas le has ponío.

Er Niño e Cabra.

—

Ere un guasón, compare,
y naíta t'agraesco;
tu coplero, qu'es un pisto,
a mí m'ha dejao ar fresco.

Juan Breva.

—

Tan arta la vi subí
al águila palomera...
qu'er sol dirritió sus alas,
porque las tenía e sera.

Er Canario.

—

Er canario mal jerío
ar campo s'arretiró.
Y tú debe arretirate,
que te lo aconsejo yo.

La Rubia e Cái.

—

Ere lo mesmo qu'er cuco,
pájaro que nunca anía;
con los güego e los otros,
a tus hijuelos das vía.

Er Mochuelo.

Espantable coloquio, ultratelúrico y circunstancial, entre Quevedo y Fernández-Guerra.

Q..... ¡Habrás visto, Aureliano, cual nos tratan!
F. G... ¡Lo he visto, *y lo he sentido*, D. Francisco!
Mas no nos apuremos, que las cosas
tienen un final justo e imprevisto.
Q..... Cuéntame los detalles. ¿Qué ha sido eso?
F. G... Verá vuesa merced. Ese erudito
de doublé—como hoy dicen—, Cejador,
adversario de todo nuevo estilo,
viendo en un grave aprieto al de Sevilla,
quebró una lanza en pro del marinismo
y la emprendió contra el depurador
del *Quijote*. ¡Se armó menudo cisco!
Tratóle como a dueña complaciente
y a nosotros con harto desparpajo;
pero entonces el otro, hincando el diente,
lo trinchó, sin costarle gran trabajo.
Que el cínico pintor de cosas rancias,
sin aprensión (ni un átomo) en su oficio,
justo es que aprenda a respetar distancias
y no busque el laurel por el resquicio.
Q..... De manera, Aureliano, que las plumas
con que tú—únicamente—me adornaste,
¿las arrancó el exclérigo? ¡Por vida...!
F. G... ¡No dejó ni una! Así las gasta el fraile,
en manos de corchetes a estas horas.

Q..... ¡Voto va! Que me gusta ese contraste,
y pido al escribano que lo emplume,
sin compasión. ¡De Caco por los manes!
¿Quién le manda roerme los zancajos?
¿Hase visto así un pícaro (el Buscón)?
Pues, por Dios, que le diera yo dos tajos,
aun volviendo a San Marcos de León.
F. G... No se incomode más el gran Quevedo.
Q..... ¿Es Aliaga, Pacheco o Montalbán?
F. G... Sea quien quiera, impórtanos un bledo.
Q..... ¡¡Que lo empapelen...!!
F. G... ¡Lo empapelarán!

(De un asistente al antiguo Parnasillo Suizo.)

A ese...

IMPROVISACIÓN

No hables más de poesía,
crítico pedestre y zote;
mal hombre, mal sacerdote,
mala mula del tranvía,
que vas por el mundo al trote...

FELIPE SASSONE.

Uno como hay muchos.

EPIGRAMA MELÍFLUO

Avieso, el mirar sesgado,
mono con gesto de Judas,
en dos mujeres te escudas,
y por ellas has medrado.
Mas todos glosan al ver
tus éxitos delirantes:

«¡Qué galán entró Verger,
con cintillo de diamantes;
diamantes que fueron antes...
tallados por su mujer!»

Leopoldo López de Saá.

A Villaespesa.

SONETO

Estaba sudoroso Villaespesa,
fabricando unos versos en su casa;
pero la inspiración andaba escasa
y no lograba realizar su empresa.

Ve un libro portugués sobre la mesa;
le echa mano en seguida, le repasa,
y un gran soneto de Camões le abrasa
de ambición, y le roba por sorpresa.

Le cambia el animal; el color claro
de unos ojos; le pone un ritmo raro
y como suyo el gran soneto anuncia.

Se rasca la pelambre, complacido;
pero Astrana Marín, que está escondido,
le sorprende la estafa y le denuncia.

Juan José Llovet.

A QUIEN LEYERE

En esta época de falsos prestigios literarios. me ha parecido oportuno—lector desconocido—fabricarte la presente perinola, alrededor de la cual bailarán la zarabanda nuestros más ilustres merodeadores del cercado intelectual.

Perdona el buen humor de mis años mozos, y no atribuyas a irreverencia lo que en sí no es más que un acto de estricta justicia. Sólo a esta edad se pueden acometer tamañas empresas, cuando nada se teme y con nadie se halla uno ligado. Sumo bien que tampoco se espere cosa alguna. Así. a extramuros de toda alabanza o vituperio; no dándosenos un ardite que esta obra agrade o desagrade—no ha de ser del gusto de los blandos de carona —. únicamente nos interesa decir lo que sentimos, y decirlo como lo sentimos; y en este orden no admitiremos freno. bien seguros de que hablamos el lenguaje de la verdad.

Procedemos contra la obra literaria. no contra las personas, merecedoras—casi siempre—de todo nuestro respeto...

Tan acto de justicia y patriotismo es ensalzar al que vale, como desenmascarar a quien tortuosamente se encumbró. Quizá esto último sea preferible; que malamente puede crecer en un país la semilla del entusiasmo, cuando se ve a tanto figurón pasar plaza de insigne, sin otros méritos que su atrevimiento desaforado.

Siempre aconteció esto en España, la mayoría de cuyos escritores necesitó morirse para ser tenida en algo; que los honores en vida sólo se prodigaron a los envidiosos e intrigantes. Y los que dieron honra y prez a la patria, aun después de muertos

hubieron de sufrir los ataques injustos de sus imitadores y plagiarios.

Sin contemplaciones es preciso proceder contra estos malandrines.

De Cervantes, como de Quevedo, de Shakespeare y de Camões. sólo se puede escribir en son de elogio, y de ninguna manera para denigrarles; pues si ellos, cuya fama y prestigio ha resistido al juicio de tres centurias, y cada día aumenta y crece, no son dignos de acatamiento, de admiración y de estima, ¿hacia quiénes tenderemos nuestras miradas?

Así, esta obra, lector discretísimo, de por fuerza ha de ser de reverencia para con los unos y de irreverencia para con los otros. No pequeño esfuerzo he tenido que realizar, en mi ánimo de querer darla atisbos de seriedad profunda; no tanto porque apenas entienda yo qué cosa sea seriedad profunda—a nuestro modo de decir—y ponerse un hombre serio, cuanto porque la labor de aquéllos a quienes ataco es tan deleznable, que se cae por sí sola, y no habría perseverado si en España se leyeran libros, a lo menos en la medida que fuera menester. Más encajase aquí una sátira cruel, al estilo de aquélla que compuso el autor de Los Sueños *contra Montalbán; lo primero porque, burla burlando, se pueden decir las verdades; y lo segundo, porque la amenidad no excluye la doctrina. Pero, ¿quién posee la pluma de oro de tan alto ingenio?*

De todos modos, he procurado hacer una obra que agrade, en consonancia con mis pobres fuerzas, si bien declaro que como mi intención no es sino regocijar a mi espíritu, con poco que guste me contentaré; y aun si no agrada nada, también me daré por satisfecho; porque, como a mí me place, ¿qué importa que no plazca a los demás? Yo soy sincero, y no quiero alabarme de que no tengo en estima mis obras, pues se me pudiera argüir que por qué las escribo.

Y nada más. Un prólogo es siempre algo abrumador; y cuanto en él se promete, rara vez se cumple, mayormente en asuntos de crítica. Contra el parecer general, yo soy crítico de lance, o, si queréis, contra-crítico. El crítico es, de continuo, bien poca cosa. Vale más ser mediano escritor que eminente crítico: porque, mejor que comentar y criticar, es ser comentado y criticado. Claro.

me diréis, que algunas veces la crítica es la más alta elevación del pensamiento.

Dios te guarde, sin embargo, amable lector, de muchos comentarios y críticas.

Y si fueras autor famoso, te recomiendo, sobre todo, que conjures tus obras, no caigan en manos de Cejador, Villaespesa. Martínez Sierra, Casares o Rodríguez Marín.

¡Alerta, que corren aires de bolcheviquismo!—Vale.

EL LIBRO DE LOS PLAGIOS

ANTECEDENTES

Procederemos por partes, pues son muchos los autores.

Mi conocimiento de la labor profanadora de Rodríguez Marín—primero en la serie de estos con quienes trato—data de muy larga fecha—extensión que, naturalmente, no excede los límites dorados de mi juventud—; he seguido paso a paso la obra literaria del académico de la Española, y perfectamente enterado de sus reprobables procedimientos críticos en cuantos opúsculos publicó antes de anotar el *Quijote*, bien se me alcanzaba que al acometer la empresa de comentar el libro inmortal, el atrevimiento había de ser su primordial norma y la falta de todo escrúpulo su norte y único guía.

Sabía yo, por indagación propia, que el Zoilo sevillano pertenecía a la pléyade de escritores que se han creado un falso prestigio mediante los asiduos cuidados y la solicitud de amigos y paisanos, que apenas sacaba a luz una obra suya—vamos al decir—, colmábanla de elogios, sin ni siquiera saludar sus páginas. Ello obedecía, principalmente, a que su propio autor se anticipaba a la crítica, enviando a los periódicos artículos laudatorios, rociados de los más encomiásticos adjetivos. En esto de la *réclame* Rodríguez Marín ha sido siempre un águila. Finchado de soberbia, de apuesto continente y mirada despectiva—que torpemente encubre la envidia e interior tristeza—; bien emboscado en sus barbazas, atisban-

do a través de sus lentes con impertinencia, su figura de dómine es de lo más decorativo que puede darse, muy a propósito para presidir procesiones, tribunales, comisiones y todo aquello en donde impera la graduación de la barba, que no de la ciencia ¡Cuán verdad que lo artificioso y extrínseco constituyen el acicate más bien ponderado de nuestros ojos y demás sentidos! Había llegado a infundir respeto; no se le discutía, acatábasele. Y prevalido de esta general aquiescencia o tolerancia—que no diremos ineptitud—, sus obras eran dones del cielo, y él remitía gacetillas a los periódicos—nosotros las hemos visto en *España Nueva*—llamándose insigne, maestro, inmortal e insuperable.

En los años crespos de su vida había sido un republicano furibundo, radical de torno y lomo, frecuentemente perseguido por las iras del fiscal. Escribía en periódicos ácratas, y esto comenzó a crearle las simpatías de la prensa de la extrema izquierda. Luego, un buen día, desdíjose feamente de todo, entró en la comunión de los fieles de nuestra santa, católica y apostólica Iglesia romana y se agarró a la capa de la austeridad y el conservadurismo, como quien había menester de ella para medrar más tácitamente. Esto es lo que en romance se llama acogerse a sagrado. Quedó de amanuense, o cosa tal, del bueno de D. Marcelino Menéndez y Pelayo, con el que trabó amistad y le buscó algunas escrituras: y ya en este tren, procuró obtener una reputación literaria, apuntando siempre a los clásicos, de anotador copista de lo que dijeron los demás, plagiario de diestro y siniestro y figurón en todo simulacro cultural: comentarista de lo que ya estaba bien comentado, recopilador de cantares de hojas de almanaque; sastre en zurcidos literarios, revolvedor de trajes y disfrazador de estilo, que vuelve del revés lo que estaba del derecho, que no autor de bellos dramas, buenas comedias, o bien pensadas novelas.

Un atrevimiento inaudito, una soberbia sin límites, que envolvía la más crasa ignorancia: he aquí los atributos del señor Rodríguez Marín cuando, decidiéndose a vivir de Cervantes, púsose a comentar el *Quijote* y salió a luz la edición de *La Lectura*.

Corría la primavera de 1912 cuando, ante el silencio, el miedo, la estulticia o la caridad de la mayoría de los escritores que habían prodigado elogios sin cuento a la edición citada, me decidía

yo a salir a la palestra, alentado por varios amigos que siempre tuvieron a Rodríguez Marín por lo que en realidad es.

Un acontecimiento imprevisto vino, sin embargo, a torcer mis planes, aplazando para mejor ocasión la campaña que me había propuesto de desenmascarar a este falso prestigio, que ya subía la escalinata de la Biblioteca Nacional, no obstante no pertenecer al cuerpo de archiveros y bibliotecarios.

Estallada la revolución de Julio en Portugal, segunda e infructuosa intentona monárquica, allá me llevaron quehaceres de índole periodística, que se prolongaron hasta el año siguiente. Trasladado a Francia, en San Juan de Luz conocí el *Examen de ingenios*, opúsculo de pocas páginas, original de don Juan Givanel y Más, enviado, junto con las últimas publicaciones españolas, a un significado realista portugués, partidario de D. Miguel de Braganza.

Las limitadas, aunque muy acertadas observaciones de este opúsculo, me hicieron comprender cuán inaplazable era aquella campaña depuradora contra la labor de profanación del Zoilo cervantino. Givanel y Más atacaba bien y elocuentemente; pero con extremada delicadeza, con harta blandura, con muy acentuada indulgencia, que contrastaban con la soberbia de Rodríguez Marín, hostigados por el cual sus amigos y admiradores proclamaban a voz en grito que el *Quijote* comentado que acababa de aparecer era una labor gloriosa, digna de dar a su autor las palmas, no ya académicas, sino inmortales de entera inmortalidad.

Todo elogio hinchado es de continuo sospechoso; pero ¿quién salía a la palestra a contradecir a tanto ilustre cervantista, sin correr un grave riesgo, un seguro ridículo? ¿Quién era el osado que intentara demandar, si no serenidad, a lo menos prudencia, para examinar detenidamente el nuevo comentario quijotesco? Nadie en aquella atmósfera atufarada de incienso lo hubiera pretendido.

De regreso de Francia, busqué en vano la continuación del *Examen de ingenios*, prometido por Givanel y Más a los lectores. No había aparecido, como no apareció ni aparecerá quizá nunca. ¿Qué había sucedido? La publicación de él debió de constituir un serio disgusto para el Zoilo sevillano, que se acrecentaría, caso de editarse más volúmenes. Habría, tal vez, alguna amistosa conferencia, un ruego de que se suspendiese tan benemérita labor, que sólo

pudo ocuparse de 39 notas de Rodríguez Marín. Yo no lo sé. Lo cierto es que, como digo, no se volvió a publicar la ofrecida continuación y procuróse hacer el silencio a la citada obra. Tanto. que apenas fué conocida de unos pocos. Esto avivó en mí el deseo de emprender la tan acariciada idea de desenmascarar al antiguo *Bachiller Francisco de Osuna.*

Pero merece transcribirse un trozo del preámbulo de la aludida obra de Givanel.

«Una mañana, asaz calurosa—dice—, disponíame a tomar el tren con objeto de trasladarme a un pintoresco y fresco lugar de la *Costa brava*, cuando la suerte hizo que topara en el andén con un amigo mío, laborioso, discreto y de fino gusto. por lo que a crítica literaria se refiere. Sentados ya en nuestro modesto departamento, comenzó muy pronto la charla referente a las pocas novedades literarias que así en Madrid como en provincias habían aparecido, y dió la casualidad que nuestra conversación recayese acerca del *Don Quijote*, que el docto cervantista, eminente literato y eximio crítico Sr. D. Francisco Rodríguez Marín, de la Real Academia Española (1), había publicado poco ha. ¿Quieres saber. discreto lector, el diálogo que sostuve con mi amigo? Pues aquí voy a transcribirlo, aproximadamente, con las mismas palabras.

AMIGO. —¿Conoces el libro?

YO. —Sí; es decir, sólo he hojeado el capítulo VI.

AMIGO. —Y ¿qué te parece? ¿Qué me dices? ¿Te agrada?

YO. —En el citado capítulo no he encontrado nada de particular. Para darte mi parecer, es preciso que haya leído todo el volumen (2) desde el comienzo al fin.

AMIGO. —Conozco que el nuevo comentador no es santo de tu devoción, no es de tu capillita, no te gusta.

YO. —El Sr. Rodríguez Marín es persona de saber, ha leído mucho, ha estudiado mucho; pero los que han leído y estudiado mucho. alguna vez también se equivocan. Cuando me haya enterado de todo cuanto en el tomo se dice, daré mi opinión, justa o equivocada; pero personal, propia; ahora, sólo manifestaré lo siguiente:

(1) La ironía es, verdaderamente, «florentina».

(2) A la sazón sólo se había publicado el primer tomo de la edición de *La Lectura* (1911).

Por lo poco que he visto, puedo afirmar que existen ALGUNAS NOTAS HECHAS A CONCIENCIA, OTRAS MUY DISCUTIBLES Y QUE SE QUIEBRAN DE SUTILES, LAS HAY QUE MERECEN ACERBA CENSURA, Y HASTA DIRÉ QUE PARECEN INDIGNAS DE HABERLAS HECHO QUIEN, DESPUÉS DEL NOMBRE, ESCRIBE: «DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA.»

AMIGO. —Pues *Azorín*, en *La Vanguardia*, dice que el *Quijote* de Rodríguez Marín es el perfecto, el más acabado.

YO. —No puede haber perfección, si es obra humana; a Dios, con todo y ser Dios, le salió un Angel malo... Y por lo referente al artículo de *Azorín*, he de decirte que lo conozco y me hizo el efecto de las gacetillas ***suplicadas*** (1).

AMIGO. —¿Te atreverás con el nuevo comentador?

YO. —No; no pienso dar una plumada ni en son de elogio ni de censura. En ciertos puntos no opino como el escritor hispalense; encuentro que hay afirmaciones hechas a la ligera, citas bibliográficas que no están bien señaladas, desconocimiento profundo de la crítica psicológica y una manera HARTO IRREVERENTE al tratar de la obra de otros comentadores... (2) Créeme; la crítica respetuosa no existe en España, y hasta diré, con Blasco, que el respeto no es cosa española.

AMIGO. —Déjate de prejuicios; estudia el nuevo comentario y lánzate a la palestra, rompiendo lanzas en pro o en contra de ésto o aquéllo.

YO. —¿Para qué? ¿Para crearme enemistades? (3).

AMIGO. —Si lo que dices es verdad, no hay motivo para ello.

YO. —Aunque me sobrara la razón, aunque demostrara punto por punto que *el nuevo* y ***brioso comentador*** estuvo algo equivocado en éste o aquél pasaje, jamás el señor Rodríguez Marín me perdonaría el haberle moles-

(1) El parecer de *Azorín* varió tan radicalmente cuando leyó la obra completa, que dicen que no quiere oír hablar de este *Quijote*.

(2) ¡Qué hubiera dicho Givanel, de tener presente al escribir esto, no el primero y segundo tomo, sino los ocho volúmenes del comentarista sevillano! ¡Qué no habría escrito al conocer la edición crítica!

(3) Adviértase el recelo, mezclado de cierto temor, que sentían cuantos intentaban ocuparse de la obra de Rodríguez Marín.

tado (1), el haber puesto en entredicho su talento.

AMIGO. —Preparas la huída... No quieres hablar bien del libro para no molestar a Cortejón, y no está en tu ánimo el indisponerte con Rodríguez Marín, porque ha elogiado tu edición del *Tirant* y te ha llamado *docto cervantista.*

YO. —Extraño mucho que, conociéndome como me conoces, hables de este modo. Cierto que me ha satisfecho el elogio del Sr. Rodríguez Marín; pero en época no muy lejana, en 1906, vi un ejemplar de la *edición crítica del Rinconete y Cortadillo*, con una dedicatoria de puño y letra del autor que decía: «Al eminente cervantista D. Clemente Cortejón, su devotísimo amigo, Francisco Rodríguez Marín»; y ahora, ya ves, no hay página del *Quijote* que no demuestre que aquello de «eminente» era escrito porque sí (2); y pensando de esta manera, no veo lejano el día en que el «docto cervantista» reciba también su palito.

AMIGO. —¿Y podrás pasar sin hacer una crítica de la nueva edición?

YO. —Sí.

AMIGO. —¿Es que han comprado tu silencio a cambio del elogio?

YO. —Ya sabes que no me vendo, digo lo que siento, aunque moleste. Pero... vamos a terminar: ¿quieres saber la impresión que me produzca la lectura del tomo?

AMIGO. —Sí, eso deseo.

YO. —Pues bien: leeré el libro, haré algunas notas comentándolo; pero esas cuartillas que yo escriba, serán para ti. ¿Me entiendes? Para ti, no quiero darlas a la publicidad.

AMIGO. —Está bien.

Llegó mi interlocutor al fin de su viaje y nos despedimos: él alegre y satisfecho, yo algo mohino y pesaroso.

Días después le vi en el Ateneo, y como no es olvidadizo y tiene

---

(1) Corroboración del temor a enemistarse con el señor feudal del cervantismo, y prueba de la soberbia y espíritu literario vengativo del Zoilo.

(2) Tal las gasta el desaprensivo académico.

muy buena memoria, que, dicho sea de paso, para mí la quisiera, preguntóme por el escrito; díjele que se lo mandaría, y advirtiendo que no era justo pasar día tras día sin cumplir la palabra empeñada, cogí la pluma y borroneé unas cuartillas, enviándolas a mi amigo. Nunca lo hiciera, porque ya verás lo que sucedió.

¿Recuerdas, ***discreto lector***, el cuento de las orejas del rey Midas? ¿Recuerdas el disgusto que pasó el Barbero al ver que las cañas, azotadas por el viento, pregonaban que el rey tenía orejas de pollino? Pues aquellas ***Apostillas y glosas al Don Quijote, editado por Rodríguez Marín***, que en mal hora escribí para saciar el deseo de mi amigo, fueron leídas en *petit comité* y aumentadas a medida que pasaban de boca en boca, añadiendo cosas que nunca imaginé, y cabe decir que algunos comentarios llegaron a mis oidos tan diferentes de como yo los había escrito, que, ciertamente, no los conocía su verdadero padre. Y esta es la causa primordial de dar el presente escrito a la imprenta; de convertir una cosa ***privada*** en ***pública***; de hacer que lo que era para uno, sea para muchos.

«Y como no creo prudente dejar las cosas a medio hacer, borroneé unas cuantas cuartillas, comentando algo de lo mucho que tiene el volumen segundo, y ahí van, esperando tratar con más espacio y más detenidamente la labor cervantista de D. Francisco Rodríguez Marín.»

Y al final se despide del lector: «No te diré adiós; sino hasta luego.»

Han pasado ocho años y el «hasta luego» se ha convertido en aquello que exclama Hamlet al morir: *The rest is silence.*

* * *

Aproximábanse los días del Centenario de Cervantes, y ya Rodríguez Marín, libre de la pesadilla del *Examen de ingenios*, preparaba su edición monumental del *Quijote*, y era factotum de las fiestas y demás zarandajas que la terrible guerra europea impidió se celebrasen, ni sé si mala o si providencialmente, porque el programa de ellas era tan ridículo—como propio de quienes lo habían confeccionado—, que fué mejor que no se llevaran a efecto.

¡Cuánto no se habló, cuánto no se discutió, cuánto no incensóse a Rodríguez Marín! ¿A qué recordarlo? Su voz era la que prevale-

cía en la Real Academia Española. Por su influencia se daban los premios a quien él proponía. A su influjo no había dique ni posible valladar.

Eché—¿qué había de hacer?—nuevo freno a mis impulsos, hasta que la atmósfera, harto densa y caliginosa, se aclarase un tanto, y prometíme otra vez paciencia. No era posible hablar entonces. Debíamos dejar que el Zoilo tocase con las manos las nubes, para que, al caer, el zurrido fuera espantoso.

En efecto, tanto subió, que ya por poco se hace imposible la bajada y va a parar a otro planeta, a Mercurio, por ejemplo, antes que descender a la Tierra. Tan grande era su gloria.

Pasado el Centenario, aquietada la fiebre cervantesca, surgen algunos impugnadores de este *Quijote*. Rodríguez Marín consigue hacerles el vacío y la cosa no pasa a mayores. Trátase de juicios insignificantes, por publicarse en insignificantes periódicos de muy insignificante autoridad.

Sin embargo, muchos que han leído la obra se han dado cuenta de los desafueros cometidos, así contra ella como contra la persona de su autor, e inician ya una actitud francamente hostil. Entonces nos enteramos de un procedimiento del Zoilo, que consiste en hacer que en las discusiones le preparen el camino cuatro o cinco heraldos, para él hablar el último, constituído en especie de santón, con autoridad definitiva e irrecusable, nuevo Papa con infalibilidad cervantina, que define notas y comentarios como dogmas de fe y costumbres. Y el cervantismo, de escuela literaria, se transforma en secta religiosa, con sus ritos, sacerdotes y Sumo Pontífice.

Si algún desdichado intenta siquiera menoscabar en lo más mínimo la obra rodríguezmarinesca o marinista, al momento se le echa encima la terrible logia y sale aplastado, si no por mucha razón, por muchas razones, porque son innumerables los que proceden contra él.

Rodríguez Marín es más que Cervantes. Se permite a cualquiera discutir el *Quijote*, pero no las anotaciones al *Quijote*. Y no falta cínico que asegure que éstas valen más que la novela sublime.

Rodríguez Marín da conferencias. Nos presenta un día un modelo vivo del *Quijote*. Otro, reconoce que se ha equivocado, y

muestra uno, que él cree definitivo. Habla de Blanco de Paz y profiere mil incongruencias. Diciendo y contradiciéndose procura sostener el fuego sagrado.

—Es ya demasiado el dinero que este hombre saca a Cervantes —piensan algunos—. Y la indignación, que debía venir por las profanaciones, irreverencias y plagios cometidos, llega por el más descaminado camino del mundo: por pretender únicamente vivir a costa del pobre Cervantes.

¡Son verdaderamente inescrutables los designios humanos! Con el anzuelo de la mentira—como dice Polonio—solemos hallar la trucha de la verdad.

Al fin y al cabo es lícito vivir de comentar a un autor, si se consigue hacer resaltar la gloria de éste y si se le prestan nuevos núcleos de lectores o se le descubren ignoradas bellezas.

Los literatos —una parte de ellos, claro es—lo entendieron de otro modo, y comenzó una animadversión contra él, aunque sin discutirle a fondo. Pero esta animadversión hizo que los más reacios examinaran la obra; vióse claro el crimen literario y con innegables argumentos y fundamentos procedieron contra él. ¡Ya se le discutía!

El veneno había resultado medicina. Por la boca de la serpiente de piedra corría cristalino y puro un fresco chorro de agua.

Pero quedaba el rescoldo de la antigua grandeza, todavía sostenido, en algunos por ignorancia, en otros por agradecimiento, en los más por miedo y cuquería. Era a fines de 1916 cuando yo me propuse comenzar decididamente la campaña. Lo primero precisábase, para el buen éxito de ella, realizarla en un importante periódico. Exploré los principales. En ninguno era posible atacar a Rodríguez Marín. Su red de amistades era tan apretada, tan bien tejida, que nadie creía que pudiera ser expugnable. El Zoilo no había perdido el tiempo. Intentar decir que Rodríguez Marín era un desdichado plagiario, constituía un crimen de lesa literatura.

¡Cuántas veces sonreí al escuchar semejantes despropósitos! Yo me precio de tener alguna experiencia de la vida, y no me indignaba. Llegaría la ocasión favorable, como llegó en efecto. Las supercherías no son eternas. Un día el descuidero coge, sin ser visto, una naranja; otro, corta el bolsillo de una señora; a la primera ocasión, decídese al reloj de un caballero; después, envalen-

tonado, atrévese a asaltar una joyería, hasta que, cuando menos lo piensa, ve aparecer los tricornios de la Guardia civil.

Esta serenidad, esta flema británica, esta paciencia mía tuvieron siempre su premio y triunfo. «Dame un hombre que no sea esclavo de sus pasiones —dice Hamlet a Horacio—, y yo le colocaré en el centro de mi corazón.»

Quien sabe esperar lleva de antemano ganadas las principales dificultades de esta vida, en que ser oportuno lo es ser todo.

Una tarde —en la primavera de 1916— hablando de estas cosas con la insigne condesa de Pardo Bazán, me decía, una vez que yo le expliqué el plan de mi campaña y aún leídole algunas cuartillas:

—Esto es demasiado grave y demasiado interesante para que no tenga usted dificultad en publicarlo. Además, a la fuerza del fondo, se une la energía y vigorosidad de la forma. Si lo insertan en buen lugar, será un escándalo sin precedentes.

La gran novelista tenía razón.

Hacia el Otoño del mismo año un ilustre cronista, Enrique Gómez Carrillo, regresaba de París para encargarse de la dirección de *El Liberal*, tras la muerte de aquel gran hidalgo a quien tantos escritores jóvenes estamos agradecidos, porque maestro fué de todos —Alfredo Vicenti—. Entonces vi yo posible mis propósitos. Le envié un artículo programa, y él lo prometió publicar al día siguiente, encantado de la idea.

En efecto, lo entregó a las linotipias, y ya estaba a punto de salir a luz, cuando un amigo oficioso de Rodríguez Marín, mal crítico y peor coplero, le rogó casi con las lágrimas en los ojos que por lo que a él podía sobrevenirle, que por Dios, no lo publicara. El buenazo de Gómez Carrillo accedió a la súplica y me devolvió las cuartillas, no sin escribir al margen, de su puño y letra, entre otras cosas: «Esto es de un interés enorme; pero ya le explico el por qué no podemos matar así a un «inmortal».

Tampoco me desesperé en esta ocasión. Mi resolución se cimentaba más, a medida que crecían las dificultades.

Fundóse por entonces *La Nación*, periódico que sufragaba la Embajada de Alemania, porque en la gran guerra le convenía la neutralidad de los españoles, neutralidad que fué cobarde, de una cobardía sin límites.

Este era el programa que iba a desarrollar el nuevo diario, programa de tartufismos e intrigas, que tuvieron remate con la expulsión del Príncipe de Ratibor, de Madrid, programa de abdicaciones y vergüenzas. Comenzó armando mucho ruido, y a su sombra quise yo iniciar la tantas veces suspendida campaña. Empeño nuevamente inútil. Rodríguez Marín era un significado germanófilo.

En aquel periódico no se le podía atacar. El Zoilo sevillano oyó, no obstante, decir que en *La Nación* iban a impugnar su *Quijote*. No supo quién; pero sospechando que sería Julio Casares, porque a la sazón hacía las revistas de teatros, cargo del que tuvo que dimitir por no correr su pluma lo suficiente, ni tener la agilidad y presteza para que no se perdieran cada día los correos, a Casares, digo, se dirigió, según éste mismo me comunicó a mí, rogándole que no le atacara y enviándole a la par el regalo de la edición completa de sus obras.

Casares, en las confidencias que tenía conmigo, hablaba pestes del cervantismo de Rodríguez Marín. Luego hizo un elogio de su edición del *Quijote*. Yo no entendí el cambio. ¡Misterios! Allá él. ¡La pícara Academia!... (Ahora, ya académico, supongo que sustentará su primordial criterio. De todos modos, su autoridad vale bien poco en pro o en contra.)

* * *

Otros dos años, ni uno más ni uno menos, pasaron entre las consiguientes hostilidades, sin que pudiera escribirse ni una línea en ningún periódico contra Rodríguez Marín.

Todo, sin embargo, tiene su fin; todo está predestinado. Los hombres son mudables, y el tiempo justiciero.

Comencé yo a colaborar en la prestigiosa hoja de *Los Lunes* de «*El Imparcial*», la más alta tribuna literaria de los escritores que hablan castellano. Hallábase—y se halla y que por muchos años sea—al frente de ella hombre tan recto y sincero, crítico tan sereno y literato tan ilustre como José de Laserna. Le anuncié la campaña. La acogió con los brazos abiertos, como obra de justicia literaria que era. «—Con ello—me dijo—no hago más que atenerme a la gloriosa tradición de *Los Lunes*, cuya campaña

antiacadémica, cuando los dirigía mi maestro Ortega Munilla, fué memorable. Libertad para las ideas, respeto a las personas... y venga lo que viniere.» Y una mañana, la del 30 de Septiembre, comenzó lo que va a continuación.

Tal fué el fin de la terrible odisea.

El 'Quijote,, de Rodríguez Marín

Plagios, irreverencias, caprichosas anotaciones y variantes del texto original.

I

Sentiría que tan grave académico se corriese de que le trato con dureza.

Créolo, sin embargo, revestido de discreción. Porque luego de leer sus anotaciones al «Quijote». ¿qué dureza, señor mío, hay comparable a la que usted emplea con el Manco inmortal?

Examinada su edición crítica (1), ¿qué pluma admitirá el freno? ¿Qué delicadezas la cortesía? ¿Qué donaire la indignación? Y ¿cómo es posible que tanta y tanta irreverencia hayan pasado en silencio?

Por cosa muy diferente le tuve hasta que le leí... Es verdad que me guié de la turbamulta cervantófila. que hace más locos que cuerdos.

Con todo, aún ha venido la medicina a tiempo de remediar el mal. ¡Ojalá no sea tósigo. como presentiría el acuchillado Propercio!

¿Puede pasar la bacía de barbero por el rico yelmo de oro de Mambrino? Allá se verá. cuando se adviertan los plagios. como juzgará el que leyere.

La crítica en España—bien lo sabe usted—deja bastante que

(1) Rodríguez Marín, como se verá después, niega que sea crítica la edición de *La Lectura*, calificativo que reserva para la monumental. Ésta, sin embargo, es más defectuosa que aquélla.

desear: es demasiado benigna, demasiado condescendiente, muy cariñosa, harto injusta en ocasiones.

Y los tiempos, malos. Todo sufre la guerra. No hay cosa con cosa.

Haga cuenta, pues, para explicarse mi acometida, que topó de antuvión con un individuo que ni conoce ni quiere conocer a nadie. Y a una sola cosa sujeto: al esclarecimiento de la verdad, duro oficio, más penoso que el de los antiguos galeotes; que si aquéllos estaban amarrados a la galera, estos otros lo han de estar a la galería.

En fin, señor mío; de quien tan poco tiene que perder sólo verdades se pueden escuchar. Vamos al «Quijote».

* * *

«No hay quien ascienda sin derribar algo»—así sea un monumento—, dice el refrán, y dice bien. Consecuente con esto, el señor Rodríguez Marín, para erigirse en pontífice máximo, supracervantista, protocervantista y archicervantista (aparte de archivero), lo primero que hace en su «Quijote» es tratar como no digan dueñas a los demás comentadores.

Oid lo que dice de Clemencín (edición de *La Lectura*, tomo I, página 209):

«Clemencín examinó con más atención los libros de caballerías, y especialmente las caballerías de esos libros, que las curiosidades del habla castellana que se hallan en ellos y en mil otros.»

De D. Juan Eugenio Hartzenbusch escribe:

«Deliró harto desdichadamente *siempre* que trató del Ingenioso Hidalgo.»

Para el Sr. Rodríguez Marín no hay más anotador que él mismo.

Y sabido en qué consiste la ciencia del nuevo comentarista es en copiar y plagiar las notas de todos los demás.

Cuando discurre por su cuenta, ni descubre nada, ni dice otra cosa que impropiedades, equivocaciones e hipótesis desbaratadas.

Un comentarista nuevo, consciente de su labor, a lo menos debe mostrarse respetuoso con los beneméritos varones que le han precedido en comentario; que muy ilustres en todas lenguas los ha tenido y tendrá el «Quijote».

Sin los trabajos de Bowle, de Ríos, de Mayans y de Pellicer, a

buen seguro que la edición crítica de D. Diego Clemencín hubiera resultado raquítica por demás; pero ¿puede negarse que, exceptuadas sus intemperancias de dómine, el Sr. Clemencín aportó al «Quijote» un caudal de erudición hasta entonces no conocido y aun hoy no superado? (1).

Nadie más quejoso que yo del académico y escritor murciano, y graves errores he notado en él, así en sus trabajos cervantinos como en sus juicios, apasionados e injustos, sobre Quevedo.

De sus descuidos y falta de consideración con Cervantes han dicho lo suficiente Puig Blanch en sus *Opúsculos gramático-satíricos*, el citado Hartzenbusch en sus *Observaciones al comentario de Clemencín*, Urdaneta en *Cervantes y la crítica* y los Sres. Díaz de Benjumea y Calderón, este último en su *Cervantes vindicado*; pero ninguno ha dejado de reconocer su gran talento—el de Clemencín—y la suma enorme de notas interesantes que llevó, explicando lugares difíciles, al «Quijote».

En arte, como en toda manifestación del entendimiento, el respeto es para los precursores. Por eso no vemos nunca a Wagner contra Beethowen, contra Bach o contra Weber; a Lope de Vega contra Lope de Rueda, a Fray Luis de León contra Horacio, ni en ciencia a Marconi contra Hertz.

Sólo en esferas más restringidas observamos esta rebelión para con los iniciadores; y así, consideramos regocijados cómo Voltaire ladra a Shakespeare, cómo Montalbán aúlla a Quevedo, cómo Zoilo despotrica contra Homero y cómo «Avellaneda» muerde a Cervantes.

De la misma manera Rodríguez Marín tira dentelladas a Clemecín, y le copia las notas. ¿Qué importa que sea el precursor? Fortuna de D. Diego, por nacer antes. Lo que pudo decir el autor de *Zaïre* a Shakespeare—y sentimos rubor al emparejar los nombres de Voltaire y Rodríguez Marín—: éste compuso el *Julius Cœsar* porque sabía que lo iba yo a necesitar después para mi *La Morte de César*.

Y ¿qué diríamos de la manera despiadada con que censura a

(1) El comentario de Clemencín es, hasta hoy, lo mejor que se ha escrito sobre el *Quijote*, no obstante sus defectos y el prurito de aplicarle la Gramática a cada instante.

Martínez, a Fitzmaurice-Kelly (1) y en particular a D. Clemente Cortejón, doctísimo cervantista y anotador concienzudo?

Rodríguez Marín, por arremeter contra todos, la emprende con el mismo Cervantes en términos de que no hay precedentes.

Comentando el prólogo del «Quijote», dice (página 18): «Aquí se equivocó de medio a medio el amigo que va hablando con Cervantes.» Y a los pocos párrafos añade: «En este y los anteriores consejos, el *gracioso y bien entendido* (lo subraya, luego no lo debe de ser) amigo de Cervantes se pasa de listo; pues, ¿a qué cuento podían venir, escrita ya la historia de Don Quijote y pendiente sólo del prólogo el sacarle a ver mundo?»

En infinitas ocasiones le tilda, ora de descuidado (pág. 88), ora de olvidadizo (pág. 187), ya de escritor incorrecto, como irá viéndose.

Hay notas que producen indignación; tal es una de la página 124 —estamos hablando del primer volumen—, aquélla en que, comentando Rodríguez Marín que diga Don Quijote que «ayer rescibió la orden de caballería», anota: «No había tal cosa, la había recibido por la madrugada de aquel día mismo. La inexactitud puede achacarse al trastornado caletre de Don Quijote; pero en realidad es imputable al DESCUIDO CON QUE CERVANTES SOLÍA ESCRIBIR.»

¿Qué tal? Pues ha de advertirse que Cervantes llevaba razón, y no Rodríguez Marín, porque Don Quijote —como todo el mundo puede leer— fué armado caballero en las primeras horas de la noche anterior, y así dijo admirablemente que «ayer rescibió la orden de caballería».

Otra anotación del mismo jaez es la hecha en la página 188, cuando, comentando la hermosa conclusión del capítulo VII, dice Rodríguez Marín: «Con mucho desaliño escribió Cervantes el final de este capítulo.» Léalo quien quisiere: no se puede dar página más exquisita, igual de fondo que de forma.

Anoto esto para que se vea cómo el Sr. Rodríguez Marín es el más formidable enemigo de Cervantes, y que su labor, en vez de

---

(1) La intención de Rodríguez Marín se ve bien patente. Consiste en desacreditar a todos los cervantistas y con ellos a sus ediciones sobre el *Ingenioso Hidalgo*. De este modo sólo adquirirá fama y se venderá la suya.

hacer resaltar las bellezas de la obra sublime, antes tiende a buscarla defectos; y, como no los tiene, los inventa.

... Pero no hemos hecho más que comenzar. Hay mucho y muy grave por decir. Se continuará, pues.

* * *

El escándalo y revuelo que armó este primer artículo no es para descrito.

Dicen que Rodríguez Marín se acostó muy temprano el día 30 de Septiembre.

Suspendida la hoja de *Los Lunes* de la semana inmediata, el Zoilo descansó un poco; pero cátate que el 14 de octubre aparece lo que va a continuación:

II

«— ... ¡Gran Dios, qué hermosa y brillante está la luna!

—¡La luna! ¡Decid el sol! ¡Es de día y no luce la luna!

—¡Digo que es la luna la que da un resplandor tan vivo!

—¡Pues yo digo que es el sol el que brilla ahora!»

Estas palabras son de Shakespeare en *The Taming of the shrew* —vea Rodríguez Marín que no me las apropio, cual hace él con sus citas—. ¡Gran Dios, y qué polvareda que se ha armado a la sola lectura de nuestro primer artículo! ¿Brillará el sol, como quiere Catalina, o será la luna la que luzca, según Petruchio?

Continuemos con este «Quijote», del que el propio Cervantes se asombraría.

Comienza diciendo el Sr. Rodríguez Marín en el prólogo de su edición crítica: «Fácil será a cualquiera probar cuánto gana en esta edición *(La Lectura.*—Madrid), *respecto de todas* (lo subraya), el texto del libro cervantino (1), cotejando detenidamente algunos párrafos con la que tuviere por más estimable.»

Esto, que no acusa modestia, veremos a lo que queda reducido.

(1) He aquí corroborado cuanto hemos advertido antes. El deseo del Zoilo es que desaparezcan todas las ediciones del *Quijote*, menos la suya. Sin duda por ello, en la Biblioteca Nacional, que él dirige, no se sirve nada de Cortejón, Pellicer, Máinez, Hartzenbusch, Clemencín, etc.

Porque el Sr. Rodríguez Marín ha transformado el referido texto hasta un límite de atrevimiento de que no hay medida, puntuándolo caprichosamente, añadiendo, quitando, sustituyendo palabras, variando la ortografía y mutilando frases enteras, como se verá en el transcurso de esta crítica.

Y tras semejante profanación, aún tiene arrestos para concluir su «Advertencia al lector» irónicamente, diciendo que no se quejen los muy doctos de sus notas y que den gracias a Dios que los hizo sabios; pero que, «sin embargo de esto (es decir, de ser sabios), quizás habré yo averiguado (¡vaya un castellano pulcro!) y dicho en mis notas *tal cual cosilla* (lo subraya) que ellos no supiesen».

¿A qué fin vienen estas molestas ironías para el lector? Diga de una vez que sabe más que los sabios, y acabemos.

Escribe las notas atiborrándolas de cuentos, chistes, refranes y coplas, encajados sin orden ni propósito, para que hagan bulto y se vea la erudición.

Y lo más notable es que se cita a sí propio, en una desaforada *rèclame*, y toda la obra está llena de «Véase mi *El Loaysa de El celoso extremeño;* Véanse mis *Cantos populares andaluces*»; «Véase mi *Discurso de entrada en la Real Academia Española*»; «Véase mi *Luis Barahona de Soto*, estudio biográfico, bibliográfico y crítico, premiado con medalla de oro en público certamen por la Real Academia Española»; hasta «Véase *Una joyita de Cervantes*, artículo publicado en *El Noticiero Sevillano* e inserto después en mi libro intitulado *Chilindrinas*». ¡Esto es rubor, y lo demás, canela! (1)

Pues en las notas no hay menos gracia. A montones apareeen como ésta (Vol. I, pág. 33), para comentar el verso «No me despuntes de agú».

No me llores, no me llores;
Que me «pareses» llorando
La Virgen de los Dolores.

¡Consideren ustedes lo que tendrá que ver la Virgen de los Dolores con «No me despuntes de agudo!».

(1) Hasta trozos de monólogos suyos reproduce en el *Quijote*.

En la página 91 (Vol. I), porque el ventero dice a Don Quijote que anduvo por los Percheles de Málaga, Rodríguez Marín cita en seguida:

En el barrio del Perchel
Dicen que no hay percheleras;
La que a mí me percheló,
Más que perchelera era.

Y ¿creerán ustedes que se cura de empedrar los comentarios con cantares y coplas? No, que más allá dice (pág. 131), anotando la palabra *vía:*

Ar prinsipio de quererte
Estaba siego y no bía;
Ya me se quitó la benda
Qu'en los ojiyos tenía (1).

Y añade a continuación: «Una copla popular andaluza, número 468, de mis *Cantos populares andaluces.*—Sevilla, 1882-83.»

¡A ver si no tienen su *mijita e grasia* estos severos comentarios, nada menos que al *Quijote!*

* * *

¡La erudición de Rodríguez Marín!

Una nota de la página 20 reza—en vez de maldecir—así: «Homero trata de Calipso en el libro X de *La Odisea.*»

Dificililllo es que el lector advierta el dislate al primer golpe de vista, pues no se halla a Homero ahí detrás de la puerta. Sin duda Rodríguez Marín sabe más de los Percheles de Málaga que de literatura helénica, porque es lo cierto que en todo el libro X de *La Odisea*, ni aun en el XI, habló una sola palabra Homero de Calipso.

Otro detalle de *herudición* y perspicacia crítica:

En la entrada del *Quijote* dice Cervantes, por boca de Urganda la

(1) Esto de escribir los cantares según la fonética popular, sin duda que presta más encanto al libro, como se verá más adelante.

Desconocida, estos versos, en los que muchos han visto alusiones a Lope de Vega:

... Que el que saca a luz papé-
Para entretener doncé-
Escribe a tontas y a lo-.

Bien claro está el texto; quiere decir que el que escribe para entretener doncellas lo hace neciamente, desbaratadamente, sin reflexionar, o lo que es igual: «a tontas y a locas».

Pues el Sr. Rodríguez Marín (pág. 34) asegura que esta frase «a tontas y a locas» la empleó Cervantes en sentido estrictamente literal, «llamando tontas y locas a las doncellas que se entretenían con ciertas lecturas» (!).

Sin comentarios.

Pero este Sr. Rodríguez Marín, ¿no tuvo ojos en la cara para ver que siete versos más arriba dice el mismo Cervantes:

Mas tú quémate las ce-
Sólo en cobrar buena fa-;
Que el que imprime necedá-
Dalas a censo perpé- (1).

Suplico a usted, señor lector, que me siga leyendo.

* * *

Si revuelo habían armado los anteriores artículos, el precedente colmó la medida.

El Zoilo y los amigos oficiosos del Zoilo comenzaron a remover Roma con Santiago, con ánimo de matar en flor la campaña.

En efecto; trataron de merodear cerca de *El Imparcial*, pero todo fué inútil.

Entonces, el director de la Biblioteca Nacional pensó en armar sus huestes, procedimiento que tan excelentes resultados le había dado en otras ocasiones. Hubo juntas—no sabemos si de rabada-

(1) Lo que pasó es que Rodríguez Marín se vió retratado y quiso hacer la vista gorda, como vulgarmente se dice. Esto de «imprimir necedades» debió de parecerle algo duro.

nes—, y de ellas salió el plan de ataque. Equipóse a los soldados, trajéronse mapas, adquiriéronse municiones, se destacó a espías y escuchas y quedó acordado el día y hora para el asalto general.

Pero, a todo esto, iban llegando a *El Imparcial* cartas de felicitación. Los reacios despertaron de su sueño, sacudiéronse la modorra aquellos que sólo nacieron para elogiar, y por todas partes crecía la animadversión contra el Zoilo sevillano, que tan indigna y estúpidamente profanaba el libro inmortal.

Y así, entre el general beneplácito por la campaña, el 28 de Octubre apareció lo que sigue:

III

El suave lector recordará—fué en *El Imparcial*—que el señor Rodríguez Marín (1) es aquél que negó en una ocasión que Cervantes escribiera «copiosas lágrimas», acreditándose con ello de no haber leído los *Trabajos de Persiles y Segismunda*, obra en la cual se casan admirablemente los referidos sustantivo y adjetivo.

En general, y salvo los plagios, irreverancias, caprichosas anotaciones y variantes del texto original—de que estamos tratando—, toda la edición crítica del director de la Biblioteca Nacional adolece de una manifiesta falta de cultura, de gusto, de método y de preparación literaria. Adviértese en seguida que su autor anda escasísimo de fuerzas para empresa de tamaños arrestos.

Sólo el afán desmedido de exhibición puede hacer perder la ecuanimidad a un hombre, de continuo sereno.

El Sr. Rodríguez Marín se ve, pues, obligado a marchar a remolque de los anteriores comentaristas, ora citándolos, ora callando sus nombres, o bien volviendo del revés cuanto dijeron; pero siempre aprovechándose de su trabajo... Comenta los mismos puntos, alude a iguales autores y no se cura para nada de que existen en el *Quijote* infinitísimos párrafos que, por su consonancia con otros tantos pasajes de las obras cumbres de la literatura uni-

(1) En la polémica sostenida contra Atanasio Rivero sobre «El secreto de Cervantes».

versal—¡qué maravilloso parangón entre Panurgo, Sancho Panza y Falstaff!—, ofrecen al anotador, concienzuda y verdaderamente erudito, amplio campo para hacer comprender cómo los genios convergen a las mismas soluciones estéticas por mil distintos y opuestos caminos.

Pocas veces gocé tanto como al considerar la peregrina manera de coincidir, tan sin parecerse, el Dante y Quevedo, éste en *Los Sueños* y aquél en *La Divina Comedia*, cuando para describir la puerta del infierno hace el primero colocar sobre la misma el «Lasciate ogni speranza, voi ch'intrate», y el segundo escribe que «era como de ratonera, fácil de entrar e imposible salir de ella».

Ni una sola alusión, ni un parangón único establecen los comentarios de este *Quijote* con obras modernas.

Ni el mágico Goethe, ni el calenturiento Schiller, ni el grandioso Víctor Hugo, ni el divino Shakespeare, ni Molière, ni Milton; nadie, en fin, que haya dejado huellas de su paso en la literatura desde el siglo XVI a nuestros días, aparece en las anotaciones del Sr. Rodríguez Marín, a no ser refranes y coplas, que así vienen a propósito como lo de la Virgen de los Dolores de que antes hablamos.

Sólo de tarde en tarde, nos topamos con los resobados Homero y Virgilio—pocas veces traídos a propósito—, y esto porque los registran los precedentes anotadores.

Pues cuando el Sr. Rodríguez Marín quiere echárselas de conocedor del idioma no es menor su ignorancia. (Para estas notas tenemos a la vista el excelente «Examen de ingenios», de D. Juan Givanel y Mas.) En la página 75 del tomo I, escribe acerca de la palabra *arriero* el cervantista sevillano:

«Comentando aquel pasaje de *Rinconete y Cortadillo* en que Pedro del Rincón dice a su nuevo camarada: «Veamos si cae algún pájaro destos *harrieros...*» escribí (página 361 de mi edición crítica de la dicha novela) unos renglones que vienen aquí muy al caso. «Perdóneme la Academia Española—dije—si, contra lo que ella practica, conservo en la palabra *harriero* la *h* con que la escribía Cervantes y no con que aparece en las primeras ediciones de las *Novelas ejemplares*. Con ella la estampó la Academia misma en el *Diccionario de Autoridades*, así como *harre* y *harrear*, y si bien dió cabida a *arriero* sin *h*, fué sólo para remitir al ar-

tículo en que lo escríbía con ella (1). Millares de veces he encontrado este vocablo en escrituras públicas de los siglos XV, XVI y XVII, y ni una vez lo he visto escrito sin *h*.»

Desconcierta afirmación tan rotunda, Sr. Rodríguez Marín, pues no una, también «millares de veces» se halla escrito sin *h*. ¿Quiere verlo? He aquí tres ejemplos, entre los diez mil que cualquiera podría insertar:

De Mateo Alemán: «Confuso y pensativo estaua recostado en el suelo sobre el braço, quando acerto a passar un *arriero* que lleuaua la recua...» (*Guzmán de Alfarache)*, 1-4, página 29. Edit. Madrid. Pablo del Val, 1641.)

De Ubeda: «La primera pluma que se ha ensillado en Castilla, para alabar la vida del mesón será esta que tengo pico a viento, esperando si viene el *arriero* del Parnaso...» (*Pícara Justina*, 1-2, pág. 42. Edit. Barcelona. Comellas, 1605.)

De Francisco de Avila. Acotaciones que aparecen en el *Entremés famoso de don Quijote de la Mancha*: «Dice dentro el *Arriero* sin salir afuera.»—«Sale el *Arriero* con el caldero y tropieza con las armas y desbarátaselas.»—«Dale con la lanza al *Arriero* y él repara el golpe con el caldero.» (*Colección de entremeses*, etcétera, de la Nueva Biblioteca de Autores Españoles, vol. I, página 201.)

¿Qué le parece al Sr. Rodríguez Marín? Podrá replicar que no se halla muy documentado en cosas de *arrieros*, y por respeto al original—que la lleva—escribió la susodicha palabra con *h*. ¿Por respeto al original? Entonces, ¿por qué a la página siguiente, en donde Cervantes dice: «Se llegó a la puerta de la venta y vió a las dos *destraydas* moças que allí estauan», escribe *distraídas*? ¿Por qué, igualmente, no se lee en su edición *lo mesmo*, y *agora* y *Quixote*, como constan en el original, y no, respectivamente, *lo mismo*, *ahora* y *Quijote*? Si tan rigorista se muestra con *harriero*—aunque tan pronto se usó con *h* como sin ella—escriba *destraydo* y *destrayda*, y no se distraiga.

* * *

(1) Nada de eso; fué, precisamente, para indicar que se escribía de ambas maneras.

Otra parecida anotación y que asímismo—o *ansímesmo*—califica de sabihondo—o *sabiondo*—al Sr. Rodríguez Marín es la de la página 18, también del primer volumen. Dice en ella:

«*Golias*, y no *Goliat*, solía decirse en tiempos de Cervantes.»

Ahí va demostrado lo contrario:

De Quevedo—un tal Quevedo—: «Saúl, a fuerza de calamidade y a persuasión de tormentos, lo llegó a conocer entre la envidia y el enojo, cuando oyendo cantar a las mujeres en el triunfo de la cabeza de *Goliat*...» (*Política de Dios y Gobierno de Cristo*, tomo II, capítulo I.)

De Ojeda—otro tal Ojeda—:

Luego hacia el infierno se rezuma.
Sangre es de *Goliat* y sangre tanta
que un mar parece y es mar de Gloria.
(*La Cristiada.*)

De Fray Alonso de Cabrera—predicador de poco fuste—: «... el *Goliat* del domingo pasado, cuyas fuerzas con ninguno de la tierra...» (*Consideraciones del Sábado después del Domingo primero de Cuaresma.*)

Y del «Entremés primero de Melisendra»:

O es *Goliat* o es Alcides.
Caballero, si a Francia ides,
por Gaiferos preguntad.

(*Colección de entremeses*, etc., de la Nueva Biblioteca de AA. EE., vol. I, pág. 109.)

El discretísimo lector comprenderá que en obra de tan considerable extensión como el *Quijote* no es posible seguir paso a paso todas las equivocaciones, errores y despropósitos que pueda perpetrar un comentarista, del jaez que fuere.

Sería preciso, para señalarlos, disponer de todo un periódico por espacio de un año entero.

Esto, aparte de imposible, daría al Sr. Rodríguez Marín una importancia y un prestigio que desde luego no podemos reconocerle. Por dicha razón, sólo nos ocuparemos de una pequeña parte de los

dislates de más monta (1). Y ¿cómo hemos de reconocer autoridad a quien—y a pesar de ser bibliotecario—ni siquiera conoce las ediciones del *Quijote?*

¿Que no lo quieren ustedes creer? Pues callen barbas y hablen cartas.

Del *Quijote* del Sr. Rodríguez Marín en la página 184 del tomo primero: «Todas las ediciones del siglo xvii, menos dos (y aun casi todas las modernas, la de Cortejón entre tantas), dicen: «La misma »derrota y camino *que el que él* habia tomado.» Sólo la *tercera* de »Bruselas (1662) y una de Amberes (1697) se separaron de esta »lección, poniendo la una «y camino *que él* había tomado» y la »otra «y camino *que él* había *antes* tomado...», como lo había corregido el de la tercera edición de Bruselas.»

¿Conque «*todas* las ediciones del siglo xvii», menos las dos que señala, dicen: «la misma derrota y camino *que el que él* había tomado...»?

¿Sabe bien lo que dice el señor director de la Biblioteca Nacional? Seguramente, no; pues he aquí dos ediciones—y no son las que exceptúa—que se apartan de la lección de la primera de Cuesta y que, aunque el desaprensivo académico lo tenga por raro, pertenecen al siglo xvii:

Bruselas (1617) «... y camino, que el auía tomado en su primer viaje...»

Bruselas (1662) «... y camino, que el hauía tomado en su primer viaje...»

Esta de Bruselas no es *tercera*, sino *cuarta* edición, pues la primera se publicó en 1607, la segunda en 1611, la tercera en 1617 y la de que tratamos en 1662, y, por lo tanto, cuarta. Así, en el párrafo citado, Rodríguez Marín comete dos equivocaciones a la par.

Sobre este desconocimiento de las ediciones aún incurre el señor Rodríguez Marín en otras faltas. Véase lo que apunta en la página 217:

«En la edición príncipe, a un *sedero;* en las segunda y tercera de Cuesta (1605 y 1608), así como en las dos primeras de Valen-

(1) Aun en este libro, para no hacerlo interminable, ha sido necesario prescindir de gran número de desafueros cometidos por Rodríguez Marín.

cia (1605), en las dos primeras de Bruselas (1607 y 1616) y en alguna otra, a un ***escudero***.»

La tal edición de Bruselas de por fuerza tiene que ser la de 1611, y no la de 1616, señor comentarista, pues ésta no trata de la primera, sino de la segunda parte de *Don Quijote*, y el párrafo objeto de comentario es del capítulo IX de aquélla.

* * *

¡Qué modo de desconocer las ediciones! ¿Y este Sr. Rodríguez Marín es el cervantista eminente y, por añadidura, bibliotecario mayor del reino? El mismo que viste y calza, y que ni como cervantista conoce a Cervantes, ni como bibliotecario las ediciones publicadas de *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*.

Pero que, en cambio, quiere dorar el oro de ley y pretende enmendar la plana a su autor.

En efecto, he aquí las variantes que introduce en el texto del prólogo del ***Quijote***:

CERVANTES EDICIONES DE CUESTA (1605 y 1608)	RODRÍGUEZ MARÍN EDICIÓN DE «LA LECTURA» (1911)
Contravenir la orden	Contravenir ***a*** la orden
vieres, *y* pues ni eres	vieres, pues ni eres
y obligación: así puedes	y obligación, *y así*, puedes
sin el *ornato*	sin el *ornamento*
erudición y *dotrina*	erudición y *doctrina*
hombres *leydos*	hombres *leídos*
enamorado *destraydo*	enamorado *distraído*
oyrle, o leelle	*oílle* o leelle.
en que me hallastes, bastante causa	en que me hallastes: *es* bastante causa
pero *aora* veo	pero *agora* veo
el enemigo	*al* enemigo
el poner anotaciones	*al* poner anotaciones
el *buscalle*	el *buscallos*
de Terebinto	*del* Terebinto
o tocar estas historias en la vuestra	o tocar en la vuestra estas historias
que, sin disputa	que, sin *ponerlas en* disputa
que *podrá* engendrar	que *podía* engendrar
de todo *respecto*	de todo *respeto*
que le *falta*	que le *faltan*
elevamiento, *amigo*, en que	elevamiento en que
a conocer tan *noble*	a conocer tan *notable*

Si en tan breve prólogo se descubren tantas variantes, ¿qué será...?

Pero lo más gracioso es que en su edición dice el Sr. Rodríguez Marín: «Por lo que hace a las notas cuido en ellas con mucho empeño de defender a Cervantes, no de sus enemigos, que ya no los tiene, sino de sus amigos, de sus anotadores, que acá y allá quisierón enmendarle la plana, siendo así que sabían menos que él.»

Ni una palabra más, Sr. Rodríguez Marín; ha hecho usted su propio retrato.

¿Qué más? ¡Sí, aún hay más, mucho más!...

* * *

La lectura del anterior artículo causó ya el efecto de una bomba entre el cervantismo averiado.

Rodríguez Marín y sus prosélitos andaban locos. Decidieron escribir unas cuartillas, tras varias deliberaciones, en las que se lamentaron de que por esta vez hubiera sido imposible hacer callar al impugnador. Exploraron algunos periódicos, en donde pudieron observar una atmósfera bastante hostil. Pero el tiempo corría, y con él vendrían nuevos trabajos en *Los Lunes*.

No desesperaron de sus intrigas en *El Imparcial*. Apelando a los más intrincados recursos de la sutileza y de la «penetración pacífica», trataron nuevamente de que la campaña se desvirtuara. Influencias, visitas, avisos telefónicos, anónimos que yo recibí; no hubo medio repugnante e indigno que no ensayaran los prosélitos de Rodríguez Marín, acuciados por el Pontífice máximo, que ya se consideró hundido para siempre del falso pedestal sobre el que se había encumbrado.

Fracasaron todas la artimañas.

Y entre la rabia e impotencia del Santón, obligado por primera vez a abatir sus banderas y a contemplar pisoteados sus estandartes, al *Lunes* siguiente, 4 de Octubre, aparecía entre el regocijo de los que ven al soberbio rodar por el suelo, lo que sigue:

IV

Las más caprichosas anotaciones de Rodríguez Marín son, naturalmente, aquellas en que pretende enmendar la plana a Cervantes, añadiendo, restando o trastrocando palabras del texto. Ved este pasaje del autor inmortal:

«No quiero irme con la corriente del uso, ni suplicarte casi con las lágrimas en los ojos, como otros hacen, lector carísimo, que perdones o disimules las faltas que en este mi hijo vieres, Y PUES ni eres su pariente ni su amigo y tienes tu alma en tu cuerpo y tu libre albedrío como el más pintado, y estás en tu casa, donde eres señor della, como el rey de sus alcabalas, y sabes lo que comunmente se dice, que debajo de mi manto al rey mato; todo lo cual te exenta y hace libre de todo respeto y obligación: ASÍ, puedes decir de la historia todo aquello que te pareciere.»

Hemos copiado de la edición de Cuesta de 1608 el párrafo anterior. Como observará el lector, es correctísimo, y en él no falta ni sobra palabra alguna, ni punto ni coma.

Pues bien; el Sr. Rodríguez Marín ha desvirtuado tan bella oración, suprimiendo la *y* del Y PUES subrayado—página 13—, y encajando una nueva e inútil *y*, que no consta en el texto, antes de la palabra ASÍ, que también subrayamos. Hágase la arbitraria modificación, léase después el párrafo y díganme ustedes si no queda cojo y confuso.

¿Qué razones aduce Rodríguez Marín para proceder tan desbaratadamente? Estas, con las que demuestra sus «conocimientos» gramaticales y lexicográficos (pág. 9, vol. I):

«Las dos primeras ediciones de Juan de la Cuesta, entre otras, *y ni eres su pariente;* en la tercera, *y pues ni eres su pariente*, y así muchos de los modernos, verbigracia, Clemencín y Cortejón. O sobra la conjunción *y* o sobra el *pues*, cosa que sólo no sucedería (1) si después dijese *todo ello* en lugar de *todo lo cual*, unido por otra coma a lo que antecede. Para que se juntasen estas dos partículas *y* y *pues*, acaecería probablemente que al enmendar el *y ni eres* en la edición tercera de Cuesta (1608), añadiendo el *pues* se olvidaron de borrar el *y*.»

(1) ¡Qué castellano más pedestre, en todo un comentarista del *Quijote!*

¿De modo, señor comentarista, que, a estas alturas, nos hallamos en el abecedario de la gramática, de la erudición, etc., etc.? ¿La frase conjuntiva *y pues* es un disparate? ¿O sobra la *y* o sobra el *pues?* Pues... verá usted:

De Quevedo:

«Son sus padres principales
y es de nobles descendiente,
porque en las venas de Oriente
todas las sangres son reales:
Y PUES es quien hace iguales
al duque y al ganadero,
poderoso caballero
es don Dinero.»

De Santa Teresa de Jesús:

«Mire V. E. que este negocio toca a la Virgen, Nuestra Señora que ha menester su orden. Y PUES muchos y muchas entrarán en ella...»

De Jorge Manrique:

«Y PUES de vida y salud
hiciste tan poca cuenta...»

De Fray Luis de León:

«¡Ay, por Dios, señora bella,
mirad por vos, mientras dura
esa flor, graciosa y pura,
que el no gozalla es perdella;
Y PUES no menos discreta
y perfeta...»

De Meléndez Valdés:

«Ea, Sancho, animarse;
Y PUES hay vino, afuera los cuidados.»

De Mateo Alemán:

«Y es bien a veces tomarlos (los trabajos) de voluntad, para que no cansen tanto los forzosos en la necesidad; Y PUES nunca pueden faltar, justo es enseñarse a tenerlos.»

Del propio Cervantes, en *Persiles y Sigismunda*:

«Y PUES la hermosura de su hermana la hace ser reina...»

En la *Galatea:*

«Y PUES vosotras, celestiales damas,
veis el bien que veo,
creced las alas a tan buen deseo...»

En el mismo *Quijote* (segunda parte, capítulo 20):

«Y PUES Dios nos echó al mundo, El sólo sabe para qué, y a su misericordia me atengo y no a las barbas de nadie.»

¿Harán falta más ejemplos?

* * *

Otra anotación, en que se pretende asímismo corregir a Cervantes, es la que viene a renglón seguido, en la dicha página 13. Dice el Manco Inmortal en el prólogo del *Quijote*, hablando con un amigo sobre los escrúpulos que le asaltan de dar a luz la expresada obra, a causa de sus pocos conocimientos:

«De aquí nace la suspensión y elevamiento en que me hallastes: bastante causa para ponerme en ella (en la suspensión se sobreentiende) *lo* que de mí habéis oído.»

¿Puede darse nada más claro ni mejor dicho? Pues no juzgándolo así el Sr. Rodríguez Marín, enmienda el texto introduciendo en él un *es*, y deja de este modo la lección, tan fea y confusamente:

«De aquí nace la suspensión y elevamiento en que me hallastes: *es* bastante causa para ponerme en ella *la* que de mí habéis oído.»

Y para justificar la profanación dice que el *es* se le olvidó al cajista, claro que sin poder demostrarlo. En cambio, permite pasar el *la* (*la que de mí habéis oído*), siendo manifiesta errata por *lo*. Eso de adivinar que al tipógrafo de la imprenta de Juan de la Cuesta se le olvidó el *es*... es el colmo de la adivinación. El tal vocablo sobra a todas luces. El pasaje cervantino está correcto.

Otra variante de la página 19. En las dos primeras ediciones de Cuesta: «Si tratáredes de ladrones, yo os *diré* la historia de Caco, que la sé de coro.»

Rodríguez Marín enmienda y escribe: «yo os *daré*...» Pero, volvemos a preguntar, ¿por qué se corrige al autor? Si él quiere demostrar que se sabe de coro la historia de Caco —pues puede recitarla—, ¿no es más lógico que diga *yo os diré*, que no *yo os daré*? ¡Qué ha de dar, hombre!

A las pocas líneas torna a escribir Cervantes: «Si tratáredes de amores, con dos onzas que sepáis de la lengua toscana toparéis con León Hebreo, que os hincha las medidas.»

Y comenta Rodríguez Marín (pág. 21): «A la verdad, no era necesario saber esas dos onzas de la lengua toscana para leer los ***Diálogos de amor*** del lusitano León Hebreo (1), estando traducidos al castellano.»

¿No es impertinencia atacar a Cervantes tan sin fundamento? Si él desea que se conozca a León Hebreo en su lengua, y ello es fácil, ¿por qué había de decir que se leyese en traducciones? Probablemente las tales traducciones serían incorrectas. Y, en todo caso, ¿no es siempre preferible el original a la traducción? ¡Lástima no haber tenido Cervantes de inspirador a Rodríguez Marín! ¡Algo mejor le hubiese salido el *Quijote!*...

Pero donde el comentarista puja su miopía, es en las siguientes palabras de Don Quijote:

«—Non fuyan las vuestras mercedes ni teman desaguisado alguno, ca la orden de caballería que profeso non toca ni atañe facerle a ninguno cuanto más a tan altas doncellas como vuestras presencias demuestran.»

Comentando esto, *se le ocurre* al Sr. Rodríguez Marín:

«Aquí, por mera casualidad, le salieron a Cervantes algunos versos de los que ahora, a cada triquete, suelen escribir nuestros poetas modernistas:

non toca ni atañe
facerle a ninguno
cuanto más a tan altas doncellas
como vuestras presencias demuestran.»

(1) Luego se verá que esta anotación está plagiada de Clemencín.

¿Qué tendrá que ver eso con el modernismo, ni con los vates modernistas, ni con las coplas de Calaínos?

* * *

No desperdicia ocasión Rodríguez Marín de atacar a Cervantes. Escribe el genio alcalaíno (1) en el capítulo II:

«Acertó a ser viernes aquel día, y no había en toda la venta sino unas raciones de un pescado que en Castilla llaman abadejo y en Andalucía bacallao, y en otras partes curadillo y en otras truchuela. Preguntáronle si por ventura comería su merced truchuela; que no había otro pescado que dalle a comer.

—Como haya muchas truchuelas—respondió Don Quijote—podrán servir de una trucha.»

Y comenta enfáticamente Rodríguez Marín (pág. 86. vol. I): «Don Quijote, por lo visto, no sabía que ***truchuela*** no se dijo de ***trucha***, sino de ***trecha*** y ***trechar***, que es «abrir y salar las sardinas, curándolas después al aire.»

Pero ¿qué tiene que ver aquí esa etimología? ¿No explica arriba Cervantes que ***truchuela*** es bacalao, o sea un provincialismo? Por eso dice muy bien Don Quijote, jugando el vocablo: «—Como haya muchas truchuelas, podrán servir de una trucha»; esto es, como haya muchos pedazos de bacalao—toda vez que le advierten que no hay otro pescado en la venta—ellos equivaldrán («podrán servir») a una trucha, hipérbole chistosa que le hace dictar el hambre que tiene, pues a continuación exclama:

«—Sea lo que fuere, venga luego (inmediatamente), que el trabajo y peso de las armas no se puede llevar sin el gobierno de las tripas». Y, en efecto, bacalao es, como se lee en seguida: «Trújole el huésped una porción de mal remojado y peor cocido bacallao.»

¿Ve el Sr. Rodríguez Marín como es él, y no Don Quijote, no Cervantes, quien no columbró lo que es la ***truchuela***?

---

(1) Llamamos a Cervantes genio alcalaíno siguiendo la opinión general de que nació en Alcalá de Henares, no porque nosotros estemos convencidos totalmente de que su cuna fué dicho lugar. Si atendemos a su apellido Saavedra, más bien parece ser natural de Alcázar de San Juan. La verdad es que no sabemos de dónde era oriundo y que él mismo se empeñó en mantener esta duda, diciendo en el prologo de las ***Novelas ejemplares*** que «***comúnmente***» se llamaba Miguel de Cervantes Saavedra.

¿Quién había de soñar en truchas?

Eso no lo pensó Don Quijote mas que cuando oyó después el silbato del castrador de puercos, y creyó hallarse en algún famoso castillo y tuvo al pan por candeal, a las rameras por damas, al ventero por castellano... y no se sabe si por malandrines a ciertos comentaristas.

Por lo que hemos visto y por lo que iremos viendo, pudo ser.

* * *

¡Sic transit gloria mundi! Rodríguez Marín y sus prosélitos, que durante tantos años habían dispuesto a su antojo de la Prensa, se hallaron de manos a boca con que en ninguna parte les admitían sus lucubraciones contra la campaña que yo emprendiera en *El Imparcial*. Su desolación y extrañeza no es para contada.

En efecto, el mismo Rodríguez Marín en persona tuvo que encargarse de su defensa. Llamó al *A B C* y, a pesar de ser colaborador de la empresa, le dieron con la puerta en los nudillos, diciendo que allí no se admitían nunca polémicas de tal índole. Algo parecido le aconteció en *El Debate*, no obstante colaborar también en él.

Entonces fué cuando Rodríguez Marín comprendió el abismo a que había descendido, con inmensa amargura de su alma.

Viendo que los grandes diarios le cerraban sus columnas para la polémica—¡de menudo vapuleo se libraron!—, pensó en los pequeños; y para no dar su nombre, se buscó de testaferro a Kreuzer, un neo de la Defensa Social, por más señas. Haber firmado Rodríguez Marín los artículos en polémica tan grave, que—como aconteció—sólo habían de publicar periódicos moribundos, hubiera sido condenarse él mismo y que las gentes tomaran a mala parte el desahucio que le lanzó la gran Prensa. Kreuzer tenía poco que perder. Así, Rodríguez Marín escribió las cuartillas, firmólas con el nombre del testaferro y las entregó a los secuaces del cervantismo averiado, que sacaron a máquiua varias copias y, en forma de circular, remitiéronlas a los periódicos. Ninguno de autoridad las insertó. Sólo *La Nación*—que pasada la antigua grandeza, por la derrota de Alemania, atravesaba una vida miserable, hasta que murió—, sólo este periódico digo—a cuya Redacción pertenecí, y la

que abandoné, convencido de que su Empresa era una colección de sinvergünzas y Tartufos—, éste publicó las cuartillas. Y al mismo siguieron otros dos diarios de ninguna importancia, *El Universo* y *La Tribuna*.

Decían así las cuartillas dadas a la luz por los tres órganos trogloditas:

"Sobre unos comentarios del "Quijote"

Sr. Director de *La Nación*.

Muy señor mío y de mi mayor consideración: Las afirmaciones que contra la «Edición crítica del «Quijote», anotada por D. Francisco Rodríguez Marín» viene haciendo en «Los Lunes de *El Imparcial*» D. Luis Astrana, necesitan impugnación; y ya que los maestros desdeñan (1), por lo visto, acudir a ella, bueno será que acudamos los modestos discípulos.

No pretendo constituirme en autoridad, ni dictar mi opinión: me doy exacta cuenta del puesto que ocupo, y vengo a una sola cosa sujeto; «al esclarecimiento de la verdad»; a lo mismo que nos prometió encaminarse el articulista, para no hacer después otra cosa sino violarla y torcerla. Mi pobre trabajo será, pues, de policía literaria.

Sin otros títulos, fío en el espíritu justiciero de usted y en la importancia del asunto, para esperar que me será concedido un hueco en el periódico de su digna dirección. Olvidaba alegar otro título: el de que no seré molesto. En el adjunto único artículo va dicho cuanto tengo que decir.

Con mi gratitud anticipada, se ofrece suyo afectísimo amigo y s. s. q. e. s. m., Luis Martínez Kleiser.»

---

(1) ¡Qué habían de desdeñar! Lo que sucedió es que se asombraron de la labor de profanación del Zoilo cervantino y no quisieron salir en su defensa. La intención de Rodriguez Marín se ve clara: dar a entender que «los maestros» hacían el silencio a la campaña.

LOS ATREVIMIENTOS (1) DE UN COMENTARISTA DEL «QUIJOTE» DE RODRÍGUEZ MARÍN

Cuatro líneas sobre policía literaria (2).

Siempre he creído que la labor constante de una vida entera es acreedora, diría que a la gratitud, pero pongamos menos, al respeto de todos. Yo vivía admirando, respetando, agradeciendo desde la obscuridad de mi retiro la laboriosidad, la constancia, la fecundidad de la vida literaria de Rodríguez Marín (3). Yo creía que había llegado a la Biblioteca Nacional, y a la Academia Española, y a poseer el premio de la Grandeza Española (4), por derecho de conquista, por virtud del esfuerzo y del trabajo. Una mañana—la del 30 de Septiembre del corriente año—me sorprendió en *Los Lunes* de «*El Imparcial*» la afirmación de que toda la labor de toda la vida de Rodríguez Marín es un conjunto de errores y de plagios; algo tan pobre, tan deleznable, tan pésimo, que cualquier recién llegado, por indocumentado que sea, sin estudiar siquiera tantas horas como quinquenios estudió el ilustre cervantista, puede derribar de un solo plumazo. Y me asombré. O es cierto, me dije, lo que afirma el nuevo comentarista de comentaristas, o, de lo contrario, «¿qué pluma admitirá el freno?», como escribe el propio articulista en cuestión, tratando de justificar que la suya no la tenga.

Pues es el caso que llegaron después el 14 y el 28 de octubre y el 4 de Noviembre, y con ellos tres artículos más, afirmando que Rodríguez Marín «adolece de una manifiesta falta de cultura y de un afán desmedido de exhibición, y se las echa de conocedor del idioma, cuando acaso mereciera de Don Quijote el dictado de malandrín». Mi asombro entonces no tuvo límites. Para dictar tan gra-

(1) Así, para despistar, calificaron la campaña los estómagos agradecidos del erudito de doublé.

(2) Labor de policía era la que yo realizaba. Uno de los rodriguezmarinistas acabó en el Juzgado.

(3) Hay que advertir que todo esto está escrito por el propio Rodríguez Marín.

(4) ¡Menudo desengaño ha llevado la Grandeza de España! ¡Vuelva por otro premio!

ves sentencias hace falta tener una autoridad incontrovertible (1). ¿La tiene don... (un momento, que voy a buscar la firma de los artículos) D. Luis Astrana? (2). Y, además, es indispensable probarlas. ¿Las prueba?

Tengo tan pobre opinión de mí mismo, que no me juzgo con fuero para quitar ni conceder autoridad a nadie; ni aun a D. Luis Astrana; y no lo digo para ponderar mi modestia. Pero como las pruebas aducidas son notas, y la veracidad de las notas puede compulsarla cualquiera con sólo saber leer, a ésta, mi única sabiduría, ciño mi impugnación.

El procedimiento de crítica del Sr. Astrana merece patente de invención y párrafo aparte.

Toma la edición del «Quijote» de Rodríguez Marín, de «La Lectura»: busca errores (3) que en ella puedan existir, pues no hay obra en el mundo exenta de ellos, o, lo que es más cómodo, los toma (4), ya buscados, de un trabajo nada reciente (1912) de don Juan Givanel, y, por fin, los ofrece al público como encontrados en la Edición Crítica, o sea en la última, cuatro años posterior, que deroga, por tanto, las anteriores, y en donde precisamente se encuentran rectificados esos pasajes por el propio autor. Tanto vale increpar a un literato por las faltas de ortografía de una obra suya, tomándolas de su propia fe de erratas. Es peregrino, ¿verdad?: casi increíble, ¿no es cierto? Pues véase la muestra.

Dice el articulista que Rodríguez Marín escribe en la página 20 del primer tomo: «Homero trata de Calipso en el libro X de la Odisea», y comenta: «Sin duda, Rodríguez Marín sabe más de los Percheles de Málaga que de literatura helénica, porque en todo el libro X de la Odisea habló Homero una sola palabra de Calipso».

(1) No hace falta sino probarlo, porque la autoridad del Zoilo plagiario es falsa de toda falsedad.

(2) Si aquí hablara Kleisser o Krenser le diría que recordase un artículo mío sobre sus desdichados versos.

(3) ¿Cómo errores? Plagios a granel, a carretadas, una vergüenza sin nombre: disparates a montones; irreverencias a cada anotación que escribe; variantes del texto a centenares, coplas, cuentos, chistes, cantares de hojas de almanaque y otros mil dislates que justifican la recogida de la edición. ¡Si no es nada lo que busco y encuentro!

(4) Cuando me he servido del *Examen de Ingenios* en media docena de notas, lo he advertido. No acostumbro a saquear y a citar ocultando la procedencia, como de continuo hace el Zoilo de Zevilla».

Pues bien; en la Edición Crítica, o sea la última, y en la página 37, no en la 20—ni siquiera concuerdan las páginas; ni, ¿cómo han de concordar, si se trata de libros distintos?—dice Rodríguez Marín: «Homero trata de Calipso en diversos lugares de la Odisea» (1).

Otro botón de muestra:

«Pregunta el Sr. Astrana si Rodríguez Marín escribe «Harriero» »con *h* por respeto al original del «Quijote», y añade: «¿Por qué »entonces no escribe: «y vió a las dos «destraídas» mozas...», »como escribe Cervantes, en vez de «distraídas», como escribe él?» »También eso será en la primera edición, porque en la última es»cribe Rodríguez Marín (página 114, línea 13): «y vió a las dos »destraídas» mozas...»

Más botones:

Copia Astrana del citado texto: «Golías» y no «Goliat» solía decirse en tiempos de Cervantes», y para pretender demostrar la «falta de cultura» de Rodríguez Marín, glosa la nota con textos de Quevedo, Ojeda y otros. Y no sabe el Sr. Astrana que el ilustre cervantista, en la página 35 de su Edición Crítica— el Sr. Astrana cita la página 18—dice: «Nuestros abuelos decían «indistintamente» «Golías» y «Goliat», y prueba su aserto el mismo que ahora pretende «enseñarle» el articulista, con citas del bachiller Diego Sánchez de Badajoz, Lope de Vega y Moreto (2).

Sigue copiando el colaborador de *El Imparcial:* «Todas las ediciones del siglo XVII, «menos dos», dicen: «La misma derrota y camino «que el que él» había tomado...», y quiere dar una lección al director de la Biblioteca Nacional demostrándole que el texto estaba así transcrito en más de dos ediciones del siglo XVII. Yo leo en la «Edición crítica», página 257: «Casi todas las ediciones del siglo XVII...» (3).

---

(1) Esto lo enmendó Rodríguez Marín en su edición monumental al ver que Givanel y Mas le citaba en su *Examen de Ingenios* todos los capítulos en que intervenía en *La Odisea* la hija de Atlante, para demostrarle que no constaba en el X. Así, lo que corrige es plagiando, pues no se le hubiera ocurrido sin la advertencia de Givanel, que ya digo tengo a la vista.

(2) Idem de ídem. También copia el comentarista sevillano esta nota de Givanel. Así es fácil escribir libros, enmendando en sucesivas ediciones cuantos errores subsane la crítica y dar lo bueno por propio.

(3) Nuevo plagio de Givanel.

Continúa diciendo Astrana: «Sobre este desconocimiento de las ediciones aún incurre Rodríguez Marín en otras faltas. Véase lo que apunta en la página 117. (En la última edición se halla la cita en la página 302, y no en la 217): «En la edición príncipe, «a un sedero»; en las dos primeras de Bruselas (1607 y 1616) y en alguna otra, «a un escudero». La tal edición de Bruselas (sigue el articulista) de por fuerza tiene que ser la de 1611, y no la de 1616, que sólo trata de la segunda parte del «Quijote». Está muy bien. Sr. Astrana; pero es el caso que lo que dice el Sr. Rodríguez Marín en su «Edición Crítica», es: «En la edición príncipe, «a un sedero» en la segunda y tercera de Cuesta, y en algunas otras, «a un escudero», y no cita ninguna de las ediciones de Bruselas; luego sobra, la rectificación (1).

Otro botón, que vale por una botonadura:

El articulista dice: «En la página 13 pretende Rodríguez Marín corregir a Cervantes añadiendo un «es» y diciendo, para justificar la profanación, que sin duda se había omitido en la edición príncipe por un error del cajista. Pues escuche lo que dice en la página 27 —nada de la 13—el director de la Biblioteca (Edición Crítica). «Porque Clemencín hallaba confusa la expresión del texto, que dejaría de serlo si se expresase el verbo sustantivo, y porque, al par me pareció que en este lugar, como en otros que ya iremos notando, se había omitido mecánicamente uno de dos grupos iguales inmediatos (hallastes», «es»), añadí en la edición de «Clásicos Castellanos» el verbo sustantivo. «De hombres es el errar, y de hombres de bien el confesar los errores.» A la verdad, no hacía falta alguna expresar el verbo: demuéstralo el mismo Cervantes cuando dice en el «Coloquio de los perros...» Fíjese el Sr. Astrana: «De hombres es el errar, y de hombres de bien el confesar los errores.» Confiese los suyos, como los confiesa el Sr. Rodríguez Marín (2).

Y otro botoncillo más:

Vuelve a quejarse el colaborador de *El Imparcial* de que el ilustre cervantista escribe en la página 19: «yo os «daré» la histo-

(1) Idem de ídem. Visto el proceder de Rodríguez Marín, tenemos por seguro que cuantas advertencias, anotaciones y doctrina sobre el *Quijote* se contienen en este volumen, las aprovechará el «erudito» hispalense para otra nueva edición, y así, *usque ad infinitum*, estará dando a luz ediciones. ¡Cuidado!...

(2) Repare el lector en lo que en mi réplica contestó a esta nota.

ria de Caco...», en vez del «yo os «diré» la historia de Caco», de la edición príncipe. Bien por la lamentación, si no fuese que en la «Edición Crítica», página 36—no 19—, dice Rodríguez Marín, como en la edición príncipe: «yo os «diré» la historia de Caco».

Todas estas «casualidades»—más habrá—he sorprendido en los artículos del Sr. Astrana; y no se imagine que el articulista haya querido dar a entender a sus lectores que se refiere a manifestaciones rectificadas por el Sr. Rodríguez Marín, antes por el contrario; porque, sobre ser cosa inusitada, por lo ilógico, echar en cara conceptos de una edición enmendados en la siguiente, el señor Astrana ignora, o, lo que sería peor, oculta, maliciosamente, tales enmiendas (1), aunque al referirse a la generalidad del comento suele aludir de un modo expresivo y terminante a «la edición crítica», o sea a la en que precisamente están corregidos los personajes censurados. Repárese, por ejemplo, en que a los ocho renglones de su primer artículo, dice: «Examinada su edición crítica...», y en el tercer artículo: «... toda la edición crítica del director de la Biblioteca Nacional adolece de una manifiesta falta de cultura...» Juicio, por cierto, que dista mucho de concordar con los calurosos elogios que han dedicado a esa edición y al Sr. Rodríguez Marín críticos y cervantistas bastante más renombrados que el Sr. Astrana en el mundo de las letras, tales como doña Concha Espina y los Sres. Alonso Cortés, Casares, Cavia, Foulche-Delbosc, Gómez Ocaña, González de Amezúa, Icaza, Juliá, Morán, Ortega Munilla, Román Salamero y Salcedo Ruiz (2).

Para ir terminando: Mucha autoridad hubiera querido yo conceder a D. Luis Astrana, aun sin haber tenido el gusto de oir hablar de él nunca, ni de leer los diversos libros que supongo que habrá dado a luz su minerva; pero después de todo esto, ¿qué cabe pensar? ¿Que D. Luis Astrana, para decir que el Sr. Rodríguez Marín

(1) Pero, ¿qué tienen que ver las tales enmiendas, que no pasan de media docena, con todo el *Quijote*? Al hablar del trabajo de investigación de Rodríguez, tengo que señalar los despropósitos de todas las ediciones. Cuando me refiera a la monumental ya lo advertiré. Una edición no deroga a la otra, cuando se vende o sigue vendiéndose; a no ser que se le diga al lector: «Eh, señor lector, que muchas cosas de ese libro están equivocadas.» Además, repito, que todas las enmiendas son plagios.

(2) ¡En buen lugar han quedado los incensadores del plagiario sevillano! ¿Cómo se escondieron, no defendiéndole de tantas y tan duras acusaciones

no tiene cultura, censura su edición crítica del «Quijote», sin conocerla...? ¿Que la conoce y ha tomado como fundamentos de su diatriba las mismas cosas rectificables y rectificadas por el propio autor...? Y si cualquiera de estas dos hipótesis fuera cierta, ¿en qué lugar quedaba la moral periodística del flamante crítico? (1).

Yo pongo siempre gran cuidado, antes de criticar a los maestros, y trato con respeto lo que desconozco, huyendo así de exponerme a que el censurado quedase siempre y de todas maneras con su prestigio y su cultura, mientras yo perdiese mi prestigio y pusiese mi cultura en evidencia (2).

Punto final, por hoy, y por todos los días de mi vida; pues ya dije cuanto había de decir acerca de este asunto, y extenderme más hoy, o volver a contender mañana, fuera dar a las afirmaciones del Sr. Astrana una importancia que yo no puedo concederles. Y perdóneme este dicho arrogante, impropio de mi modo de ser; pero, ¿no se la ha negado también, y con las mismas palabras, el articulista a las afirmaciones del Sr. Rodríguez Marín? Pues ¡para los modestos queden alguna vez las gallardías!—*Luis Martínez Kleiser.*»

* * *

El anterior desahogo tuvo contestación al día siguiente, 10 de Noviembre, de esta manera:

"Sobre el "Quijote" de Rodríguez Marín

Dos palabras al Sr. Martínez Kreuzer (3)

Señor director de *La Nación*:

Muy querido amigo y compañero: El Sr. Martínez Kreuzer publica en el diario que usted tan dignamente dirige unas afirmacio-

(1) No hablemos de moral, Sr. Rodríguez Marín, que puede escucharnos don Diego.

(2) Ya hemos advertido que quien escribe las cuartillas es el mismo Zoilo sevillano. Por tanto, cuanto en ellas se contiene, dando a entender que habla otro, es pura ridiculez.

(3) Llamé «Kreuzer» a Kleiser, no por burla y hacer un retruécano, sino para darle a entender que no era el autor del trabajo.

nes totalmente gratuitas y equivocadas sobre la labor crítica que acerca del «Quijote», comentado por D. Francisco Rodríguez Marín, estoy llevando a cabo en «Los Lunes» de *El Imparcial*.

La campaña no ha sido apenas comenzada, cuando ya el señor Kreuzer aventura juicios, trueca mis palabras y tergiversa los hechos.

Aunque me importa bien poco cuanto pueda decir y escribir el aludido señor, el respeto a los lectores de *La Nación*, me impulsa a dirigirle las siguientes cuartillas, que le agradecería insertase.

Sabe que le quiere y admira su afmo. amigo, q. b. s. m., *Luis Astrana Marín.*»

Ya han llegado los alabarderos.

Un Sr. Martínez Kreuzer—muy conocido por rimar ondina con sardina—, a través de cuyo estilo asoma la oreja Rodríguez Marín (1), mienta en *La Nación*, recogiendo cuatro o cinco de mis afirmaciones, y desvirtuándolas con manifiesta mala fe, probar que el director de la mal dirigida Biblioteca Nacional dice ahora «diego» en su edición última sobre el «Quijote», tras haber dicho antes «digo», en la de «La Lectura» (1911).

No tergiverse los hechos ese gozquecillo de Rodríguez Marín, de quien se confiesa agradecido. Estoy hablando—hasta ahora—de la edición crítica, pues crítica es, de «La Lectura»; que en la edición monumental los errores son, naturalmente, monumentales. Tanto, que para examinarlos se requirieron cientos de páginas.

El Sr. Rodríguez Marín no tiene defensa posible, ni apelando a los más intrincados recursos de la sutileza, ni aun truncando mis afirmaciones, como hace el Sr. Kreuzer, que copia los párrafos a medias, para engañar al público.

¿Qué pretende Rodríguez Marín? ¿Que se haga silencio sobre su edición de «La Lectura», verdadera vergüenza literaria, que debie-

(1) ¡Bien seguro estaba yo de quién había escrito las cuartillas, como se verá después!

ra recogerse? ¿O quiere dar a entender que en la monumental subsanó todos los errores, despropósitos e irreverencias cometidos? No le valdrán semejantes tretas; porque no sólo no están subsanados, sino que la edición monumental es peor—si cabe peor en lo pésimo—que la de «La Lectura», que apenas discrepa punto ni coma de la otra (1), y que es la más extendida. ¿Qué digo la más extendida? La única conocida.

El Sr. Rodríguez Marín leyó el «Examen de ingenios», de Givanel y Más, y corrigió en su edición monumental «siete u ocho notas», aprovechándose de su trabajo, como antes había saqueado a Clemencín, a Cortejón, etc.—ya se irá viendo en «Los Lunes» de «El Imparcial»—; pero el resto es igual. Toda la edición de «La Lectura» está contenida en la posterior, y en ella, las irreverencias, plagios y despropósitos de toda índole no aparecen corregidos, sino aumentados. Por ello, hablar de la una es hablar de la otra.

¡Escribir ahora en defensa de Rodríguez Marín! Ni todo el Jordán, transformado en tinta, borraría los desafueros cometidos contra Cervantes.

Así, pues, Sr. Kreuzer, o Sr. Martínez, esas cuatro o cinco notas que dice usted que ha corregido Rodríguez Marín, tampoco son de él, sino advertencias del Sr. Givanel y Mas... ¡Y también se equivoca en ellas el bibliotecario mayor del Reino en su edición monumental!

En efecto; el párrafo subsanado—en que eliminó el inútil «es», confesando su ligereza—de la página 27, queda así: «De aquí nace la suspensión y elevamiento en que me hallastes: bastante causa para ponerme en ella «la» que de mí habéis oído.»

Ese «la», que no hace sentido, repito—ya lo dije en mis artículos—que es manifiesta errata por «lo». ¿Ve usted cómo las equivocaciones pasan de una edición a otra, y cómo en la monumental son monumentales?

Pues ahí va otra prueba.

Dice el Sr. Kreuzer:

«Pregunta el Sr. Astrana si Rodríguez Marín escribe «Harriero» »con «h» por respeto al original del «Quijote», y añade: «¿Por que

(2) Es la misma edición, a la que se han añadido más anotaciones, que son nuevos despropósitos, irreverencias y plagios.

»entonces no escribe: y vió a las dos «destraídas» mozas...», como »escribe Cervantes, en vez de «distraídas», como escribe él? »También eso será en la primera edición, porque en la última im»prime Rodríguez Marín (página 114, línea 13): «y vió a las dos »destraídas» mozas...»

¡Alto ahí, Sr. Kreuzer; porque con mala fe mutila y tergiversa usted mis palabras!

Yo escribí «destraydas», con «y»—véanse «Los Lunes» de «El Imparcial» del 28 de Octubre—, y no «destraídas», como me hace usted decir, sin comerlo ni beberlo. ¡Qué frescura! Pero le voy a usted a conceder que hubiera escrito «destraídas», coincidiendo con Rodríguez Marín. ¡Tampoco se subsana así el error! Pues yo añadía a renglón seguido—palabras que usted se calla por conveniencia—: «¿Por qué, igualmente, no se lee en su edición «lo mes»mo», y «agora», y «Quixote», como constan en el original, y no »respectivamente, «lo mismo», «ahora» y «Quijote»? Si tan rigo»rista se muestra con «harriero»—aunque tan pronto se usó »con «h» como sin ella—, escriba «destraydo» y «destrayda», y »no se distraiga.» Con «y» griega se entiende.

Esto mismo repito ahora. Supongamos, empero, que yo escribí—aunque no es verdad—«destraída». ¿Ha escrito Rodríguez Marín en su edición monumental «destraída»—Cervantes dice «destrayda»—, y, en cambio, no «Quixote», ni agora», ni «lo mesmo»? Pues lo ha dejado peor, en una extraña mezcla de antiguo y moderno. Y torno a decirle al Sr. Kreuzer: ¿Ve usted cómo a edición monumental, monumentales errores?

Ya se hablará de todo. Tenga paciencia. Ambas ediciones llevarán su merecido (1). No intente hacer creer Rodríguez Marín que la edición segunda deroga la primera. En literatura no se admiten tales derogaciones. Aquí un clavo no saca otro clavo, como un crimen no lava otro crimen. Fuera de que, como digo, las dos ediciones son pintiparadas, casi iguales; su única diferencia estriba en que la segunda es peor que la primera.

Y nada más, pues no voy a perder el tiempo en contestar a los dislates que se le puedan ocurrir a cualquier indocumentado más o menos sugerido por comentarista del jaez de Rodríguez Marín,

(1) Al escribir esto se me ocurrió componer la presente obra.

que para anotar las repeticiones clásicas de la conjunción «que» no halla a la mano otro texto que el siguiente:

«Dígale usté a ese mozo
que está en la esquina,
que, si tiene tercianas,
que tome quina.»

¡Esto en el «Quijote»!

Cuando los plagios se cuentan por centenares, es inútil sacar a colación estas pequeñeces. Y mejor que defender lo indefendible. es desenmascarar a tanto figurón como medra en este desdichado país.

A malos abogados encomienda este pleito el director de la Biblioteca Nacional.

¡Ah! Se me olvidaba decir que con motivo de haber publicado un regocijante tomo de versos, di un soberano «palo» al señor Kreuzer.—*Luis Astrana Marín.*

* * *

Como si nada hubiera ocurrido. al lunes siguiente. 11 de Noviembre, proseguía de este tenor:

V

De cómo el Sr. Rodríguez Marín ha puntuado caprichosamente el *Quijote*. dividiendo las cláusulas a su antojo y haciendo variar con ello el pensamiento del autor. es una prueba concluyente—entre mil otras—la nota de la página 130. Dice Don Quijote

«—Non fuyáis. gente cobarde. gente cautiva: ***atended que***. no por culpa mía, sino de mi caballo. estoy aquí tendido.»

Correctamente está puntuado el hermoso pasaje. y de él fluye la avasalladora belleza con que se pinta la fuerza de las circunstancias. porque vale tanto como decir: «No huyáis. gente cobarde: ***considerad que*** no soy yo, sino mi caballo. el culpable de mi des-

ventura.» Bien claro se advierte que aquí el caballo simboliza—como en *Macbeth* las brujas—la fuerza irresistible de las circunstancias.

Mas el Sr. Rodríguez Marín no lo ha visto; no vislumbra el final de esta aventura maravillosa, tan del agrado de Enrique Heine; y como no la cata, puntúa así la frase, echándola a perder:

«—Non fuyáis, gente cobarde; *gente cautiva, atended;* que no por culpa mía, sino de mi caballo, estoy aquí tendido.» Lo que equivale a: «gente cautiva, esperad; aguardad.» ¡Y esto dicho por quien yace en el suelo sin fuerzas!

La edición crítica de D. Clemente Cortejón puntúa este pasaje tal como debe puntuarse, cual aparece primeramente. Por tan horrendo pecado Rodríguez Marín le censura. ¡El colmo!

Si el Sr. Rodríguez Marín no tuviera excesiva cultura, sabría que la palabra *atender* suele emplearse en el sentido de *tener en consideración*, como se colige del doctísimo Saavedra Faxardo: «Más *atiende* el pueblo a los accidentes que a la sustancia de las cosas.» *(Emp.* 59.) (1)

Por supuesto, que no hace falta citar a los clásicos. El Diccionario de la Real Academia Española (décimocuarta edición) inserta la siguiente acepción de la palabra *atender:* «Tener en cuenta o en consideración alguna cosa.»

Adviertan ustedes ahora que el Sr. Rodríguez Marín es académico, aunque ello nos cause asombro.

* * *

Tampoco el crítico sevillano parece haber atendido—ni entendido—que no siempre los caballeros andantes tomaban el nombre del lugar donde nacían. Así, escribe en la página 63: «Y en lo que hace al apellido que se puso—Don Quijote—*de la Mancha* siguió la costumbre (2) que había visto en los libros de caballerías, por parecerse también en eso a Amadís de *Gaula*, Belianís de *Grecia*, Celidón de *Iberia*, etc.»

---

(1) De la misma obra: «No lo hacía así Tiberio en los buenos principios de su Gobierno; porque, si bien *atendía* a la nobleza de los sujetos...»

(2) También esta anotación está plagiada—aunque con poca suerte—de Clemencín.

No hay tal cosa; el «Tirant *lo Blanch*» (Valencia, 1490) y «Palmerín *de la Oliva*» (Venecia, 1526) lo demuestran.

Don Quijote, pues, en la libérrima voluntad de su autor de darle nombre, siguió la costumbre que había visto, no en *los* libros, sino en *algunos* libros caballerescos.

* * *

Pero para ver la suma ignorancia del Sr. Rodríguez Marín, no hay sino leer la nota de la página 200, en la que escribe: «Así en el anónimo *Libro de los enxemplos (Biblioteca* de Rivadeneyra, tomo II, pág. 469.)»

Parece mentira que todo un señor literato, académico y por ende director de la Biblioteca Nacional (¡bien dirigida está!), diga que el *Libro de los Enxemplos* es de autor anónimo. Menéndez Pelayo su querido maestro—a quien, por lo visto, no ha leído—, le va a contestar por nosotros. Escribe el gran crítico en los *Orígenes de la Novela:*

«Mucho más importante, por ser una colección copiosísima, es el *Libro de Exemplos* o *Suma de exemplos por A. B. C.*, obra que conocida imperfectamente al principio por el manuscrito de la Biblioteca Nacional, al cual faltan las primeras hojas, donde debía constar el nombre del autor, ha corrido como anónima y atribuída a la literatura del siglo XIV, hasta que el Sr. Morel-Fatio dió razón de otro códice íntegro, que empieza con una dedicatoria de Clemente Sánchez, arcediano de Valderas, en la iglesia de León, a Juan Alfonso de la Borbolla, canónigo de Sigüenza...» (Nueva Biblioteca de AA. EE. Madrid, 1905, vol. I., pág. CII., por si el Sr. Rodríguez Marín quiere consultarlo.)

* * *

Un nuevo ejemplo de que, como otras mil veces, se intenta enmendar la plana a Cervantes, variándole el texto de su inmortal novela, lo aporta la nota de la página 321 —continuamos hablando todavía del tomo I—, que dice:

«Ni a otro alguno, EN FIN, de ninguno dellos.»

Este EN FIN, objeto de muchas discusiones, es una modificación

que, sin necesidad, se introduce en el siguiente párrafo del *Quijote*, que, tal como lo escribió su autor, reza así:

»Y si los deseos se sustentan con esperanzas, no habiendo yo dado alguna (esperanza) a Crisóstomo, ni a otro alguno EL FIN de ninguno dellos (de los deseos), bien se puede decir que antes le mató su porfía que mi crueldad.»

¿Puede estar más claro el pasaje? Creemos que no; mas el señor Rodríguez Marín opina lo contrario, y desbaratando la lección y y sin reparar en irreverencias, escribe «EN FIN de ninguno dellos». Lean de este modo el párrafo y díganme si hace sentido.

* * *

Igual prurito de corregir a Cervantes se observa en las titulares del capítulo X, transformado de raíz. El autor escribió: «De lo que más le avino a Don Quijote con el vizcaíno, y del peligro en que se vió con una turba de yangüeses.» Rodríguez Marín, siguiendo a la Academia, borra las palabras del Manco insigne, y estampa en su lugar, éstas: «De los graciosos razonamientos que pasaron entre Don Quijote y Sancho Panza su escudero.»

¿Quién le había de decir a Cervantes que, al cabo de los siglos, iba a encontrarse, sin comerlo ni beberlo, con semejante desaguisado? ¿Se ha visto profanación de la manera? Aunque se hubiera equivocado el autor—que no se equivocó (1)—, ¿quiénes son sus comentaristas para eliminar sus palabras?

Conocidos universalmente son los anacronismos y errores en que incurrió Shakespeare, algunos del calibre como tener a Bohemia por puerto de mar y dar por hecho que pudieran sonar las campanadas de un reloj en la Roma de Julio César. Y, sin embargo, ningún comentarista, ningún glosador, ningún crítico, edición alguna ni Zoilos impertinentes—y los ha tenido del tamaño de Malone, un desdichado, especie de Julio Cejador—se atrevieron a borrar sus palabras.

(1) En realidad, lo sucedido fué un error de ajuste, que colocó el epígrafe unos párrafos más adelante, en vez de ante la frase: «Puestas y levantadas en alto las cortadoras espadas...», que, indebidamente, forma parte del capítulo IX. Un moderno anotador, *Hamete Aben Xarah, el Beturani*, ha restituído el epígrafe a su primitivo estado.

Los impugnadores de Cervantes debieran recordar la frase de Víctor Hugo, cuando apremiado por Lamartine y otros literatos a que confesara los errores del autor de *Hamlet*, exclamó: «Soy admirador de las equivocaciones de Shakespeare.»

Si Cervantes escribió aquel epígrafe, respétese; y no se coloque en tal lugar el párrafo: «De los ***graciosos razonamientos*** que *pasaron* entre Don Quijote y Sancho Panza su escudero», que no es sino imitación de las titulares del capítulo XXXI, que dicen: «De los sabrosos razonamientos que pasaron entre Don Quijote y Sancho Panza su escudero.»

Pero ¿qué va a pedírsele a Rodríguez Marín? En una nota de la página 38, vol. II, dice: «El conde Tomillas no es sino un personaje secundario de la *Historia de Enrrique fi de Oliua*». No conoce a buen seguro, tal historia el comentarista. Entonces, ¿por qué afirma lo que afirma? Muy sencillo, porque lo copia de don Pascual Goyangos, quien dice que «de los cuarenta capítulos que componen el libro, tan sólo dos se refieren al conde Tomillas». Y como el plagiado se equivoca, claro es que también ha de equivocarse el plagiador. Si el Sr. Rodríguez Marín no se hubiera fiado de Goyangos y procediese investigando por cuenta propia, hallaría que aquella aseveración es falsa; tanto, que he aquí en cuántos capítulos interviene el referido porsonaje, y cómo en modo alguno es figura secundaria:

1.º «De cómo el conde de Tomillas pensó casar al duque de la Rocha con su hija Aldigón.»

2.º «De cómo Tomillas hospedó en Coloña a la Infanta doña Oliva y de la gran traición que ay fiço.»

3.º «De cómo el traidor enbió por el duque de la Rocha para que viese el fecho de la Infanta e su desonrra.»

4.º «De cómo Tomillas aconsejó al duque que mandasse por el Rey, su cuñado, y le mostrasse el ruyn fecho de su hermana.»

5.º «De cómo el Rey Pepino fué a Coloña e hiço hacer información del caso de su hermana.»

6.º «De cómo casó Aldigón, hija del conde Tomillas, con el duque de la Rocha, después que la Infanta doña Oliva entró en el Monesterio.»

7.º «De cómo el Emperador Enrrique vistió los vestidos de un palmero e fuese para la Rocha e fabló con el conde Tomillas.»

8.º «De cómo el senescal del Emperador fué al castillo e anunció al duque e a doña Oliva las buenas nuevas que traya, e cómo el Emperador cercó a Tomillas en Coloña.»

9.º «Cómo el Rey Pepino se metió en camino para Coloña, llamado por el Emperador.»

10. «De cómo Tomillas fué preso e puso en manos de don Enrrique la carta e sortija de que se sirviera contra su madre la Infanta doña Oliva.»

Y 11. «De cómo el Rey Pepino llegó a Coloña e de la justicia que fiço en el traydor don Tomillas.»

Vea el Sr. Rodríguez Marín si no tiene importancia en una obra el papel de traidor, que en este caso lo es el susodicho conde...

Hay que leer más, señor comentarista, y no hacer suposiciones tan gratuitas, ni enmendar la plana a Cervantes, ni desconocer la Gramática, ni el Diccionario de la propia Academia, de que es usted miembro, ni traer a cuento refranes y coplas, en vez de citas concienzudas originales y severas.

En el próximo artículo comenzarán los plagios, que los hay garrafales, como las cerezas...

* * *

El aplastamiento de Martínez Kleiser, más la lectura del anterior artículo, debieron de ser abrumadores para Rodríguez Marín. El Zoilo se vió perdido y tuvo que dar la cara.

En contestación a la soflama crítica del primero, envió la siguiente carta circular a los periódicos que insertaron aquélla, felicitándose a sí propio. Hela aquí:

«UNA CARTA DE RODRÍGUEZ MARÍN

Señor Director de *La Tribuna*.

Muy distinguido señor mío: Agradeceré a usted que tenga la bondad de publicar en su culto diario la breve carta siguiente.

Será un favor más que le deba su atentísimo amigo y seguro servidor,

q. e. s. m.,

FRANCISCO RODRÍGUEZ MARÍN.

Sr. D. Luis Martínez Kleiser.

Mi distinguido amigo: He visto en varios periódicos el razonado y convincente artículo en que usted, por noble y generoso impulso, que muy de corazón le agradezco, ha tenido a bien rectifique muchas de las afirmaciones que en cierto diario se vienen dirigiendo contra mis ediciones del «Quijote». Lo he visto, y, quedando a salvo ese cordial reconocimiento por el honradísimo propósito de usted, permítame que le ruegue, y extiendo mi súplica a cualesquier escritores, que no vuelva a tratar de este asunto.

Sobre que a los sesenta y tres años de mi edad, y a los cuarenta y tres de escribir y publicar libros, creo tener firmemente cimentada, mala o buena, mi reputación literaria (1), ¿quién pone puertas al campo?

Haga usted de esos ataques que me dirigen el mismo caso que yo: ninguno (2).

Usted disponga, que bien puede, de su afectísimo amigo y seguro servidor,

q. e. s. m.,

FRANCISCO RODRÍGUEZ MARÍN.

13 de Noviembre de 1918.»

* * *

Pero el Zoilo «no contaba con la huéspeda». Ignoraba que yo estaba al tanto de su labor subterránea y de todos sus reprobables procedimientos.

Y a la mañana siguiente apareció lo que sigue en *El Imparcial*:

«UNA CARTA DE ASTRANA MARÍN

Sr. D. Ricardo Gasset, director de *El Imparcial*.

Mi distinguido amigo: Usted vería anoche en *La Tribuna* la carta publicada por el Sr. Rodríguez Marín felicitando a un Martínez Kreuzer, que replicó—bien desdichadamente por cierto—a mi

(1) ¿Es mala? Entonces nada tengo que decir.

(2) ¡Qué modo de hacer de tripas corazón! Su eterna pesadilla será, así como este libro.

campaña sobre el *Quijote*; pero lo que no vería es la contestación que envié al aludido Kreuzer, porque *La Tribuna* no quiso publicarla. Razones habrá tenido y no he de discutir su proceder. Dése por contestada con lo que expuse en *La Nación*. Desprecio el silencio y los papeles silenciosos. No quiero apelar a la ley de Imprenta.

Lo que deseo hacer constar es que Rodríguez Marín, cuando felicita al Sr. Kreuzer, felicítase a sí propio. El público debe saber esto.

Rodríguez Marín en persona fué quien envió a los periódicos las mismas cuartillas que aplaude. No podrá desmentir esto ante don Fernando Herce, que a él se las entregó en la Biblioteca Nacional para que las insertara en *La Mañana*. De modo, que Rodríguez Marín tira la piedra y esconde la mano. Escribe el artículo y le remite la enhorabuena al Sr. Kreuzer, si bien advirtiéndole que no vuelva a tratar del asunto. ¡Como que no le conviene a usted, señor Rodríguez Marín!

¡Cuántas cavilaciones y desvelos debe de haberle costado el decidirse a escribir esa carta a *La Tribuna!* ¡El Sr. Rodríguez Marín nos desprecia! (1) ¿Y qué podíamos esperar de él tras despreciar a Cervantes? ¿No dice que el autor de la *Galatea* es un escritor descuidado e incorrecto? Pues, ¡malaventurados de nosotros!, ¿qué vamos a significar ante el genio sin par del bibliotecario mayor del Reino?

También dice—no hallando otras razones para responderme—que cuenta sesenta y tres años. Esto nos mueve a cierta veneración; pero como entre él y Cervantes nos quedamos, aunque le pese, con este último, le contestaremos con aquellas palabras del insigne alcalaíno, según el cual se escribe, no con las canas, sino con el entendimiento, que *suele* mejorarse con la edad.

Por último dice que su reputación está «firmemente cimentada».

Pues los pilares son éstos: Para anotar la frase de Sancho... «es el yelmo de Mambrino, y que no salgas de este error en más de cuatro días», no se le ocurre sino el texto siguiente:

---

(1) Por conveniencia y cuquería, claro es.

«Si las piedras de tu calle
tuvieran lengua y hablaran,
más de cuatro personitas
de sentimiento lloraran.»

Y para comentar las palabras de Don Quijote: «Espérate. Sancho, que en un credo las haré», encaja esta copla:

«Cuando voy a la iglesia
y no te veo,
quisiera que durara
la misa un credo.
Si allí te hallo,
quisiera que durara
la misa un año.»

¿Es esto lícito? ¿Es esto serio en el *Quijote?* ¿Esta es su reputación «firmemente cimentada»?

Así cualquiera comenta la *Summa Theologica* o *Hamlet.* ¿Que llegan las célebres «Palabras... Palabras» del Príncipe dinamarqués? Pues ya está la cita:

Papeles son papeles,
cartas son cartas;
palabras de los hombres
todas son falsas.»

¡Falsas, como muchas reputaciones! Ya se está viendo.

Le quiere y le distingue, Sr. Gasset, su afectísimo amigo, que besa su mano, *Luis Astrana Marín.*

* * *

El Zoilo quedó al desnudo y la gente rió de buena gana. El cervantismo averiado se mordió los puños al leer la epístola precedente. Rodríguez Marín, viendo inutilizado y maltrecho al Kleiser, echó mano de otro alabardero, del ex jesuíta Cejador, que a la sazón deponía en *La Tribuna.*

El eminente sabio y distinguido descuidero intelectual arremetió bravamente.

Véase lo que salió con titulares a dos columnas, previo un «entrefilet» del día anterior, el para él eternamente aciago 16 de Noviembre de 1918:

"Críticas literarias

CAMPAÑAS DIFAMATORIAS

No es crítica literaria, docta y serena; no es polémica, encarnizada y valiente o tonta y fría: es una campaña verdaderamente difamatoria, la que el Sr. Astrana Marín ha emprendido en *El Imparcial*, faltando a todos los respetos debidos al público culto que lee «Los Lunes» de tan acreditado periódico (1).

Con hondo pesar nos vemos obligados a alzar la voz y a reprobar tales desmanes. Peloteras entre los literatos, vidriosillos siempre, húbolas en todo tiempo; polémicas desaforadas, escandaleras entre eruditos, críticas acerbas, injustas, si se quiere. Lo que nunca aprobó el público culto, lo que afeó siempre la historia, fué la difamación.

¿Qué linaje de polémica cabe entre un caballero particular (2), todo lo honrado y caballeroso que se le quiera suponer en su vida privada, pero que no tiene nombre alguno en la vida pública, y es enteramente desconocido en la república de las Letras, y un autor de universal renombre en ella, de bienasentada autoridad? ¿Qué polémica literaria cabe entre D. Luis Astrana Marín, de quien no conozco libro alguno publicado, y Rodríguez Marín, así sin Don, y aun sin nombre de pila, que no hacen falta para que el mundo culto sepa de quién se trata, con sus ochenta y ocho libros dados a la imprenta, y su vida entera consagrada a las letras? Si el señor Astrana Marín tan hondamente se lastimaba de que en la edición

(1) ¡Vaya con el clérigo!

(2) ¿Yo un caballero particular? ¡Ojalá no tuviese que vivir de la literatura! Desgraciadamente es a lo único que me dedico.

crítica del «Quijote» hubiese algunos deslices. podía habérselos advertido privadamente a Rodríguez Marín, que le hubiera quedado muy agradecido (1).

No hay obra prolija y de empeño que no los tenga.

Yo de mí sé decir que por cada diez que mis amigos me indiquen en mis obras pudiera mostrarles veinte ya anotados para corregirlos en otra edición, y supongo habrá otros cuarenta que ni ellos ni yo habremos notado. El mejor regalo que se me puede hacer es advertirme tales defectos (2).

Así procede Rodríguez Marín y procedemos cuantos buscamos la verdad y no la vanidad. Menos mal que algún crítico autorizado hubiera tachado públicamente algunos defectos; pero que un caballero particular, que no es crítico autorizado (3), ni acaso por autorizar, lance en público, a manera de decretos imperiales, palabras condenatorias contra las obras y la persona de Rodríguez Marín, es hecho intolerable, y que de ninguna manera hemos de tolerar ni sufrir el público culto que leemos «Los Lunes» de *El Imparcial*».

«¡Falsas, como muchas reputaciones!», dice D. Luis Astrana, aludiendo a la reputación literaria de Rodríguez Marín. La reputación literaria del director de la Biblioteca Nacional no es falsa, Sr. Astrana, por más que usted quiera decir en contrario; la reputación literaria de Rodríguez Marín es universalmente reconocida y acatada y está cimentada en 88 obras (4) de todo género, en prosa y en verso. La opinión de usted sólo lleva la firma de su propio nombre, todavía no reconocida en la república de las Letras. Y esa firma no bastará para difamar, o sea quitar la fama a un literato, a un poeta, a un folklorista, a un comentador. a un erudito, a un prosista como D. Francisco Rodríguez Marín.

¿Pero a usted le ha cabido en la cabeza que el mundo de las letras iba a mudar de opinión porque a usted, persona desconocida, se le había antojado así? ¿Y cree usted haber dicho una gracia con

---

(1) ¡Ya lo creo!

(2) ¡Qué modestito! ¡Cualquiera diría que en toda su vida no se ha dedicado al plagio libre!

(3) ¿Qué será crítico autorizado?

(4) ¡A cualquier cosa llaman obras los plagiarios!

el frío retruécano con que llama «Kreuzer» al conocido poeta, novelista y dramático Luis Martínez Kleiser?

«Usted vería anoche en *La Tribuna* (dice el Sr. Astrana Marín, en carta al director de *El Imparcial*) la carta publicada por el señor Rodríguez Marín, felicitando a un Martínez Kreuzer, que replicó—bien desdichadamente por cierto—a mi campaña sobre el «Quijote»; pero lo que no vería es la contestación que envié al aludido Kreuzer...» Y luego otra vez «Sr. Kreuzer».

¿Qué manera es esa de tratar a un tan honrado caballero como puede serlo el Sr. Astrana, y a un escritor como el Sr. Astrana no lo ha sido hasta hoy? «¡Un Martínez Kreuzer», «Un Astrana Marín», se habrán dicho los lectores.

Martínez Kleiser replicó, no «bien desdichadamente, por cierto», como dice el Sr. Astrana, sino tan a punto y certero, que los lectores de *El Imparcial* que hayan leído la réplica, tendrán harto que reir si prosigue insertando artículos sobre la edición crítica que el Sr. Astrana no ha leído (1), o que si la ha leído es harto peor contra su honradez literaria. Porque los defectos que aduce y las páginas de la tal edición crítica no son de la edición crítica, ni en ella se hallan tales defectos, sino en la anterior edición de «La Lectura», corregidos por el mismo Rodríguez Marín en su edición crítica.

La mala fe, descubierta por el Sr. Martínez Kleiser, la conocen ya todos los lectores de *La Tribuna*. ¡Triste cosa que algunos lectores de *El Imparcial* acaso no se enteren! (2). Es lo que tiene no escribirse las polémicas en un mismo periódico. Todavía somos bastantes los que leemos entrambos periódicos o estamos enterados de la réplica. «No es bien desdichada» la tal réplica, Sr. Astrana, sino que ha desjarretado sus artículos y ha pulverizado sus ataques antes de haberse llevado a cabo. Continúe insertando artículos y hasta presente verdaderos defectos de la edición crítica, que ya ni le creeremos ni iremos a verificarlos siquiera. Tome otro

---

(1) La había leído tanto como las notas de Fernández Guerra, de que usted se apropió contra los artículos del Código.

(2) Nótese el afán de indisponerme con *El Imparcial* y el deseo del ex jesuíta de colaborar en él.

camino, si tanto hipo tiene de hacerse famoso, que por esta vez hocicó (1) su señoría.—JULIO CEJADOR.»

* * *

Mientras a imitación de Rodríguez Marín, preparaba que otro contestase por mí a Cejador—sólo que éste otro fué el juez de guardia—, sin aludir a lo que acontecía y como si la paz reinase en Varsovia, «Los Lunes» de «El Imparcial», insertaron el artículo más grave de la campaña (18 de Noviembre).

VI

Los plagios.

Por los anteriores artículos habrá podido observarse qué clase de comentarista es el Sr. Rodríguez Marín.

Ya se advirtió que si examináramos todas sus anotaciones, estaríamos hablando meses enteros, para acabar demostrando cómo ni una sola es digna de tomarse en consideración.

Cuando topamos con notas concienzudas y serias, no son de él, sino de otros comentadores, como se prueba a continuación.

No señalaremos sino algunos de los centenares de plagios a las anotaciones de Clemencín, tras dejar sentado que en la depuración del texto cervantino ha ido copiando silenciosamente, palabra por palabra, a D. Clemente Cortejón con un cinismo inaudito.

Esto también lo demostraríamos, de ser posible insertar aquí íntegro el *Quijote*. ¡Considere el pío lector!...

Pero basta con lo que sigue, que convencerá a las piedras. Hay plagios tan extensos, que sólo uno de ellos ocuparía el espacio de todo este artículo, razón que—para señalar el mayor número posible—nos induce a escoger únicamente los que no pasan de dos o tres líneas, así en la edición monumental como en la de *La Lectura*. Igualmente, y por la misma razón, no trataremos sino de los plagios hechos a D. Diego Clemencín.

(1) Grosería de la que se arrepentir .

Para compulsar lo que decimos téngase a la vista la obra plagiada, que se titula: «El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha» comentado por D. Diego Clemencín. Lleva fecha de 1833; pero al lector le será más fácil adquirir la misma obra en una edición moderna, anotada por Miguel de Toro Gómez (Sociedad de ediciones literarias y artísticas. París, 1910. Cuatro tomos).

Vamos, pues, a prescindir de Bowle, de Mayans, de Pellicer, de todos los comentaristas de cuyo trabajo ha sacado producto el señor Rodríguez Marín, y quedarnos sólo con el aludido Clemencín. Basta con él. Dice en la página 48 del tomo I:

«Los libros de *los Reyes* son cuatro, y el suceso de Goliat se cuenta en el primero, al capítulo XVII.»

Y Rodríguez Marín, en la página 19 del primer volumen:

«En el capítulo XVII del primero de los cuatro libros llamados de *los Reyes*» (1).

Este es el principio de los plagios. Para abreviar suprimiremos alguna vez el número de la página donde se hallan, fácil de saber, habida cuenta de que es el primer tomo en ambos comentadores.

Clemencín:

«Son palabras de San Mateo al capítulo XV.»

Rodríguez Marín:

«San Mateo, capítulo XV.»

Clemencín:

«Ovidio en el libro VII de las *Metamorfosis* habla largamente de Medea.»

Rodríguez Marín:

---

(1) Tanto Clemencín como Rodríguez Marín, que le plagia, muestran aquí que oyeron campanadas sin saber dónde.

Los libros de *los Reyes* no son cuatro, sino dos; y en cuanto al suceso de Goliat, el primero de ellos no dice palabra alguna sobre el descomunal filisteo en su capítulo XVII, que únicamente trata de la estancia de Elías en Sarepta de Sión. (Véase la *Biblia*.)

Donde se narra el suceso de Goliat y en el capítulo XVII precisamente, es en el primero de los dos libros de *Samuel*.

Si el Zoilo sevillano fuese verdadero erudito, fácilmente hubiera descubierto los expresados errores de Clemencín. Pero como no hace ni sabe más que copiar...

(Esta onotación, como la mayoría de las que se incluyen, no apareció en los «Lunes» de *El Imparcial*, sino que se reservó para la presente obra.)

«Trata de ella (Ovidio) en el libro VII de las *Metamorfosis.*»

A continuación vienen tres plagios, en que Clemencín habla de Virgilio, de Plutarco y de León Hebreo. Rodríguez Marín apenas en las tres notas varía el estilo. Sigue diciendo Clemencín: «Alude (Cervantes) al origen de la Casa Real de Navarra.» Y advierte Rodríguez Marín: «Refiérese aquí Cervantes a la genealogía de la Casa Real de Navarra.» La anotación sobre «Ir con lectura» de la página 38 es plagio de la 53. Continúa diciendo Clemencín (página 54): «El célebre poema del *Orlando furioso*, escrito por Ludovico Ariosto, empieza así:

«*Le donne, i cavallier, l'arme, gli amori.*»

Y dice Rodríguez Marín (pág. 30): «Alude claramente a la lectura del *Orlando furioso*, célebre poema de Ludovico Ariosto, que empieza así:

«*Le donne, i cavallier, l'arme, gli amori.*»

La nota clemencinesca sobre *Miraflores* está plagiada en la página 36 por el comentarista sevillano, así como las de las páginas 37 sobre «gozar los gustos sin escote» y 41 acerca de *El lazarillo de Tormes* son idénticas a las de la página 57 de Clemencín. Este escribe más adelante: «Nunca vuelve a mencionar este mozo», y Rodríguez Marín anota: «En toda la obra no se vuelve a mencionar este mozo.» Las notas sobre «maestros», «allende» y «cuartos» de las páginas 55, 58 y 61, respectivamente, corresponden a las de las páginas 5, 10 y 12 de Clemencín. Dos notas de Rodríguez Marín de la página 63 y una de la 66 aparecen plagiadas de otras dos de la 14 y una de la 15 del tomo de Clemencín. La anotación sobre *Tuerto* del Sr. R. M. (pág. 68) está tomada de la misma que aparece en la página 17 de Clemencín. He aquí otra coincidencia. Dice Clemencín:

«La gente de poca cultura suele pedir perdón cuando tiene que nombrar esta clase de animales (puercos), que con una expresión judaica o mahomética llamamos inmundos. Cervantes se mofa aquí de semejante costumbre.»

Y escribe Rodríguez Marín:

«Era general costumbre pedir perdón a los oyentes cuando se nombraba o se iba a nombrar algo sucio o vil. Y entre otras cosas (?), nada más sucio que el puerco mismo. Cervantes se burla en este lugar de aquella costumbre.»

«*Al* es el *aliud* latino», dice Clemencín; y «*Al* procede de *aliud*», acota Rodríguez Marín. Dos notas de Clemencín, sobre el *Romance de Amberes*, una, y sobre *hospes*, otra (pág. 25), las reproduce Rodríguez en la pág. 81. El comento clemencinesco sobre el romance de Lanzarote (pág. 27), está en Rodríguez Marín (pág. 85). En la misma página dice el primero: «Yantar es comer», y Rodríguez Marín: «Yantar es comer».

Hasta aquí los plagios corresponden únicamente a los dos primeros capítulos de la obra. Nos hallamos ante la página 27 del *Quijote* comentado por D. Diego de Clemecín y justamente registramos 27 plagios, que nadie negará.

Ahora una pregunta. Si las notas son de Clemencín y el texto de Cervantes, ¿quiere decirnos el Sr. Rodríguez Marín qué trabajo de investigación ha realizado en el *Quijote*?

Dice más adelante el primero: «Es el acto de armarse caballero a que se dió el nombre de *armazón* para ridiculizarlo.» Y escribe el segundo: «*Armazón* llama por donaire y para ridiculizarlo al acto de armar caballero a Don Quijote.» Torna a decir Clemencín: «Nótese el uso del verbo *curarse* en sus dos distintas acepciones», y remeda Rodríguez Marín: «Juega de los dos significados de *curarse*.» Sigue Clemencín: «*Cerca*, en el uso actual, tiene otra significación distinta que *acerca*... *Cerca* es adverbio y *acerca* preposición.» Y acota Rodríguez Marín: «*Cerca de* y *acerca de* son, aquí y en otros lugares, una misma cosa (?) con dos formas diferentes.» Adviértase el castellano correcto que emplea el plagiado y el pedantesco estilo que usa el plagiador.

Clemencín: «*Querencia* es el paraje adonde acostumbra y gusta acogerse un animal»; Rodríguez Marín: «*Querencia*, en una de sus acepciones, es, respecto de un animal, el sitio o paraje en donde acostumbra acogerse.» La nota de la página 123 sobre la voz *setena* es pintiparada a la de Clemencín de la página 55. Ambos comentaristas se identifican tanto, que escribe éste en la página 64.

«Lo mismo cuenta el romance que hizo el marqués de Mantua con Baldovinos:

Con un paño que traía
la cara le fué a limpiare;
desque lo hubo limpiado,
luego conocido lo hae.»

Y dice Rodríguez Marín en la 139:

«Está trazada esta escena sobre la misma del marqués de Mantua con Valdovinos:

Con un paño que traía
la cara le fué a limpiare;
desque lo hubo limpiado,
luego conocido lo hae.»

Hay anotaciones de Rodríguez Marín que no son plagios, sino usurpaciones de la propiedad literaria. Sí, usurpaciones hemos dicho. Véase lo que escribe en la página 67 Clemencín:

«Fueron tres judíos, Josué, David y Judas Macabeo: tres gentiles, Alejandro, Héctor y Julio César, y tres cristianos, el rey Artús, Carlomagno y Godofredo de Bullón.»

Cotéjese con lo que dice Rodríguez Marín en la pág. 139:

«Fueron tres judíos, Josué, David y Judas Macabeo; tres gentiles, Alejandro, Héctor y Julio César, y tres cristianos, el rey Artús, Carlomagno y Godofredo de Bullón.»

¿Qué les parece a ustedes?

Pues sigan. Clemencín: «Hay contradicción entre lo que dice el Ama y los capítulos anteriores. Según ésta, Don Quijote no había pasado más que una noche fuera de su casa.»

Rodríguez Marín: «Trascordábase el Ama: Don Quijote sólo había pasado una noche fuera de su casa.»

Clemencín (pág. 70): «El bueno de Pedro Alonso equivocaba la historia y los personajes, porque el mal ferido no fué el marqués, sino su sobrino.»

Rodríguez Marín (pág. 143): «Pedro Alonso, como no estaba muy fuerte en achaques de historias caballerescas, daba aquí por herido al marqués, siendo así que el maltrecho fué su sobrino.»

Clemencín (pág. 71): «*Santiguada* es el acto de *santiguarse*, y *para* equivale a *por*; de suerte, que *para mi santiguada* es lo mismo que *por la cruz con que me santiguo.*»

Rodríguez Marín (pág. 144): «La *santiguada* es el acto de *santiguarse*, y *para*, en los juramentos, equivale a *por*. Así, jurar diciendo *para mi santiguada*, era lo mismo que jurar *por la señal de la cruz*.»

Parece que van coincidiendo ambos comentaristas. Tanto. que dice el primero (pág. 144): «*Pasó*, por *tuvo*», y anota el otro: «*Pasó* equivale a *tuvo.*»

«Ahora decimos *ducho*—escribe Clemencín—, voz del lenguaje familiar, que quiere decir *enseñado*, *diestro*, del latín *doctus.*»

Y dice Rodríguez Marín: «*Duecho* se dijo de lo que ahora decimos *ducho*, y en aquella forma acomodábase mejor a su etimología que es *doctus.*»

Las notas sobre «Briareo», «Friston», «sedero» y «buen paso» de las páginas 191, 192, 217 y 284, respectivamente, son plagios a Clemencín de sus notas sobre las mismas palabras correspondientes a las páginas 121, 122, 139 y 181. Idem de ídem acontece en las páginas 246, 249, 275 y 309 de Rodríguez Marín, que corresponden a las anotaciones de Clemencín en las páginas 161, 167, 178, 204, que hablan de los *galliparos*, la *edad de oro*, *alguna* y *corneja*, respectivamente. Igual sucede con el comentario que sigue sobre la palabra *invidiado*, que Rodríguez Marín moderniza escribiendo *envidiado*, no obstante mostrarse rigorista únicamente con *harrear*, que emplea con *h*.

Dejamos unas almorzadas de plagios y pasamos al tomo II. Allí, y en la página 35, escribe Rodríguez Marín:

«El *angeo* era una tela muy ancha, de estopa o de lino basto, y se debió de llamar así porque se traía del ducado de Anjou.»

Esto está muy bien; pero da la casualidad de que en 1833 escribía ya Clemencín (pág. 237): «Angeo es una tela basta y grosera, muy ancha. hecha de estopa de lino y llamada así porque se traía de la provincia de Anjou.»

Seguimos cotejando y hallamos que las anotaciones sobre la *tizona* y el *contrahecho* (págs. 21 y 24) están en las 228 y 2[illegible] de Clemencín.

Tendemos la vista y leemos en Rodríguez Marín (pág. 38): «El dormir las liebres con los ojos abiertos es cosa sabidísima.» Vamos a Clemencín y nos dice: «Que las liebres duermen con los ojos abiertos lo notaron ya los antiguos.»

En fin, en la pág. 299 escribe Clemencín: «*Incesable*, por *incesante.*» Y en la 129 anota Rodríguez Marín: «Incesable, por incesante.»

Y con este *incesable* por *incesante* ceso yo de copiar más plagios.

La verdad, me he asustado. ¿Adónde vamos a parar? ¡Son OCHO TOMOS los escritos por Rodríguez Marín, y ESTAMOS TODAVÍA EN LA PÁGINA 129 DEL SEGUNDO VOLUMEN! El paciente lector comprenderá que no es posible seguir adelante. Sin embargo, quien sienta la curiosidad de conocer el resto de la carretada de plagios, no tiene más que continuar: hallará nuevas irreverencias, nuevas anotaciones caprichosas y nuevas variantes del texto original. Y esto en gran medida. Conste que no hemos examinado ni la décima parte de la labor de profanación llevada a cabo en el *Quijote* por el académico de la Española.

Y con otro artículo, en que deseamos dejar sentadas algunas afirmaciones para bien de la literatura en general, daremos por terminada esta ingrata tarea.

* * *

El artículo anterior fué el incendio propagado al polvorín. Nadie se atrevió a chistar.

A los dos días relataba *El Imparcial* lo que va a continuación:

«LOS PLAGIOS ANTE EL CÓDIGO

Quevedo, en el Juzgado de guardia

Denuncia contra Cejador por apropiarse la obra de Fernández-Guerra.

EL SUCESO DE AYER

Un caso nuevo sorprendió ayer a los «repórters» que hacen información en el Juzgado de guardia. A la caída de la tarde llegó a la antigua Casa de Canónigos un joven pretendiendo ver al señor juez para hacerle una grave denuncia. Recibido en el acto por el señor juez de guardia, que era el de la Latina, Sr. Polo de Berna-

bé, el «repórter» quedó intrigado y con deseos de averiguar de lo que se trataba.

Una hora después todo se ponía en claro. El denunciante era el conocido escritor D. Luis Astrana Marín, el cual, al salir del despacho del juez, satisfizo cumplidamente la curiosidad reporteril con estas palabras:

—Con motivo de la labor depuradora que estoy llevando a cabo sobre el «Quijote», comentado por el Sr. Rodríguez Marín, D. Julio Cejador y Frauca, ignorándose e ignorándome, y terciando a favor del director de la Biblioteca Nacional, se ha permitido decir que yo realizaba una campaña difamatoria contra éste. En vez de contestarme con una crítica serena, razonable y justa, me dedica una serie de insultos e impertinencias. Él es, pues, quien se coloca fuera de la ley. Y como nunca debió escribir una sola palabra sobre literatura, porque, en mi opinión, sus obras, por los delitos que en ellas se cometen contra la propiedad intelectual, corresponden más al juez que al crítico, no iban a descender a discutir con él, y acabo de entregar su nefanda producción literaria al Juzgado, habida cuenta de que existe el Código penal.

LA DENUNCIA

He aquí la denuncia presentada por el Sr. Astrana Marín:

«Al Juzgado de guardia: Luis Astrana Marín, de veintinueve años de edad, de estado soltero y profesión escritor, avecindado en esta Corte, calle de Fernán González, núm. 10, primero izquierda, con cédula personal de 11.ª clase, núm. 688, que exhibe y retira, creyendo interpretar debidamente el art. 264 de la ley de Enjuiciamiento criminal, denuncia al Juzgado los hechos que se relatan a continuación, por si constituyen—como en conciencia cree el denunciante—un grave delito de usurpación de la propiedad literaria, en la que fuera envuelta la honra y prestigio de uno de los escritores que más gloria han dado a nuestra España.

Son los hechos objeto de la presente denuncia el haber aparecido firmados por D. Julio Cejador y Frauca en los volúmenes publicados por la Empresa «Ediciones de *La Lectura* (1916 y 1917, Madrid) e intitulados *Clásicos castellanos.—Quevedo.—Los sue-*

ños. —*Edición y notas de Julio Cejador y Frauca*, comentarios y anotaciones que en 1852 se publicaron bajo la firma de D. Aureliano Fernández-Guerra, académico de la Española, en el tomo I, vigésimo tercero de la serie, de la *Biblioteca de Rivadeneyra*, comentarios, revisión de textos, notas y apostillas a las siguientes obras de D. Francisco de Quevedo y Villegas: *El mundo por de dentro, Las zahurdas de Plutón, El alguacil alguacilado, El sueño de las calaveras, La visita de los chistes y La hora de todos y la Fortuna con seso.*

Para que el Juzgado advierta fácilmente que las anotaciones de los dos tomos firmados por D. Julio Cejador y Frauca están copiadas exactamente, literalmente, palabra por palabra, con puntos y comas, del volumen firmado por D. Aureliano Fernández-Guerra, el denunciante pone a disposición del Juzgado las referidas obras —cuerpo del delito—, y ha señalado con números al margen los párrafos iguales en ambas ediciones, cifras que se corresponden.

Además, D. Aureliano Fernández-Guerra publicó otra edición de las *Obras* de Quevedo en Madrid (1880), añadiendo nuevas anotaciones, que también ha copiado D. Julio Cejador y Frauca. Como son en número limitado, el denunciante prescinde de señalarlas ni hacer mención de ellas.

Por si de lo expuesto resulta—como cree firmemente el denunciante—haberse cometido un delito de usurpación de la propiedad literaria de los previstos en los artículos 45, 46, 47 y 48 de la ley de Propiedad intelectual de 10 de enero de 1879, castigados en los artículos 552 y 553 del Código penal en relación con el artículo 550 del mismo, me es muy grato hacer constar que D. Aureliano Fernández-Guerra, en tiempos en que la mayoría de las obras de Quevedo (aquel genio, calificado por Cervantes de «hijo de Apolo y Caliope») yacían inéditas en manuscritos difíciles de leer y en bibliotecas recónditas, acometió la ciclópea labor—que nunca le agradecerán bastante los españoles—de buscarlas, revisarlas, anotarlas, comentarlas y darlas a luz en una edición—la citada de 1852—, admirada de propios y extraños, maravilla de erudición que pasma y trabajo de benedictino que asusta. Toda la vida empleó en tan alta empresa el insigne académico: sin él hoy no conoceríamos a Quevedo.

Y tan satisfecho se mostró—bien podía estarlo—de la labor

realizada, que dedicó la edición a su padre, en estas hermosas palabras, emocionantes y sinceras:

«A la siempre tierna memoria de mi padre, el Sr. D. José Fernández-Guerra. Padre mío: Vos, que sin duda desde la eterna mansión de paz habéis continuado inspirándome amor al estudio, a las letras y a los ingenios de nuestra patria, de lo cual tan dignos ejemplares me disteis en este mundo; vos, a quien la severa profesión de la jurisprudencia no impidió trazar la *Historia analítica del teatro español*, y a quien no fué dado llevar a término la empresa de juzgar a *Quevedo y su siglo;* vos, que estáis mirando toda la sinceridad de mi corazón, bendecid el purísimo recuerdo que os consagra vuestro hijo, *Aureliano.*»

Pues bien; esta labor maravillosa, tantos años de desvelos para buscar un códice revolviendo archivos y bibliotecas, tantos comentarios esclareciendo pasajes difíciles, anotando palabras de mil distintas significaciones: esta colosal riqueza sin la cual hoy, como antes indiqué, no sería posible entender a Quevedo, bastante para que el padre de D. Aureliano Fernández-Guerra sonriese satisfecho en su tumba; todo esto, digo, de un plumazo, copiado palabra por palabra, callando en cada una de las notas el nombre del autor, aparece firmado *sesenta y cinco años después*, por D. Julio Cejador y Frauca, como el Juzgado, aun sin necesidad de peritos, puede ver a simple vista cotejando las dos obras.

Si esto, con arreglo a las leyes establecidas, constituyese un delito, merecería un castigo ejemplar. Si al vulgar raterillo justamente se le castiga por robar un pedazo de pan, ¿con cuánta mayor razón no se castigaría a un ladrón de pan espiritual que se apropiara de los comentarios hechos a la mejor obra satírica que conocieron las edades, como son «Los sueños», del sin par Quevedo?

Y si de aquí pasamos a otro orden de consideraciones, el castigo es tan necesario cuanto que él serviría para depurar y delimitar el crespo campo de las letras, tan viciado, por desgracia, en nuestros días. Así se ha hecho en Inglaterra, donde un doctor ha sido duramente castigado por dar como suyos unos pensamientos cogidos a Tácito. Porque hoy es un falso prestigio que puede, prevalido de su atrevimiento, embadurnar con cantares y coplas un libro como el «Quijote»; mañana, un individuo que se adueñaría

de una comedia de Shakespeare; ayer, un desaprensivo que plagiara en un periódico las «Cartas persas», de Montesquíeu. A diario, en fin, podrían cometerse apropiaciones, copias y plagios que nos desacreditarían ante el mundo entero, como si la raza española no fuera ya capaz de producir nada propio. Es verdad que la mayor parte de los plagiarios disfraza el estilo, tratando de ocultar el delito, y que el caso de Cejador y Frauca—por no variar punto ni coma—sería aparte, inaudito y sin precedentes, caso que no se comprendería o hiciera pensar en desequilibrios mentales.

La rectitud del Juzgado sabrá poner coto a todo esto; la Justicia, satisfacerse; al Sr. Fernández-Guerra, restituirle su gloria usurpada; el usurpador, castigado, y la edición, recogida.

He aquí los hechos que denuncio, pidiendo se esclarezcan en justicia. Y no quiero entrar en otro linaje de consideraciones literarias, tales como indicar que, además de aparecer en los dos volúmenes del Sr. Cejador las notas y comentarios de D. Aureliano Fernández-Guerra, aún se atreve a llamar a Quevedo «gañán de la sátira», porque esta apreciación cae fuera del radio de acción de la Justicia, aunque también debiera castigarse.—*Luis Astrana Marín.*

Madrid, 20 de Noviembre de 1918.»

Rectificación.

Admitida por el juez la denuncia del Sr. Astrana Marín. éste prestó declaración ratificándose, y como prueba del delito denunciado entregó los libros a que alude en el citado documento.

* * *

Lo que pasó en las filas del cervantismo averiado podrá sospecharse. El escándalo producido por la denuncia fulminante dura todavía, y durará por mucho tiempo.

A la mañana siguiente, *El Imparcial* decía:

«ASUNTO RUIDOSO

La denuncia contra Cejador

Habla la familia de Fernández-Guerra.

La denuncia presentada por el Sr. Astrana Marín contra D. Julio Cejador, acusado de apropiarse las anotaciones de D. Aureliano Fernández-Guerra a siete obras de Quevedo, ha causado enorme emoción en los Círculos literarios, no sólo de Madrid, sino de toda España, que espera con interés el desarrollo y fases de este ruidoso asunto.

La denuncia, inmediatamente admitida por el Juzgado de guardia. como ya comunicamos a nuestros lectores, ha pasado al dignísimo juez del distrito de Buenavista, Sr. Jarabo, y sigue su tramitación.

Con motivo de ella, hemos recibido infinidad de cartas de aplauso para la campaña depuradora y moralizadora emprendida por el Sr. Astrana Marín. Casi todas, procedentes de escritores de reconocido prestigio, contienen duros conceptos y juicios sobre la labor de profanación del denunciado, razón que nos impide darlas a la publicidad.

Pero dos de las mismas, dirigidas al Sr. Astrana Marín, una de la respetable familia de D. Aureliano Fernández-Guerra, y la otra de persona de alta calidad, que desea mantener el incógnito, son de tal interés, que no queremos privar a nuestros lectores de su conocimiento.

Helas aquí:

«Madrid, 22 de Noviembre de 1918.—Sr. D. Luis Astrana Marín. Muy señor mío y de la mayor consideración: Toda actitud justa. ya oficial, ya particular, a cara descubierta, contra los desmanes de cualquiera clase cometidos en perjuicio de tercero (aun cuando yo no conozca ni tenga relación con la persona objeto del caso). merece siempre mi aplauso, pues soy amante de la verdad; pero tratándose de la denuncia hecha por usted al Juzgado contra don Julio Cejador y Frauca, en defensa de la propiedad intelectual del

difunto Sr. D. Aureliano Fernández-Guerra, que aquel catedrático de la Universidad se apropia con atrevimiento y descaro inauditos, sería yo un hombre mal nacido si no enviara a usted la expresión de mi más profundo agradecimiento por defender la memoria de D. Aureliano Fernández-Guerra, sabio y modestísimo escritor, generoso de su ciencia para los estudiosos, a quien me unían lazos de parentesco, por estar casado con su única sobrina carnal y sucesora.

»No es sólo de ahora el hecho de que otros escritores se engalanen o se hayan engalanado con trabajos debidos a la honrada pluma de D. Aureliano. En vida de éste ocurrieron varios casos parecidos al que usted delata; entonces el perjudicado pudo defenderse y confundir a quienes le desposeían del sagrado fruto de su inteligencia y laboriosidad.

»Saludo. pues, en usted al paladín de tan buena causa, y quedándole muy obligado, me ofrezco suyo afectísimo seguro servidor. *Luis Valdés.*»

La otra carta dice a la letra:

«Señor D. Luis Astrana Marín.—Madrid.—Señor: Recibid mi sincera felicitación por vuestra admirable y admirada obra de depuradora justicia literaria.

»Sensible es, ciertamente, la labor de los iconoclastas; pero si esa labor se realiza con un alto espírtu crítico y con el sereno valor que es siempre necesario cuando acecha el peligro de que la pasión pueda conturbar la ecuánime imparcialidad, el iconoclasta, respetando lo respetable y derrocando lo falso. consagrando el debido acatamiento y la obligada reverencia a los iconos que tal consagración merezcan, y borrando o derribando a los que arteramente usurpan un puesto que no les corresponde. conquista—debe de conquistar—la admiración cordial. hondamente sentida, de todos los hombres justos.

»Por hombre justo me tengo. señor, y por eso os felicito.

»Y me habréis de permitir que, rindiéndome a las exigencias de la modestia, oculte mi nombre verdadero y firme con el que veréis. porque no sería justo que la posible suspicacia del espíritu humano interpretara equívocadamente lo que no es otra cosa que el estímulo de mi gran complacencia por vuestra obra de verdadero patriotismo.

»Le estrecha las manos, ...»

* * *

La denuncia contra Cejador adquirió mayor carácter de gravedad, merced al apoyo que le prestaba la honorable familia del despojado.

No hemos de transcribir aquí, naturalmente, una reseña bibliográfica o biográfica de Fernández-Guerra. Todos sabemos cuán profundo era el saber del insigne colaborador de Tamayo y Baus.

Quien sienta curiosidad por conocer la obra del celebrado académico de la Española, puede, sin embargo, consultar el Diccionario Enciclopédico Hispano Americano.

Don Aureliano Fernández-Guerra, hombre afable si los hubo, al decir de los que le conocieron y trataron, apenas se dió cuenta de su profundo saber. Frecuentemente regalaba comentarios, notas y estudios inéditos, que a él le costaban no pocos desvelos. Dejó mucha labor sin publicar—entre ella nuevas anotaciones a Quevedo—. Su erudición fué la más sólida de España en la primera mitad del siglo XIX.

* * *

En medio de la condenación general, sólo *La Tribuna*, donde el usurpador colabora, fué nota discordante.

Con los tipos mayores que pudo hallar en su imprenta, publicaba, el 22 de Noviembre, este llamativo «entrefilet»:

«Se ha hablado estos días en la Prensa de una denuncia presentada por el Sr. Astrana Marín contra D. Julio Cejador, por supuesto plagio a la edición de «Quevedo», publicada por D. Aureliano Fernández-Guerra.

Nada hemos querido decir sobre el asunto. La edición del señor Cejador contiene infinidad de notas (1) que no existen en la del Sr. Fernández-Guerra, y si algunas de éstas aparecen reproducidas, es natural y legítimo, tratándose de comentarios sobre lo ya publicado y sólo para añadir a lo conocido nuevos esclarecimien-

(1) ¿Infinidad de notas? ¡Qué «frescura!»

tos. Pero, de todos modos, se trata de un pleito ajeno, del cual informarán al lector los protagonistas mejor que nosotros.

MAÑANA

publicaremos un artículo de

Don Julio Cejador

sobre ese asunto, titulado:

"Carta de Quevedo a Fernández-Guerra".

* * *

Y, en efecto, nada menos que en artículo de fondo, con titulares a tres columnas, como si se tratase de la revolución universal, aparecía esto en *La Tribuna* de 23 de Noviembre:

«ASPECTOS ESPAÑOLES (1)

Carta de Don Francisco de Quevedo Villegas a Don Aureliano Fernández-Guerra

Aurelianico de mis entretelas (2). Sepa vuesa merced que en la villa y corte le ha salido un defensor que le quiere roer los zancajos a puras zalemas. Hame traído estas nuevas nuestro buen botones, que ya sabe vuesa merced ha dado en llamarse así. Mercurio picado de modernismo. Y es lo bueno que para poder alabar a vuesa merced, que le oyeran, hanos llevado a los tribunales a mí y a nuestro amigo Cejador. Pásmese, espásmese, maravíllese y asómbrese: a mí, que alguacilé a todos los alguaciles, digo, que los endiablé para siempre o los di para diablos que siempre lo fueron;

(1) ¿Aspectos españoles? ¿De qué?

(2) ¡Miren ustedes que soñar siquiera en que Quevedo pudiera decir «*Aurelianico de mis entretelas*».

a mí, que abominé de escribanos, cuya pluma pinta según moja en la bolsa del pretendiente, como dije ya en otra ocasión; a mí, que añadí andar los jueces en los tribunales y no en las leyes; a mí, que de las leyes escribí ser de calidad de maná, que saben a todo lo que los jueces quieren.

Figúrese entre qué amiguitos me mete su nuevo defensor, que me van a despellejar como a San Bartolomé, túrdiga tras túrdiga, hasta dejarme sin cueros vivos ni muertos.

Y preguntará vuesa merced que por qué. A lo cual responderle hía, si ya no lo supiera, que aún hay en la corte héticos de envidia, de achaques de ambición, y que aún hay deseos mártires y esperanzas vírgenes. Que no otra cosa debe ser el defensor de vuesa merced. Mucho hablar y escribir gordo: que son testigos tan calificados que pueden acreditar cualquiera ejecutoria. Son todavía muchos los jorobados de conciencia y los necios con máscara de discretos, porque a su lado, como ceros, se acreditan. A lo menos por la corte verbenean, como boñigas en ejido.

Hartos mozalbillos hay que apenas si enhilan la basta hilaza de un articulejo en periodiquillos desainados, se les suben a las barbas a varones machuchos, en letras experimentados y encanecidos.

¿Qué le diré, Aurelianico? Por vuesa merced tiemblo, que ya yo me sé sacudir las moscas, y Cejador, moscas y moscones, aunque sean modernistas (1), que son los más pegajosos y mirlados. Pero temo por vuesa merced, que no supo en toda su vida más que amontonar saber y erudición, a sus solas y en su retrete, y esos lisonjeros, jilguerillos son que debieran encerrarse en jaulas, a no haberlos menester los que gustan de escucharlos, y los periódicos que los mantienen para que la guita vaya llegando a la administración.

Mas me preguntará vuesa merced: que quién es ese su nuevo alabador y alguacilado mozo que a Cejador y a mí nos ha llevado a los Tribunales. Pues, a fe de caballero de Santiago, habré de confesarle que, después de mucho rascarme en la cabeza, sólo saco en limpio que debe de ser Perico el de los palotes. Repon-

(1) Calificarme de modernista, cuando diferentes escritores me han tildado de todo lo contrario, es cuanto se puede disparatar en crítica.

dráme vuesa merced que no está conforme, que no puede ser un Don Nadie y Un Cualquiera el que se atreve con Don Julio y con Don Francisco. Y yo le diré que ni el mismo Nicolás Antonio ni Tamayo de Vargas entre los viejos, ni el mismo Menéndez y Pelayo, ni Bonilla San Martín entre los modernos, han sabido darme la menor nueva de ese mozo. Husmeando, husmeando, he llegado a averiguar que fué seminarista en Cuenca y que escribió un librejo que no ha llegado a noticia de los bibliófilos españoles, titulado «Los Seminarios por dentro» (1). Tal debe ser, que Çejador, que apunta en su «Historia de la Literatura Castellana» hasta los «Triquitraques» y otros baturrillos del calenturiento «Fray Candil», y otros libracos de la golfemia literaria, no lo ha tenido en cuenta, y afirma que no conoce de él libro alguno. Por si le puede a usarcé dar alguna luz al rastrear con su microscopio qué linaje de bicho o «soficoco» sea ese, que ya yo le bautizo con este nombre de «coco de la sabiduría y de los sabios» (2), allá va lo que Andrés González Blanco (3) escribió en *El Fígaro* (18 Octubre 1918), hablando de la

---

(1) Que Cejador desconozca mis libros—como desconoce hasta adónde tiene la mano derecha—, antes me agrada. Sólo me pesaría que tuviera noticia de ellos, pues no viviría tranquilo, por el peligro que pudieran correr de ser plagiados.

La obra mía que cita no se titula así, sino *La vida en los conventos y seminarios.—Memorias de un colegial*. La Prensa española habló de ella elogiándola extensamente, en términos que jamás creí merecer, e igualmente los periódicos de la América latina. Y siento decirle al plagiador de Fernández-Guerra—que me obliga a romper los límites naturales de mi modestia—, que *The Freethinker*, de Londres, el órgano más autorizado de los librepensadores ingleses, también se ocupó de mi pobre producción en dos trabajos, de tres columnas cada uno, llenos para mí de las frases más lisonjeras.

(2) Y yo a Cejador con este otro: *Soficaco*, del griego *Sophos*, sabio, y *Caco*, célebre personaje que él conoce muy bien. Así, *Soficaco*, «desvalijador de los sabios».

(3) Este es un insigne crítico y poeta, a quien llaman «el gato del Ateneo», regocijante individuo, natural de Cuenca, aunque él se dice asturiano, que hizo bueno a Carulla en sus *Poemas de provincia*, donde dice:

> «¡Acuérdate, alma mía, de la gentil Asunción,
> hija del Presidente de la Diputación!»

Y más adelante:

> «Suspira un organillo una canción muy lenta,
> que hizo furor el año 1850.»

nueva edición de *La derrota de los pedantes*: «Y hoy, ¿quién representaría esa raza perseverante y tenaz, indestructible e indesarraigable? Pues empezad a contar: el Sr. Vasseur, ese poetastro de falso europeismo; Astrana Marín, ese desdichado tonto disfrazado con una astrosa capa de erudito, queriendo ponerle los puntos a eruditos auténticos, como el Sr. Rodríguez Marín.»

¡Ta, ta!, me dirá vuesa merced. ¿Es Astrana Marín, el difamador de Rodríguez Marín, el que les lleva a los Tribunales?

El mismo que viste y calza. Y es tan cuitado el infeliz, que le lleva a Cejador a los Tribunales, y a mí con él, por haber defendi-

---

Ha escrito algunas novelas de chulería, sin pies ni cabeza, que fueron el hazmerreir de las gentes.

Falto de imaginación, sin estilo, sin cultura, cursi y pedante hasta dejárselo de sobra, y necio sobre toda ponderación, ensayó de erudito y volcó en las anotaciones de los volúmenes que compuso el catálogo de diferentes casas editoriales. Descubierto el procedimiento, y entre la rechifla general, abandonó la erudición y dedicóse a traducir, ignorando tanto el idioma de que traducía como aquel propio a que hacía la versión. Por ahí anda una, de varios artículos de Eça de Queiroz, en demostración de que no cata palabra del portugués, y en donde se puso a traducir el siguiente epitafio latino: *Sparge, precor, rosas supra mea busta, viator*. (Página 35 de *El señor diablo*.) Y ¿cómo dirán ustedes que lo tradujo? Pues—¡agárrense!—de esta manera. Escribe:

«*Esparce (te ruego) rosas sobre mi busto, iandante*... Es la traducción de ese epitafio latino.»

Bien se ve que *el gato del Ateneo* se halla a igual altura en latinidad como en poesía y erudición. Primeramente, *busta* no significa «busto» en buen latín, sino que es acusativo de plural de *bustum, busti*, que vale en castellano *resto, ceniza*. *Mea* —de *meus, a, um*—tampoco puede significar *mi*, antecediéndole *supra*, que es preposición que rige acusativo, sino *mis* (acusativo de plural). Así, la verdadera traducción del epitafio —y esto lo sabe cualquier alumno de latín—es la siguiente: «Caminante, por piedad (ruego o súplica: *precor*), esparce rosas sobre mis restos (o cenizas).» Pero, ¿*sobre mi busto*? ¿sobre qué busto?

Hay más, y doblemente gracioso. En una ocasión se refería cierto autor al célebre libro de Ovidio, *Los Tristes*, que, como es sabido, consta de cinco partes, y empleaba, muy justamente, esta frase: *Tristium libri quinque*. No adivinarán ustedes lo que tradujo González. Cae dentro de la celebridad. El *Tristium libri quinque* lo vertió así: «Quince (!) libros que tratan de cosas muy tristes.» (!!!)

Pues si tan mal anda de latín (y no mejor, como ya hemos advertido, conoce el portugués, hasta el punto de que en la página 121 de la citada obra traduce el verbo *estiolar-se* por el galicismo depauperarse (!), no sin anotar tontamente que no tiene traducción exacta al castellano, vi-

do a Rodríguez Marín. Así lo acabo de leer en *El Imparcial*, donde él mismo descubre ser éste el motivo de la denuncia: motivo que a vuesa merced parecerá digno del nuevo defensor y alguacil endiablado, único capaz de tan glorioso desquite y denuncia tan desinteresada.

La cual dice ser: «el haber aparecido firmados por D. Julio Cejador... comentarios y anotaciones que en 1852 se publicaron bajo la firma de D. Aureliano Fernández Guerra».

---

niendo como viene del francés *s'étioler*, y de escribir tan frescamente que en portugués no existe palabra para significar *pantalla* (página 233), en el idioma de Molière no demuestra poseer mayores conocimientos.

Es para tumbarse de risa verle traducir, en la misma supradicha obra (página 77), la canción de Berenguer:

De vingt rois que l'on encense,
le trepas brise l'autel...

de esta manera: «De veinte reyes a quienes se inciensa, el féretro derriba el altar.» ¡Vierte *trépas* por *féretro*! Sería notable cosa contemplar a los señores féretros en actitud levantisca, y observar cómo se yerguen y presentan feroz batalla a los altares.

¡Pobre estúpido, metido a escritor!

Y para *Inri*—que decía el otro—de este desdichado González, blanco, negro o como sea, baste decir que de un periódico que dirigió (*La Jornada*) tuvieron que echarle por inútil, en un espectáculo que fué la comidilla de todo Madrid.

Ahí va, en fin, otra nota regocijante. Metiéndose a traducir a *Stendhal* —sin conocer el francés, como arriba se demuestra—creyó conveniente verter unos versos italianos de Pulci (*Murgante maggiore*, canto XVIII, estancia CLI) que cita Henry Beyle en sus *Paseos por Roma*. Helos aquí:

Riposse allor Margutte: a dirtel tosto,
io non credo più al vero che al azzurro,
ma nel capone, o lesso o vuolsi arrosto;
e credo alcuna volta anco nel burro...

¿Cómo dirán ustedes que los *traduce*?

Pues prepárense. Así:

«Repuso entonces Margutte: A decirte verdad, yo no creo más en el negro que en el azul, pero sí en el capón natural o bien asado; y creo también algunas veces en el burro...»

¡Vierte la palabra italiana *burro*, que significa *manteca*, por burro!

También nosotros creemos algunas veces en el burro... y en que existe quien aventaja al burro...

¡He aquí el defensor de Rodríguez Marín!

¿Qué tendrá que ver esta denuncia de plagio con la cuestión de Rodríguez Marín? (1). Vuesa merced verá cómo semejante vengancilla o despecho no cabía más que en Perico el de los palotes o en el Soficoco, que son una misma persona. El hombre, digo, el coco sabio, no pudo responder al alegato de Cejador, y va, y ¿qué hace?, nos lleva a los Tribunales. Yo, que suelo andar por allí en espíritu, para reirme, y no de los porteros ni de los reos, vi lo que voy a contar a vuesa merced. Entró un hombre dando voces, diciendo: «Aunque las doy, no tengo mal pleito; que a cuantos simulacros hay o a los más, he sacudido el polvo.»

Todos esperaban ver un Diocleciano o Nerón, por lo de sacudir el polvo, y vino a ser un sacristán que azotaba los retablos, o un seminarista metido a erudito, que gritaba como un descosido a Cejador: «Se ignora usted y me ignora.»

Yo, al oir zurrido tan soberbioso y badajada tan de Narciso modernista, eché a correr.

Que no le conociera no es maravilla, ya he dicho a vuesa merced que nadie sabe de él, que es Perico el de los palotes.

Que Cejador no se conozca, también lo sabemos por acá; se pasa de modesto. Eso le hemos achacado siempre. Bien sabe vuesa merced que deber de todo comentador es saber recoger de los que le precedieron cuanto de bueno haya en ellos, añadiendo nuevas y propias aclaraciones (2). Vuesa merced comentó históricamente mis «Sueños», pero no se metió en repulgos filológicos que no eran de su competencia. Cejador escribió en la «Introducción» de su edición comentada, que la de vuesa merced «es fuente indispensable» tratándose de mis escritos, y como de la fuente se saca, sacó él cuanto le vino a cuento (3), añadiendo todas las notas filológicas que en el trabajo de vuesa merced faltaban. Otros sacan agua de la fuente y la enturbian, mudando la manera de decir para enmascarar lo ajeno. Cejador es tan modesto, tan franco, tan arago-

(1) Y el «Soficaco», ¿qué tenía que entrometerse donde nadie le llamaba?

(2) El deber de todo comentarista, **si nada nuevo tiene** que decir, es callarse. **Y si copia punto por punto y palabra por palabra, confesar** de **quién es el trabajo.**

(3) **Tanto sacó, que se lo apropió todo.**

nés, que el agua que saca la sirve clara y tan cristalina como salió de la fuente (1), mostrando a los eruditos con mayor honradez literaria lo que debe a otros, puesto que no lo enmascara y oculta. Que si su antecesor dijo, pongo por caso: «Es frase del salmo 58», Cejador tiene por tontería y solapamiento necio convertir esa nota en esta del siguiente tenor: «Estas palabras están tomadas del profeta David en su salmo 58» (2). ¿No se dijo bien la primera vez? Pues repítase sin envoltorios de plagiario. No es plagio en obras de erudito comentario repetir lo bueno que los comentaristas anteriores dijeron bien; y mucho menos decirlo sin mudar las palabras, porque así los eruditos sepan lo que a cada cual se debe. Ni es menester repetir a cada triquete el nombre del comentador de quien se tomó, cuando éste es único y conocido, por haberse advertido en la «Introducción».

Tal es, Aurelianico, la manera franca, honrada de proceder, que alabamos tiempo ha, de Cejador. Vuesa merced, que tanto apreció las aclaraciones filológicas que Cejador añadió de su cosecha y que se congratuló conmigo del amor que me tiene, va a llovarse las manos a la cabeza cuando le diga que ese soficoco de la moderna ciencia española dice que Cejador me tiene rabia e inquina, y que en son de menosprecio me llama «gañán de la sátira». Yo, Francisco de Quevedo, en quien, según Cejador, «el genio español y el genio de la lengua castellana parecen encarnados» (3), declaro que Perico el de los palotes, alias Astrana Marín, al interpretar como despectivo ese valiente calificativo que Cejador me da, muestra no entender ni pizca de lengua castellana ni de sus enfadadas y valientes maneras de decir, y que al calificar de «nefasta (4) la producción literaria» de Cejador, cuya erudición admira vuesa merced, y con cuyo estilo y lenguaje yo me solazo, no sabe de letras ni de estilos, y le declaro por perpetuo Perico el de los palotes, o

(1) Da lástima ver a qué recursos apela Cejador para tratar de explicar el que se apoderara de las anotaciones de Fernández-Guerra sin variar ni siquiera el estilo.

(2) O mucho nos equivocamos o alude a Rodríguez Marín.

(3) Lo dijo Fernández-Guerra.

(4) ¿Quién habló de «nefasta»? *El Imparcial* decía «nefanda», y decía bien. Además, dichas palabras son propias del redactor del periódico que reseñó la denuncia.

sea Don Nadie en la República de las Letras.—*Francisco de Quevedo Villegas.*—Por la copia, *Julio Cejador.*

* * *

A este artículo, tan pretencioso y necio como mal escrito, lleno de sofismas y ridículo por demás, puso *El Día*, de 24 de Noviembre, el siguiente ingenioso comentario en su acreditada sección de «Pequeñeces...», que escribía entonces un ilustre poeta:

—

«De un artículo de Cejador:
«Cejador (¡alábate, pavo!) es tan modesto, tan franco...»
¿Franco?
¡Ah! Entonces por eso está tan en baja.» (1)

—

Yo contesté a las necedades del *Soficoco*, ya bajo la jurisdicción del juez del distrito de Buenavista, con lo siguiente. que publicó *El Imparcial:*

«LA DENUNCIA CONTRA CEJADOR

Respuesta de Fernández-Guerra a Quevedo

La Tribuna de anoche inserta un artículo del Sr. Cejador, titulado «Carta de D. Francisco de Quevedo Villegas a D. Aureliano Fernández-Guerra», a propósito de la denuncia presentada por el Sr. Astrana Marín contra el primero.

Nuestro colaborador nos remite las siguientes cuartillas:

Mortales somos todos los hombres, Sr. D. Francisco, y así los vivos como los muertos estamos sujetos a despojo. Tal he quedado tras el saqueo del Cejador—que no fué mayor el de Roma, con Borbón por Carlos V—, que apenas conservo la ropita y los zapatos; porque de los huesos no se halla más rastro que de los de vuesa

(1) Era la época de la gran guerra, en que—y aún dura la baja, y que sea por muchos años—el franco venía a valer la mitad de la peseta.

merced en Villanueva de los Infantes. Tan monda y lironda, tan triturada, tan molida, tan apropiada y desvalijada ha dejado mi obra el Cejador, que vuesa merced se habrá visto en alguna ocasión entre luteranos y moriscos; pero jamás habrá sufrido semejante despojo. Ríase de todos aquellos Aliagas, Montalbanes y Pachecos que formaron el *Tribunal de la justa venganza*; usaron, en verdad, del libelo, de la infamia y de la calumnia; pero ahora se atiende a cosas más provechosas, y se han trocado esas armas por la ganzúa, el escalo y la palanqueta. Los tiempos cambian, y la literatura con ellos. No basta haberme copiado íntegras todas las notas a siete obras de vuesa merced, sino que todavía el usurpador tiene el cinismo de decir que sólo fueron unas cuantas. ¡Unas cuantas, y no me ha quedado página libre! ¡Oh, manes de Rinconete!

Al juez apelo, no tanto para que castigue el delito como la desvergüenza. Que ya es demasiado inventar que defiende a vuesa merced quien escribe: «Ni liras, ni cítaras, ni formingues son para los callosos dedos de este gañán de la sátira», y más adelante: «No había nacido (Quevedo) para la novela, el teatro u otras obras largas.» ¿Cómo se defenderá esto, siendo vuesa merced autor de *El Buscón* y de la *Política de Dios y Gobierno de Cristo*, el Sumo Hacedor de la España política y novelista de esta hechura. Pero no es extraño que diga lo que dice el Cejador, pues no es mucho que tenga mala condición quien nunca tuvo [illegible]. Ni me llame ni nos llame amigos y admiradores, que no necesitan bien tales amistades ni admiraciones. ¡Pues sólo esto nos faltaba! Además, hago constar que los únicos párrafos con que no ha arramblado el Cejador, son aquellos en que elogio a vuesa merced. ¡Considere mi pesadumbre!

Y agradézcale Astrana Marín que no le haya incluído en la *Historia de la literatura castellana*. ¡Ojalá no la tengan también que examinar los jueces!... (1). Pero no tratemos de esa historia, allá se las entienda con ella Astrana Marín. En lo que vuesa merced estará conforme conmigo es en que el Cejador trata de hacer ver que le acusan de plagiario, y no hay tal; le acusan de algo más-

(1) ¡Qué de desafueros cometidos contra Francisco A. de Icaza! ¡[illegible] manera de copiar!

grave: de usurpador de la propiedad literaria; no se venga con eufemismos.

Así, será bueno recomendarle que gaste todas sus sutilezas en intentar convencer al juez, y se deje de *soficocos* y Pericos de los palotes y demás cuentos, que no está el alcacel para zampoñas, cuanto más que es mejor ser Perico de los palotes que Cortadillo. Y por último, que no se ocupe de vuesa merced, calificándole de inferior a Gracián, y que a mí, sobro todo, me devuelva lo que me ha llevado, que en el sepulcro estoy y no muy seguro.

Dios guarde a vuesa merced, y a uno y otro del Cejador.

Por la copia, y no soy el ex jesuíta.—*Luis Astrana Marín.*»

* * *

Haciendo abstracción de todo, impertérrito, como antes, sin aludir para nada a lo que acontecía, finalizaba yo mi campaña en «Los Lunes» de *El Imparcial*, con este trabajo, aparecido el 25 de Noviembre:

VII

Resumiendo, que el Sr. Rodríguez Marín, al comentar el *Quijote*, se ha metido, como vulgarmente se dice, en camisa de once varas. Le viene muy ancho, en efecto—y ¿a quién no? —, tanto libro para tan estrecha cultura. Y antes que pasar por indocto, prefiere ser tenido por plagiario. Lo primero hubiera constituído una rémora para su vida de sedicente erudito, y en cuanto a lo segundo, aquí en España el plagio, y aun el robo, están a la orden del día, para que nadie repare en semejantes menudencias (1). Así, firme en sus propósitos de conseguir una reputación literaria, no paró mientes en que alguna vez habían de descubrirse sus supercherías, ignorando con cuán secretos pies se entra la Guardia civil en los más apartados rincones de la república de las letras.

---

(1) Adviértase lo que más adelante se dice sobre el asunto. Tanto se copia, que ya ni los plagiarios ponen atención en las firmas. En una reunión se hallaba el que esto escribe, a la que asistía el benemérito comandante D. Francisco Arderius, cuando uno de los contertulios leyó un artículo que decía acababa de componer. El tal artículo resultaba ser copiado, línea por línea, de otro, años ha escrito por el citado Arderius.

Como no podía menos de suceder, y tras desaprobar en cien pasajes la prosa cervantina—que ha enseñado a escribir el castellano a varias generaciones—, Rodríguez Marín forma coro con los pobres diablos qne hace algunos lustros tenían a Cervantes por mal poeta. Porque en la bellísima canción de Grisóstomo dice el genialísimo vate del *Viaje del Parnaso:*

«Pertinaz estaré en mi fantasía»,

Rodríguez Marín escribe (pág. 312): «Es muy endeble verso, a causa de la sinalefa que tiene en la sexta sílaba, cabalmente en donde está el acento principal». Esto de aplicar la Gramática al *Quijote*, cuando del *Quijote* se ha formado la Gramática, no deja de ser gracioso. ¿Habrá hombre en el mundo, entre todas las naciones de habla castellana, que tenga por incorrecto verso tan correctísimo como

«Pertinaz estaré en mi fantasía»?

Con sinalefa o sin sinalefa, ¿podrá ponérsele pero alguno a ese endecasílabo?

Pues la misma razón lleva en eso Rodríguez Marín que al escribir, criticando que se diga a *la espada* o *al espada:* «¿Por qué no *el espada*, cuando así hubo de escribirlo Cervantes, y así se decía generalmente a principios del siglo XVII?»

Porque no, Sr. Rodríguez Marín: porque *el espada* no se dijo sino en los tiempos del *Poema del Cid*, y no sólo a principios del siglo XVII, pero en todo el XVI, se escribió *al espada* y *la espada* (1). Que alguna vez se encuentre *el espada* no indica que su uso fuera general, ni mucho menos, pues rara vez se le halla, sino un

---

(1) Rara vez, casi nunca, escribió Cervantes *el espada*, sino *la espada*. Pasajes de la edición príncipe que lo demuestran: «Venia, pues, como se ha dicho, Don Quixote, contra el cauto Vizcayno, con *la espada* en alto...» ... «Yo procurare auer a las manos alguna *espada*.» ... «Se alço de nueuo en los estribos, y apretando más la espada.» ... «El qual fue dado con tanta fuerça y tanta furia, que a no voluersele *la espada*...» «Dieron la vida al filo de *la espada*.» «Y en la derecha desembaynada *la espada*...», etc., etc.

capricho, la momentánea exhumación de un vocablo antiguo, como hoy mismo solemos escribir *vuesa merced* y *vos*.

Parecido a esto, e igualmente equivocado, es lo que anota el comentarista en la página 257:

«*Olalla*, hoy *Eulalia*, como dice Cejador, «por reacción erudita hacia la forma primitiva griega.»

¡Vaya una autoridad que fué a aducir el Sr. Rodríguez Marín, D. Julio Cejador! ¡Otro plagiario! Ahí están sus dos tomos de comentarios a *Los sueños*, de Quevedo—también recogidos por «La Lectura»—, fusilados de los que en la Biblioteca Rivadeneyra publicara D. Aureliano Fernández-Guerra, el Clemencín cejadoresco. Digo que para Cejador (que no le plagia, sino que le copia), Fernández-Guerra fué lo que Clemencín para el actual director de la Biblioteca Nacional. Ahora, como crítico, Fernández-Guerra es muy superior a Clemencín. ¡Mire por dónde saltar aquí Cejador!...

Volviendo a lo de *Olalla* y *Eulalia*, no hay tal «reacción erudita», pues también se decía *Eulalla*, y así se encuentra en Lope de Rueda—tan admirado de Cervantes—: «Vaya vuesa merced, que yo por acá me quiero ir a dar vuelta por ver si podré alcanzar una vista de mi señora *Eulalla* la negra...» (*Eufemia*, edición académica, I, 47.)

Muy atrevidas son, asímismo, las afirmaciones de Rodríguez Marín cuando, en la página 89 del volumen segundo, dice que: «Al verbo *comenzar* se solía dar en lo antiguo el régimen *de*, en lugar del que se le da ahora, que es *a*», y cuando en la página 117 del tomo primero, escribe: «*Montar* en su acepción, poco usada ahora, de importar una cuenta tal suma, o subir a ella.» En cuanto al primer punto, puede asegurarse que el régimen de *a* o de *de* fué indiferente; y en cuanto al segundo, que es corriente todavía el empleo de la palabra *montar* en significación de importar una cuenta.

Pero no queremos cansar más la atención del lector con ejemplos, después de lo que llevamos dicho. ¿Qué juicio merecerá a toda persona sensata el que un comentarista, en vez de hacer resaltar las bellezas del texto, escriba—página 24—glosando un párrafo del *Quijote:* «La inexactitud puede achacarse al trastornado caletre de Don Quijote; pero, en realidad, es imputable al descui-

do con que Cervantes solía escribir»? ¡Muchos novelistas que escribieran con *el descuido* de Cervantes!

Una sola nota, vergüenza sin precedentes. vamos a descubrir para terminar. Dice en una ocasión el hidalgo manchego—en el capítulo xv—que *antes de dos días* tendría la bebida o bálsamo de Fierabrás o *mal le habían de andar las manos*, y en contestación le pregunta Sancho: «¿Pues *en cuántos* le parece a vuestra merced *que podremos mover* los pies?» Y anota doctoralmente Rodríguez Marín, enmendando la plana a Cervantes (página 13, vol. II): «Mejor estaría *que no podremos*.» Y todavía mejor si preguntase: «Pues, *¿a los cuántos?...*»

¿Qué les parece a ustedes? Se necesita ser... cervantista para atacar a Cervantes de ese modo, estando inmejorablemente expresado lo que escribe. Bien observa a tal respecto Clemencín—y ojalá fuera siempre tan afortunado—: «Está dicho con una facilidad y una naturalidad que encanta.» Y ello es así, pues *en cuántos* equivale a «*en qué* días podremos mover los pies».

Pero como el Sr. Rodríguez Marín dice en el prólogo de su edición que no se enojen los muy doctos de que él «haya descubierto *tal cual cosilla* que ellos ignorasen», dándose a sí propio el título de sabio supremo, nos quedamos perplejos de si tendrá razón al sostener que Cervantes era descuidado e incorrecto y que el lenguaje del *Quijote* debe modificarse como él indica. ¿Quién nos sacará de esta terrible duda? ¡Oh, dioses! Si tendremos en Rodríguez a Homero y a Esquilo redivivos! Este es el comentarista, cuyas notas al *Quijote*, en opinión de Mariano de Cavia, no podían estar mejor. ¡Si hubiera dicho mejor plagiadas!,

El Sr. Rodríguez Marín, si quiere acometer una loable labor, debe arrancar del *Quijote* su prólogo ditirámbico; puntuar los párrafos como los puntuó el autor; quitar todas las adiciones que ha encajado en el texto y añadir las muchas que ha suprimido; dejarse de comentarios, rasgar todas sus anotaciones; no elogiarse tan desaforadamente y restituir el libro inmortal a los mismos términos en que lo parió Cervantes. Y así, sin prólogos, notas, enmiendas, adiciones, coplas, supresiones ni modificaciones, mondo y lirondo, el *Quijote* será bienquisto de todos, quedará como las propias rosas y ustedes no harán que tomemos a chufla a los cervantistas.

Y respecto de los editores de «La Lectura», sumo bien sería que acabaran de publicar—es decir, que no publicaran—tanto plagio como sale de sus ediciones.

Considerando los desafueros cometidos contra *El Ingenioso Hidalgo*, se pregunta uno tristemente, si no resulta ya demasiado libro para los españoles.

No en balde dice su autor al final: «Vámonos poco a poco; pues ya en los nidos de antaño no hay pájaros hogaño.»

Gran suerte fuera que no hubiese tales cervantistas.

* * *

El Cejador, a pesar de constituir la rechifla de las gentes, no cejó en su empeño de seguir haciendo el ridículo, y en vez de callarse o coger el tren, avergonzado, y salir para la Patagonia, aún tuvo arrestos para escribir esta mamarrachada, publicada de fondo en *La Tribuna*: «Aspectos españoles» (1).

CARTA DE DON AURELIANO FERNANDEZ-GUERRA A DON FRANCISCO DE QUEVEDO VILLEGAS

Su cariñosa y donairosa epístola he leído, celebrado y reído, y casi casi llorado, mi querido D. Francisco. Tomo nota de ese Astrana (D. Luis) en papeleta particular, por si tras haber entrado en la República de las Letras con tan extraordinario pie, que no sé decir si derecho o siniestro, pero tal ciertamente que nadie ha podido contenerle, llega a ser tan famoso escritor con el tiempo como lo ha sido con sus intemperancias de estos días.

Porque que sea mozo de cuidado, como usted me advierte, no cabe duda. Basta ver la polvareda que ha levantado, digna del más barbián de los barrenderos de la Corte, y la «infinidad de cartas de aplauso para la campaña depuradora y moralizadora emprendida», como leo en *El Imparcial*, que acompaña a la suya.

El botones o modernizado Mercurio díjome al oído, al entregár-

(1) ¿Otra vez aspectos españoles? «Aspectos del plagio», debió titular el artículo, que llevaba el encabezamiento a tres columnas.

mela, lo que se había holgado y reído al ver a ese bien apuesto mozo, o «Soficoco» que usted dice, pedir muy estufado al jefe de la redacción del periódico que diese órdenes al carpintero de la casa para que labrase holgado mueble donde guardar la infinidad de cartas con que le habían honrado de todas partes, las cuales, amontonadas sobre la mesa de redacción, la cogían toda y subían ya hasta casi los techos (1). Tampoco dice que pudo contener la risa el jefe de redacción, y que tuvo que volver la cabeza para disimular, al oir las pretensiones del nuevo y gallardo redactor.

Las más notables de entre esa infinidad de cartas, dice *El Imparcial*, y dice bien, son dos que he leído y vuelto a leer, pesando la autoridad y fuerza que añaden al ya incontrastable empuje del Sr. Astrana.

La una es nada menos que del esposo de la hija de un hermano o hermana mía (que ya no me acuerdo). También aquí el botones puso su nota (y no tomada de mis libros), diciéndome que el tal esposo de la hija de la hermana o hermano (2) debe de ser un señor que ha visto muchas tardes sentado a la mesa del café junto a Rodríguez Marín, del cual parece ser muy amigo.

No debe de serlo mucho, le dije yo, cuando en lugar de escribir carta de agradecimiento a Cejador por haber salido en defensa del amigo, tan a costa propia, escribe al Sr. Astrana, que en el amigo se ensañó, proclamándole «paladín de tan buena causa», y diciéndole, entre otras cosas: «Soy amante de la verdad...; sería yo un hombre mal nacido si no enviara a usted la expresión de mi más profundo agradecimiento.»

No puedo creer que los de mi estirpe obren así, de suerte que, o no es amigo de Rodríguez Marín el autor de la carta, o la carta no es del amigo de Rodríguez Marín.

Cuanto al resto de la carta, yo, hombre no mal nacido en tiempos y luego no sé si mal o bien muerto (!!), pero que discurro, si no con los cinco sentidos (!!!), al menos con todo el esplendor de la verdad, aseguro que Cejador no se apropió «con atrevimiento y descaro inauditos», como esa carta dice, las notas de mi edición.

---

(1) Contra la opinión del *Soficaco*, en su mal disimulada rabia y amargura, se recibieron a montones las cartas.

(2) ¡Oh, la educación del *Soficaco*!

sino que me honró mucho con ponerlas entre las suyas (1), puesto que creía no poderlas mejorar, y dejólas tal cual estaban para que los eruditos las reconociesen al punto.

La otra carta que trae *El Imparcial* y lleva increíble peso y autoridad a la empresa del «Soficoco», es de un anónimo (2). Y digo peso y autoridad increíble o no creedera, porque tal es la autoridad que los anónimos siempre tuvieron, y además, porque carta no firmada podemos suponer que la firman otra infinidad de personas, fuera de la infinidad que le escribieron cartas firmadas, como constará en el susodicho holgado mueble del periódico.

La tal anónima carta es admirable y peregrina, porque habla de iconoclastas y de iconos, lo que da bien a entender que el autor sabe griego, y bien puede asegurar *El Imparcial* que es «persona de alta calidad». El estilo lo deja ver a tiro de ballesta, por altisonante, grandiosamente retoricado, esponjoso y rítmico, como en aquello de «borrando o derribando», «admirable y admirado», «obra de depuradora justicia literaria», «admiración cordial, hondamente sentida».

Además, aunque el autor de la carta no da la cara; pero por «hombre justo me tengo, señor», dice; y, ¿quién se lo va a negar?, sospecho que se llame «Blas».

Pero lo que más me ha llenado es lo de «los iconos». Usted, D. Francisco de mi alma, con toda su riqueza de idioma, olvidóse de esta palabra. Y ¡cuidado que es bonita, D. Francisco! «Iconos». Archívela en su magín.

Volviendo a la carta, sólo le hallo un pero, y es que no entiendo lo que querrá decir con aquello de: «Y me habréis de permitir que, rindiéndome a las exigencias de la justicia, oculte mi nombre verdadero». ¿La justicia exige ocultar el propio nombre? ¿La justicia justifica el anónimo?

No lo entiendo (3). Pero para persona de tan alta calidad y que sabe de griego y de iconos, debe de tener también su justicia particular.

---

(1) ¡Qué fresco!

(2) No había tal anónimo. ¿Y si la firma fuera de un académico?

(3) Bien se ve que el *Soficaco* no columbró la carta, ni mucho menos el nombre de su autor a través del estilo; ni decía «exigencias de la justicia», sino «de la modestia».

Apoyado, pues, con estas dos cartas y con la infinidad de otras, que, si bien no tan notables y autorizadas como éstas, no hay duda que sumadas dan autoridad infinita, el Sr. Astrana (D. Luis), que ya está en papeleta, alias «El Soficoco», también en papeleta aparte, para cuando así gustare firmar sus obras, ha logrado de un brinco encaramarse al pináculo de la fama. Los peldaños sobre los cuales puso para ello sus gloriosas plantas, son dos escritores españoles contemporáneos: Rodríguez Marín y Cejador.

Algunos jóvenes, también escritores, al verlos así acoceados por sea quien se fuere, creyéndoles maltrechos por tierra y desamparados de todo el mundo, han sentido allá dentro de sus candorosas ánimas un como cosquilleante regocijo. Otros hasta lo han demostrado en lo de fuera (1). ¡Con cuánta razón escribió usted, don Francisco, que «aún hay deseos mártires y esperanzas vírgenes», que «aún hay en la Corte héticos de envidia, de achaques, de ambición»! Aunque, en los días que corren, creo yo que más hay hambre y falta de pan y miedo de que otros se lo quiten. Rodríguez Marín y Cejador, ni son hombres que pierdan ni ganen porque un Perico el de los palotes les haga muecas y cocos, poniendo cara fea, haciendo la birria y siendo el hazmerreir de las gentes, ni hacen sombra a nadie trabajando a sus solas, habiendo además sol de sobra para todos. Pero es harto de lamentar, D. Francisco, lo que está pasando por allá abajo de algún tiempo a esta parte.

Allá le quisiera yo ver empuñando, como en tiempo de marras, el látigo de su sátira magistral (2). Aunque me temo que de asco no volviera a morirse.

Porque, ¿qué se puede esperar de un pueblo donde tanto se llora la falta de cultura y de varones sabios (3) que le den lustre y gloria para con los pueblos extraños, si cuando a puro de quemarse las cejas y bregar toda su vida logran media docena llegar a ser honra de ese pueblo dentro y fuera de la nación, los mismos jóvenes que lloraban la falta de cultura y de varones de saber, tiran a desautorizarlos, les faltan al respeto, hasta les insultan y escarne-

(1) Confesión explícita de que nadie tuvieron a su favor el par de comentaristas.

(2) ¿Su sátira magistral? Pero ¿no hemos quedado en que es un «gañán de la sátira»?

(3) Ahora tiene la culpa España. Además, se aplica el título de varón sabio.

cen, les niegan todo su valer y echan abajo la obra entera de toda su vida por unos defectillos que hallen o crear hallar en cualquiera de sus libros, y donde no faltan tontos que aplaudan y aupen con efímero y triste triunfo de un día a los que con procacidad intolerable se atreven a denostar a los varones que son honra y prez de la patria? (1).

Esto es lo que apena, D. Francisco. Las polvaredas se disipan, los ruidos se truecan en silencio, las obras merecedoras de fama son las únicas que perseveran más bruñidas y relucientes con el cribar de la crítica, justa o injusta, envidiosa o serena; pero la ruindad de ese proceder en ciertos malaconsejados mozos y el aplauso desconsiderado de los que les hacen corro, señales son inequívocas de haber bajado mucho el espíritu de un pueblo.

Duélase conmigo, y quiera Dios que no tenga que volver a escribir de tamañas desdichas. *Aureliano Fernández Guerra.*

P. D. —Al ir a cerrar esta carta, veo que en *El Imparcial* me cuelga *El Soficoco* otra para usted, que declaro falsa, hechiza, mal hilada y sosa de remate. ¿Cómo diablos voy a escribir yo, que «apenas conservo la ropilla» (2), si ropilla no usó nadie en mi tiempo?

Esto le bastará para conocer que la tal carta no es mía, sino de *El Soficoco* mismo, que me levantó también cómo yo había añadido nuevas notas a la edición de 1880 (3), y tan frescamente añadió que Cejador también las había copiado. Yo no añadí nuevas notas ni preparé esa edición, que se hizo con las planchas mismas de la de 1852, que aún las tienen Perlado, Páez y Compañía. Si no hice nuevas notas, mal las pudo copiar Cejador. —Vale.

Por la copia,
JULIO CEJADOR.»

(1) Por si fuera poco, Rodríguez y él son honra y prez de la patria. No es posible que el bibliotecario de la Nacional leyera esto sin sentir repugnancia.

(2) Cejador confundió *ropita* con *ropilla*.

(3) Sí que lo dije. Con toda seguridad que Cejador arrambló con las notas de la edición de 1880 sin compulsarlas con la de 1850. De todos modos igual da que la usurpación se haya verificado con la una como con la otra edición, ya digo en la denuncia que no tomo en cuenta las notas de la de 1880. ¿Para qué?

El artículo anterior no merecía réplica. Al cúmulo de simplezas del *Soficaco* contesté, dándome ya lástima el catedrático de la Central, con estas breves palabras que publicó *El Imparcial* de 27 de Noviembre:

«ASUNTO RUIDOSO

La denuncia contra Cejador

El Sr. Astrana Marín nos ruega la publicación de las siguientes líneas:

Cejador no quiere comprender que está acusado del grave delito de usurpación de la propiedad literaria y que, por tanto, entre yo y él no cabe discusión posible.

Se trata de averiguar si se apropió o no la obra de D. Aureliano Fernández-Guerra, y esto es a Temis a quien incumbe. Apolo está ausente.

Siga escribiendo en *La Tribuna* más que el Tostado—y San Dimas le valga—, que yo no he de gastar el tiempo en discusiones teniendo la palabra el juez.—*Luis Astrana Marín.*»

* * *

El *Soficaco* perdió los estribos a la lectura de las precedentes y despectivas líneas, y contestó con lo que va a continuación, publicado como de costumbre, de fondo, con titulares a dos columnas, por *La Tribuna*, diciendo que yo ¡¡rehuía la cuestión!!

Es regocijante.

«ASPECTOS ESPAÑOLES (1)

Otra segunda catilinaria

»Tandem aliquando, Quirites... abiit, excessit, evasit, erupit.» «Fuése, salióse, rompió por en medio de todos y escabullóse», como tradujo el famoso doctor Laguna; «puso los pies en polvorosa», como traducen nuestros elegantes pícaros.

(1) Y siguen los «aspectos».

Ello es que «escabullóse»; que en este mal pleito literario, acude al juez, como cualquier ridículo Municipio de Villabrava acudiría a Wilson.

«Entre yo y él no cabe discusión posible...; yo no he de gastar el tiempo en discusiones, teniendo la palabra el juez». Así *El Sofico-co*, después de leídas las cartas mutuas de Quevedo y Fernández Guerra. Quiere decir que tira los trastos en medio del redondel y pone pies en polvorosa, que se sale por el foro, que dice: «Ahí queda eso.»

A «Temis a quien incumbe» acudo, despojándose de las armas que le pesaban y abrumaban más de lo que podía esperarse de sus altaneros retos.

Y añade: «Apolo está ausente.» Como si Apolo le hubiera echado en toda su vida ni una sola mirada.

¿Y para eso tanta tremolina, polvareda tanta, tanta infinidad de cartas de aplauso, tanto holgado mueble mandado hacer para guardarlas, tanta ropilla que le quiso vestir al bueno de D. Aureliano, hecho a pantalones y levita?

«Apolo está ausente.» ¡Y tan ausente! El sereno Apolo huye de polvaredas, de insultos soeces, de delaciones y denuncias, de anónimos, de iconoclastas e iconos y otros talabartes de niños bien y de escritorzuelos lampiños, irrespetuosos y altaneros.

«Entre yo y él no cabe discusión posible.» ¿Cuándo ni dónde he admitido yo semejante discusión? ¿En qué figón hemos comido juntos? ¿Por dónde iba yo a discutir con quien tras una serie de artículos de crítica depuradora, como él la llama, y que no fué más que un desahogo de impertinencias y un tejido de sofismas contra el comentario de Rodríguez Marín, nos sale al cabo con que no debe haber comentarios? (1).

Por ahí había de comenzar, y se le hubieran reído los lectores. ¿Querrá dar a entender el muy sabiondo que no tropieza en todo el «Quijote» con una sola alusión o palabra que le sean desconocidas? Porque yo le aseguro que ni Bowle, ni Clemencín, ni Calderón, ni Hartzenbusch, ni Cejador (2), ni Cortejón, ni Rodríguez Marín, ni otro comentador alguno del «Quijote» puede afirmar que

(1) No escribí yo semejante cosa.

(2) Eso es modestia; citarse a sí propio.

todo ese libro inmortal sea transparente y claro, ni para ellos ni para nadie. El «Quijote» necesita «luz y más luz», como dijo Menéndez y Pelayo, a quien no se le ocurrió hacer la excepción de: «fuera de un sapientísimo señor llamado Astrana, el único que no necesita comentario alguno para entender, calar y aquilatar cuanto encierra la obra de Cervantes».

Todo comentario es inútil y hasta pernicioso para este sabio inenarrable. Fernández Guerra hizo, pues, una tontería al comentar a Quevedo; sus notas son cosa que huelga, son inútiles, no valen dos pitoches en la República de las Letras, y Cejador, al tomarlas, tomó lo que nada ni para nada valía; no merece más que el dictado de tonto (1), que recoge lo que nadie quiere ni trae utilidad de ningún género.

Y Temis ¿qué le va a decir al denunciador de cosa tan baladí? Temis, como Apolo, están ausentes (2) cuando tales simplicidades se ponen a discusión. Temis quiso ser virgen; pero Júpiter casóla consigo a la fuerza, dándole tres hijas: la Equidad, la Ley y la Paz.

Tal reza la fábula. Ni forzada, ni a trescientos mil tirones se casa Temis con *El Soficoco*. Porque *El Soficoco* no le hubiera podido dar tales tres hijas.

La Equidad del *Soficoco* se ha manifestado atribuyendo a la edición crítica de Rodríguez Marín lo que no hay en ella y afirmando que Cejador copió notas de la edición de Fernández Guerra de 1880, no habiendo hecho Fernández Guerra tal edición ni puéstole las soñadas notas (3)

La Ley del *Soficoco* es escarnecer, insultar, injuriar: nueva interpretación del *Summum ius summa iniuria.*

La Paz del *Soficoco*: meter fajina, revolver cotarros para que se hable de él.

Ya le dije que si tenía hipo de notoriedad, que no era ese el camino, que su señoría había hocicado en la crítica contra Rodríguez Marín.

Sin duda, el hipo se le recreció; sacó todos los registros contra

(1) ¿Cómo de tonto? ¡De usurpador de la propiedad literaria!

(2) ¡Qué había de estar Temis ausente! La tenía cogida por la mano el dignísimo juez del distrito de Buenavista, en unión de dos tomos de Cejador y uno voluminoso de D. Aureliano **Fernández-Guerra**.

(3) ¡Qué... frescura!

mí, y ya ni hocicar pudo; escabullóse. No sabe el hombre qué decir tras la lectura de las cartas de Quevedo y Fernández Guerra; se da por vencido en el terreno literario y acude, como las niñeras, para meternos miedo: ¡El Coco! ¡Que viene el Coco! ¡El juez tiene la palabra! ¡A Temis incumbe!

¡Bueno, hombre, bueno! Si se va, váyase con viento fresco. ¿Coquitos a mí? ¿A mí, que me desempolvé el gabán de soficocos con un papirotazo? (1).

Cuando se toma la pluma hay que mirarse bien en lo que se pone sobre el papel, y luego hay que saber mantenerlo. Cuando se quiere fama, no basta con llamar la atención de las gentes con un bramido estentóreo que asombre y eche por tierra, si al levantarse del suelo todos ven que tras al bramido de los montes lo que parieron fué un triste ratoncillo. La fama de un día no puede mantenerse sin verdadero caudal de ingenio, mostrada durante muchos años. Siga perfeccionando el Musa Musae, aprendido en el Seminario, pasa después a cosas mayores, si tiene costilla para ello, y antes de codearse con un autor de 88 tomos, como Rodríguez Marín, sea autor, a lo menos, de media docena. ¿Creen los lectores que en un plebiscito de España y América (quitados ciertos mozos que con él escriben en algunas redacciones), se iba a acordar nadie de un Astrana Marín, puesto al lado de mi nombre, por modesto que mi nombre sea y por mucha modestia que yo quiera tener al imaginar tal plebiscito?

Lo único, pues, que con discreción y sabiduría ha hecho el señor Astrana en todo este negocio, ha sido dejar el campo escurriendo el bulto, aunque lo haya hecho con la inocente muchachada de irse clamando: ¡El Coco! ¡Que viene el Coco!

¡Bueno, hombre, bueno! Le daremos la acostumbrada perrilla porque dejó de guitarrear tan a tontas y a locas. Pero, por Belcebú, no vuelva; que hay cosas que caen en gracia por una sola vez. Y nosotros, libres ya del espantajo, si, como dijo el otro, pueden aparearse las cosillas sin tomo con las grandes, repitamos: «Tandem aliquando, Quirites», fuese, salióse, rompió por en medio de todos, y escabullóse».

La cuestión es pasar el rato apacible y provechosamente (2).

(1) Esto, como todo lo que sigue, es completamente de opereta.

(2) ¿Pasar el rato cuando a uno le acusan de usurpador?

Los lectores dispensarán, si no lo logré con estos artículos. El señor Astrana creerá que la cuestión es hacerme temblar al nombre de la rigurosa Temis. Puede consolarse con esa su creencia; le concedemos ese consuelo inocente en cambio de los buenos ratos (1) que nos ha ocasionado. – *Julio Cejador.*»

* * *

No habrá para qué contestar al *Soficaco.*

Don Luis Valdés, casado con la única sobrina de D. Aureliano Fernández-Guerra, escritor correcto y amigo de Rodríguez Marín, remitió a *El Imparcial* la carta que sigue, protestando contra la falta de respeto de Cejador, tendiendo un cable, sin embargo, al Director de la Biblioteca Nacional.

Carta y glosa:

«ASUNTO RUIDOSO

La denuncia contra Cejador

Se nos ruega la publicación de la siguiente carta:

Madrid, 26 de Noviembre de 1918.

Señor D. Julio Cejador y Frauca:

He leído las dos cartas de usted, publicadas en *La Tribuna*, para defenderse de los ataques del Sr. Astrana Marín, y sólo respondo a lo que de ellas me atañe.

No conozco a usted ni al Sr. Astrana Marín personalmente; no experimento, ni tengo para qué, celos literarios que me amarguen la vida, por las ventajas ganadas, en buena lid, que otros hombres consigan en el campo de las letras.

Obro, pues, sin prejuicios en el asunto que me obliga a escribir, siguiendo únicamente los dictados de mi conciencia, por creer que

(1) ¡Muy buenos ratos!

no guarda usted la consideración que merece a la memoria de don Aureliano Fernández-Guerra.

Yo soy aquel amigo que usted supone: amigo verdadero y desinteresado del Sr Rodríguez Marín y su admirador; a pesar de la opinión de usted, que, involucrando cosas distintas, pretende guardar el equilibrio apoyándose en tan prestigioso literato, quien, en todas las notas de todos los libros suyos, que conozco, y no son pocos, dice siempre de dónde las toma.—*Luis Valdés.*

GLOSA A LA CARTA

Señor D. Luis Valdés:

Muy distinguido señor y amigo: En efecto, Cejador pretende guardar el equilibrio, apoyándose en Rodríguez Marín, en defensa del cual saliera.

Asímismo hay que reconocer que el bibliotecario de la Nacional es, como literato, superior a Cejador. Ahora, en lo que no estamos ni podemos estar de acuerdo—y me doy cuenta de los estímulos de la amistad y de sus muchas bondades—, es en lo que usted asegura de que en todos los libros de Rodríguez Marín éste confiesa de dónde toma las notas. Ya he demostrado lo contrario. Y pues nobleza obliga, justo es decir que Rodríguez Marín ha procedido con Clemencín de análoga manera a como Cejador se ha portado con Fernández-Guerra.

Plagiario el primero y usurpador el segundo, se pueden echar bien poco en cara ambos comentaristas. «Gañán de la sátira» y que «no había nacido para la novela», escribe Cejador de Quevedo; y escritor «descuidado», «olvidadizo», «incorrecto», etcétera, etcétera, apunta de Cervantes Rodríguez Marín. Parece que no sólo copian a los demás, sino que se copian el uno al otro.

Le aprecia y distingue su afectísimo amigo, que estrecha sus manos, *Luis Astrana Marín.*»

* * *

Encausado Cejador por haber salido en defensa del Zoilo sevillano, hubiera sido poco caballeroso en mí torcer la cuestión, salvando del naufragio al comentarista del *Quijote.*

No, nobleza, como digo, obliga. Perdida la reputación literaria del primero, por causa del segundo, que se hundiesen los dos.

El honorable D. Luis Valdés me perdone; pero en la anterior carta adiviné el maquiavelismo de Rodríguez Marín, y fuéme forzoso responder en los términos que lo hice.

He aquí una especie de defensa de Cejador—para que no se quedara solo—, que éste debe agradecerme:

Recuerdos a Cejador

QUEVEDO, PROFANADO

A raíz de publicar el *Soficaco* el primer volumen de los comentarios a *Los Sueños*, de Quevedo, apareció con mi firma el siguiente artículo, titulado: «Las ediciones críticas.—Cejador, enemigo de Quevedo», que publicó *El Liberal* de 27 de Julio de 1916. Decía:

«El adagio de los italianos, tan comúnmente citado en todas lenguas de que traductor y traidor son una y la misma cosa, puede aplicarse a los comentaristas, anotadores y demás ralea de ésta que se halla introducida en sarpullido y cáncer de la república de las letras, cuyo único oficio, en lo que a los escritores mira, es enterrar a los vivos y desenterrar a los muertos; ratones de biblioteca, para los que debiera pedirse a voces los gatazos.

Comentaristas hay de éstos que no parece sino que conocieron a los autores en vida, fueron enemigos personales suyos y exhuman ahora sus obras para vengarse, propia condición de bellacos, en que llega la ojeriza hasta más allá de la sepultura.

Decía a este propósito D. Juan Valera, con aquella gracia y peculiar donaire suyos, que hoy se comentan las obras inmortales por inmoderado prurito de comentar, a tontas y a locas, allá te va y salga lo que saliere; y contaba que ciertos escritores, de esos que les chorrea la erudición por las barbas, no sabiendo ya cómo pujar el comentario, por escribir alguna cosa sobre, v. gr., cuando Don Quijote ata a un árbol a su Rocinante, ensartan páginas y más

páginas hablando de cómo los caballeros ataban en aquel tiempo a sus caballos...

Ello es más cierto de lo que parece; que si se examinan determinadas ediciones de las llamadas críticas, se verá cuánta verdad hay en lo que dice Valera.

Temo que el padre Cejador se corra mucho del título de este trabajo, y aun de lo que en él se dice: pero quien no tiene respeto para un hombre como Quevedo, no ha de invocarle para sí a otro, mucho menos al que sale en defensa del ofendido; aunque ingenio tan alto es D. Francisco, que no necesita de defensores, y será tanto más grande, cuanto con más enemigos cuente.

No hay noticia de que Quevedo comentase ninguna obra del padre Cejador..., ni de que éste descienda de su colega en sacro ministerio, el doctor D. Juan Pérez de Montalbán, aquel de quien dijo el autor de *Los Sueños:*

«El doctor tú te lo pones,
el Montalbán no lo tienes;
con que, quitándote el don,
vienes a quedar Juan Pérez...;

ni tampoco de D. Luis Pacheco, el padre Niseno; ni de tantos y tantos enemigos como tuvo en vida el Sr. de la Torre de Juan Abad; y así, no hay en qué fundar ese odio y rencor de Cejador a Quevedo. Pero el clérigo la ha tomado con D. Francisco, y no escribe obra—que yo conozco cinco o seis—en que no le ponga como hoja de perejil, arremetiendo contra él como una furia del Santo Oficio.

Ahora acaba de publicar una edición comentada de *Los Sueños* (ediciones de *La Lectura*, Madrid, 1916), en donde remata todas las diatribas comenzadas desde las anotaciones a las obras de Gracián (1)—a quien, de paso, llama Lorenzo, siendo más propio el nombre de Baltasar, desaparecida la causa que todos conocemos—, y termina por ocuparse de una vez de Quevedo a su gusto y sabor.

(1) En realidad no hay tales anotaciones, sino sólo un discurso preliminar.

Adviértase que nadie comentó antes estas obras...

Y vean ustedes, punto por punto, las cosas que se le ocurren a este señor cura, cuya fama es notoria de varón severo..., filólogo consumado... y demás, que son peregrinas.

Comienza confundiendo la ironía con la sátira, y pasando de la una a la otra, sin hacer distinciones, dice—por decir, pues no lo prueba—, que Cristóbal de Villalón es más helenista que Quevedo. No sabemos en qué pondrá el helenismo el padre Cejador; pero sospéchase que establece lo afirmado por la razón de que Villalón se parece más a Luciano de Samosata que Quevedo, lo cual no es razón ninguna; que Villalón en el *Crotalón*, es un imitador absolutamente servil de Luciano—copia en muchas veces—, en tanto Quevedo tuvo personalidad propia dentro de lo helénico; y de modo tal, que fué sin disputa el helenista más grande del siglo XVII. Sentimos, por la brevedad, no poder citar a Justo Lipsio y a cuantos autores celebérrimos de Europa hablaron sobre esta cuestión en aquella época; que a sus instancias tomó Quevedo la defensa de Homero, como *primum inter pares*.

A continuación dice Cejador que la ironía de Quevedo es «roja y chillona», e inmediatamente, estas palabras, que no las dijera un mentecato: «Ni liras, ni cítaras, ni formingues son para los callosos dedos de este gañán de la sátira».

Huelga todo comentario a tal comentador. ¿Y creerán los lectores que acaban aquí los improperios del buen clérigo? Pues no, que sin restañarse de los desatinos, dice de Quevedo que es un poeta «con lirismo empapado en hieles, embrazada la porra en vez de la lira». Y más abajo: «No había nacido para el teatro, la novela u otras obras largas». Decir que no había nacido para la novela quien dejó escrita esa maravilla de observación, de gracia y de estilo, llamada *El gran tacaño*, en donde hay páginas como las en que se describe al Dómine Cabra, que no admiten comparación en literatura alguna del mundo; decir esto es haber perdido el seso.

Por lo que toca al teatro, sabidos son los grandes triunfos alcanzados por Quevedo; ya sólo, ya en unión de Mateo Montero y otros; sino que sus obras dramáticas se han perdido, al extremo de que no se halla ni una sola comedia suya (únicamente se conocen de él algunos entremeses), o si se han hallado, se las han atribuído otros.

Y ¿qué replicar a lo de que «no había tampoco nacido para «otras obras largas», quien compuso esos famosísimos tratados, admiración del Universo todo, en que se ata de pies y manos al ingenio y la doctrina, intitulados *Política de Dios y Gobierno de Cristo*, *Vida de Marco Bruto*, *Introducción a la vida devota*, *Tratado del alma*, *Comentarios a las epístolas de Séneca*, *Los estoicos*, *Grandes anales de quince días*, etc.? ¿Qué también añadir sobre Quevedo como poeta?

Sin duda son cosa de poca monta para Cejador esas obrillas y otras tales.

En fin, no bastaría un tomo a recoger las infinitas necedades que estampa Cejador en el prólogo a la edición comentada de *Los Sueños*, de Quevedo; a tal punto llega, que acaba, para juzgar a los autores, por poner a los unos enfrente de los otros, y ataca a Quevedo diciendo de él mil pestes y que «fué menos objetivo y sereno, menos clásico, de menos donosura que Villalón y Luciano; y a la par de menor profundidad y menos filósofo que ellos y que Lorenzo Gracián, que tras él vino a tomarle la vez.» (¡!) De modo, que no halla otras razones para combatirle que echarle autores encima y rebajar unos para ensalzar otros, como si fuera la crítica chisme de comadres. ¡Sr. Cejador!...

Pero metámonos ya en la parte de las anotaciones; veremos cuánta es la verdad de D. Juan Valera al atacar a esta clase de comentaristas, que porque en un libro aparezca su nombre, anotando a Virgilio, por ejemplo, son capaces de escribir las mayores tonterías del mundo. Aperciban ustedes la risa. He aquí lo que comenta Cejador, no los pasajes obscuros, que éstos los deja a buenas noches... (1), sino los que entienden hasta arrieros y gañanes.

Dice (página 4) cosas tan inescrutables como que hablar «a tontas y a locas», es hablar neciamente. ¡Qué de estudio debió de costarle este comentario!

En las páginas 7 y 8, por no dejarlas en blanco, comenta las palabras *facineroso*, *sacar manchas*, *desprecio* y *extranjeros;* no hemos de indicarle al lector lo que dice sobre ellos, cosas tan profundas como que los extranjeros no son los habitantes de Castilla;

---

(1) A las buenas noches de Fernández-Guerra.

que «sacar manchas, es quitarlas», y que *desprecio* es *menosprecio*, poco aprecio.

Y así va toda la obra, en donde el papel vale más que los comentarios; que no puede seguirse punto por punto la estela de los disparates, pues para ello sería preciso todo este periódico.

Hablaremos sólo de unos cuantos comentarios, de los más principales y profundísimos;

«*Tara*, lo que se rebaja del peso en las mercancías por razón del casco o caja en que vienen encerradas.» (Pág. 65.)

«*Bufones*, hazmerreir.» (Pág. 70.) ¿Quién sabía esto?

«*Rabones*, sin rabo.» (Pág. 73.)

«*Hacer plato*, servir.» (Pág. 115.)

«*Tósigo*, ponzoña.» (Pág. 99.)

«*Raso*, tela y el cielo limpio de nubes.» (Pág. 120.)

«*Sin ton y sin son*, a destiempo, sin discreción.» (Pág. 126.

«*Lleno de bote en bote*, lleno.» (Pág. 132.)

«*Zancajo*, el hueso que forma el talón.» (Pág. 179.)

«*Puntear la guitarra*, es pizcar las cuerdas.» (Pág. 208.)

«*Escampar*, aclararse el cielo nublado, dejando de llover.» (Página 209.) ¡Oh, hondura comentarística!

Hablando de los judíos, cae en la necedad, tan tradicional y común de que eran avariciosos; y dice: «Sobre todo de dinero; así siempre se dieron a mercadear.»

Y si en estas anotaciones queda el Sr. Cejador como ven ustedes, observen su modo de discurrir cuando quiere hacer pinitos

En *La visita de los chistes*—pág. 230 de esta edición de «Los Sueños»—, dice Quevedo, hablando de una madre que riñe a su hija:

«—Hija, las mujeres, bajar los ojos y mirar a la tierra y no a los hombres.»

Y comenta Cejador: «Bajar, mirar, infinitivos como imperativos.»

Lo cual no es cierto, y demuestra lo ligero que es el Sr. Cejador, pues si atentamente hubiera leído el párrafo, vería que continúa así:

«Responden: —Eso fué en tiempo del Rey Perico; los hombres *(han de)* mirar a la tierra, pues fueron hechos della, y las mujeres al hombre, pues fueron hechas dél.»

Así, pues, claro como la luz está que el párrafo tan mal comen-

tado quiere decir: «Hija, las mujeres *(han de)* bajar los ojos y mirar a la tierra», etc. Los imperativos no existen más que en la imaginación de Cejador, que no ceja de decir tonterías en su afán de sacar tachas a Quevedo.

Finalmente, para acabar, pues esto se va haciendo largo, diremos que todas las anotaciones a *Los Sueños* son de este jaez. Y aún hay más; que no contento el Sr. Cejador con estas cosas, sabe apropiarse descubrimientos que no son suyos con una *frialdad* que desconcierta. Tal es, por ejemplo, la nota a las palabras *maguer* y *cuemo* de la citada *Visita de los chistes*, en donde dice:

«*Mujer*, en vez de la conjunción anticuada *maguer* (aunque), estampan muchas ediciones antiguas y modernas. Todas, sin exceptuar una siquiera, ilustrada o sin ilustrar, dicen *cuerno*, en lugar de *cuemo*, adverbio también anticuado que vale *como*, descuido ciertamente digno de censura» (1).

Primeramente, no conocemos tantas ediciones como *dice Cejador* en que se lee *mujer* en vez de *maguer*, ni creemos que nadie las conozca; no recordamos siquiera de tres antiguas; modernas, de ninguna.

Y respecto a lo de *cuerno* por *cuemo*, efectivamente, están equivocadas muchas ediciones: no todas, Sr. Cejador, como, «sin exceptuar una siquiera», dice usted. Ni se ufane de haber descubierto ese error..., porque ha muchos años que está descubierto: en la edición de las obras de Quevedo hecha por la Biblioteca de Rivadaneyra. Allí verá—sin duda lo habrá visto—dilucidado el error del *cuerno*, en una nota que se parece mucho a la suya (2)...

Otra cosa de mucha gracia es el reclamo que de sí propio se hace Cejador (3) en las notas de esta edición, en donde a cada palabra o frase que comenta se lee: «Véase Cejador»; y está todo

---

(1) La nota es copia literal de Fernández-Guerra, sin faltar punto ni coma.

(2) No pude dar mayor prueba de condescendencia, comprendiendo desde el primer instante de quién eran las anotaciones, ni advertírselo más correctamente. Cejador, empero, no escarmentó, y atrevióse a publicar el segundo volumen. Y sabiendo lo que yo sabía de él, en vez de enmudecer avergonzado, aún tuvo arrestos para salir en defensa del Zoilo sevillano. Téngase mi conducta por «justo castigo a su perversidad».

(3) Exactamente igual que Rodríguez Marín.

el tomo granizado de «véase Cejador» por todas partes. »Véase Cejador», «véase Cejador»... ¡Y Cejador no se ve!...

El buen Quevedo perdone a este clérigo rabiosillo la *inquina* que le tiene.—*Luis Astrana Marín.*»

* * *

A este artículo, publicado en la fecha indicada. no chistó ni mistó el clérigo. Sólo en un periodiquete titulado *La Semana*, muy justamente desaparecido, en donde a la sazón colaboraba, aludió de paso a mi estilo, diciendo irónicamente que mi castellano era superior al de Cervantes, o cosa tal. Pero sin atreverse a otra cosa, sin duda temiendo que yo tirase de la manta y descubriera la usurpación de las anotaciones. ¡Ojalá hubiera sido tan prudente más tarde!

Prosigue la labor sobre "El Quijote,,

Como páginas atrás se indica, no era posible, naturalmente, dadas las cortas dimensiones de un artículo periodístico, señalar sino algunos de los plagios. Ya, ante el libro, examinaremos detenidamente la labor de saqueo cometida por el Sr. Rodríguez Marín contra el crítico murciano. Para que se vea cómo fué sólo por no hacer insoportablemente extensos nuestros trabajos en «Los Lunes» de *El Imparcial* lo que nos movió a aludir únicamente a la página en que se hallaban los plagios, a continuación van tal cual aparecen en la edición de *La Lectura:*

CLEMENCÍN (1833)	RODRÍGUEZ MARÍN (1911)
«El Ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha», comentado por don Diego de Clemencín. Nueva edición anotada por Miguel de Toro Gómez.—(Sociedad de Ediciones literarias y artísticas.—París, 1910.)	***«Clásicos castellanos.—Cervantes. «Don Quijote de la Mancha».—Edición y notas de Francisco Rodríguez Marín, de la R. A. E.—(Ediciones de «La Lectura».—Madrid, 1911.)***
	
«Virgilio habló de Circe, pero sólo de paso, en el libro VII de la *Eneida*. Homero lo hizo a la larga en el X de la *Odisea*.»	«Homero trata de Calipso en el libro X de la *Odisea*, y Virgilio de Circe en el VII de la *Eneida*.» (1)
(Pág. XLIX.)	(Pág. 20.)
	

(1) Nuevamente Rodríguez Marín, por plagiar mal, se equivoca, como ya se advirtió.

«Plutarco, escritor griego, contemporáneo, según se cree, de trajano, escribió varias obras, siendo la más voluminosa e importante las *Vidas paralelas* de personas ilustres, griegas y romanas, entre ellas las de muchos afamados capitanes de la antigüedad, que es lo que aquí se indica.»

(Pág. L.)

«Se refiere al libro de *Vidas paralelas* de Plutarco, en donde trata de muchos famosos capitanes.»

(Pág. 20.)





«León Hebreo, judío natural de Lisboa... Escribió los *Diálogos de Amor*... de que se hicieron tres versiones al castellano, una por Guedella Jahia, impresa en Venecia, año de 1568; otra por Garcilaso Inga de la Vega, en Madrid, año de 1590, y otra por Micer Carlos Montesa, que se publicó en Zaragoza, año de 1584.»

(Pág. L.)

«A la verdad no era necesario saber esas dos cosas de la lengua toscana, para leer los *Diálogos de Amor*, del lusitano León Hebreo, estando traducidos al castellano, no sólo por Guedella Jahia (1568), sino también por Micer Carlos Montesa (1584) y por Garcilaso Inga de la Vega (1590).»

(Pág. 21.)





«*Ir con lectura* significa ir con *intención* o *propósito:* expresión del lenguaje bajo y vulgar, como lo dijo el mismo Cervantes al principio de su *Viaje del Parnaso:*

«Vayan, pues los leyentes con (*letura*,
Cual dice el vulgo mal limado y (bronco,
Que yo soy un poeta desta he- (chura.»

(Pág. LIII.)

«Para Cortejón *ir con lectura* equivale a «ir con atención, con cuidado».

Pruébase con un terceto del *Viaje del Parnaso:*

«Vayan, pues, los leyentes con (*letura*,
Cual dice el vulgo mal limado y (bronco,
Que yo soy un poeta desta he- (chura.»

(Pág. 28.)





«Alude Cervantes al origen de la Casa Real de Navarra.»

(Pág. LIII.)

«Refiérese aquí Cervantes a la genealogía de la Casa Real de Navarra.»

(Pág. 29.)

«Alusión al pasaje del *Lazarillo de Tormes*, cuando hurtó el vino a su amo el ciego, que tenía asido el jarro, chupándo por medio de una paja larga.»

(Pág. LXI.)



«Nunca vuelve a mencionar este mozo.»

(Pág. 3.)



«Tanto en los libros de caballerías como en nuestras antiguas crónicas es frecuente dar el nombre de *maestros* a los cirujanos.»

(Pág. 5.)



«*Allende* en nuestros libros antiguos es equivalente de *Ultramar* o de *allende el mar*.»

(Pág. 19.)



«*Cuartos* significa una moneda de cierto valor... y también una enfermedad larga e impertinente que las caballerías suelen padecer.»

(Pág. 12.)



«En lo de tomar el apellido del nombre de algún país, procedió don Quijote muy conforme a la práctica *comunmente* observada en los libros de caballerías, donde

«Se refiere esta reminiscencia (?) a aquel conocidísimo pasaje de la novela de autor anónimo *Lazarillo de Tormes*, en que este rapaz, cuando tiene su amo asido el jarro, le bebe el vino de él, chupando sutilmente con una pajuela.»

(Pág. 41.)



«En toda la obra no se vuelve a mencionar este mozo.»

(Pág. 52.)



«Solía llamarse *maestros* a los cirujanos.»

(Pág. 55.)



«En *allende* quiere decir *allende* el mar.»

(Pág. 58.)



«Cervantes juega aquí de la voz *cuartos*, en sus dos acepciones de monedas y de cierta enfermedad de las caballerías.»

(Pág. 61.)



«Y en lo que hace al apellido que se puso *de la Mancha* siguió la usanza que había visto en *los* libros de caballerías, por parecerse

además de los ejemplos de Amadis de Gaula, Belianís de Grecia y otros más conocidos, halló los de don Policisne de Boecia, Celidón de Iberia, etc.»

(Pág. 14.)



«*Por malos de mis pecados*... viene a ser como si dijera *por mi mala* o *por mi buena suerte.*»

(Pág. 14.)



«Parece que se habla de otra persona distinta, diciéndose *a él*, en vez de decir *a sí*, que es como debiera ponerse.»

(Pág. 15.)



«Un antiguo romance que se insertó en el *Romancero de Amberes* de 1555:

«Mis arreos son las armas,
Mi descanso el pelear,
Mi cama las duras peñas,
Mi dormir siempre velar.»

»La contestactón del ventero a don Quijote manifiesta que él también sabía el romance.»

(Pág. 25.)



también en eso a Amadís de Gaula, Belianís de Grecia, Celidón de Iberia, etc.» (1)

(Pág. 63.)



«*Por malos de mis pecados* o *por mis pecados* significa *por mis culpas* o *en castigo de ellas.*»

(Pág. 63.)



«Hoy diríamos que *así* y no que *a él*, pronombre con que el autor más parece referirse a otra persona que a don Quijote mismo.»

(Pág. 66.)



«Son, aunque estampados como prosa, dos versos de un antiguo romance:

«Mis arreos son las armas,
Mi descanso el pelear,
Mi cama las duras peñas,
Mi dormir siempre velar.»

»Los dos versos últimos los dice a don Quijote el ventero al responderle.»

(Pág. 81.)



(1) Una vez más se equivoca Rodríguez Marín por plagiar «a tort et a travers.»

«*Huésped* viene del latino *hospes*, que significaba tanto al hospedado como al que hospedaba.»

(Pág. 25.)

«Como *hospes* latino, huésped significa... tanto al forastero que viene a nuestra casa o a nuestro pueblo como al mesonero o que tiene casa de posadas.»

(Pág. 81.)

«Contrahizo aquí nuestro hidalgo y aplicó a su persona el romance antiguo de Lanzarote, que dice:

«Nunca fuera caballero
De damas tan bien servido,
Como fuera Lanzarote
Cuando de Bretaña vino,
Que dueñas curaban dél
Doncellas, de su rocino.»

(Pág. 27.)

«El viejo romance de Lanzarote, amoldado aquí al nombre y pueblo del Ingenioso Hidalgo, y a las doncellas que le cuidaban, dice así:

«Nunca fuera caballero
De damas tan bien servido
Como fuera Lanzarote
Cuando de Bretaña vino,
Que dueñas curaban dél
Doncellas, de su rocino.»

(Pág. 85.)

«Nótese el uso del verbo *curarse* en sus dos distintas acepciones.»

(Pág. 41.)

«Juega de los dos significados de *curarse*.»

(Pág. 100.)

«El *invidiado* alude sin duda al uso que se hace del buho en la cetrería y caza de aves, donde se observa que los pájaros bajan al buho, colocado en el señuelo, creyendo el vulgo que la envidia los mueve a querer sacarle los ojos y que esto es a lo que bajaron.»

(Pág. 205.)

«Llama *envidiado* (1) al buho porque era creencia popular que el bajar súbitamente las aves de caza al ave de esta especie puesta en el señuelo se debía a que, por envidia, ansiaban sacarle los ojos, que son hermosos y grandes.»

(Pág. 309.)

(1) Cervantes escribe *invidiado*, atendiendo a la etimología latina. El Sr. Rodríguez Marín lo modifica y escribe *envidiado*. ¿Por qué no hizo igual con *harre*, que escribió con *h*, mostrándose rigorista sólo en aquella ocasión, como antes se dijo?

«*Fristón* debió decir, un sabio encantador que residía en la temerosa *Selva de la muerte*, y hace gran papel en la Historia de Don Belianís, escrito, según allí mismo se supone, por él mismo.»

(Pág. 113.)



«*Pasó* por *tuvo*.»

(Pág. 114.)



«*Querencia* es el paraje adonde acostumbra y gusta acogerse un animal.»

(Pág. 49.)



«La voz *setena* no significa *séptima parte*, sino al revés, el siete tantos... Esta pena se encuentra ya aplicada en el *Fuero Juzgo*, donde suele dársele el nombre de *siete duplo*, que equivale a *septuplo*. ***Pagar con las setenas***, aquí y en el uso común es expresión metafórica, tomada de lo judicial, y significa pagar super-abundantemente el perjuicio o agravio que se hizo.»

(Pág. 55.)



«No fué así: ambas cosas sucedieron en un mismo día. Don Qui-

«*Fristón* y *Frestón* se llamaba el sabio encantador que se supone haber escrito el libro de *Don Belianís de Grecia*.»

(Pág. 178)



«Pasó equivale a tuvo.»

(Pág. 178.)



«*Querencia*, en una de sus acepciones, es, respecto de un animal, el sitio o paraje en donde acostumbra acogerse.»

(Pág. 112.)



«Las ***setenas*** eran una multa, ya establecida en el ***Fuero Juzgo***, con el nombre de ***siete duplo***, consistente (?) en el ***séptuplo*** o siete tanto.

Figuradamente, ***pagar con las setenas***, pasó a significar «sufrir un castigo superior a la pena cometida.» (1)

(Pág. 123.)



«No había tal cosa: la había recibido (la Orden de Caballería) por

(1) ¡Correcto castellano el de Rodríguez Marín! ¿Qué es eso de la *pena cometida* y lo del «siete duplo *consistente* en el séptuplo»?

jote había recibido la Orden de Caballería por la madrugada.»

(Pág. 55.)



«*Yantar* es *comer*.»

(Pág. 27.)



«*Al* es el *aliud* latino.»

(Pág. 24.)



«Este *alguna* no se sabe con quién concierta, pues si es con *corteza* o *haya*, como al pronto parece, no hace sentido.»

(Pág. 178.)



«*Tuerto* se opone a *derecho* en su significación primitiva, en la cual uno y otro son adjetivos. De aquí nació su acepción moral, en la que pasaron a ser sustantivos, significando *derecho* justicia y *tuerto* agravio. Y de aquí vino también la expresión de *enderezar tuertos* por *deshacer agravios*, porque el remedio de *torcido* es *enderezarlo*.»

(Pág. 17.)



la madrugada de aquel día mismo.» (1)

(Pág. 124.)



«Yantar es comer.»

(Pág. 85.)



«*Al* procede de *aliud*.»

(Pág. 79.)



«Por el sentido este *alguna* debe referirse a *corteza* y no a *haya*. Sea lo que fuere, aquí parece estar viciado el texto.»

(Pág. 275.)



«Por aquí se echa de ver cuán mal hablan los que llaman *desfacedor de entuertos* a quien propende a sacar la cara por otro. Lo *tuerto* o *torcido* se *endereza* y no se *deshace*. *Tuerto*, en este lugar del texto, significa *injuria*, en el valor etimológico de esta palabra: lo opuesto a *derecho*.»

(Pág. 68.)



(1) Por plagiar a Clemencín—que no lleva razón en lo que dice—torna a equivocarse nuevamente el comentarista.

«Aves domésticas (los gallipavos) venidas de América, comida de las más regaladas. Su nombre se compone de los dos, de *pavo* y *gallina*, sin duda por lo que participan, o en su forma o en su sabor de ambas clases: ahora se les llama *pavos*. Los antiguos, de los cuales no fueron conocidos, daban este nombre a las aves, más hermosas que útiles, llamadas entre nosotros pavos reales.»

(Pág. 161.)



«Las ediciones primitivas y las siguientes pusieron *escudero*, en vez de *sedero:* la de Londres de 1738 fué la primera que corrigió este pasaje. La Academia Española adoptó esta enmienda, y con razón, pues no hay para qué se vendan papeles viejos a un escudero; pero sí a un sedero, que los necesita para sus envoltorios y paquetes. Y lo mismo concurre la circunstancia de ser cosa pasada en el Alcaná, donde estaban la alcaicería o trato y mercado de sedas.»

(Pág. 139.)



«*Paso* no es aquí lo que significa ordinariamente: el *buen paso* es la *buena vida*, la *vida muelle y regalada*, el *pasarlo bien*.»

(Pág. 181.)



«Por gallipavos se entendía en el tiempo de Cervantes lo que ahora llamamos *pavos*, animales (?) de que careció el mundo viejo hasta el descubrimiento de América, de donde se trajeron a España. El nombre de *pavos* se daba solamente a los que hoy llamamos pavos reales.»

(Pág. 161.)



«En la edición príncipe, a un *sedero*; en las segunda y tercera de Cuesta (1605 y 1608), así como en las dos primeras de Bruselas (1607 y 1616) y en alguna otra *a un escudero*. A *sederos* y no a *escuderos*, que nada tenían que envolver, habían de venderse tales papeles, mayormente en el Alcaná, donde todavía en 1616 tenían sus tiendas los mercaderes de seda toledanos.»

(Pág. 217.)



«Por el *buen paso* se entiende aquí lo que hoy decimos *el buen pasar;* la *vida cómoda y regalada*.»

(Pág. 284.)



«El gigante Briareo, que, según la fábula, tenía cien brazos y cincuenta vientres, fué uno de los Titanes que combatieron contra los dioses.»

(Pág. 121.)

«Briareo, uno de los Titanes que combatieron contra los dioses, tenía, según la fábula, cien brazos.»

(Pág. 191.)





«Vuelve aquí a repetirse *Frestón* por *Fritón*, y es en boca de don Quijote. Si no fué distracción de Cervantes, debió ser errata de imprenta.»

(Pág. 122.)

«Ahora no es el Ama, como antes, sino don Quijote, quien dice *Frestón*, en lugar de *Fristón*. Esto parece debido a que Cervantes no recordaba su nombre con entera exactitud.»

(Pág. 192.)





Los antiguos tuvieron a la corneja por pájaro de mal agüero, como lo indica aquel verso de las *Bucólicas* de Virgilio:

«Sæpe sinistra cava prædixit ab (ilice cornix.»

Y como dijo, tomándolo de Virgilio, el dulcísimo Garcilaso:

«Bien claro con su voz me lo decía
La siniestra corneja, prediciendo
La desventura mía.» (Egloga I.)

(Pág. 204.)

«Por creerse a la corneja, entre nosotros como entre los antiguos, ave de mal agüero, cuando cantaba a la izquierda del caminante, dijo Garcilaso en su Egloga I:

«Bien claro con su voz me lo decía,
La siniestra corneja, prediciendo
La desventura mía...»,

en lo cual siguió a Virgilio, que dijo en sus *Bucólicas*:

«Sæpe sinistra cava prædixit ab (ilice cornix.»

(Pág. 309.)





«Habla aquí Sancho de su espada, a la que llama *tizona* por alusión a una de las del Cid Campeador Rui Diaz de Vivar. El Cid, según su poema, ganó dos espadas, una en la batalla en que venció a

«El nombre de *tizona*, dado a cualquier espada, casi siempre en tono festivo, viene de haberse llamado de esta manera una de las dos famosas que el Cid ganó en otras tantas batallas.

don Ramón, conde de Barcelona:

«Hi ganó a Colada que más vale de (mill marcos de plata»,

y otra que fué la Tizona, en la batalla contra el rey moro Búcar. Cuenta el poema que, habiéndole alcanzado el Cid a orillas del mar,

«Arriba alçó Colada, un grant golpe (dado l' ha...
Cortol' el yelmo, e librado todo lo al,
Fata la cintura el espada legado ha.
Mató a Búcar, el rey de alen el mar
E ganó a Tizon que mill marcos d' (oro val.»

(Pág. 228.)



«Cervantes, al escribir esto, aludió sin duda a las heridas que había recibido en la batalla naval de Lepanto y de que se preció con mucha razón en el prólogo de la segunda parte del *Quijote*.»

(Pág. 231.)



«*Contrecho*, lo mismo que *contrahecho*, estropeado; viene del latino *contractus*.»

(Pág. 236.)



«Que las liebres duermen con los ojos abiertos lo notaron ya los antiguos.»

(Pág. 240.)



De entrambas se hace mención en el *Poema del Cid*, la *Colada*:

...*«que más vale de mill marcos de (plata»*,

fué ganada en la batalla en que venció a don Ramón, conde de Barcelona, y la *Tizona*, en la batalla contra Búcar, rey moro:

«Mató a Búcar, el rey de alen el mar,
E ganó a Tizón que mill marcos d' (oro val.»

(Pág. 21. Vol. II.)



«Como veremos, esto y más volvió a decir nuestro autor en el prólogo de la segunda parte del *Quijote*, ya refiriéndose determinadamente a las heridas que recibió en la batalla de Lepanto.»

(Pág. 24. Vol. II.)



«*Contrecho*, del latín *contractus* significa, como dice la Academia (?), baldado, tullido, y además estropeado, contrahecho.»

(Pág. 34. Vol. II.)



«El dormir las liebres con los ojos abiertos es cosa sabidísima.»

(Pag. 38. Vol. II.)



«Voz (*coima*) de la picaresca, mujer mundana, concubina.»

(Pág. 243.)

«*Coima* es palabra de germania y significa mujer mundana, concubina.»

(Pág. 43. Vol. II.)





«Los antiguos llamaron *Taprobana*, no *Trapobana* a la isla de Ceilán.»

(Pág. 265.)

«Así, *Trapobana*, solía decirse; pero es *Taprobana* nombre que se dió en lo antiguo a la isla de Ceilán.»

(Pág. 79. Vol. II.)





«*Xanto*, río de Troya, celebrado por Homero y Virgilio.»

(Pág. 271.)

«El *Xanto* es un río de Troya, que celebraron Homero y Virgilio.»

(Pág. 84. Vol. II.)





«Se llama olivífero al Betis o Guadalquivir por la abundancia de olivos que se crían en sus riberas. Del mismo vocablo usó Marcial hablando de este río, y pintándolo con corona de olivo:

«*Baetis, olivifera crines redimite corona.*»

(Pág. 273.)

«Al llamar *olivífero* al Betis recordaba Cervantes aquel sabido verso de un epigrama de Marcial:

«*Baetis olivifera crinem redimite corona.*»

(Pág. 86. Vol. II.)





«*Silvoso* se dijo no por el silvo y ruido de los árboles movidos en las grandes alturas por el viento, que en todos los montes es lo mismo, sino por la espesura y abundancia de las selvas o bos-

«Después de haber llamado *silvoso* al Pirineo, por natural asociación de las ideas, nombró Cervantes el Apenino.

ques que visten al Pirineo. Aplicó la misma calidad al Apenino Ariosto, hablando del ejército del rey Agramante contra el Emperador Carlos:

«*Del silvoso Appenin tutte le piante.*»

(Pág. 274.)

◉

Debióse, probablemente, a que recordaría aquel verso del *Orlando Furioso* de Ariosto:

«*Del silvoso Appenin tutte le piante.*»

(Pág. 87. Vol. II.)

◉

Lo que es el plagio

Al objeto de que el lector no pueda acusarnos de parcialidad en lo que toca a esta materia, transcribimos literalmente lo que sobre a palabra *plagio* dice el Diccionario Hispano-Americano.

«La palabra *plagio* tiene su origen en la voz latina *plaga*, que indicaba la pena por medio del látigo, *ad plagas*, con que se castigaba a los que habían vendido un hombre libre como esclavo.

Se aplica literariamente, no a la usurpación del pensamiento de un autor hecha por otro, sino a la de la forma, en que el primero se ha expresado. «Verdadero plagiario—dice Voltaire—es el que zurce en los propios engendros trozos ajenos, enlazando con aquéllos largos pasajes de un buen libro, en los cuales se han introducido pequeñas variantes, lo cual no obsta para que el lector avisado, viendo este tejido de oro sobre un paño burdo, reconozca pronto al inhábil ladrón.» (1).

Existe otra clase de plagio, muy común entre los eruditos (2), y que consiste en tomar de un autor, cuando escribe de un asunto ya conocido, indicaciones de los originales, transcribir estos originales y citar los autores primitivos sin mencionar los intermediarios.

Plagio mucho menos excusable es el de aquéllos que dan obras dramáticas al público, tomando el plan, y aun los versos de otras

---

(1) Note esto el *Soficaco*.

(2) Medite Rodríguez Marín.

ya olvidadas, sin prevenirlo así ni confesar que la obra en cuestión se debe a algún obscuro precursor.

Sin embargo, la imitación de los grandes escritores, hecha en términos hábiles, no puede censurarse, y, por el contrario, ha sido recomendada por los críticos. La persona de gusto sabrá siempre dar nuevas aplicaciones a los pensamientos y aun a la expresión de estos pensamientos, procedentes de autores antiguos, ilustrando con discreción sus obras esclarecidas.

Bajo cierto aspecto los plagios son convenientes, y además han existido siempre, no ya de autor a autor, sino de literatura a literatura y de nación a nación.

El insigne D. Juan Valera, con motivo de la acusación de plagiario hecha al Sr. Campoamor, entresacando de sus obras multitud de frases y pensamientos (1) tomados de Víctor Hugo y otros autores, hace acerca de la originalidad o del plagio notables consideraciones, que a continuación se consignan en prueba de la opinión que sobre materia tan debatida tiene tan erudito como esclarecido escritor (2).

Si fuera menester para escribir decir siempre cosas inauditas, del todo originales, que nadie hubiera dicho antes, no habría persona alguna dotada de una razonable modestia que se atreviese a tomar la pluma en la mano. No hay autor más innovador, más presumido de original en nuestro Parnaso castellano, que Góngora en la *Soledades* y el *Polifemo*. Ambas obras, no obstante, están llenas de imitaciones, como lo prueba D. García Salcedo Coronel, en su docto y prolijo comentario.

Pues tomemos al poeta más dulce, más natural, más sencillo que ha habido en España; al que puede pasar por renovador de

---

(1) El caso citado no guarda analogía alguna con el del Sr. Rodríguez Marín, y mucho menos con el de Cejador.

(2) Pese al *Diccionario Enciclopédico Hispano-Americano*, colaborador del cual era D. Juan Valera—y quizá autor de este mismo encomiástico artículo—, dicho erudito, sin menoscabo de sus excelentes dotes de escritor y aun de estilista consumado, como crítico deja mucho que desear. No hemos podido resistir, entre otras mil parcialísimas opiniones, sus juicios intemperantes sobre Shakespeare, a quien coloca por debajo de Lope y duda de que esté al nivel de Calderón, como si Calderón valiera menos que Lope...

nuestra poesía lírica; tomemos a Garcilaso. Lo mejor, lo más encomiado de Garcilaso, es la Egloga I. Examinémosla. Apenas hay un pensamiento, una imagen, una sentencia que no sea copia, imitación o recuerdo de un poeta latino (1). Pues ¿qué diremos de Fray Luis de León? En la forma, en la traza general de sus más notables composiciones, *La vida del campo* y *La profecía del Tajo*, copia a Horacio (2). El sentimiento cristiano y místico que suele haber en sus composiciones, ¿no puede afirmarse que también está tomado de otros autores? (3). Del divino Herrera pudiéramos también hacer un examen, del cual no saliese mejor librado. Baste decir que la canción *A la batalla de Lepanto* está toda llena y como tejida de versículos de la Biblia. De los poetas de nuestro siglo, ¿no se puede decir también que han copiado mucho? Espronceda, por ejemplo, traduce casi, de la carta de doña Julia a don Juan de Byron, la carta de Elvira a don Félix (4); copia de Beranger la *Canción del cosaco*, y recuerda a Byron en sus digresiones chistosas e impertinentes (?) de *El diablo mundo*.

Si salimos fuera de España y estudiamos otras literaturas, veremos que la imitación no sólo ha sido tolerada, sino recomendada en todas partes. ¿Qué no deben a los griegos los poetas latinos? ¿Cuánto no tomó Virgilio de Homero, de Teócrito, de Apolonio y de otros no menos ilustres? ¿Cuánto no tomó Horacio de Pindaro? En Francia, el famoso preceptista Boileau llegó a decir que el *poeta que no imite a los antiguos no será imitado de nadie* (5). En los teatros de Londres había multitud de tragedias donde muchos habían escrito. Shakespeare las tomaba, las arreglaba o refundía, y así pasaban por suyas. Los cálculos e investigaciones de

---

(1) Exagera D. Juan Valera. Hay infinitos pensamientos, sentencias e imágenes totalmente originales o que mejoraron a las originales.

(2) Nueva exageración de Valera. El modo de hacer, la ciencia y distribución de las partes compositivas, recuerdan a Horacio; pero no le coge el argumento ni le copia las palabras.

(3) ¿De cuáles autores? Es preciso citarlos.

(4) Mera coincidencia. Además, Espronceda es superior a Byron.

(5) Víctor Hugo ha dicho lo bastante para que nosotros intentemos rebatir al frío Boileau.

Malone demuestran que apenas tiene Shakespeare un sólo drama en donde todo le pertenezca (1).

Puesto que todos los poetas copian, ¿en qué consiste la originalidad? Primeramente diré que la originalidad puede tomarse a mala parte. Llaman a veces original al extravagante, raro y disparatado. La verdadera y buena originalidad no se pierde ni se gana por copiar pensamientos, ideas o imágenes, o tomar asuntos de otros autores. La verdadera originalidad está en la persona, cuando tiene sér fecundo y valer bastante para trasladarse al papel que escribe y quedar en lo escrito como encantada, dándole vida inmortal y carácter propio. Para ser, pues, original en el buen sentido, no hay que afanarse poco ni mucho en decir cosas raras. Basta al pensar sentir, y expresar lo que se piensa y se siente del modo más sencillo. Entonces sale retratada el alma del que escribe en lo que escribe; y como el alma es original, original es lo escrito (2). Ni se crea que esto es tan fácil. Los autores vulgares apenas tienen alma, y su alma no sale retratada ni queda en el estilo (3). Bien podrán no imitar a nadie; pero no serán originales; serán cualquier cosa; lo que todo el mundo es. Horacio, Virgilio, Shakespeare, Milton, Garcilaso, Ariosto, Dante y otros muchos, de cuyos plagios pueden llenarse libros enteros, viven como altísimos poetas en la memoria de los hombres, mientras de otros que jamás copiaron nada de nadie no hay sér humano que se acuerde, o que los lea, o que leyéndoles los sufra.»

---

(1) Nuevamente demuestra D. Juan Valera que no conocía bien ni a Shakespeare ni a sus grandes comentaristas. Sobre Malone, asímismo nos remitimos a la autoridad de Víctor Hugo, quien le llama: «imbécil, que embadurnó la tumba del genio inglés».

(2) Bien se advertirá cuán discutibles son estas ideas de D. Juan Valera. Generalmente, nada hay más ajeno al espíritu y persona de un autor que su propia obra.

(3) He aquí un bello sofisma.

Consideraciones sobre la originalidad

Diferencia entre el plagiario y el usurpador de la propiedad literaria.—La obra de Shakespeare.

Igualmente, y para que nuestros argumentos no puedan ser tachados de capciosos, copiamos aquí lo que sobre tan importante asunto, escribió el tal vez más grande crítico español moderno, D. Eduardo Benot (1), hablando de las censuras por la falta de originalidad de Shakespeare:

«La escuela de criterio individual tuvo distinto modo de ver que la del criterio clásico respecto a la originalidad de Guillermo Shakespeare.

Los clasicistas casi echaban de menos la falta de imitaciones de los modos griegos y latinos:

«Y si no tomé del arsenal griego y latino.
es que mi propia abundancia me daba más»,

hizo decir Dryden a Shakespeare por boca del actor Betterton.

«Y aunque tú tenías poco latín y menos griego» (2), había dicho antes Ben Jonson en el sentido de que su inmortal contemporáneo no sacaba sus imágenes de los grandes dramáticos de la antigüedad.

Otros autores exponen manifiestamente su admiración porque Shakespeare *no tomaba de los griegos ni imitaba a los latinos, ni traducía de las lenguas vulgares*...

* * *

Samuel Johnson encontraba muy natural que Shakespeare, para

(1) *Shakespeare*.—Obras dramáticas.—Versión castellana de Shakespeare, con un estudio preliminar de Eduardo Benot.—Biblioteca clásica, tomo I. Madrid, 1885.

(2) *And though thou hadst small latin and less greek.*

ser entendido de su iliterato público, tomase sus planes de obras, si leídas por pocos, conocidas por los más. Y dice:

«Shakespeare debía demostrar, no lo que él conocía, sino lo que era conocido de su auditorio.» (1).

Claro es que para hombres que no encontraban nada superior a traducir de los clásicos y a imitar sus bellezas, Shakespeare no solamente no podía ser culpado de falta de originalidad por tomar de crónicas y novelas conocidas los argumentos de sus obras, sino que hasta encontraba encomiadores de talento, a causa de su observación en no exponerse a dejar de ser entendido de un público incapaz de seguirle, a no tener el hilo de sus tramas.

Para los clasicistas, pues, la originalidad consistía en el trazado de los caracteres; y en reconocer esa originalidad y en admirar su abundancia todos los críticos de esa escuela estaban enteramente de acuerdo.

«Nadie trazó jamás tantos caracteres como Shakespeare», dijo Dryden, complaciéndose en notar los más prominentes, entre otros el de Caliban—, el hijo del diablo y de una bruja—, tan famoso por su papel en *La tempestad*. Rowe también se complace en hacer notar la propiedad del en verdad originalísimo carácter de Caliban (2), con especialidad su lenguaje demoníaco.»

«Shakespeare presenta a sus lectores - dice Samuel Johnson— un fiel espejo de las costumbres y de la vida. Sus caracteres no son de una época determinada; ni pertenecen a un lugar de la tierra donde no se practica lo que en el resto del mundo, ni resultan correspondientes a profesiones especiales ni a transitorias opiniones; son la genuina progenie de la común humanidad, tales como el mundo los producirá siempre y la observación los descubrirá

---

(1) Entonces se exageraba de un modo hoy incomprensible el

Difficile est proprie communia dicere: tuque
Rectius Iliacum carmen deducis in actus,
Quam si proferres ignota indictaque primus.
Publica ma eries privati iuris erit...

(2) Anagrama de Caníbal, inventado por Shakespeare para el incubo.

en todas épocas. Sus personajes hablan y se mueven estimulados por aquellas pasiones y aquellos principios generales que agitan y conturban todos los entendimientos; y, mientras un carácter es una *individualidad* en los poetas comunes, es comúnmente en Shakespeare una *especie*... El teatro, generalmente, está poblado de caracteres como nunca se ven, y de personajes que hablan en lenguaje como jamás se oye sobre asuntos que jamás tampoco ocurren. En Shakespeare parece que el invento sale de la observación... (1). El agente universal en el teatro es el amor: el único casi, el obligado. Dos amantes en contradictorios intereses: escenas de entusiasmo y alegría; deseos violentísimos que los hacen infelices como nadie lo es..., son el tema universal de la composición dramática. Shakespeare pinta otras pasiones; no se limita al amor que es *una de las muchas pasiones humanas cuyas violencias quitan la felicidad*. La originalidad de Shakespeare es tan humana que *aun en lo sobrenatural, dado el supuesto, el discurso es como correspondería a aquella vida imaginaria*. La invención de Shakespeare es tal, que «aproxima lo remoto y hace familiar lo prodigioso; podrá no suceder lo que representa; pero, a ser posible, sus efectos serían probablemente los que pinta: Shakespeare, pues, no sólo exhibe la naturaleza humana tal como se manifiesta en las crisis reales, sino como se la encontraría en pruebas y en conflictos a que nunca se la podrá someter.» Su invención constantemente expresa «sentimientos humanos en lenguaje humano; por los cuales un eremita podría venir en conocimiento de lo que es el mundo de la realidad... Otros autores toman sus caracteres de escritores antiguos, y los diversifican sólo por aditamentos accidentales de los usos y costumbres presentes, el vestido varía, pero el cuerpo es el mismo. Shakespeare es siempre original... No tuvo

---

(1) La verdad de estas palabras que D. Eduardo Benot toma de Samuel Johnson, queda demostrada por las frases de Benvolio (*Romeo y Julieta*, acto I, escena II): «Un fuego apaga otro fuego. Un dolor se mitiga con otro dolor; da vueltas hasta que te acometa el vértigo, y te aliviarás girando en dirección inversa; un gran pesar se remedia con otro gran pesar; déjate herir de nuevo y desaparecerá la ponzoña de la antigua herida.» ¿Qué es esto sino una anticipación de la doctrina del *Similis similibus curantur*, enunciada por Hahnemann unos doscientos trece años después?

a quien imitar, y fué imitado... La forma, el carácter, el lenguaje y las manifestaciones del drama inglés son suyos: exclusivamente suyos».

* * *

La escuela del criterio individual estimó que la originalidad debía residir exclusivamente en la novedad del argumento, y, como Shakespeare (para ser entendido, según asevera Johnson, o bien por otros motivos, conforme parece más probable) tomaba sus asuntos de novelas o tradiciones bien conocidas del público, de aquí que los pequeños rumores acusaran resueltamente al ilustre dramaturgo: aquí de plagiario, allí de pobreza de invención, y siempre de falta de originalidad. De antiguas baladas y crónicas inglesas sacó sus Historias, o bien de *Las vidas* de Plutarco; los *Menœchmi* de Plauto le dieron el argumento de «La comedia de las equivocaciones»: *Como gustéis* es copia del *Gamelyn* de Chancer; *Hamlet* se halla en Saxo-Grammaticus..., etc.

«El cuento trivial, vacío y miserable (dice Mrs. Lennox) de donde Shakespeare sacó la comedia titulada *Cuento de invierno*, es mucho menos ridículo y absurdo que la comedia...»

«Las inconstancias y contradicciones en la fábula de *Mucho ruido para nada*, tomada de Genevra en el *Orlando furioso*, prueban la ninguna invención de Shakespeare y su falta de juicio...»

«La violación de la *justicia poética* no es la sola falta de *Hamlet*...»

* * *

¡Cuánto pudiera yo citar de este género, donde sólo campean los gordos adjetivos de *ridículo*, *risible*, *inferior*, *ordinario*, *vulgar*, *improbable*, *inconsistente*, *contradictorio*, *absurdo!*.. Pero, ¿merecen historiarse las... ocurrencias de cuantos se pongan a discutir sobre asuntos que no caben en sus menguados cerebros? «Sordos y ciegos—dice Coleridge—llenan su redoma de a tres onzas en las aguas del Niágara; y luego aseguran que el inagotable caudal de la

catarata no excede de las tres onzas que la redoma ha podido contener...»

Pero, así como la historía menciona a Eratostrato que, por hacerse célebre, quemó, la noche del nacimiento de Alejandro, el templo de Diana, en Efeso, tenido por una de las siete maravillas del mundo; así también haré yo mención del libro titulado *Anacronismos e incongruencias de Shakespeare*, en que Mr. Douce hace notar las «negligencias, equivocaciones, errores, dislocaciones de la realidad, violaciones de la exactitud histórica y manifiestos absurdos del mal llamado dramático» (1).

La escuela de criterio individual decía: Tal argumento se parece en todo o en parte a tal otro...; luego PLAGIO (2). La escuela del criterio clásico profesaba: Tal combinación de elementos familiares no se parece a ninguna de las conocidas, y sobre todo de las admiradas...; luego ORIGINALIDAD.

Por desgracia, es muy grande el número de los que, en materias literarias, ven *parecido*, entre los asuntos más desemejantes en *esencia* y *finalidad*. Y como de cierto existe ese *parecido*, acusan irremisiblemente de plagiario a todo autor posterior a otro en tratar el mismo tema. ¡Y el vulgo de las letras les hace caso! ¡La locomotora tiene ruedas...; luego la locomotora plagia a la carreta! (3). Y ¿qué se contesta al que, ciego para ver la *finalidad* de uno y otro vehículo, constriñe a su contrincante con la aplastadora pregunta: —¿No tienen ruedas ambas?

* * *

(1) Heming y Condell habían dicho en el prólogo del *in-folio* de 1623: «*Read him, therefore, and again: and if ther you don't like him, surey you are in some manifest danger not to understand him:* Leedle, sin embargo (a Shakespeare), una vez y otra; y, si todavía no os gusta, seguramente estáis en manifiesto peligro de no entenderle.»

¡No puede darse acerbidad mayor, ni más cortésmente expresada!

(2) ¡Cuán diferente el ejemplo de Rodríguez Marín, cuya edición no sólo no mejora las anteriores, sino que al plagiar, mutila las notas de los anteriores comentaristas, anota los mismos puntos, alude a iguales autores, etc., etc.!

(3) Admirable ejemplo que tampoco puede aplicarse a Rodríguez Marín. Las ediciones de Pellicer, Clemencín y Cortejón son la locomotora, ya descubierta. Las suyas son la carreta con ruedas de locomotora; pero ¡sin caldera de vapor!

¡Qué de veces reside una originalidad inmensurable en la combinación, no vista aún, de elementos muy conocidos! La locomotora misma es de ello ejemplo singular.

Cuatro elementos informan la felicísima invención de ese organismo, más bien social que mecánico, por parecer destinados, antes que a devorar el espacio, a suprimir los odios nacionales y a hacer una sola familia de todas las naciones de la tierra:— *mucho peso*, para que las ruedas muerdan en los férreos carriles:— *mucha superficie de caldeo en poco espacio*, para producir abundante vaporización en la caldera: — *tiro enérgico en la chimenea*, para obtener en el hogar combustión muy activa:— y, por último:— *transformación del movimiento rectilíneo alternativo del émbolo en movimiento circular continuo de las ruedas motrices.* Ninguno de esos elementos fué invención del gran Stephenson. Que el mucho peso de un vehículo impedía a las ruedas patinar, fué descubrimiento del ingeniero inglés Blackett; la caldera tubular, que en reducidas dimensiones relativas puede tener una superficie de caldeo equivalente al patio de un teatro, fué invención del ingeniero francés M. Séguin; que un chorro de vapor, inyectado en una chimenea, activa la combustión, es propiedad muy conocida en Inglaterra, y la transformación del movimiento rectilíneo del vástago de los cilindros de vapor en movimiento circular continuo, estaba ya muy en práctica desde los tiempos de Wat. No; ninguno de los elementos que informan la locomotora fué invención de Jorge Stephenson; pero su originalísima COMBINACIÓN constituye una de las más felices fulguraciones del ingenio humano; y por esa originalísima fulguración será eterno su nombre; y el año de 1829, que vió realizada la *combinación* maravillosa, será siempre famoso en los anales de la Invención.

* * *

La originalidad se manifiesta de dos maneras:

O realizando con elementos conocidos combinaciones antes ignoradas— caso de la locomotora;

O bien dando a luz hechos enteramente nuevos, y, acaso, hasta declarados imposibles por doctas academias—, caso de la fijación de las imágenes en la cámara obscura, por el procedimiento de

Daguerre—. Tal, recientemente, ha sido el hallazgo del fonógrafo.

Rara vez la invención consigue realizar un hecho enteramente nuevo y sin precedente, unido a combinaciones nuevas de elementos conocidos. Si, pues, es rarísima la simultaneidad de ambas clases de invención, ¿qué decir de quien, como Shakespeare, creó, a la vez que escuela nueva, modos nuevos de combinar lo ya existente?»

* * *

Hasta aquí D. Eduardo Benot.

Ni por una sola vez, ni en un solo punto, la obra de los señores Rodríguez Marín y Cejador cae bajo la defensa que en tan brillante disertación hace el insigne académico sobre la originalidad de Shakespeare, puesta en entredicho.

Por el contrario, labor de profanación la del primero y de usurpación literaria la del segundo, en nada corre parejas con lo que se puede llamar originalidad, aún discutible.

Bien es verdad que, como ya hemos dicho, el plagio y la usurpación de la propiedad literaria están hoy en España a la orden del día. Y son actos enteros de comedias o dramas, argumentos íntegros—Martínez Sierra nos oiga—, diccionarios, en múltiples acepciones de palabras, en definiciones absolutas—Julio Casares nos escuche—; artículos periodísticos—en *A B C* se ha plagiado las *Cartas persas* de Montesquíeu—; poesías y cuentos—*Blanco y Negro* y *Nuevo Mundo* han publicado notable acopio de unas y otros; en fin, la mano de José María «el Tempranillo» anda introducida en las letras españolas en figura de poeta, novelista, historiador, filósofo, literato, periodista, dramaturgo, comediógrafo, etcétera, etc.

Millares de páginas, con texto a dos columnas, insertaríamos aquí, probando la inconmensurable baraúnda de plagios y usurpaciones de la propiedad intelectual.

El caso que va a continuación habla por todos.

Lo descubrió el saladísimo semanario *El Mentidero* en su número de 7 de Septiembre de 1918. Escribía bajo el título «Parece que se coincide»:

«Don Feliz del Mamporro y de la Sonrisa, harto ya de ver en letras de molde la facilidad con que algunos señores coinciden en una idea, y hasta en el modo de expresarla, comienza hoy a sacar a la luz pública algunos de esos casos, para ver si así excita a la originalidad.

Don Feliz, que es un tío con toda la barba y con más vista que Hindenburg, recordaba haber leído en la revista *España Forestal*, del mes de Diciembre de 1915, un artículo de Daniel Zuloaga que le gustó mucho cuando se lo leyeron, y en el *Mundo Gráfico*, de 17 de Abril de 1918, otro artículo de Eugenio Noel, que también le agradó, como le agrada cuanto escribe este escritor, original él y antitaurino.

Mamporro ha ordenado que se haga de ambos trabajos una reproducción, y ahí la tienen ustedes para que se solacen leyéndolos, sin pasar un renglón por alto.

Como se puede observar, ambos artículos son preciosos, y hasta tienen algún parecido:

«La olma de Pedraza

Turégano, Coca, Sepúlveda y Pedraza: he aquí cuatro villas recias de fiero abolengo castellano, cuatro pueblos, peanas de castillos que fueron formidables, y hoy, en ruinas ya, son evocación de viejos días muy bellos.

Pedraza, sobre todo, es una página de nuestra Historia. Si viniendo de Sepúlveda (1) buscáis en

Turégano, Coca, Sepúlveda, Cuéllar y Pedraza: he aquí cuatro villas (2) recias de fiero abolengo castellano, cinco pueblos peanas de castillos que fueron formidables, y hoy, en ruinas ya, son evocación de los grandes días.

Pedraza, sobre todo. Ella es una página de la más hermosa novela que han escrito los hombres de la Historia.

Si, viniendo de Sepúlveda, buscáis en el horizonte la villa antiquísima, la veréis aparecer entre dos cerros. Una hondonada de exu-

(1) «Dista de Segovia 33 kilómetros, y de Sepúlveda 19 kilómetros.»

(2) Sea de quien fuere este trabajo, la palabra *cuatro* empleada por Noel, siendo cinco los pueblos que cita, indica que se tuvo a la vista el artículo de Zuloaga, que habla sólo de cuatro villas.

el horizonte la Villa que disputa a Itálica el noble honor de haber sido la cuna de Trajano, la veréis aparecer entre dos cerros. Una hondonada de lujuriante vegetación y en la única puerta de aquella muralla que aún hoy todavía guarda el pueblo de Dios sabe qué codicias. La subida es áspera y difícil, pero el alma se extasía contemplando la severa silueta del castillo magníficamente orientado. Hay que detenerse muchas veces para recibir íntegra la impresión de fuerza de aquel baluarte de un modo soberano, enfilado en la altura, dominando la cañada y la villa, como si aún tuviera la obligación de librarla de las mesnadas de los Ricos-Homes.

Ya en el pueblo es delicia de los ojos aquellas casas vetustas, vestigios romanos, huellas románicas, góticos recuerdos, piedras moldeadas por el Renacimiento, solares hidalgos, con su aspecto de casas fuertes o casas solariegas, sus verjas y hierros forjados a brazo, balaustres interesantes de sus balcones o voladizos, escudos que hablan de rancias empresas afortunadas, gérmenes de Raza.

berante vegetación, y en la única puerta de aquella muralla que aun hoy todavía guarda el pueblo de Dios sabe qué clase de codicias. La subida es áspera, difícil, pero el alma se extasía contemplando la severa silueta del castillo, orientado, como todos los castillos, magníficamente. Hay que detenerse muchas veces para recibir íntegra la impresión de fuerza de aquel baluarte, de un modo soberano enfilado en la altura, sobre los depósitos cretácicos sedimentados al pie de la cordillera, dominando inaccesible para los enemigos la cañada y la villa, con ese aire de las torres castellanas que no se parece al de las otras torres.

Ya en el pueblo, son delicia de los ojos aquellas casas vetustas, vestigios romanos, huellas románicas, góticos recuerdos, ventanas abiertas en los ángulos de los edificios, piedras moldeadas por el Renacimiento, solares hidalgos con su aspecto de casas fuertes, sus verjas y hierros forjados a brazo, balaustres interesantes de sus balcones o voladízos, escudos que hablan de rancias empresas afortunadas.

Cuando en los días de fiesta entra por esa única puerta abierta en la muralla la cabalgata de los serranos, ellas, con su refajo corto, amarillo o rojo, de franjas negras; ellos, con sus albarcas y zahones, su tez curtida y morena, casi negra, parece que la ciudad vuelve al tiempo de los Velascos, y que las arcadas y columnatas de la plaza recobran la lozanía del pasado.

Son buena gente esos campesinos. Vienen de Navafría, de Aldealuenga, de Gallegos, Matala-

Cuando en los días de la feria entran por esa única puerta abierta en la muralla, la cabalgata de los serranos, ellas, con su típico refajo corto amarillo o rojo, de franjas negras; ellos, con sus albarcas y zajones y su tez curtida y morena, casi negra, parece que la ciudad vuelve al tiempo de los Velascos y que las arcadas y columnatas de la Plaza recobran su lozana gallardía del pasado.

Son buena gente esos campesinos. Vienen de Navafría, de Aldealengua, de Gallegos, Matalabuena, Prádena y Arcones, gente toda que se reveló con terquedad castellana a cambiar de costumbres y de trajes y a cuya aparición la villa salta siglos atrás, como si la vista de aquellas curiosas y ancestrales ropas la devolviera el esplendor hoy muerto en la necia igualdad de un ambiente roído por el mal gusto.

El castillo gigante de los Condestables vela. En una de sus torres, Francisco I dejó en rehenes como rescate de sí propio, nada menos que a sus dos hijos, Francisco y Enrique de Valois, que luego fueron Reyes de Francia. Cuatro años

buena, Prádena y Arcones; gente toda que se rebeló con terquedad castellana a cambiar de costumbres y de trajes, y a cuya aparición la villa salta siglos atrás, a la edad de la pequeña iglesia de Nuestra Señora del Carrascal, como si la vista de aquellas curiosas y ancestrales ropas la devolviera el esplendor hoy muerto.

El castillo gigante de los Condestables vela. En una de sus torres, tal vez en esa única que hoy tiene, y desde la que hemos visto la rojiza tierra segoviana, Francisco I dejó en rehenes sus dos hijos, que fueron luego reyes de Francia. Cuatro años estuvieron allí. Y el castillo, orgulloso como si fuera consciente de su pasada gloria, dice altanerías que el artista sabe interpretar, que caen sobre la villa como menudas hojas invisibles de un árbol de estirpe despojado.

—Ese hombre es de Orejana— nos dicen, señalándonos un labriego.

Y ese nombre es una revelación. ¿No nació allí Aureliana, la madre de aquel emperador, romano, todo él ibero hasta los huesos, de Trajano el enorme? Trajano, afirman, nació aquí, en Pedraza. En la cercana cueva de la Griega se han encontrado los restos de otros tiempos.

Pero Pedraza tiene dentro de sus murallas algo que vale más que Trajano el enorme. Y ese algo es un árbol.

Y ese árbol es como el castillo: rudo, inmenso, viejo e inmortal.

¿Quién le plantó allí, en el ángulo de la plaza; quién le dejó crecer hasta que con su ramaje diera sombra él sólo al mercado?

estuvieron allí, del 1526 al 1530, y el castillo, orgulloso, como si fuera consciente de su pasada gloria, dice altanerías que el artista sabe interpretar, que caen sobre la villa como menudas hojas invisibles de un árbol de estirpe, despojado por el Otoño de nuestros sentimientos relajados.

Hay en la Plaza un árbol, y ese árbol es como el castillo, rudo, inmenso e inmortal. ¿Quién le plantó allí en el ángulo de la Plaza, quién le dejó crecer hasta que con su ramaje diera sombra él sólo al mercado? Podéis creer que los mismos hijos de Francisco, el prisionero de Leiva; podéis imaginaros que fuera Trajano mismo. Es tan viejo, que asombra, y tan fuerte, que pasma. Sus raíces crecieron, y tanto, que levantaron las losas del pavimento de la Iglesia románica de San Juan; sus ramas son toldo de la Plaza. La olma generosa, al sobrevivirse, ha derramado en el espacio lo que arrancó en las entrañas, y si destroza el suelo de la Iglesia, extiende su velarium sobre la Plaza para librar a los campesinos del fiero sol de Castilla. Su vejez tiene mucho de simbólica, y Pedraza le ama. Cuando Pedraza no exista, él seguirá tendiendo sus ramas sobre el vasto sepulcro. Hoy reina sobre la ciudad, y el castillo, con sus viejas leyendas, no vale lo que él. Sus

Podéis creer que los hijos mismos de Francisco I; podéis, sin inconveniente, imaginaros que fuera Trajano mismo.

Es tan viejo, que asombra; tan fuerte, que pasma. Muchos hombres, abiertos los brazos, no pueden abarcar su tronco. Sus brazos gigantes se abren a colosal altura en tres grandes grupos de ramas, a la manera de la hoja del trébol. Las viejas casas de las cercanías podrían guarecerse bajo sus ramas sin tocarlas.

Más cerca de ella — porque el árbol es hembra—hay un templo, el templo románico de San Juan, rodeado de un pórtico alto con grandes bolas por adorno. Aquel templo tiene en la fachada una inscripción muy bella: «Esta casa es casa de oración.»

Las raíces de la olma crecieron bajo el templo románico. Y un día las losas del pavimento se desunieron, las raíces de la olma quebraron las junturas, las piedras mismas, y serpentearon libres por la iglesia.

La olma generosa, al sobrevivirse ha derramado en el espacio lo que arrancó en las entrañas de la tierra, y si destroza el suelo de la iglesia vetustísima, extiende su magnífico velario sobre la plaza, para librar los días de mercado a los campesinos del fiero sol de Castilla.

Su vejez es simbólica, y Pedraza le ama. Cuando Pedraza no exista, sin duda la olma seguirá tendiendo sus ramas sobre el vasto sepulcro. Hoy reina sobre la ciudad, y el castillo, con sus viejas leyendas y fulgurantes historias, no vale lo que ella. Sus fibras se han petrificado, y la savia corre

fibras se han petrificado y la savia corre entre ellas como agua en las vetas de la sierra y esa linfa tiene como el agua serrana, gérmenes de vitalidad, fresca y franca alegría, inagotables días de dulce sombra.

Más afortunado que millares de árboles, que al hacha de la codicia rindió la olma de Pedraza, crecerá aún más, y como Castilla, será más bella a medida que vaya siendo menos joven, más vieja. Ante él os preguntáis, sorprendidos por su grandeza: ¿qué limos tiene esta tierra que así hace germinar tal árbol? ¿Es que el genio castellano se reveló entero en él, o fué que quien lo plantó poseía en el corazón el secreto de la eternidad?

DANIEL ZULOAGA.

(De *España Forestal.*)

entre ellas como agua en las vetas de las sierras; y esa linfa tiene, como el agua serrana, gérmenes de vitalidad, fresca y franca alegría, inagotables días de dulce sombra.

Más afortunada que millares de árboles rendidos al hachazo de la codicia, la olma de Pedraza crecerá aún más y, como Castilla, será más bella a medida que vaya siendo menos joven, es decir, más vieja.

Ante esa olma os preguntais, sorprendidos por su grandeza: ¿qué limo tiene esta tierra que hace germinar tal árbol? ¿Es que el genio castellano se reveló todo entero en él, o fué que quien lo plantó poseía en el corazón el secreto de la eternidad?

Cuando a Pedraza le nieguen otras ciudades su Trajano, recabando para ellas el orgullo de haberle engendrado, Pedraza podrá afirmar señalando con el dedo su olma:

—La tierra que produjo tal árbol, bien pudo engendrar tal emperador.

EUGENIO NOEL.

(De *Mundo Gráfico.*)

Sin comentarios. Y lo más gracioso del caso es que, o poco entendemos de estilo, o el del artículo anterior tiene analogías con el de Noel como una y una gota de agua. ¿De quién es el trabajo? ¿De Zuloaga, toda vez que *aparece* escrito tres años antes? ¿De Noel, como *parece* revelar el estilo? ¿De ninguno de los dos?

Sea lo que quiera, el escrúpulo de alguno anda por los subterráneos.

Continúa el examen del "Quijote"

Nuevas irreverencias, cantares y coplas y variantes del texto original.

Indudablemente, el Sr. Rodríguez Marín no se propuso otra cosa, al anotar el *Quijote*, sino enmendar la plana a Cervantes, diciendo al mundo entero: «Aquí estoy yo, dando ciento y raya al genio de la novela».

Toda su obra es de una espantable soberbia, de una inaguantable pedantería y de una sabiondez ridícula. Ya advertimos atrás que este erudito de *doublé*, que pretende dorar con oro bajo el oro purísimo de ley, ha formado coro con los que han tenido a Cervantes por mediano o mal poeta, ignorando que quien escribió el *Viaje del Parnaso* no puede sentir envidia de vate alguno, por alto que esté.

En efecto, porque en el capítulo XI de la parte segunda del primer libro, dice Cervantes en el romance de Antonio:

«Dejo el bailar por tu causa
ni las músicas te pinto
que has escuchado a deshoras
y al canto del gallo primo».

Rodríguez Marín comenta: «*Al primer canto del gallo* quiere decir. Violenta es la transposición.» Holgaba lo primero y no es verdad lo segundo. ¿Por qué ha de ser violenta la transposición de «al canto del gallo primo»? Así se escribía y tales eran las transposiciones en todos los escritores de aquel tiempo.

No creo que el *erudito* sevillano tenga por cierto cuanto escribe: más bien me inclino a pensar que es únicamente su desmedido afán de combatir a Cervantes lo que le impulsa a anotar estas puerilidades.

Igual falta comete en el capítulo siguiente, cuando en la página 262 del primer volumen, y porque Cervantes dice por boca del cabrero: «Aquél gran su amigo», escribe: «Dudo que, aun en tiempo de Cervantes, lo dijera así la gente rústica.»

Es lástima, verdaderamente, que Cervantes (como páginas atrás dejamos también apuntado) no conociera al Sr. Rodríguez Marín antes de componer el *Quijote*. ¡Qué trabajo, en extremo maravilloso, hubiera salido!

¿Quién le manda escribir al Gran Manco (pág. 285) ... «El Rey Artús, de quien es tradición antigua y común en todo aquel Reino de la Gran Bretaña que este Rey no murió»? Rodríguez se encara con este tal desaprensivo Cervantes, y dándole un palmetazo, escribe: «Sobran las palabras «este Rey».

Y como no puede curarse de empedrar el texto de cantares y coplas, basta que el aludido cabrero pondere la belleza del rostro de una mujer, diciendo que «del un cabo tenía el sol y del otro la luna», para introducir a renglón seguido la siguiente copla:

«Hermosas he visto yo;
pero como tú ninguna;
de tu cara sale el sol;
de tu garganta la luna.»

De esta enfermedad coplera no se cura así como así el comentador. Cuantos cantares ha visto escritos en las hojas de los calendarios los ha llevado al *Quijote*. En las págs. 294-95, dice el hidalgo manchego: «No sería tenido por legítimo caballero, sino por bastardo.» Y Rodríguez mete al instante este cantar, oído, sin duda, en alguna juerga andaluza, entre *cante jondo*, palillos y cañas de manzanilla:

«Tú te tienes porque sabes,
y er sabé no t'ha balío;
yo he jecho burla de ti,
y tú no lo has conosío.»

Consideren ustedes si la gravedad de este académico... y no de Argamasilla, no ha tomado en serio el *Quijote*.

Más adelante se lee en el libro inmortal (pág. 191 del tercer volumen): «¿Sería justo que te viniese en deseo de tomar aquel diamante, y ponerle entre un ayunque y un martillo, y allí, a pura fuerza de golpes y brazos, probar si es tan duro y tan fino como dicen?» Vean ustedes lo que comenta a esto Rodríguez Marín:

«Ahora que soy el ayunque
me presisa el aguantar;
si argún día soy martiyo,
bien te puedes preparar.»

Y continúa:

«Ahora que soy el ayunque,
de mí no tienes clemensia;
pero en siendo yo er martiyo,
tendrás que tener pasensia.»

Y tras estos desatinos, escritos, sin duda, como arriba se sospecha, en algún colmado de *Seviyiya*, aún tiene alientos para añadir, completando la anotación: «Cuando fue escrito el *Quijote* [1] no se tenía el concepto que ahora de la dureza de los minerales.»

No, señor; ni de la cabeza de muchos bibliotecarios y académicos.

Porque a ningún hombre de entero juicio se le hubiera ocurrido, a propósito de las palabras de Cervantes en la página 244, volumen I: «Fué de contento para su amo dormirla al cielo descubierto, por parecerle que cada vez que esto sucedía era hacer un acto posesivo», corregir el pasaje, diciendo: «Mejor que *posesivo*, positivo.»

Odio feroz siente Rodríguez Marín contra Cervantes. Y es el caso que, sin Cervantes, el pobre «bachiller Francisco de Osuna» apenas tuviera sobre qué caerse muerto. Fuerte cosa es que el

(1) Como probaremos después, la nota es un plagio de Clemencín.

gran Miguel, de continuo tan sin dineros (según frase suya), haya enriquecido a ganapanes como Rodríguez Marín, para escuchar desde la sepultura cómo le insulta en las siguientes palabras de la página 210: «Esta y muchas otras repeticiones e inadvertencias nos irán convenciendo en el curso de la obra del descuido con que Cervantes solía escribir y de la poca o ninguna cuenta que, de ordinario, echaba con la corrección de sus originales.»

Pues el modo con que persigue a Cervantes aplicándole sinalefas y más sinalefas, como sinapismos, no es menos digno de notarse.

Tras lo que páginas atrás dejamos anotado sobre las faltas que halla a metro tan correcto como

«Pertinaz estaré en mi fantasía»,

en la pág. 15 del volumen tercero vuelve a tacharle el verso

«Deja el cielo, ¡oh, amistad!, o no permitas»

diciendo: «La interjección *¡oh!* no hace verdadera sinalefa con la sílaba anterior, y resulta largo, o, a lo menos, muy duro, el verso, que sería de buen pasar suprimiéndola.»

Este comentarista no se para en barras, y corta por lo sano, suprimiendo del texto lo que le parece y añadiéndole aquello que le viene en gana. Para eso es comentarista. Si Cervantes hubiera escrito sin faltas el *Quijote*, ¿de qué iba a haber vivido Rodríguez Marín? ¿Que no las tiene? Pues se inventan. El caso es comentar y cobrar; sacar a relucir errores, aun no habiéndolos, y callar las bellezas de la sublime novela. Así, escribe en la siguiente página (16): «Es el tercero de tres *cuandos* que salen en solos cinco renglones. Y todavía, cuatro después, vuelve a repetirse este adverbio.»

Cuando... les digo a ustedes, señores lectores...

En la página 27—seguimos hablando del tercer tomo—hallamos una *nota* que hará «reir las tripas», como dicen. Escribe Cervantes: «Abrila temeroso (la carta) y, con sobresalto, creyendo que cosa grande debía de ser la que le había movido a escribirme es-

tando ausente, pues presente pocas veces lo hacía.» Y Rodríguez, el *seriyano* Rodríguez, comenta: «¿Pues a quién sino a los ausen-»tes se escribe? Claro es que los amantes en presencia se hablan y »se escriben en ausencia. Y así la copla popular (número 3.571 de »mi colección):

»Cartas van, cartas vienen
»por el correo;
»nada me satisface
»si no te veo.»

Bueno, Sr. Rodríguez Marín. La verdad es que entonces no había correo interior. Pero si dos, por ejemplo, viven en su pueblo de usted, Osuna, cierto que no están ausentes: y ¿no se pueden escribir, no se pueden enviar un billete, como antaño y aun hogaño se dice? ¿De dónde se saca vuesa merced académica eso de que «¿a quién sino a los ausentes se escribe?»

De la coplica ya no digo nada. Usted no tuvo *anima vili* que le comprara su libro de cantares, y se dijo un día: «¿Qué medio de darlo a conocer? Pues encajando las dieciséis mil y pico de coplas en el *Quijote*.» Y así lo hizo, desparramándolas por los capítulos, allá te vas y caigan donde cayeren.

Si a este comentador se le ocurre escribir tan gran libro, asombra al mundo, porque hubiera quedado mejor que el de Cervantes. Lo primero, habría dado de lado a todos los apartes y monólogos. No le place que en el capítulo XXVIII se oiga la voz que con tristes acentos interrumpe la conversación del cura cuando se dispone a consolar a Cardenio, y dice reprochándole tal *defecto* a Cervantes (pág. 46): «También a los novelistas pueden aplicarse aquellos »versos que dirigía don Modesto Lafuente en su *Teatro social del »siglo XIX* a los autores de obras teatrales:

»Dejad, poetas dramáticos,
»los apartes y monólogos,
»porque ni son verosímiles,
»ni naturales, ni lógicos.»

De modo que para Rodríguez Marín la voz en cuestión—que es

la dulcísima de Dorotea—no es verosímil, ni natural, ni lógica. Esto es, que Cervantes no debió sacar a relucir la hermosa figura de Dorotea, vestida de hombre, mucho menos estando allí el cura...

Este Rodríguez Marín es maquiavélico, y viendo que Dorotea había cantado (aunque su canto fuera inverosímil, antinatural e ilógico), acordóse de sus coplas, pensando que, pues la ex doncella era andaluza—natural de Estepa y vecina de Osuna, del mismo pueblo que el comentarista—, no le vendrían mal un par de *soleares*; y así, para anotar las palabras de la dicha: «Vendré a quedar deshonrada y sin disculpa de la culpa que me podía dar el que no supiere cuán sin ella he venido a este punto», cuelga en la anotación esto (pag. 65):

«Yo me quería morir,
por ver si me se acababan
estos delirios por ti.»

Y no pareciéndole bastante, mete una nueva *soleá:*

«Yo quería, yo quería
a aquella niña morena
de la Cañabarería.»

Eso debe de estar muy lejos; pero Dorotea, su paisana, le perdone, en gracia a que cuatro páginas más adelante (en la 69) y para anotar el que diga: «en lugar de helárseme el corazón en oílla», le brinda lo que sigue:

«Yo estoy loquito en pensar,
y en pensar me güerbo loco,
en ber que tengo una biña
y me la bendimia otro.»

¡Vaya cardo, señor Bachiller Francisco de Osuna! ¡Que nos sirvan otras cañitas, mientras hojeamos er *Quijote!*

Ahora vienen dos coplitas *salerosas* para anotar (págs. 79-80)

las palabras de Cardenio: «Yo Dorotea, soy el que me hallé presente a las sinrazones de Don Fernando»:

«Soy pájaro que en el agua
tengo el alimento mío,
y no la puedo beber
siendo del agua nasío.»

La verdad, esto está un poco confuso. Un pájaro que tiene su alimento en el agua y que no puede beberla, a pesar de haber nacido de ella... No caemos... ¿Pájaro nacido del agua? Nada, que no lo columbramos. Se nos atolla la ornitología. ¿Qué pájaro será? Pues conciértenme ustedes, si el valor de la copla es tan nulo, qué tendrá que ver con las frases de Cardenio: «Yo, Dorotea», etc.

Quizá la copla que sigue nos saque de apuros:

«¿Fuistes tú la que dijistes
ayer en el lavadero
que te casabas conmigo?
¡Eso será si yo quiero!»

No hemos de reñir por tal casorio: pero nos quedamos sin saber qué relación puedan tener esas dos coplas del estercolero con las bellísimas estrofas del enamorado Cardenio.

Igual sucede unas cuantas páginas más adelante, en la 95. La nota es en extremo curiosa, regocijante, pimpante y abradacadabrante. Dice Sancho: «¡Llegáos, que me mamo el dedo!» Y comenta Rodríguez Marín, como si ello necesitase comentario: «La exclamación es irónica. Como chuparse o mamarse el dedo es cosa de tontos, dice: *¡Llegáos, que me mamo el dedo!*, lo mismo que pudiera decir: *¡Fiáos de mí, que soy tontito!* Una copla vulgar (número 7.070 de mi *Colección de cantos populares españoles*):

«A mí me llaman el tonto;
yo digo que lo seré;
pero no me chupo er deo
como no lo moje en miel.»

¡A cuántas consideraciones no se presta esta nota! Pero el señor Rodríguez Marín se olvidó de otra, en que quizá hubiera hallado ciertas analogías. No hemos pensado incluirla en ningún tomo de cantares, ni. por tanto, señalarla con tal o cual número. Allá va, según la hemos oído en la Mancha:

«A mí me llaman el tonto,
el tonto de mi lugar,
todos comen trabajando,
yo como sin trabajar.»

Ese tonto se identificaba, sin saberlo, con muchos escritores que pasan por sabios, y que siendo tontos de remate, o vivos de remache. comen también sin trabajar o de lo que otros trabajaron, oficio productivo que no conoce quiebras. Y como proceden de esta manera, no es extraño que digan lo que dicen.

* * *

Pero vamos al cuento, o al libro de cantares, que tal ha hecho del *Quijote* el hispalense comentarista.

El cual, para que no pasen muchas páginas sin insultar a Cervantes, escribe en la 123 (porque dice Don Quijote, sin haberlo hecho constar antes, que Ginés de Pasamonte se llevó su espada): «A la verdad, esta distracción de Cervantes no es tan venial como otras muchas.»

El mismo comentarista, en su afán de copiar a los otros anotadores sin depurar las faltas que cometen, dice sobre las palabras de Don Quijote: «Acaba, cuéntamelo todo: no te se quede en el tintero una mínima», lo siguiente (pág. 133): «*Mínima*, voz de la música—como dice Clemencín—; nota de muy breve duración, mitad de la semibreve y doble de la semínima.» Además de que Don Quijote quiere significar con la voz *mínima* la más pequeña parte del discurso de Sancho, y no otra cosa, la anotación anterior es un barbarismo musical, pues la *mínima* no es una nota de muy breve duración, sino todo lo contrario. la de más larga duración de todas las de la escala, a excepción de la *semibreve*, pues ya ha caído en desuso la *breve*. Si el Sr. Rodríguez Marín supiera no más que ligeras nociones de solfeo. habría corregido el ante-

rior disparate, añadiendo (asímismo) que hoy no se dice ni *semibreve*, ni *mínima*, ni *semínima*—habida cuenta de que desaparecieron *breves* y *cuadradas*—, sino *redonda*. *blanca* y *negra*, respectivamente, siendo por tanto la *blanca* o antigua *mínima*, la segunda nota, en orden de duración, del moderno sistema musical: nota larga, y no muy breve, pues tras ella vienen la *negra*, la *corchea*, la *doble corchea*, la *fusa* y la *semifusa*. Tiene gracia que Rodríguez Marín, que de continuo ataca injustamente—lo que no obsta para copiarles las anotaciones—a Clemencín, Cortejón, Hartzenbusch, etc., les aplauda cuando, como en la presente ocasión, se equivocan.

Véase si las anotaciones al *Quijote* pueden presentarse como algo serio en materia de erudición. Hoy, que se enseña solfeo en las escuelas de instrucción primaria, hasta los chicos saben que la *blanca* es una nota de larga duración, que vale dos partes en el compás de compasillo.

La nota, que llega unos cuantos renglones más allá, prueba, en efecto, cuanto decimos de los injustos ataques a los anteriores comentaristas, pues ahora no se equivocan, y se mete con ellos. Escribe Cervantes en la página 152 de la edición de Cuesta (1608): «Pues es verdad, replicó Don Quixote, que no acompaña essa grandeza, y la adorna con mil millones, y gracias del alma.» Así escribió el Manco de Lepanto y así, exactamente, en sus ediciones escribieron Clemencín y Cortejón. Rodríguez Marín, empero, enmendando, como siempre, la plana, encaja un par de admiraciones y deja de este modo el texto (página 134 de la edición de *La Lectura*, vol. III): «—Pues ¡es verdad—replicó Don Quijote—que »no acompaña esa grandeza y la adorna con mil millones de gracias »del alma!» Y comenta:

«La frase es admirada (?) y dice lo contrario de lo que suena: »*¡Pues es verdad!*... Clemencín y Cortejón omitieron indebidamen»te los signos admirativos.»

Se necesita *frescura* para decir esto. ¡Qué habían de omitir tales signos admirativos Clemencín ni Cortejón, no constando en el original! Rodríguez Marín no es que no los omite, sino que los inventa, como inventa los *descuidos* de Cervantes. Así dice en la página 145, vol. III: «Aquí se olvida Cervantes de aquello que había hecho decir a Sancho en el capítulo XXV: que la conocía

bien; que era moza de chapa, que tenía una voz que se oía de más de media legua, etc.» Reparen ustedes si hombre que escribe eso está capacitado para entender el carácter de Sancho como la más perfecta personificación—que diría Víctor Hugo—de la dinastía del sentido común. El caso es el siguiente: Habla Sancho en el capítulo XXXI con Don Quijote sobre el viaje para entregar la carta a Dulcinea. Acósale éste a preguntas sobre su dama, y aquél, que no la ha visto en todos los días de su vida y finge que la ha visitado y que trae encargos de ella, temiendo que tras tantas mentiras, si la conversación se prolonga, va a descubrirse el engaño, se alegra al oir las voces de maese Nicolás (que demanda que esperen, que quieren detenerse a beber en una fontecilla que allí estaba), porque, de este modo, acaba la plática. Por lo cual, añade muy bien Cervantes: «Detúvose Don Quijote, con no poco gusto de Sancho, que ya estaba cansado de mentir tanto y temía no le cogiese su amo a palabras; porque, puesto que él sabía que Dulcinea era una labradora del Toboso, no la había visto en toda su vida.»

A esto replica Rodríguez Marín con la nota que apuntada queda sobre el *olvido* de Cervantes, y remite al lector al capítulo XXV. Y ¿cuándo ha dicho Cervantes que Sancho había visto a Dulcinea? Lo que ha afirmado el escudero, de que la conocía, es pura ficción, para seguir la locura de Don Quijote. ¿Qué lector ignora esto? ¡Precisamente, el gran sentido del *Quijote* estriba en que, tanto el héroe como su escudero, mueren sin poder ver el ideal!

¡Pues ya escampa! No contento Rodríguez Marín con atacar tan sin fundamento al Príncipe de los Ingenios, dice a la página siguiente (146): «En punto a pormenores, Cervantes no recordaba bien lo que llevaba escrito de su novela (!!), ni acaso, acaso, en el continuo ajetreo de su vida, lo tenía siempre a mano al seguir escribiendo.» Esto se comenta por sí solo. El suave lector—si no ha perdido ya la paciencia—convendrá conmigo en que es indigno que notas de tal jaez aparezcan en una edición del *Quijote*. El hecho es tan vorgonzoso, que no tiene precedentes en ninguna literatura del mundo.

A ese Zoilo cervantino debe recogérsele las dos ediciones, la monumental y la de *La Lectura*. Por honra de España no debe consentirse que el preclaro ingenio español, de quien (parodiando a

Carlyle, cuando decía que valía más para la gloria de Inglaterra haber producido a Shakespeare que haber dominado el mar, pudiera asegurarse, que fué mejor para España que Cervantes escribiera el *Quijote* a que Colón descubriera el Nuevo Mundo: por honor de España, digo, no debe tolerarse que un plagiario ganapán insulte tan soezmente al que es luz y resplandor que ilumina el universo entero.

Pero sigamos: tres páginas más adelante, en la 150, dice Sancho: «Toma, hermano Andrés, que a todos nos alcanza parte de vuestra desgracia.» Y comenta Rodríguez Marín: «Ha sido examinado tan aprisa el *Quijote* por sus anotadores (1), que porque la edición príncipe, por errata, o lo que más creo, por rotura del acento de una *a*, dijo *Toma*, así lo han dicho casi todos. No es sino *Tomá* (*Tomad*), y claramente lo indican las palabras que siguen.»

Lo primero, el Sr. Rodríguez Marín, que es andaluz, quiere que también lo sea Sancho, pretendiendo que, al hablar, se coma la última letra, como ocurre en Andalucía: *—Zeñore, traigan unas cañita;* o, *—Señó jué, no pué vení la cosa a meno*, procedimiento y ejemplo a que debió recurrir al escribir la nota, aderezándola con algún cantar o copla. El bueno de Sancho, hijo de la Mancha, donde se habla castellano correcto, no suprime jamás en su conversación esas letras finales, ni de ello hay ejemplo alguno en toda la obra. Además, Cervantes escribió *Toma* (y no *Tomá* ni *Tomad)*, como se lee así en la edición príncipe, cual en la de Cuesta de 1608, que tenemos a la vista, y nada de erratas, que todo se le vuelve hablar de erratas, al que no halla otras razones. Y pues lo dice Cervantes, así debe ser, y no lo que estampa el *fresco* de Rodríguez Marín.

Lo segundo, afirma tan tranquilo que «Ha sido examinado tan aprisa el *Quijote* por sus anotadores...» La soberbia pierde a este pedazo de Zoilo. ¡Sólo él ha examinado detenidamente el *Quijote*, descubriendo que Sancho dijo *Tomá* por *Tomad*, cual hubiera cambiado un *Señor* por un *Zeñó* en los percheles de Málaga! Es conocer a Sancho, como ya advertimos antes.

Y aquí viene de perlas lo que aplica Rodríguez Marín a Cortejón, no obstante ser D. Clemente mejor cervantista que él: «Pero ¿es quizás que no se necesita leer despacio a *todo un autor* antes

de ponerse a comentar cualquiera de sus obras?» De esta manera trata el académico sevillano a los comentaristas que le han precedido, y de cuyo trabajo ha sacado fruto, hasta apropiárselo en infinitas ocasiones. Ya antes dijo (pág. 22, vol. III): «Clemencín y Cortejón no entendieron qué significa este *enconar*, bien que el primero hiciese la vista gorda.» Y en la 25: «Esto de *volver el cambio* no se ha entendido hasta ahora por los anotadores del gran libro cervantino.» Asimismo se lee en la 31: «Eso no sucede sino puntuando mal la frase, como la puntuaron él (Clemencín) y Cortejón.» Y más adelante (pág. 41): «Clemencín y Cortejón tienen por pleonástica la frase *el deseo de apetecerlo*. No la tuvieran a parar la atención en que aquí *apetecer* equivale a solicitar o procurar.» En la pág. 56: «Clemencín no entendía qué significara ese participio *(puestos)*, ni con quién concertase.» En la 62. «Así, *asconde*, en la edición príncipe. Cortejón ni acepta esta forma común antigua y más etimológica de *esconder* (*abscondere*), ni siquiera la saca como variante. ¿A qué, siendo *crítica* su edición?»

Pero donde el Zoilo cervantino se enfada más es en la pág. 89: «Don Valentín de Foronda (1), que sabía poco de la buena habla de Castilla, y que, por tanto, no tenía licencia de Dios para ser juez del lenguaje de Cervantes...» Así, quién más, quién menos, son tratados por el Sr. Rodríguez Marín todos los desdichados que, ignorando que él había de nacer un día, osaron poner sus pérfidas anotaciones al *Quijote*. ¡Pobretes! ¡Yo soy el más grande!—exclama Rodríguez Marín—. ¡Hasta a los sabios puedo enseñar!—manifiesta en el prólogo—. Y a tanto se atreve, que, para rematar dignamente, los engloba a todos en una nota, y allí los machaca, los tritura y aventa sus cenizas.

En efecto, dice Cervantes por boca de Anselmo en el capítulo XXXIII, donde se cuenta la novela del *Curioso impertinente* (página 177): «Pensaba, amigo Lotario que a las mercedes que Dios me ha hecho... no puedo yo corresponder con agradecimiento que llegue al bien recibido, y SOBRE al que me hizo en darme a ti por amigo y a Camila por mujer propia.» No se necesita ser

(1) Luego se verá que esta nota la plagia de Clemencín.

muy versado en gramática para comprender que ese SOBRE equivale a ADEMÁS DE, a ENCIMA DE O ENCIMA DEL CUAL: tan claro es como la luz; pero el Sr. Rodríguez Marín, que ya en otra ocasión tomó el «a tontas y a locas» en su acepción literal, creyendo que el autor quería referirse a doncellitas tontas y locas—que es cuanto puede disparatarse—, así tiene aquí el SOBRE por tiempo del verbo ***sobrar*** (!!), y escribe: «Por no haberse dado cuenta de que este ***sobre*** es del verbo ***sobrar***, en su acepción etimológica, muy clásica, de ***sobrepujar*** o ***exceder***, Mayans primero (1738), la Academia después y luego Clemencín, Hartzenbusch, Máinez y Benjumea, lo rebautizaron como preposición.»

Y tuvieron razón, señor comentarista, pues de ser el mencionado *sobre* tiempo del verbo ***sobrar***, equivalente a ***sobrepujarse*** o ***excederse***, el texto resultaría así: «Pensabas, amigo Lotario, que a las mercedes que Dios me ha hecho... no puedo yo corresponder con agradecimiento que llegue al bien recibido, y EXCEDA O SOBREPUJE al que me hizo en darme a ti por amigo y a Camila por mujer propia.» De este modo la lección no hace sentido, pues, ¿cómo se comprende que Anselmo corresponda a las mercedes que Dios le ha hecho con agradecimiento que exceda o sobrepuje al nuevo bien recibido en darle por amigo a Lotario y por mujer a Camila? ¡Vean ustedes si los bienes que Dios da pueden superarse con agradecimientos de los míseros mortales! Luego, por el contrario, no lleva razón Rodríguez Marín, y sí Mayans, la Academia, Clemencín, Hartzenbusch, Máinez, Benjumea y cuantos han tenido a *sobre* por lo que es, por una preposición, como fácilmente se colige de lo que sigue: «Pues con todas estas partes (los bienes recibidos), que suelen ser el todo con que los hombres suelen y pueden vivir contentos, vivo yo el más despechado y el más desabrido hombre de todo el universo mundo.»

Y a todo esto, ¿a qué único comentarista cita para alabarlo por concienzudo? Pásmense: ¡a D. Julio Cejador! ¡Cuán cierto es el refrán de «Dios los cría y ellos se juntan»! Cejador diciendo de Quevedo que es un «gañán de la sátira», y Rodríguez Marín escribiendo de Cervantes en este tercer volumen (pág. 183): «su ordinaria inexactitud», y (pág. 190): «su distracción ordinaria», tras haber anotado, ya (pág. 118): «A la verdad, esta distracción de Cervantes no es tan venial como otras muchas.»

Pero, ¡oh, venturoso; oh, misericordioso Dios! De manos a boca hallamos una anotación, que prueba que tan identificados están ambos comentaristas, que también Cejador pone como no digan dueñas a Cervantes. «Según el Sr. Cejador—dice Rodríguez Marín en la pág. 195—*«el mito llevó al autor de estos versos* (Cervantes) *a* EMPLEAR TONTAMENTE *el término latino «pluvia»*, dejando el equivalente castellano *lluvia.*»

El bruto de Cejador, que tan sin fundamento ataca a Cervantes por escribir donosamente:

«Y en esta opinión estén
todos, y en razón la fundo;
que si hay Dánaes en el mundo
hay *pluvias* de oro también»;

debiera saber que en todo el siglo XV, en el XVI y en el XVII—y hasta en el XVIII y XIX algunos escritores—se usó indistintamente de los vocablos *pluvia* y *lluvia.*

Indudablemente, Cejador y Rodríguez Marín se han propuesto hacer odiosas las dos figuras más grandes de la literatura española, Cervantes y Quevedo.

Sigamos con el Zoilo sevillano, que no hay página en que no traiga algún disparate, un plagio, una irreverencia o una soberbia desmesurada.

Habla Cervantes de la institución del sacramento del matrimonio, y no ocurriéndosele nada nuevo al comentarista, por lo mucho bueno que otros han escrito sobre tal materia, no ve modo de salir del paso sino zurrándoles la badana y dándoles a entender que él es el escritor único y supremo.

«¡Qué listos y cuán de carrerilla—anota en la pág. 197—se andan los anotadores comentando este pasaje, sin dejar en paz ni un instante al capítulo II del *Genésis!* Y, ¡cómo se LES SUELE ACABAR la CUERDA en LLEGANDO A OTRAS MATERIAS en que la erudición está más a trasmano! Acuérdome, a veces, al reparar en esto, de lo que sucedía en el aula cuando yo cursaba el primer año de latín. Al repasar lo estudiado, hasta los más torpes corrían, que era un asombro, si les preguntaban las reglas para conocer los géneros

de los nombres. ¡Claro! El buen D. Raimundo de Miguel las traía en versos que se decían solos:

«Todo nombre de varón,
propio de viento, de mes
y río, masculino es
por su significación...»

«Mas cuando se llegaba al *quis vel qui*, ¡allí era el tropezar y atajarse, y el mirar al techo, en busca de la inspiración celestial! Como aquí cuando se tropieza con locuciones por el estilo de la de ***duelos y quebrantos los sábados.***»

El ejemplo anterior acusaría una desenfrenada soberbia si no fuera de una rematada mentecatez.

Primeramente, nada tiene que ver esta nota con el *Quijote* ni con la institución del sacramento del matrimonio. Lo segundo, el relato sobre lo que pasaba en el aula de latín a que asistía Rodríguez Marín, de puro verdad, por acontecer en todas las aulas, es necedad; y lo saben hasta los chicos, pues se ha hecho refrán: «*Quis vel qui*, todos los borriquitos se atascan aquí.» Y en tercer término, lo de ***duelos y quebrantos*** es una jactancia, pues Rodríguez Marín no ha dicho sobre tal frase sino lo que le ha parecido, entre hipótesis desbaratadas, como siempre.

En la página 204 hay una nota que sobrepuja a cuanto llevamos dicho sobre los ataques contra Cervantes. Esta sola, aunque a centenares no las hubiera parecidas, justificaría la recogida de la edición. Es verdaderamente bochornoso que se tolere la publicación de semejantes insultos contra el autor del *Quijote*. Escribe el Manco insigne: «Dijo también a Camila que no dejase sólo a Lotario, en tanto que él volviese. En efecto, él supo tan bien fingir la necesidad o necedad de su ausencia, que nadie pudiera entender que era fingida».

Rodríguez Marín anota a esto: «El juego de palabras «la ***necesi-*** »***dad o necedad*** de su ausencia», sobre ser impropio de este lu- »gar, en donde se va narrando gravemente, no es de buena ley.»

Después de este palmetazo a Cervantes, ¿se enfadará Rodríguez Marín si se le aplican los peores dicterios? Pero, ¿quién es usted, pedazo de cervantista, para decir que no es de buena ley lo

que Cervantes escribe? Los académicos de la Española, ¿han leído, han reparado en este *Quijote*? ¿No se avergüenzan de contar en su seno a quien, debiendo defender el lema: «Limpia, fija y da esplendor» (y nadie como Cervantes limpió, fijó y dió esplendor al idioma de Castilla), escribe que el juego de palabras que emplea el novelista inmortal *no es de buena ley*? ¿A cuándo aguardan para recusarlo? ¿No se han enterado?

Mas continuemos. No es preciso sino saltar dos páginas para, en la 207, ver nuevamente acusado a Cervantes de distracción, y para en la siguiente (208), porque el autor dice: «Se encerró en un aposento y por los agujeros de la cerradura estaba mirando», hallar que escribe Rodríguez Marín: «*¿Los agujeros?* Parece que no tenía más de uno: lo que vulgarmente se llama el *ojo de la llave*.»

No merece contestación sandez tan grande como la apuntada. ¡Reparar en que dice Cervantes «los agujeros de la cerradura»! ¿De dónde saca Rodríguez Marín que las cerraduras no pueden tener más de un agujero? ¡Pues la cerradura de las anotaciones de Clemencín sí que tenía varios agujeros, por los que varias veces penetró la ganzúa! ¿Podrá alegar Rodríguez Marín que no es buen cerrajero?

Prosigue espigando el Zoilo en la insuperable prosa cervántica, y topa con los *defectos* que van a continuación (pág. 234):

«Dos versos endecasílabos ocasionales:

»*Callando estuvo por un buen espacio*
»*mirando al suelo sin mover pestaña.*

»Deslizársele a un escritor en la prosa un verso endecasílabo, o »hasta dos octosílabos juntos, no es sino venialísimo pecado; pero »dejar pasar, sin que los deshaga la lima, dos o más endecasílabos, o arriba de dos octosílabos, denota menos leve descuido.»

¿Ven ustedes? Lo que en Cervantes es virtud, Rodríguez Marín lo tiene por vicio. La alta prosa, rítmica, cincelada, que alcanza en su elevación las cumbres y sabor del verso, es descuido y pecado. Rodríguez Marín no debiera hablar de lo que ni entiende ni siente: que aún remacha el clavo en la nota que hallamos a continuación: «¡Pronto se nos viene a la mano—escribe—

ocasión para recordar lo indicado en la nota antecedente! No menos de cinco versos octosílabos se le deslizaron aquí a Cervantes:

... en caso tán no pensado.
Prometióselo Lotario,
y, en apartándose dél,
se arrepintió totalmente
de cuanto le había dicho...»

¡Ojalá todo el *Quijote*, Sr. Zoilo, tuviera la suerte de poderse descomponer en versos! ¿Y esto es defecto? Si fuera al revés..., que el verso supiera a prosa... Pero ¿que la prosa alcance la virtud rítmica del verso? Sólo usted en el mundo puede sostener semejante cosa: usted, que cuando hizo versos eran tan malos como la prosa más mala. Tal aquel soneto, de cuyo robo habló usted en *El Debate*; aquel soneto—y cuenta que es tenido por el mejor—en que usted comenzaba por un galicismo terrible, llamando a su adorada «bien amada» *(bien-aimée)*, debiendo saber usted que en castellano se dice *mi bien amado* cuando uno quiere referirse a la señora de sus pensamientos. Aquel soneto, en fin, tan chavacano y vulgar, que, como de un alumno de retórica y poética o preceptiva literaria, acababa en los tercetos con rimas tan originales y poco buscadas como *ojos*, *abrojos*, *hinojos*, y demás míseros *despojos* que escardilló usted en los *rastrojos*... de su cacumen. Helo aquí:

«MENSAJE

Soneto que del alma enamorada
Vas brotando, sé tú mi mensajero;
Grata misión encomendarte quiero
Para mi dulce amiga y bien amada.

Entra calladamente en su morada
Y dile que rendido la venero;
Que ciego la idolatro y de amor muero;
Que para mí, sin ella, todo es nada.

Suplícale que acepte sin enojos
El alma, el corazón y el albedrío
Que le ofrezco por míseros despojos.

Dile, en fin, cuanto sueño y cuanto ansío...
Y que, pues has de ver sus lindos ojos,
Celos tengo de ti, soneto mío.»

Rodríguez Marín se lamenta de que le roben tan mal soneto, y mienta la soga en casa del ahorcado. Pero en seguida se arrepiente, porque las épocas cambian... Y dice:

«En otro tiempo les hubiera dicho algo parecido a lo que veintitrés años ha dije a otro largo de uñas:

A ESE QUE ME HURTA LAS POESÍAS

¿Conque mis versos hurtas, desdichado?
Necio pecar y delinquir mezquino.
¿A que no comes pan ni bebes vino
A costa del soneto que has hurtado?

No ya por el pueril triste pecado
Mereces que te azoten de contino;
Meréceslo, infeliz, por tu mal tino;
No por pillo: por tonto rematado.

¿Qué con tan sandios hurtos ganar quieres?
¡Oh ladrón de poquito! ¿Qué doblones
Conquistarás? ¿Qué gloria? ¿Qué mujeres?

Pues propendes a hurtar, hurta millones:
No versos, no cigarros, no alfileres...
¡Sólo así alcanzan honra los ladrones!

»Pero ahora... ¡qué cambiado estoy!»

Sin duda ninguna. Como que nadie se había atrevido a decirle las verdades. Y termina así, sin olvidarse de la consabida coplica:

«Perdida la bulliciosa alegría que tuve en otro tiempo, don estimabilísimo preferible a todos los del mundo, estos hurtillos literarios sólo me causan tristeza: una tristeza parecida a la de aquel hombre despojado que metafóricamente se lamentaba en esta copla:

Una a una, dos a dos,
Todas se las van llevando
Las peras de mi peral;
¡Las hojas me van dejando!»

Rodríguez Marín dice bien. Es lamentable y triste que arramblen con las cosas propias. Si tan a lo vivo le llegó el hurto de un mal soneto, considere lo que pensarán Clemencín, Cortejón, Bowle, Pellicer, Mayans, etc., viéndose despojados de su labor sobre el *Quijote*, que les costó la vida entera. Igual digo a Cejador. El soneto de Rodríguez Marín: «A ese que me hurta las poesías» puede firmarlo D. Aureliano Fernández-Guerra—aunque no se dedicó jamás a tomar lo ajeno—transformándolo así: «A ese que me hurta las notas». Es verdad que con robos literarios no se consigue nada. En España los altos puestos, las direcciones de las Bibliotecas y las Cátedras de las Universidades se conceden por méritos justos y propios... ¡Ya, ya!...

Tampoco escasean en este *Quijote* los chascarrillos de gracia más o menos «patosa», que dicen muy a las claras de la seriedad en que Rodríguez Marín tiene a la gran novela. Así, para demostrar que en tiempo de Cervantes se solía escribir *inremediable* e *inreparable*, y que tales antiguas formas están hoy relegadas al habla rústica, añade en una nota de la página 237: «No fué chica la burla a que movieron, tres años ha, en esta villa y corte, unos carteles en que se anunciaba el estreno de una obra teatral intitulada *La muñeca* INROMPIBLE. Y aún no faltó quien, al leerlos, recordase el cuentecillo de aquel gitano que sabía leer deletreando, y, al ver sobre un crucifijo las letras *INRI*, sacó por consecuencia que Nuestro Señor Jesucristo había muerto de *inritacion*».

¡No dirán ustedes que no es ameno este *Quijote*! (E irreverente.)

El Zoilo no duerme ni descansa en buscar *defectos* a Cervantes. Dice éste (pág. 248): «*Por* mi rompidas y violadas.» Y corrige Ro-

dríguez Marín: «Si dijese «*de* mí rompidas estaría más claro el concepto.» Y a las dos páginas, porque el primero escribe: «Para estorbar que Camila no le diese», el segundo enmienda: «Redunda el *no*, como suele cuando acompaña a los verbos de privación.» Y, asímismo, a la página siguiente: «Otra vez el *no* redundante que acaba de ocurrir.»

Ya indicamos antes que esto de aplicar la gramática al *Quijote*, cuando del *Quijote* se ha formado la gramática, define a toda una crítica. Pero ¿no hay más que decir sobre el gran libro, sino andarse a cada triquete con la estúpida manía de corregir al autor? Sí hay más que decir: pero el Sr. Rodríguez Marín se lo calla. Véase. Dice en la página 251, comentando la palabra *islilla:* «Para Clemencín ***islilla es la parte superficial del cuerpo, desde la cadera al sobaco***; para el léxico de la Academia, *clavícula*. Según el Sr. Cejador, se dijo de *isla*; según la Academia, de *axila*. Confío en que el nuevo ***Diccionario del Quijote***, preparado por Cortejón, concertará bien estas desconcertadas medidas, así las etimológicas como las de significado.» ¡Hola! ¿Qué es eso de apelar a Cortejón, tras tanto atacarle? ¿Por qué usted, señor académico, no nos dice qué sea ***islilla*** y de dónde proviene? Porque Cortejón puede ahora devolverle las mismas palabras que usted le aplicó, cuando se calló el *asconde;* y usted le dijo entonces (pág. 62): «¿A qué, siendo *crítica* su edición?» Esto mismo puede él responderle: ¿Por qué se calla el *islilla*, siendo *crítica* su edición?

Una nota que hará desternillar de risa a los lectores que todavía no se hallen indignados con los comentarios del Zoilo cervantino, es la de las páginas 264-65. En ella, no encontrando citas Rodríguez Marín en que apoyar sus disparates, se cita a sí propio. Observen qué *pisto* arma. Dice Cervantes por boca del ventero, indignado éste por las cuchilladas que ha dado Don Quijote en los cueros, llenando todo el aposento de vino: «Nadando vea yo el alma en los infiernos de quien los horadó.» Y comenta Rodríguez Marín, aludiendo a su edición de ***Rinconete y Cortadillo:*** «Como de expresiones semejantes no pueden hallarse ejemplos en las coplas ni en los refranes, textos populares a que acudo con frecuencia (1) para probar mis aseveraciones, fuerza me es bus-

(1) A falta de mejores fuentes, debió añadir.

carlos por otra parte, y hállolos en mi ya citado monólogo intitulado *La Garilana*. Helos aquí: «A costa e la sangre ajena. Sangrá se bea eya. Dios me perdone...» «...Pos ahí abajiyo boy po una purga pa er biejo rico e la esquina, que mala purga le pique á é.» «La que gasta un mantón berdesiyo. qué berdesiya tendrá eya el arma...» «... y asín se arremató aquel arrastrao arboroque, que arremataos se bean eyos, pa que no güerban a agrabiá ar Señó...»

¡Ya les digo a ustedes que este *Quijote* es amenísimo!

Pero el Zoilo no escarmienta. De nuevo se «mete» con los comentaristas, especialmente con Cortejón, a pesar de haber apelado a él en lo de *islilla*. «Ni Pellicer ni Clemencín—dice en la página 272—entendieron este *acertó*, a juzgar por sus notas. Cortejón pasa por ello sin decir palabra, como pasa sobre tantas cosas que piden y han menester explicación y comentario. Sólo Cejador, en su *Diccionario del «Quijote»* demuestra haberlo entendido.» ¡Cómo se «bombean» los dos plagiarios! Con que «¿sólo Cejador?» ¿De dónde lo habrá copiado? ¿De Fernández-Guerra? ¿De Cuervo? ¿De Blanco? ¿De Icaza? ¡Averígüelo Vargas!

Es digna de conocerse la nota de la página 276. Escribe Cervantes: «Llegóse el huésped a él, habiéndole llamado primero; y trabándole por la mano, viendo que no le respondía y hallándole frío, vió que estaba muerto.» Rodríguez Marín tilda de descuidado al autor y comenta: «Son muchos cuatro gerundios para tres renglones.»

Pero donde arremete con sin igual furia contra el gran Miguel es en el capítulo XXXVI, pág. 281. He aquí, para baldón suyo, la nota del Zoilo impertinente:

En estos tres renglones, *Estando...*, *esto...*, *estaba...*, *ésta*. Algo »después, «deseoso de saber qué gente era aquélla que con tal »traje y tal silencio *estaba*, se fué a donde *estaban* los mozos...»; »a las pocas líneas, cuatro *porques* muy juntos; y todavía, casi al »fin del capítulo—todo él escrito desaliñadamente—, muchedum»bre de repeticiones y palabras consonantes:... «Temoroso que... »*había* de *haber* más *guarda* en el monesterio; y así, *aguardan*»*do* un *día* a que la *portería* estuviese *abierta*, dejó a los dos a »la *guarda* de la *puerta*.» ¡A saber dónde y en qué circunstan»cias escribiría Cervantes este trozo de su obra...! Muy probable»mente en el *lugar donde toda incomodidad tiene su asiento y* »*donde todo triste ruido hace su habitación*.»

Verdaderamente, tales comentarios no tienen comentario, como no lo tienen el que porque Cervantes diga, muy donosamente: «Si ya es que te precias de aquéllo porque me desprecias», anote el Zoilo (pág. 270): «Dicho como está en el texto no se entiende sin dificultad. (?) Y un poco más adelante

«Parece que sobran las palabras *Y que esto sea verdad*, a lo menos no hacen sentido con las que siguen.» Esto no es ser comentarista, sino majadero rematado. Perdóneseme la frase; pero no es posible calificar de otra manera a quien tan sin fundamento ataca a Cervantes. Véase el texto. Dice don Fernando a Dorotea: «Lo que os ruego es que no me reprehendáis mi mal término y mi mucho descuido; pues la misma ocasión y fuerza que me movió para aceptaros por mía, esa misma me impelió para procurar no ser vuestro. *Y que esto sea verdad*, volved y mirad los ojos de la ya contenta Luscinda, y en ellos hallaréis disculpas de todos mis yerros.» ¿De dónde se saca Rodríguez Marín que sobran las palabras *Y que esto sea verdad?* Todo lo contrario; sin ellas no se entendería lo que dice don Fernando, pues equivalen a *Y en prueba de ello*, a *Y en demostración de esto*. Hace perfecto sentido, y no hay cosa más clara.

La nota más graciosa del volumen tercero es una que hallamos en la página 319. El afán de *réclame* de Rodríguez Marín no puede llegar a más. Dice: «Véase mi tratadillo sobre *Las erratas tra»dicionales del «Quijote»*, aún, con harto pesar mío, no sacado a »luz. ¡Bien sabe Dios que la demora no se debe a pereza!»

Pero, ¡diablo!, ¿cómo vamos a ver tal tratadillo, si todavía no lo ha publicado?

Este Rodríguez Marín con frecuencia apela al futuro: «Véase lo que no he editado todavía»; «sobre esto ya hablaré un día»; «téngase paciencia, que ya descifraré yo el problema», etc. Así escribe en la página 328, atacando a Mayans y a Hartzenbusch: «Más delgado había que hilar antes de resolverse a quitar ese *sino*, como lo demostraré en otra ocasión.» ¡Y se queda tan fresco! Y ¿por qué no demostrarlo en el mismo instante? ¡Oh! *Chi lo sà?*

El volumen tercero, como los anteriores, no podía acabar sin coplica, que éste es, sin duda, libro de romances para ciegos. Y porque Cervantes escribe: «No se podrá levantar hasta la fin del mundo», Rodríguez Marín anota (pág. 331): «Una copla popular (número 6.884 de mi colección)»:

«Yo me metí en una sima
por ver lo que había dentro,
y he visto la fin del mundo
y el desengaño del tiempo.»

En una sima, en efecto, creemos nosotros que se ha metido el Sr. Rodríguez Marín al comentar el *Quijote*, sin conseguir ver ***lo que había dentro***. El desengaño va a ser, por lo mismo, terrible.

* * *

A grandes rasgos, pues no es posible detenerse a cada despropósito, plagio o irreverencia, descubrimos variantes en el texto de Cervantes o correcciones debidas a otros comentaristas que se apropia el Zoilo. Así, por ejemplo, en la página 42, el texto cervantino de la edición de Rodríguez Marín dice: «Y en mí es causa de mayores sentimientos.» Las ediciones primitivas: «Y en más causa de mayores sentimientos», y la de Cortejón, con otras, entre ellas la de Bruselas (1607): «Y a mí», etc. La corrección del *Y en mí*, que adoptó la Academia, se debe a Pellicer. El Zoilo la calla, dándola por suya.

Cosa análoga ocurre en la página 72: «En casa de su padre», dice el texto de las antiguas ediciones: «En casa de sus padres», enmendó —no hablemos de si bien o mal— D. Clemente Cortejón. Y «en casa de sus padres», copia la edición de Rodríguez Marín, ocultando el nombre del autor de la variante.

En fin, a principios del capítulo XXIX el texto cervantino reza: «*La vergüenza que me ocupa sólo* EL *pensar que...*» Rodríguez Marín corrige y escribe—sin explicarlo—: «*Sólo* EN *pensar que...*»

Al renglón siguiente trae la lección de Cervantes: «*Para siempre de su vista.*» Clemencín y Cortejón enmiendan—por si fué errata de imprenta—: «SER VISTA». El Zoilo sevillano acepta la forma y traslada a su edición el SER VISTA; pero dando como suyo el descubrimiento, sin advertir de dónde lo toma.

¡Oh, es tremendo el director de la Biblioteca Nacional!

Algunos plagios del volumen tercero

Dejamos sin anotar los plagios cometidos en la segunda mitad del volumen segundo, para no hacer interminable esta labor, y pasamos al tercero.

El suave lector no imagine en modo alguno que ello obedece a que en dicha segunda mitad no los hay en gran número; por el contrario, es donde más se descubren.

Ahora, es preciso dar un avance a nuestro trabajo, considerando los tomos que faltan por examinar y las muchas cuartillas que llevamos escritas, de no dar a este libro proporciones gigantescas, a lo que no estamos dispuestos, pues basta hojear un par de páginas para que el más indocto se convenza de que Rodríguez Marín es un pobre diablo de la literatura, y de que es preciso recoger este *Quijote*.

Véase el siguiente manojo de plagios:

CLEMENCÍN (1833)	RODRÍGUEZ MARÍN (1912)
«*Causó* por *causaron*.» (Pág. 6. Vol. II.)	«*Causó* por *causaron*.» (Pág. 14. Vol. III.)
	
«*Bueno* (*mi buen criado*), por ironía.» (Pág. 46.)	«*Mi buen criado*, dicho por ironía.» (Pág. 74.)
	
«Disuena la triplicación del pronombre *me*.» (Pág. 50.)	«Hoy no sería de buen pasar este pronombre *me*.» (Pág. 79.)
	

«Esto de ser una hembra heredera por *línea recta de varón*, no deja de tener gracia y manifiesta la socarronería del cura y la sandez y tragaderas de Sancho.

(Pág. 54.)



«¡Heredera por *línea recta de varón* una hembra! ¡Para que se vea cómo las gastaba el buen licenciado Pero Pérez cuando estaba de chafalditas!»

(Pág. 85.)



«El autor de las *Observaciones sobre el Quijote* (don Valentín de Foronda), que citamos anteriormente, tachó la presente expresión (*dió del azote*) de poco castellana; pero en esta, como en otras ocasiones, procedió con poco fundamento.»

(Pág. 56.)



«Don Valentín de Foronda, que sabía poco de la buena habla de Castilla y que, por tanto, no tenía licencia de Dios para ser juez del Lenguaje de Cervantes, dijo en sus *Observaciones sobre el Quijote* que la locución *dió del azote* es poco castellana.» (1)

(Pág. 89.)



«Así, que los caballeros solían empezar sus empresas por la invocación del santo nombre de Dios.»

(Pág. 62.)



«En lo antiguo, al acometer una empresa, caballeros y no caballeros solían invocar el santo nombre de Dios.»

(Pág. 92.)



«Dícelo (*sus pies*), porque los que puso en libertad don Quijote iban destinados a bogar al reino, que es con lo que las galeras andan.»

(Pág. 68.)



«*Sus pies* dice, porque las galeras andan a fuerza de remos, y los galeotes, malamente puestos en libertad, debían haber ido a manejarlas.»

(Pág. 103.)



---

(1) Rodríguez Marín, que copia de Clemencín la nota, es quien no tiene derecho ni licencia de Dios para insultar así al Sr. Foronda, aun hallándose éste equivocado.

«En vida de Cervantes los clérigos acostumbraban llevar perilla y bigotes.»

(Pág. 71.)



«De esta maña de los gitanos (echar azogue en los oídos) para que pasasen por ligeros los asnos que vendían, hizo mención Cervantes en la novela de *La Ilustre Fregona*.

(Pág. 97.)



«Llamaríase *buena* por ironía.»

(Pág. 105.)



«En las ediciones de 1605 se puso *caramanchón* y así se usó también esta palabra en el *Itinerario* de Clavijo, escrito a principios del siglo xv; *camaranchón* es más conforme a su origen... Esta inversión de letras dentro de la dicción se llama *metátesis*.»

(Pág. 106.)



«En tiempo de Cervantes se creía comúnmente que el diamante no podía destruirse ni por los golpes ni por el fuego. La experiencia ha hecho ver posteriormente que es combustible y frágil.»

(Pág. 132.)



«En el tiempo de Cervantes solían llevar (los eclesiásticos) bigotes y perilla.»

(Pág. 107.)



«De este ardid gitanesco de echar azogue en los oídos de las caballerías para que anduviesen con ligereza, volvió a tratar Cervantes en *La Ilustre Fregona* »

(Pág. 139.)



«*Buena*, dicho por ironía.»

(Pág. 153.)



«*Caramanchón* es metátesis de *camaranchón*, meramente popular al principio; pero aceptada y usada después por muchos escritores.»

(Pág. 154.)



«Cuando fué escrito el *Quijote* no se tenía el concepto que ahora de la dureza de los minerales.»

(Pág. 191.)



«Los *naturales* son los escritores de Historia Natural, en cuyo sentido es frecuente el uso de esta palabra en nuestros antiguos libros.»

(Pág. 132.)



«*Naturales* se llamó antaño a los naturalistas.»

(Pág. 192.)



«*Monta* significa aquí lo mismo que *importancia:* pero quedará mejor el pasaje si se hubieran borrado las palabras *está la monta ni*, que no ligan con las demás e interrumpen el sentido.

(Pág. 151.)



«La voz *monta* equivale a *importancia*. La locución *que no es a la monta* pide un *en* que no dejan asomar las palabras que siguen.»

(Pág. 227.)



«O *tomarse* es errata por *tomase*, o hay elipsis del verbo que antecede.»

(Pág. 156.)



«Parece elíptica esta locución: «y no sabía que remedio *hubiera* de tomarse.»

(Pág. 235.)



«Todas las ediciones, incluso las primeras, habían puesto *embuste* y *fealdad*, hasta que Pellicer reconoció el error y restituyó el texto, sustituyendo a *fealdad falsedad*, como, sin duda alguna, estaría en el manuscrito de Cervantes.»

(Pág. 163.)



«*Fealdad* estamparon por yerro las tres ediciones de Cuesta y algunas otras.» (1)

(Pág. 251.)



---

(1) Todas, señor comentarista, hasta que deshizo el error Pellicer. Por copiar a medias la nota de Clemencín, no sabemos a quién se debe el descubrimiento.

«Así fué regular que sucediese, y que Leonela, antes o después de poner a su señora en el lecho, le tomase la sangre; pero realmente no se ha dicho.»

(Pág. 165.)



«No se ha dicho que Leonela le tomó la sangre, sino que Lotario le dijo que procurase tomársela.»

(Pág. 253.)



«Las palabras «*Y que esto sea verdad*» no ligan con las demás del discurso.»

(Pág. 192.)



«Parece que sobran las palabras *Y que esto sea verdad;* a lo menos no hacen sentido con las que siguen.»

(Pág. 296.)



«*Zas*, especie de interjección, palabra que expresa por onomatopeya el sentido del golpe que se da, y el golpe mismo.»

(Pág. 196.)



«¡*Zas*! es una interjección onomatopéyica, indicadora de un golpe o del sonido que da un golpe súbito.»

(Pág. 303.)



«*Garbear*, voz que parece propia de la germanía o jacarandina, y significa lo que militarmente se llama ahora merodear, tomado del francés *marander*.»

(Pág. 210.)



«*Garbear* es voz de la germanía y equivale a robar o andar al pillaje.»

(Pág. 325.)



«La palabra *fin*, a que en el día damos el género masculino, aquí y en otras partes del «Quijote», está usada como femenino.»

(Pág. 214.)



«Aunque Cervantes suele usar como masculino el sustantivo *fin*, tal como lo usamos hoy, alguna vez lo emplea como femenino.»

(Pág. 331.)



PLAGIOS DEL VOLUMEN IV

A medida que avanzamos en el examen de la edición de *La Lectura* (1912), hallamos menos notas; sin duda porque a Rodríguez Marín se le acaba la «erudición» o porque se asusta de copiar tanto, o tal vez por reservarlas para la edición monumental. Allá veremos. Lo cierto es que van escaseando los comentarios a cada nuevo tomo, hallándose ya muchas páginas sin ellos en éste de que vamos a tratar.

Pero como si no copiara quedaría únicamente el texto de Cervantes—como debiera quedar—, descubrimos nuevas raterías.

Helas aquí:

CLEMENCÍN (1830)	RODRÍGUEZ MARÍN (1912)
«*El Uchalí*, como dirá el cautivo en el capítulo siguiente, era calabrés. Según las noticias de Haedo nació de padres pobres, en Licastelli, el año de 1508. Cautivado en su juventud, anduvo como esclavo muchos años al remo, hasta que renegó, y por esto fué conocido por el nombre de Aluch-Alí, *que en turquesco* (dice Haedo, diálogo 2.º) *quiere decir renegado Alí*, porque *los que nos llamamos* RENEGADO *y los moros* ELCHE, *llaman* los *turcos* ALUCH. De aquí, corrompido el nombre le llamaron vulgarmente los cristianos *Uchali* u *Ochalí*...» (1)	«*El Uchalí* era calabrés; y porque renegó años después de ser cautivo de los turcos, se le llamó ***Aluch Alí***, «que en turquesco—escribe Haedo—quiere decir ***renegado Alí***, porque los que nos llamamos ***renegados*** y los moros ***elches***, llaman los turcos ***aluch***». De aquí provino el que los españoles, corrompiéndole el nombre, le llamasen ***el Uchalí***.»
(Vol. II; pág. 225.)	(Vol. IV, pág. 15.)
	

(1) Clemencín sigue la nota, escribiendo notables particularidades sobre el asunto, que ya el Zoilo, dando fin en *Uchalí*, no se atreve a copiar.

«Juan Andrea Doria, que suelen llamar Juanetín Doria los libros de aquel tiempo, fué sobrino del famoso Andrea y marino genovés de mucho crédito. Era general de las galeras de España y mandó en la batalla de Lepanto el ala derecha de la escuadra combinada...» (1)

(Pág. 227.)



«Juan Andrea Doria, genovés, general de las galeras de España, mandó en la batalla de Lepanto el ala derecha de la escuadra cristiana.»

(Pág. 16.)



«Así solían nombrar (*el señor Don Juan*) a D. Juan de Austria los españoles de aquel tiempo.».

'Pág. 229.



«Solían llamar a D. Juan de Austria los españoles de su tiempo *el señor Don Juan.*»

(Pág. 19.



«(*Tirar a caballero*). Esto es, tirando de paraje más alto. *Caballero* es voz de fortificación.»

(Pág. 231.)



«*Tirar a caballero* es tirar desde lugar más alto que aquel adonde se tira, pues *caballero* es voz de arquitectura militar.»

(Pág. 21.)



«*Fuerza*, como ya se dijo, significa fortaleza, castillo.»

(Pág. 201.)



«*Fuerzas*, en su acepción de *fortalezas* o castillos.»

(Pág. 21.)



(1) En esta anotación ocurre igual que en la precedente. Clemencín habla extensa y elocuentemente. Rodríguez Marín le copia el primer párrafo y hace punto final, destrozando tan bella disertación. Puesto a plagiar, debió proseguir, y hubiera resultado interesante la nota.

«Población (*Sargel*) situada sobre las mismas de otra antigua romana en la costa de Berbería, veinte leguas a Poniente de Argel... Actualmente se conoce el pueblo con el nombre de *Cerceli*.»

(Pág. 260.)



«Sargel, que hoy se llama Cerceli, es población situada a veinte leguas y al poniente de Argel.»

(Pág. 55.)



«Juramento arábigo (*Gualá*): *por Alá*, *por Dios*.»

(Pág. 268.)



«*Gualá* es juramento arábigo, que significa *por Alá*.»

(Pág. 66.)



«Falta, evidentemente, la palabra *veces*: *todas las veces que quisieres podrás volver*.»

(Pág. 270.)



«Falta la palabra *veces*, *todas las* VECES *que quisieres*.»

(Pág. 70.)



«*Bagarinos* o *bagarines*, según Haedo, eran los remeros que *ganaban su vida a bogar de buenas boyas*.»

(Pág. 272.)



«*Bogarinos* o *bogarines* se llamaba, según Haedo—*Topographia de Argel*, cap. XXI—de los *moros de la tierra* que *ganaban su vida a bogar de buenas boyas*.»

(Pág. 76.)



«Quiere decir (*a cuarteles*) que bogasen unos y descansasen otros.»

(Pág. 277.)



«*A cuarteles*: bogando unos mientras descansaban otros.»

(Pág. 79.)



«*Maestre* o *Maese de Campo* parece traducción de Campidoctor...: éste equivalía a lo que ahora se llama coronel.»

(Pág. 299.)



«El de *Maestre de Campo* era grado militar que equivalía, poco más o menos, al nuestro de coronel.»

(Pág. 112.)



«Juega oportunamente Cervantes en este lugar con la palabra *oidor*, el que oye o escucha, que es también el nombre que se da a los jueces de las Audiencias o tribunales superiores de las provincias.»

(Pág. 299.)



«Aquí Cervantes juega muy gentilmente del vocablo *oidor*, en sus dos acepciones de magistrado y persona que oye o escucha.»

(Pág. 113.)



«Hábito está aquí por traje, en general.»

(Pág. 324.)



«Hábito, en su antiguo significado genérico de traje.»

(Pág. 150.)



«La discordia del campo de Agramante se describe a la larga por Ariosto en el canto 27 de su *Orlando furioso*. En el 14 había referido que queriendo Dios favorecer al Emperador Carlos, sitiado en París por el Rey Agramante...» (1)

(Pág. 341.)



«Esto de la *discordia* del *campo de Agramante*, que ha llegado a hacerse fuese proverbial, pues a cada paso se dice y se oye decir *aquello fué un campo de Agramante*, está tomado del *Orlando furioso* de Ariosto, en cuyo canto XXVII se describe con todo por menor tal pelea.»

(Pág. 181.)



(1) Esta nota de Clemencín, plagiada por Rodríguez Marín, es sumamente extensa, razón que nos impide, como en otras ocasiones, transcribirla íntegra.

«*Su mayor*, esto es, su principal.»

(Pág. 349.)



«Ya se ha dicho alguna vez que *parar* o *pararse* suele significar lo mismo que *poner* o *ponerse.*»

(Pág. 354.)



«*Reducir al gremio de la Iglesia* se dice de los descomulgados a quienes se levantan las censuras y de los herejes y renegados, etc.»

(Pág. 356.)



«Según se cree, fué (Zoroastes) un antiquísimo Rey de Bactra, en la Persia, y vulgarmente se le atribuye el principio de la magia.»

(Pág. 367.)



«La palabra *facinoroso* es más conforme a la etimología que *facineroso*, como decimos en el uso actual.»

(Pág. 370.)



«*Mayor* equivale a *jefe* o *superior.*»

(Pág. 189.)



«*Parar* o *pararse*, en su acepción de *poner* o ponerse en otro estado diferente del que se tenía.»

(Pág. 198.)



«D. Fernando dice *reducille al gremio de su gracia*, como de los excomulgados se dice que se *reducen al gremio de la Iglesia* cuando se les levantan las censuras.»

(Pág. 201.



«*Zoroastes* o *Zoroastro*, Rey persa a quien se ha atribuído el principio de la magia.»

(Pág. 217.)



«*Facinoroso*, como en el capitulo XXVII (III, 21, 15), de donde el *facineroso* que ahora decimos.»

(Pág. 222.)



«*Sujeto* por *asunto*. Así se dijo también en el capítulo XXV.»

(Pág. 387.)



«*Sujeto*, en su acepción de asunto o materia, como en el capítulo XXV.»

(Pág. 233.)



La tela no se teje de *lazos*, sino de *lizos*, voz que se encuentra en el *Viaje al Parnaso* del mismo Cervantes, donde hablando de la galera en que le llevaba Mercurio, dice:

Hasta el tope la vela iba tendida,
Hecha de muy delgados pensamien-
(tos,
De varios lizos por amor tejida.»

(Pág. 388-89.)



«Llaman *lizos* a los hilos fuertes que sirven de urdimbre para ciertos tejidos; y así, dijo Cervantes en su *Viaje del Parnaso*, cap. III:

Hasta el tope la vela iba tendida,
Hecha de muy delgados pensamien-
(tos,
De varios lizos por Amor tejida.»

(Pág. 235.)



«Compuso estas tres tragedias Lupercio Leonardo de Argensola.»

(Pág. 392.)



Refiérese aquí Cervantès a Lupercio Leonardo de Argensola.»

(Pág. 240.)



«De este mismo argumento se había salido su merced del ventero Juan Palomeque el Zurdo en el capítulo XXXII para probar la veracidad de los libros de caballerías.»

(Pág. 444.)



«Este razonamiento es el mismo que en defensa de la veracidad de los libros de caballerías había empleado el ventero Juan Palomeque en el capítulo XXXII.»

(Pág. 275.)



«Esto es, *imagen milagrosa*, o célebre por los milagros que se atribuyen a su intercesión, cuales suelen ser, comúnmente, las que dan ocasión a romerías y concurso de peregrinos.»

(Pág. 460-61.)



«*Imagen de milagros* está dicho por imagen notoriamente milagrosa, a la cual van a visitar devotamente desde tierras lejanas.»

(Pág. 294.)



«El llanto era el más *doloroso* por el dolor que con él mostraba Sancho, y el más risueño por la risa que excitaba en los que le oían.»

(Pág. 476.)



«*Doloroso* para Sancho, y *risueño* (*risible* o *ridículo*) para los que lo presenciaban.»

(Pág. 318.)



«Aludía Sancho a los cien escudos hallados en la maleta de Cardenio, que eran las cosas *de más momento y consideración* que las saboyanas y zapaticos de que su mujer le preguntaba.»

(Pág. 480.)



«Estas cosas *de más momento y consideración* que una saboyana y unos pares de zapatos eran los cien escudos de la maleta de Cardenio.»

(Pág. 322.)



«Llamó con razón el poeta *gran Sierra Negra* a Sierra Morena.»

(Pág. 485.)



«Llama *Sierra Negra* a la Sierra Morena.»

(Pág. 329.)



«Nombre (*El Cachidiablo*) de un osado y valiente corsario argelino, uno de los capitanes de Barbarroja, que en tiempo de Carlos V salteó, robó y despobló algunos lugares de la costa del reino de Valencia.

(Pág. 487.)



«*El Cachidiablo* llamaron a un valiente corsario argelino, turco de nación, que en la primera mitad del siglo XVI hizo mucho daño en la costa del reino de Valencia.»

(Pág. 331.)



Son un buen puñado de plagios que añadir a los anteriores, ¿eh? Y cuenta que no hemos señalado todos.

Pues no se crea, que aun restringidas las notas de este volumen, no se halla en ellas abundante colección de irreverencias, cuentos, variantes del texto y coplas.

Sigue atacando a todos los cervantistas, y para comentar una frase del capítulo XLI dice: «Este pasaje ha ocasionado muchas dudas y dado lugar a diversas enmiendas, casi todas descabelladas, aunque ninguna tanto como la que propuso D. José María Sbarbi.» Cita las palabras de éste, y en lugar de demostrar que no lleva razón, se sale por la tangente, escribiendo: «A la verdad, no estaba en eso el busilis, que procuraré explicar en otra ocasión, ya que ahora me constriñe a abreviar el poco espacio con que cuento.» ¿Se da nada más gracioso? ¡Tener cinco tomos por delante y faltarle espacio para demostrar aquello que ataca y califica de descabellado!

A Cortejón continúa sin perdonarle mínima. En la página 97 le suelta esto: «Como otras veces, Cortejón lee aquí *comprendo*, y saca entre los variantes la forma *comprehendo*, que sobre ser la que pone la edición príncipe, es harto más etimológica que la moderna. ¡A lo que parece, la guardaba *para las ocasiones*, como la navaja el valentón del cuento!»

¿Se puede tratar así a un benemérito comentarista e ilustre catedrático D. Clemente Cortejón? ¿Creerán ustedes que Rodríguez Marín saca las susodichas variantes? Nada de eso; hace punto final sin añadir una sola palabra.

En lo que toca a modificaciones del texto, a principios del capítulo XLII las ediciones primitivas daban la siguiente lección: «Y en diciendo esto, don Antonio y todos los demás...» Creyóse que el *don Antonio* era errata por *Cardenio*, porque en la obra no se habla de tal don Antonio, y así lo enmendaron varias ediciones; pero lo advierten. En la de Rodríguez Marín no se halla nota alguna que explique la sustitución.

En la página 116 dice el texto cervantino: «¡Oh, buen hermano mío, quién supiera agora dónde estabas!» El Zoilo encaja en seguida una seguidilla de sus *Cantos populares andaluces* (la 3.889):

«Si supiera que estabas
como naciste,
fuera un ángel del cielo
para servirte.»

Y un poco más arriba, prosiguiendo en su afán de desacreditar a los anteriores comentadores, anota (pág. 122): «Don Valentín de Foronda, en sus pedantescas y desaforadas *Observaciones*...» Y a la página siguiente: «¡Qué tropezar en lo más llano el de Clemencín, y qué pasar por todo el de Cortejón!»

Hojeábamos ya algunas páginas sin ver ataques a Cervantes, pero en la 127 nos topamos con ellos: «*Yo no sé lo que fué ni lo que no, que*... ¡Son muchas once palabras monosílabas seguidas!» Otra vez tenemos que repetir: ¡Lo lamentable que ha sido para las letras el que Cervantes no conociera al archivero sevillano! En efecto, a la entrada del capítulo XLIV escribe el pobre autor del *Quijote*: «Le preguntaron qué tenía que tales voces daba.» Rodríguez Marín (que ya había realizado cosa parecida en el capítulo XVI) añade un nuevo *que* al texto, diciendo: «Suplimos un *que*.» Y deja así la lección. «Le preguntaron que *qué* tenía que tales voces daba.» Claro resulta que Cervantes suprimió adrede un *que* de estos tres, cortando la monotonía. Pero el Zoilo opina que está mejor con ella.

Sucédense los ataques al creador de la *Galatea*. Un párrafo de la página 152 lleva este comentario: «Relación desaliñada en demasía.» Y otro de la 172, este: «¡Son muchos seis *estes* para sólo ocho renglones!»

Pero como el erudito hispalense no podría comentar de no echar mano de su libro de cantares, basta que el texto diga en la página 160: «*Desde lejos ha visto llorar mis ojos*», para anotar al instante:

«Mis ojos lloran por verte,
mi corazón por hablarte,
mi boca por darte un beso,
mis brazos por abrazarte.»

Y como con un cantar no es suficiente, aún lanza otro:

«Mis ojos te lloran siempre,
y con pena verdadera.
¡Ojos que te vieron ir
por esos mares afuera!»

Este *Quijote* es como el libro *Para todos* del doctor Montalbán, del que dijo Quevedo:

«Al principio es baturrillo
y a la postre es almanaque.»

Porque cantares de almanaque y chascarrillos son las notas. Como el gran satírico, pudiéramos también nosotros acabar la célebre décima aconsejando a Rodríguez Marín:

«Y así, suplico al poeta
que en su libro no me meta,
y si me metió, me saque.»

Pero él nos seguirá transcribiendo más coplas. ¡Desdichado de Cervantes, que se le ocurre escribir: «*Cogido le tengo: esto es lo que yo deseaba saber, como al alma y como a la vida*»*!* Desdichado, repetimos. Porque Rodríguez Marín nos remata ahora de una vez. Oid (pág. 256): «Coplas números 3.962 y 6.109 de mi colección de *Cantos populares españoles:*

»Te quiero más que al alma;
»¿no lo conoces?
»¿Quieres que te publique
»mi amor a voces?

—

»Aunque quieras a un hombre
»más que a tu vida,
»no le muestres cariño
»que eres perdida.

»Y entre las ocho mil coplas con que adicionaré la ocho mil y tantas de la dicha colección, hállase esta otra:

»Te quiero más que al alma,
»más que a la vida,
»más que a mi padre y madre,
»prenda querida.»

¡Horror! ¡Con otras ocho mil coplas nos amenaza el Zoilo! ¡Sálvese quien pueda!

Fuerza es que vayamos dando por terminada nuestra labor. Ante la carretada de cantares que nos espera, es preciso prevenirse para no sucumbir.

Vean ustedes qué altos comentarios escribe Rodríguez Marín cuando no usa de notas ni de plagios, y a qué procedimientos recurre para anotar el gran libro. Habla Don Quijote en el capítulo L, de los castillos cuyas murallas son de oro macizo, las almenas de diamantes, las puertas de jacintos, etc., y no se le ocurre sino lo que sigue:

«Contemplando este derroche de oro y pedrería, no puedo menos de acordarme de cierta ocasión en que un mi amigo, admirable poeta, me daba a conocer una leyenda sevillana, en que, como aquí, también había gran despilfarro de todo eso en ropas, armas y jaeces; yo escuchaba y me sonreía; y notándolo el poeta una de las veces que alzó del papel los ojos, rompió a reir alegremente y me dijo: «Camarada, ¿qué quieres? Como tales joyas no cuestan dinero, a espuertas las gasto en adornar a estas criaturas. ¡Para eso son mis hijos!»

¿Vieron ustedes nada más tonto y baladí que este comentario?

Por eso, no soplándole la musa en los chascarrillos, la emprende con los cantares, y dice en la página 302, para glosar la frase: ***con aquéllos que:***

«Aquer que le paresiere
que mi penita no es na,
siquiera por una horita
que se ponga en mi lugar.»

Y para explicar el significado de ***con ojos atravesados*** (página 324):

«No me mires con ojos
atravesados:
mírame con los ojos
que Dios te ha dado.»

Por último, porque Cervantes escribe *Ni de su fin y acabamiento*, transcribe esta copla:

«No hay muralla que por firme
pueda resistir al tiempo;
que todito en este mundo
tiene fin y acabamiento.»

Menos los cantares de usted.

En lo que respecta a apropiarse del trabajo de los demás sin advertirlo, el Zoilo continúa sin enmendarse. En el cap. LII (página 310 de esta edición), se lee a principio de párrafo un *Y diciendo y haciendo* que es variante de Pellicer, adoptado por la Academia en 1819, pues todas las ediciones anteriores ponían *Y diciendo y hablando*. El Sr. Rodríguez Marín calla el nombre del autor y queda por suyo el descubrimiento.

¡Y así *usque ad calendas græcas!*

LA EDICION CRÍTICA

SÍGUESE EL DISPARATORIO

Advertimos al principio de este volumen que las ediciones de «Clásicos Castellanos» (*La Lectura*, 1911 y 1912) y la llamada *Crítica* (1916) eran pintiparadas, y que los errores y despropósitos cometidos en la primera no sólo no se corregían, como pretendieron hacer ver el supuesto Kreuzer y el estupendo afanador *El Soficaco*, sino que se aumentaban. Un par de ejemplos lo demostró.

Dijimos también que valiera para la edición *Crítica* cuanto comentábamos en la de *La Lectura*, por ser la misma, adicionadas algunas notas nuevas, en donde se contenían otros tantos plagios irreverencias y variantes del texto original, y que ésta y no aquélla era la generalmente conocida.

Queda en las anteriores páginas examinada la labor de profanación—a grandes rasgos, claro es —, llevada a cabo por Rodríguez Marín en los cuatro primeros volúmenes de la edición de «Clásicos Castellanos», que corresponden a la primera parte de *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*, compuesto por el «descuidado». «olvidadizo» e «incorrecto» escritor, un tal Miguel de Cervantes Saavedra.

Veamos ahora la *Segunda parte de El Ingenioso caballero* en el tomo quinto de la edición *Crítica*. Nos ha sido preciso hacer este reparto entre ambas ediciones, tanto para no repetirnos, cuanto para proceder mitad por mitad. La parte de *Hidalgo* para *La Lectura* y la parte de *Caballero* para la «Crítica». ¡*Suum cuique*, señores!

Arriba con este tomo quinto.

Aseguran que no hay quinto malo, tal vez porque puede haberlo rematado.

Así esta edición.

Antes hemos de dejar sentado, y nadie se levantará a desmentirlo, que lo primero que se topa uno al echar la vista a la edición es la siguiente advertencia: «Papel fabricado «ad hoc» por la Papelera Española.» La impresión es esmerada, la tinta buena, y excelente el cosido. De esto se puede hablar con elogio. Es de lo único. Como los sepulcros blanqueados, por defuera todo es hermosura y por dedentro podrición.

Justamente ha pasado un lustro desde la publicación de los ocho tomos de *La Lectura*, y este espacio de tiempo no ha sido bastante para convencer al Sr. Rodríguez Marín de que para comentar el *Quijote* y quedar muy por debajo de Máinez, Pellicer, Clemencín y Cortejón no valía la pena de meterse en camisa de once varas. Nada le ha servido la experiencia de cinco años. ¡Cuán verdad, como dice el «escritor incorrecto y olvidadizo», es que se escribe no con las canas, sino con el entendimiento, que *suele* mejorarse con la edad, dando a entender que a veces no se mejora!

En efecto; sigue comentando, como en la edición de *La Lectura*, iguales puntos que los anteriores comentaristas, aludiendo a los mismos autores—siempre anticuados—, bebiendo en idénticas fuentes eruditas, desconociendo absolutamente la crítica psicológica, profiriendo las acostumbradas irreverencias y atiborrando las anotaciones, a falta de cosa mejor, de cantares y coplas, no ya como quiera, sino de las malas, de las de su recolección particular.

En el capítulo XXIV—página 18 de este V volumen—exclama Don Quijote: «Muy a la ligera camina vuesa merced, señor galán.» Y dice Rodríguez Marín que eso de «señor galán» es corriente en Andalucía. ¡Y en toda España!

Y anota el número 3.235 de sus *Cantos andaluces*, que resulta ser la siguiente tirada «sicalíptica»:

«Er que quisiere cantar
a la puerta desta dama
que arse un poquito la bos,
que tiene lejos la cama.
—Oiga usté, señor galán,

señar que ha dormido en eya,
cuando dise que está lejos
la cama de esta donseya...»

¡Vaya calor!

«Padres los que tenéis hijas...», adquirid inmediatamente este *Quijote*, escuela de moralidad y de buenas costumbres, y dejáos de la *Hoja de Parra* y otras tales insulseces.

La amenidad y el donaire campean por doquiera. ¿Que se lee en el texto cervantino la palabra *apuntar*? Pues ¡fuego! Copla en el disparador, la número 6.904 de los dichos *Cantos* (página 25):

«Copliyas y más copliyas,
para mí son excusadas:
me he dejado en casa el libro
y no las traigo apuntadas.»

¡A ver! ¡Apúntese eso!

Ahora llegamos a la Aventura del Rebuzno—no se rían ustedes—, o sea al capítulo XXV. Dice el regidor rebuznador al otro regidor rubuznador (página 30): «Por el Dios que me crió, que podéis dar dos rebuznos de ventaja al mayor y más perito rebuznador del mundo..., y en resolución, yo me doy por vencido y os rindo la palma y os doy la bandera de esta rara habilidad.»

El Sr. Rodríguez Marín pudo haber echado aquí el resto de su erudición en lo tocante a rebuznos, narrando algún cuentecillo o conseja gracioso y picante; pero encaja este cantar, número 1.356 de los suyos:

«Eres delgada de talle
como junco de ribera;
de todas las de tu calle
tú te llevas la bandera.»

En seguida el crítico sevillano se pone a meditar sobre el pueblo del rebuzno. y hay que decir en su descargo que no es perito en la materia. pues dice haber averiguado que el pueblo donde se dió el famoso rebuzno o rebuznos es Alconchel—Alconchel de la Es-

trella, que dicen por allá—. Y añade que a los de Alconchel se les conoce en aquellos contornos por *los burros* y *los del rebuzno.* No quiera saber el lector la ensalada de palos que se lleva Rodríguez Marín—habida cuenta de cómo las gastan en aquel pueblo culto y laborioso—, si los de Alconchel se enteran de que les llama *los burros* y *los del rebuzno*, calificativo que ni merecen ni jamás se les aplicó en la vida.

El que esto escribe, nacido a unos cuantos kilómetros de Alconchel, en Villaescusa de Haro—parte oriental de la Mancha—, que conoce Alconchel como la calle de Alcalá, por haberlo visitado doscientas veces, nunca oyó hablar de semejante conseja o sucedido, ni tuvo noticias de que por aquellos pueblos, tantas veces recorridos, se les aplicara a los de Alconchel tan feo apodo.

El Sr. Rodríguez Marín, que de nuevo sustenta una teoría disparatada, afirma, al propio tiempo, que ha descubierto el pueblo del rebuzno por noticias facilitadas por un empleado de ferrocarriles, natural de Hontanaya (pueblo cercano, aunque no mucho, a Alconchel), llamado Braulio Pinedo, que debe de ser un gran guasón...

Cervantes coloca el lugar del rebuzno a cuatro leguas y media de la venta donde se halla Don Quijote, o sea cerca de la cueva de Montesinos, término de la Osa de Montiel, contiguo a las lagunas de Ruidera. Alconchel dista de ellas más del doble. Luego...

Para asegurar tan de firme, como lo hace Rodríguez Marín, es preciso recorrer el terreno y cerciorarse; no hablar por boca... de un empleado de ferrocarriles, que en muchos kilómetros no los hay, desgraciadamente, por allí. El pueblo del rebuzno bien valía una misa.

Pero sigamos con los cantares. Si en lo del rebuzno no estuvo elocuente ni acertado—contra lo que esperábamos—el Zoilo sevillano, se defiende en otros pasajes con las coplas, y cita la número 3.116, ni uno más ni menos, para anotar el diminutivo de gerundio, *callandito:*

«Yo me estoy muriendito,
yo estoy cadáver:
estos pícaros celos
muerto me traen...»

¡Y qué diferencia cuando comentan el mismo punto Clemencín y Rodríguez Marín! El primero escribe las anotaciones claras, extensas, con ejemplos a propósito, interesantes, amenas e instructivas. El segundo, por ir a remolque, se ve obligado a disfrazar el comento, siempre partiendo de la fuente aportada por el comentarista murciano; pero agotado el tema o escogido lo mejor de él, le es forzoso aducir textos vanos, pedantescos y vulgares; y así, sus notas no tienen frescura—a lo menos de la natural—, por lo artificiosas, insulsas e iliterarias.

Sea de ello demostración bien patente—entre otras mil—la anotación sobre «alzar las figuras judiciarias», que Rodríguez Marín trae en la página 44 y Clemencín en la 346. Su excesiva extensión nos impide copiarlas.

Como plagia tanto, para desimular algo y *dar el pego* al lector, cual comúnmente se dice, recurre a un procedimiento que verdaderamente es novísimo. Ahí va el descubrimiento. Comienza plagiando o disfrazando lo mejor que puede una nota de Clemencín o de Cortejón; y, cuando va a concluir, abre comillas y advierte: ...—«como dice Clemencín»...; o: —...«como dice Cortejón...» Y copia a la letra unos pocos renglones. El lector incauto cree que donde no se abrieron comillas el texto es original de Rodríguez Marín. ¡Sí, sí!... ¡Tiene gracia el arte! Ya que no puede aprovecharse de toda una anotación, plagia y se aprovecha de la mitad, y Dios con todos. ¿Qué les parece a ustedes? ¿No es mejor hacer lo que Cejador? Se cogen enteras las anotaciones de otro, se firman, envíanse a la imprenta, y comentarista «que te tienes», sabio «que te tienes», académico «que te tienes». ¿Que la mala suerte—todo corre peligro—hace que un día aparezca un individuo, que visto de un lado parece que trae en la mano el escalpelo y mirado de otro es un tricornio de la Guardia civil? Pues la defensa y la argucia es para las ocasiones. Entonces se escribe que el tal señor difama al descuidero. Y en verdad que tiende a difamarlo; esto es, en sentido estricto, a quitarle la fama, por falsa y mal adquirida.

Mas no divaguemos, que la erudición de Rodríguez Marín es cosa notable. A las primeras páginas del volumen vemos que atribuye a Cervantes lo que no ha escrito, o sea el soneto:

«Maestro era de esgrima Campuzano...»,

composición que no hay que ser un lince en estilo para adivinar inmediatamente que se debe al ingenio de don Francisco de Quevedo, y como suya consta en varias ediciones de sus obras, que cualquiera puede consultar.

Pero si no conoce cosa tan sencilla, en cambio se cree con autoridad para corregir a Cervantes.

Dice Don Quijote (capítulo XXVII): «Estaba pintado muy al vivo un asno como un pequeño sardesco»; y anota el estupendo sabio (página 77): «Pudiera haberse omitido el adjetivo *pequeño*: *sardescos* se llamaba a los asnos chicos.» Señor... pedazo de comentarista, ¿ese adjetivo no tiene diminutivo? De *chico*, ¿no se dice *chiquito*? De *pequeño*, ¿no se dice *muy pequeño*, *pequeñito* y *pequeñísimo*? Bien se ve que no sabe usted lo que son asnos muy pequeños; sólo concibe los grandes. ¿Y quien escribe cosas tan necias y disparatadas se atreve a enmendar la plana a Cervantes? *Pequeño sardesco* está excelentemente empleado; y no sólo lo usó el autor del *Quijote*, sino—como frase corriente—también Mateo Alemán, para significar lo mismo: un asno chiquitín. En la maravillosa novela picaresca *Guzmán de Alfarache* cuéntase que la madre de éste iba montada sobre un *pequeño sardesco con jamugas*.

¿Qué tal, señor Rodríguez Marín? Digo, a no ser que también tenga usted a Mateo Alemán por escritor *incorrecto*, *olvidadizo*, *descuidado*, etc., como al creador de las *Novelas ejemplares*, que, sin duda, será así.

Pero, señor, ¿cómo es posible que en materia de asnos y rebuznos ande tan mal este comentarista?

En fin, que tiene razón Don Quijote cuando dice que: «Estaba pintado muy a lo vivo un asno», etc.

PLAGIOS DEL TOMO V

(EDICIÓN CRÍTICA)

A decir verdad, nos vamos cansando ya de registrar tantas tonterías como ha escrito el Sr. Rodríguez Marín en sus comentarios al *Quijote*. Sépase, de una vez para siempre, que es la peor edi-

ción. No hay adjetivos para calificar la labor de este hombre y su inaudita frescura.

Ahí va otro ramillete de plagios que añadir a los precedentes. Y cuenta que para no hacer interminable este libro, hemos prescindido deliberadamente de Máinez, Hartzenbusch, Cortejón, Pellicer y demás anotadores, y quedándonos sólo con Clemencín para el examen de plagios.

Cotejemos el volumen V de la edición crítica de Rodríguez Marín con la segunda mitad del tomo III de la del erudito murciano.

La nota sobre «Empleadísima», que trae el primero en la página 9, consta ya en la 324 del segundo, y asímismo los comentarios acerca de los *Ermitaños* y el *Vino de lo caro*, que se leen después. A veces la extensión de un plagio es tan abrumadora, que no es posible incluirlo.

CLEMENCÍN (1833) (NUEVA EDICIÓN ANOTADA POR MIGUEL DE TORO GÓMEZ)	RODRÍGUEZ MARÍN (1916) (EDICIÓN CRÍTICA)
«*Ventaja* es el sobresueldo o ayuda de costa.» (Vol. III, pág. 331.)	«Aquí sí equivale *ventaja* a sobresueldo o ayuda de costa.» (Vol. V, pág. 19.)
	
«*Entretenimiento* es lo mismo que *asistencia*, pensión o asignación para mantenerse.» (Pág. 331.)	«*Entretenimiento*, en su acepción, nada común hoy, de pensión o ayuda de costa.» (Pág. 20.)
	
«Así lo cuenta Suetonio en la vida del Dictador.» (Pág. 331.)	«Cuéntalo Suetonio en la vida de César.» (Pág. 23.)
	

«La edición primitiva hecha por Cervantes puso *el sobrino y Sancho*. Era error conocido, que copiaron todas las ediciones, hasta que Pellicer lo corrigió en la suya.» (1)

(Pág. 335.)

«En la edición príncipe, por errata, *el sobrino*, en lugar *del primo*.»





«El *operibus credite* es del Evangelio de San Juan.»

(Pág. 350.)

«Son palabras (*operibus credite*) del Evangelio de San Juan.»

(Pág. 47.)





«*Trujamán, trujimán* o *truchimán*, palabra tomada, según parece, del árabe, y usada ya en la Crónica general de España, escrita en el siglo XIII, en significación de intérprete.»

(Pág. 351.)

«*Trujamán, trujimán* o *truchimán* vale *intérprete*, bien que la segunda acepción que tiene esta última forma en el léxico de la Academia, acaso se originó de *trucha*.» (2)





«Lo mismo decía Fr. Juan Martínez de Burgos, religioso dominico y poeta castellano del reino de don Juan el II:

«En tierra de moros un solo al-
(calde

«Tratando (Cervantes) en *El Amante Liberal* de ciertas causas que había despachado un Cadí, «sin autos, demandas ni respuestas», se añade que entre los mahometanos «todas las causas, si no son las matrimoniales, se despachan en pie y en un punto, más a

---

(1) Adviértase la honradez literaria de uno y otro comentarista. Clemencín confiesa noblemente quién fué el primero que corrigió la errata. Rodríguez Marín, callando el nombre del autor, hace suya la corrección.

(2) Es cuanto puede disparatar un filólogo suponer siquiera que *Trujamán*, *Trujimán* o *Truchimán* vengan de *Trucha*.

¡Oh, este Sr. Rodríguez Marín, cuando habla por cuenta propia! Igual le aconteció al tratar de la *truchuela*.

Libra lo cevil e lo criminal,
E todo el día se está de balde
Por la justicia andar muy igual.
Alli non es Azo, nin es Decretal,
Nin es Roberto nin la Clementina,
Salvo discreción e buena doctrina
La cual muestra a todos vivir co-
(munal.»

Lo mismo había dicho Cervantes en la novela del *Amante liberal*, donde hablándose de unas causas despachadas por el Cadí *sin autos, demandas ni respuestas*, se dice que entre los mahometanos *todas las causas —si no son las matrimoniales se despachan en pie y en un punto, mas a juicio de buen varón que por ley alguna; y entre aquellos bárbaros, si lo son en esto, el Cadí es el juez competente de todas las causas, que las abrevia en la uña y las sentencia en un soplo, sin que haya apelación de su sentencia para otro tribunal.»*

(Pág. 358-59.)

juicio de buen varón que por ley alguna; y entre aquellos bárbaros, si lo son en esto, el Cadí es el juez competente de todas las causas, que las abrevia en la uña y las sentencia en un soplo, sin que haya apelación de su sentencia para otro tribunal.»

A no conocer nuestro autor, por vista de ojos, el enjuiciamiento de los mahometanos, pensaríamos que tanto en el pasaje del *Quijote*, como en el de *El Amante Liberal*, había una clara reminiscencia de aquel *dezir que fizo* Juan de Mena *sobre la justicia e pleytos*:

«En tierra de moros vn solo al-
(calde
libra lo ceuil e lo criminal,
e todo el día sse esta debalde
por la justiçia andar muy egual;
alli non es Azo e nin decretal
nin es Ruberto nin Clementina
saluo discreçion e buena doctrina
la qual muestra a todos beuir co-
(munal.»

(Pág. 57.)

«Jugó don Quijote con la doble significación de la palabra *mona*, que además de la *hembra del mono* suele significar también la que toman los borrachos.

De la razón por qué se llama *mona* a la borrachera y se dice que el borracho está hecho *una mona*, trata Gaspar Lucas Hidalgo en sus Diálogos de apacible entretenimiento.» (1)

(Pág. 367.)

«*Mona* es uno de los muchos nombres vulgares que tiene en castellano la *borrachera*.»

(Pág. 70.)

(1) ¿Cómo no copió Rodríguez Marín el interesante final de esta nota clemencinesca?

«Cervantes cita aquí, con su inexactitud acostumbrada (1), el romance que vió impreso en el Romancero de Amberes de 1555, donde se cuenta que el Rey don Rodrigo, perdida la batalla, miraba desde un alto la destrucción de su gente:

«El triste, de ver aquesto,
gran mancilla en sí sentía.
Llorando de los sus ojos
desta manera decía:
ayer era rey de España,
hoy no lo soy de una villa;
ayer villas y castillos,
hoy ninguno poseía;
ayer tenía criados
y gente que me servía,
hoy no tengo una almena
que pueda decir que es mía.»

(Pág. 364.)



«*Ballenatos.* ¿Quién ignora que a los madrileños solía llamárseles *hijos de la ballena?* Una albarda arrastrada por la avenida del Manzanares y tenida por ballena había sido ocasión del valor y denuedo con que los habitantes de la corte, provistos de toda clase de armas, salieran a la puente a detenerla.

A esto aludía el Maestro Tomé

«Estos versos, mal recordados por maese Pedro, son del *Romance del rey don Rodrigo como perdió a España* (aquel *Cancionero de Romances de Amberes*, fol. 127, vto.

Mal recordado, digo (1), porque en esta colección dicen así:

«*Ayer era rey despaña*
oy no lo soy de vna villa;
ayer villas y castillos
oy ninguna posseya;
ayer tenía criados
y gente que me seruia
oy no tengo vna almena
que pueda dezir que es mía.»

(Pág. 66.)



«*Ballenatos* llamaban a los de Madrid, y para ello tomaron pie de un cuentecillo, según el cual, como en cierta avenida del Manzanares arrastraran las aguas algunas pipas vacías de un ventero de la ribera, y entre ellas fuera una llena de vino, el pobre hombre gritaba llorando: —«¡*Una va llena*!», y entendiendo los madrileños que el Manzanares traía una ballena en su arrebatadora corriente, salieron al puente con picos y chuzos para recibir al gigan-

(1) La nota de Rodríguez Marín, como se ve, es plagio completo de Clemencín hasta en el ataque a Cervantes—que así se portaron con el ídolo todos los cervantistas—, a pesar de los disfraces con que la «engalana» el Zoilo sevillano.

de Burguillos en una canción burlesca, donde dijo:

«Riberas del estrecho Manzanares,
por donde antiguamente
alborotó los límites postreros
la que tuvo a Jonás en sus ijares
escureciendo su cristal corriente
hasta que abandonó los lavaderos,
a fuerza de los tiros,
dardos y chuzos de la gente ar-
(mada
que por la puente le estorbó la
(entrada.»

(Pág. 376.)



tesco cetáceo, que al cabo resultó ser una albarda. Lope de Vega, natural de Madrid, recordó el tremendo lance de la ballena en una canción de sus *Rimas divinas y humanas*.

«Riberas del estrecho Manzanares,
por donde antiguamente
alborotó los límites postreros
la que Jonás en sus ijares,
escureciendo su cristal corriente
hasta que abandonó los lavaderos,
a fuerza de los tiros,
dardos y chuzos de la gente ar-
(mada
que por la puente le estorbó la en-
(trada.»

(Pág. 84.)



Para terminar.

Es imposible continuar adelante sin doblar y aun triplicar las muchas páginas que llevamos escritas. Los plagios, las irreverencias, los cantares y coplas, las caprichosas anotaciones, las infinitas tonterías y las variantes del texto original sucédense de modo, que nos impulsan a dar por terminada nuestra labor, en la seguridad de que habremos llevado al convencimiento hasta del más idiota, que el Sr. Rodríguez Marín ha entrado a saco en el *Quijote* sin pizca de decoro literario, con un atrevimiento que asusta y una frescura que desconcierta, y que ni es erudito ni filólogo, ni hablista ni nada en absoluto.

En este tomo V de la edición crítica que, asqueados, dejamos de comentar, el Zoilo se desata ya en improperios contra Cervantes, que producen agruras de estómago.

En el capítulo XXIX (páginas 108-109), dice don Quijote: «Sa-

brás, Sancho, que los españoles y los que se embarcan en Cádiz para ir a las Indias Orientales...» Y anota el *herudito zeriyano*, dándole un palmetazo al autor: «Más claro y propio habría sido decir: *que cuantos se embarcan en Cádiz...*»

En la página 209, y porque narra el texto: «Apeóse la duquesa, y, con un agudo venablo en las manos, se puso en un puesto», también se enmienda la plana a Cervantes, en estas necias palabras: «¿Por qué con un venablo y no con escopeta, arma más apropiada para matar piezas mayores?»

Porque no le dió la gana a Cervantes, Sr Rodríguez. Quiso que fuera venablo y no escopeta. ¿No tenía derecho a elegir cualquier arma?

En la página 229 (capítulo XXV) asímismo escribe:

«Malísimo verso, porque hay que leer:

»Y puesto que és—de los encán—tadores.»

«Y peor aún si se quiere leer como verso de una cadencia:

»Y puesto que es de lós—encantadores.»

En fin, donde el comentarista se desahoga de una vez y lanza toda la bilis contra Cervantes, es en la siguiente anotación, que por sí sola justifica la recogida de edición tan vergonzosa. No hemos leído en nuestra vida nada más indecente e indigno. ¡Pobre Cervantes! Jamás se vió tratado un autor de esta manera, ni por el más zafio mozo de una taberna.

El expresado comentario se halla en la página 108, y dice a la letra:

«Bien se me alcanza que las palabras que Sancho oye o aparenta oir mal y dice disparatadamente dieran y den todavía gran gusto al vulgo de los lectores; pero a los de paladar fino y delicado jamás debieron de hacer gracia.

Son, como he dicho en otro lugar (página 402 de mi edición del *Rinconete)*, (1) chistes de baja ley; y si Cervantes no tuviese de sobra mejores méritos, poca o ninguna fama hubiese ganado con el

(1) Así es ella. Y mentar la soga en casa del ahorcado...

Quijote entre los que saben de buenas letras. Aun *descontada* (como dicen en estos prosaicos y mercantiles tiempos) la ignorancia de Sancho, perpetuo *prevaricador del buen lenguaje*, no son de buen recibo, ni menos de buen gusto, trueques como el *Ptolomeo* y *cosmógrafo* por las otras palabras que Sancho dice. *Gafo*—bueno será recordarlo aquí—significa *leproso*, y fué voz tan injuriosa (2), que se tuvo por una de las cinco palabras llamadas *mayores*.»

¿Qué comentario cabe al anterior despropósito?

Si tratáramos de las variantes del texto original, serían necesarios otros tantos tomos para sacar a luz todas las irreverencias cometidas por Rodríguez Marín. Puntos, comas, párrafos, interrogaciones, admiraciones, ¡todo está trastrocado! ¡Qué vergüenza! Hoy, si se perdieran las ediciones antiguas y quedara únicamente la del Zoilo, ignoraríamos absolutamente cómo escribía Cervantes.

Veamos, por ejemplo, un pequeño trozo del capítulo XXXV. Hallaremos:

CERVANTES	RODRÍGUEZ MARÍN
EDICIÓN DE CUESTA (1608)	EDICIÓN CRÍTICA (1916)
Y en levantado trono	Y en *un* levantado trono
bajaban de diez y siete	bajaban de diecisiete
A ti digo ¡O varón! como se debe	A ti digo ¡Oh varón, como se debe
por jamás alabado;	Por jamás alabado!
Pero azotarme yo? abernuncio.	pero ¿azotarme yo?... Abernuncio
La señora *Doña* Dulcinea.	La señora Dulcinea.
	

¿A qué seguir?

Damos por terminada nuestra labor sobre Rodríguez.

Por lo cual, y por lo que hemos visto en el transcurso de ella, no acabaremos nosotros como Cervantes con aquellas palabras

«Forse altro canterà con miglior plectro»;

sino con estas otras, de su propia cosecha:

«A música de rebuzno, contrapunto de varapalo.»

PROFANACIONES LITERARIAS

Martínez Sierra, traductor de Shakespeare.

I

Las profanaciones literarias muestran los más variados aspectos, y desde el plagio a la mala traducción, pasando por la innumerable baraúnda de arreglos, comentarios y anotaciones, hay toda una escala de irreverencias, en que los introducidos a divulgar y presentar asequibles las grandes obras, conviértense las más veces en enemigos irreconciliables ,de los autores, hacen odiosas sus producciones y a la sombra de sus nombres esclarecidos viven y medran.

Nos vamos a ocupar de D. Gregorio Martínez Sierra como traductor de Shakespeare, prescindiendo momentáneamente de su condición de plagiario, pues en este aspecto llegó a cuanto puede concebirse; y a tal punto, que un periódico de la Corte—*El Debate*—pudo, en una ocasión, demostrar el plagio de cierta comedia suya, arramblada del francés con poco disimulo.

De propia minerva, el autor de *Canción de cuna* puede escribir cuanto se le antoje, azucarado o sin azucarar; pero verter y comentar a Ibsen, sin catar palabra del creador de *Hedda Gabler;* a Maeterlinck, ocurriéndole lo propio, y, sobre todo, atreverse con Shakespeare, es tocar a empresas para que no fué llamado.

No ha mucho ha dado a luz dos versiones del príncipe de los dramaturgos, *Hamlet* y *Romeo y Julieta*, y tales, que si debieran o

no recogerse, como atentados contra la cultura, es cosa que examinaremos con todo cuidado y hasta con respeto—aunque él no lo guarda para con quien traduce—, que no excluye lo uno para lo otro, y la crítica no perderá nada por ser cortés.

El suave lector recordará que, hace poco, y del propio Shakespeare, Martínez Sierra puso en escena *The Taming of the Shrew* (La doma de la fierecilla), traducida con el incorrecto título de *Domando la tarasca*, como si la pobre Catalina—protagonista—fuera un aborto del infierno; y hará memoria, asímismo, de que la obra no gustó ni podía gustar; pero, poco o nada afortunada, aquélla era una refundición, realizada, a lo que parece, sin pretensiones. Estas dos obras son algo muy distinto, ediciones a todo lujo y a bombo y platillos anunciadas.

¿Y tan mal—se preguntará—ha traducido a Shakespeare el melífluo autor de *Primavera en otoño*, *Sol de la tarde* y *El palacio triste*? Tan mal, aseguramos nosotros, que no ha vertido bien un solo verso. Pero hay más, y doblemente grave, que no se hizo hasta ahora; y es que el traductor ha suprimido del original personajes, escenas enteras y párrafos completos, y añadido lo que le ha venido en gana. Una profanación como jamás se llevó a cabo.

¿Supondrá alguno que eso no puede ser, que Martínez Sierra no se habrá atrevido a cosa semejante, o que, en todo caso, sus libros serán un estudio, una visión, una interpretación personal de la obra del divino William? Nada de ello. A la vista tenemos el volumen de *Romeo y Julieta*, editado por la Biblioteca Estrella en 1918. Véase lo que dice en el prólogo, página 7, para que quien quiera pueda consultarlo:

«No vais a leer una adaptación, ni una interpretación, sino una traducción, y traducción literal. He puesto con el mayor cuidado, con la más fervorosa admiración y la más escrupulosa reverencia —nótese esto bien—el prodigioso verso inglés en prosa castellana, precisamente por conservar lo más exactamente posible la forma y el ritmo peculiares a la obra original.»

Y lo peor es que añade que ha suprimido *«algunas líneas, pocas»*, por ser *«meros, aunque prodigiosos, alardes de versificación»*, y *«algunos chistes»*, porque *«hubiesen alargado el texto inútilmente* (!), *restándole interés»*. ¿Se dió nada parecido? ¿Hubo tal irreverencia y semejante falta de respeto al público? Y ¿en vir-

tud de qué don sobrenatural Martínez Sierra le enmienda la plana a Shakespeare? ¿En qué mesa comieron juntos *Margot* y *El mercader de Venecia?* Repetimos que no ha traducido bien un solo verso, por lo que puede darse como seguro que no sabe inglés, a lo menos en aquella gran medida que se requiere para entender a Shakespeare; que no ha suprimido *unas pocas líneas*, como ficticiamente dice, sino hasta personajes, escenas íntegras y párrafos completos—aquí se los trascribiremos – y adicionado lo que luego se verá.

Aún escribe en el expresado prólogo: que Shakespeare es «*el más irresponsable lírico*», y que la obra del autor inglés «*tampoco ha menester notas ni comentarios*».

Habida cuenta de que Shakespeare es tal vez el genio mayor que produjo la Humanidad y que en sus manuscritos originales, o en los que por tales se tienen, escasean tanto las acotaciones que apenas puede decirse que existen (pues en infinitas escenas hasta el lugar de acción se omite), júzguese lo absolutamente imprescindible de las notas. Sin ellas, ¿cómo nos daríamos una idea de la disposición del escenario, verbigracia, en la escena final de *Othello?* Las ediciones primitivas no llevan sino esta advertencia: *Enter Othello and Desdemona in her bed.* (Entra Otelo y Desdémona en su lecho.) Para representar dicha escena de un modo exacto y adecuado—considerando lo que en ella sucede—, necesitaremos saber la construcción del teatro en Inglaterra en tiempos de la Reina Isabel y de Jacobo I. Igualmente ocurre cuando, en este mismo *Romeo y Julieta*, llega la inmortal escena quinta del acto tercero. El texto de los primeros *in-quarto* no ofrece más indicación escénica que estas simples palabras: *Enter Romeo and Juliet aloft*; y la lección del *in-folio* de 1623 no es más explícita, pues sólo dice: *Enter Romeo and Juliet, above, at the window.* (Entra Romeo y Julieta, arriba, en la ventana.) Por ello, los anotadores y comentaristas creen necesario esclarecer el texto, pues no se concibe que sin variar el lugar de escena, terminado el célebre dialogo de los amantes, continúe la acción en la ventana, toda vez que entran nuevos personajes. He aquí, pues, cómo describe Malone la disposición del escenario en sus comentos a esta escena del balcón: «Hacia el foro—dice – debía de haber un balcón, o ventana superior, cuya plataforma se elevaba de ocho a nueve pies

del suelo, la cual era sostenida por pilares a propósito. Aquí es donde, en muchos dramas antiguos, pasaba una parte de la acción. Una cortina suspendida delante de este segundo escenario ocultaba, cuando era menester, los personajes que se hallaban a la vista de los espectadores». (*The plays of William Shakespeare, from the tex of Steevens and Malone.*) Sobre esta disposición escénica, el más eminente de los críticos alemanes, Hermann Ulrici, ha dado los detalles siguientes: «A cierta distancia del proscenio había un balcón o plataforma que conducía a otro teatro interior de menores dimensiones, que servía frecuentemente para los más variados usos.» (*Shakspeare's dramatische kunst. Geschichte und Charakteristik des Shakspeareschen Dramas.*)

En fin, las notas son tan imprescindibles cuando del teatro de este gran poeta se trata, que Tieck, en sus comentarios a *The King Lear*, ha demostrado que la horrible escena en que le sacan los ojos a Glóster no pasaba en el escenario propiamente dicho; y cita a este respecto—probando que Shakespeare se servía de dos escenarios a la vez—, un caso del *Enrique VIII*, en que la escena del foro figura la cámara del rey, al tiempo que la corte permanece en el proscenio haciendo antesala. (*Shakspeare's Dramatische Werke, übersetzt von August Wilhelm Schlegel und Ludwig Tieck.*)

Sabida, pues, esta duplicación de escenarios, merced a los estudios y notas de eminentes investigadores, nos podemos explicar la anteriormente citada escena final de *Othello*, que en España no se representa tal como debiera.

Vea el Sr. Martínez Sierra si no son menester notas ni comentarios para entender a Shakespeare. Pero quizá para quien escribió *Lirio entre espinas* todo esto sea música celestial y ganas de perder el tiempo. ¿Qué importa que los más esclarecidos ingenios de la crítica, los Johnson, los Steevens, los Drake, Chalmers, Coleridge, Lamb, Schlegel, Hazlitt, Knight, Dyce, Víctor Hugo, Guizot, Taine, Mézières, Stapfer, Lista, Gervinus, Elze, Delius, Ulrici y otros cien que no cito, hayan ejercitado su claro talento en descifrar la maravillosa obra del sublime dramático, tan pródiga en profundidades, sutilezas e intrincados arcanos como quien descendió a los más insondables rincones del corazón y se elevó a las más altas regiones del espíritu?...

Sin embargo, posible es que todo esto no sea, como digo, sino vana pretensión de nosotros y deseos de atosigar al lector con colecciones de nombres y citas, que no significarán nada para el Sr. Martínez Sierra, que halla las cosas claras y no ha menester de comentarios y demás enfadosos procedimientos que han inventado los eruditos para amargarnos la vida.

¿Qué habrá impulsado al Sr. Martínez Sierra a juntar su nombre con el de tantos atrevidos varones como en España han traducido a Shakespeare, el más conocido de los cuales, Guillermo Macpherson, ha vertido el *To be, or not to be: that is the question* (ser o no ser: he aquí el (1) enigma así: «Ser o no ser: la alternativa es ésta?» ¿Afán de lucro? ¿Sed de inmortalidad? Porque es lo cierto que de cuantas versiones se han hecho en castellano, ninguna merece el calificativo de tal, y sus autores pecan o de ignorar el inglés o de no dominar nuestro idioma.

Cierto es que Shakespeare ha tenido poca suerte en España. Ahora, nadie cometió desaguisado semejante al de Martínez Sierra. Y por ello mismo que dice que la obra shakesperiana no ha menester notas, vendremos en conocimiento de que no ha traducido del inglés, sino del francés o del italiano: o bien—y esto es lo más probable—no ha traducido de parte alguna, sino que ha buscado una versión castellana cualquiera, de las peores, la ha copiado, variando el estilo, y la ha dado a la imprenta, después de algún arreglo para el teatro. Sea lo que quiera, que ya lo dilucidaremos, a Shakespeare no se puede verter sin tener a la vista comentarios, glosarios y notas. En *Romeo and Juliet*, sobre todo, son tan frecuentes los retruécanos, frases elípticas, equívocos, anfibologías, *calembours* y otros mil juegos de vocablos, que se hace absolutamente necesaria la constante consulta de los diccionarios de Johnson, Webster, Funk y Wagnalls; las anotaciones de Deigthon, D'Huges y Verity; los glosarios de Nares, Mackay y Dyce; el admirable *Shakespeare-Lexicon*, de Schmidt; el *Dictionary of the language of Shakespeare*, de S. Jervis; el *Thesaurus of English words and phrases*, de Roget; el *Dictionary of Phrase and Fable*, de Brewer; y, en fin, el *Index to the remarkable Passages*

(1) Enigma o cuestión profunda, como traducen los italianos, o, más literalmente: «Este es el problema.»

and words made use of by Shakespeare, calculated to point out the different meaning to which the words are amplied. by Samuel Ayscough.

Perdone el lector. si hay aridez en el preámbulo. Sostenemos que la profanación del Sr. Martínez Sierra es de un orden de que no existe ejemplo.

Y para probar cuanto decimos, cotejaremos las dos versiones del referido autor con los originales ingleses. Daremos principio con el *Romeo and Juliet*, texto de la edición in-folio de 1723, publicada por los amigos de Shakespeare los actores John Heming y Henry Condell (1), comparado con el de la in-quarto de 1597. Después examinaremos *Hamlet*.

Veremos cómo con lo suprimido por Martínez Sierra hay para un acto de drama. y con lo mal traducido, materia para un sainete.

II

Henos ya ante los textos inglés y castellano: *The Tragedy of Romeo and Juliet*, de William Shakespeare (2), y *Romeo y Julieta*, traducción de G. Martínez Sierra.

Demos principio con el *Dramatis personae*. A simple vista se advierte que el Sr. Martínez Sierra no ha vertido del inglés. Escribe el autor de *Primavera en otoño*: «Montesco, padre de Romeo.—Capuleto, padre de Julieta.» El texto de Shakespeare dice:

CAPULET,
MONTAGUE, } *heads of two houses at variance with each other.*

(CAPULETO,
(MONTAGUE, } jefes de dos familias enemistadas entre sí.)

---

(1) Esta edición, conocida con el nombre de *Folio 1.°*, ocupa 23 páginas en el original y es el texto que generalmente se admite. Modernizamos su ortografía, con objeto de facilitar la comprensión a los que no se hallen habituados a la lectura del inglés antiguo.

(2) Es curioso hacer constar que la edición *in-quarto* de 1597, o sea la tenida por *princeps*, no lleva el nombre de Shakespeare, sino solo el del editor, *John Danter*. Su título reza: *An excellent conceited Tragedie of Romeo and Juliet. As it hath been (with great applause) plaid publiquely, by the right Honourable the L. of «Hunsdon» his Seruants.*

A continuación figura un personaje que en las ediciones inglesas señálase de este modo: *And old man, of the Capulet family* (un anciano de la familia de Capuleto). En la traducción de Martínez Sierra no aparece tal personaje. Lo ha asesinado. Y esto es meterse en el terreno de Shakespeare, que mata a Romeo, a Julieta, a lady Montagne, a Paris, a Mercucio y a Teobaldo, que ya son bastantes muertes; pero que deja con vida a este pobre anciano, que es de natural pacífico.

Tomémosle en cuenta esa muerte a Sierra, y prosigamos. En la lista de personajes descubrimos otro, así catalogado: *Peter, servant to Juliet's nurse.* (Pedro, criado de la nodriza de Julieta.) ¿El suave lector supondrá que no le ha matado? Pues también debe de haberle matado; a lo menos le ha hecho desaparecer, que no le hallamos en el *Dramatis personae.*

Leemos más adelante: *Three musicians* (Tres músicos). ¿Imaginará, asímismo, el lector, que a éstos no los habrá matado, que son gente levantisca y tomaría venganza?

En efecto, no los ha matado; constan en la versión los «tres músicos». Ahora, dichos músicos representan una escena con el aludido Pedro, la cual arrancó de raíz Martínez Sierra.

Es de notar que esta escena que se atreve a suprimir el autor de *Lirio entre espinas* es interesantísima: tanto que, según Lamartine, Shakespeare la compuso, mezclando lo trágico con lo cómico, al objeto de mostrar la insensibilidad e indiferencia de los extraños a los dolores propios de la familia (1). Pero todo esto es «vacuo lirismo»—que dijo el otro—para el Sr. Martínez Sierra, y el creador de *Macbeth*, un pobrete de quien es lícito cortar escenas enteras y zafarse el traductor engañando al público bajo su palabra de que sólo ha suprimido «*unas líneas, pocas*», siendo así que la referida escena, ocupa más de tres páginas.

Continuemos el *Dramatis personœ.* Al final vemos un nuevo personaje así clasificado: *Another page* (Otro paje), que igualmente debe de haberlo matado Sierra, porque en la traducción no consta. En ella no figura sino «*Un muchacho*», que, por cierto, ja-

(1) Observación que recogen la mayoría de los traductores y comentaristas.

más aparece en escena con este nombre, y «*Un oficial*», con el que ocurre lo mismo. En el texto inglés no consta tal *muchacho*, y si ese *otro paje* es el *muchacho*, debiera advertirse.

Examinemos dónde coloca la escena el traductor. «Acción—escribe—: durante la mayor parte *de la comedia* (!) en Verona; una escena del último acto en Mantua.» En el texto shakespeariano no hay tal cosa, sino simplemente estas palabras: *Scene: Verona, Mantua;* ni podía haberlas, pues el autor jamás hubiera llamado *comedia* a esta terrible tragedia, como así la denomina en todas las ediciones. En el tercer *in-quarto*, publicado en 1609 por Jhon Smethwick, se lee: *The most excellent and lamentable Tragedie of Romeo and Iuliet.*

De esta ojeada por el *Dramatis personæ* se deduce que el ilustre dramaturgo D. Gregorio Martínez Sierra hace una feroz mortandad en la obra de Shakespeare.

Pasemos adelante. En la relación que dice el coro vemos traducir *Two household, both alike in dignity* (Dos familias, ambas iguales en nobleza) de esta suerte: «Dos casas, iguales en dignidad.» Como se verá a partir de aquí, la versión es un espantavillanos, y si a cada palabra nos detuviéramos, no acabaríamos nunca, porque las impropiedades, incorrecciones y caprichos abundan que es un primor.

Comienzan el acto primero y hay una acotación que reza: *Enter Sampson and Gregory, of the house of Capulet, with swords and bucklers.* (Entran Sansón y Gregorio, de la casa de Capuleto, con espadas y broqueles.) Martínez Sierra suprime que entren de la casa de Capuleto.

Todo el diálogo de estos dos criados está de modo que apenas hay palabra en la traducción que corresponda al original. En éste se preguntan y contestan, hasta la intervención de Abraham y Baltasar, veinticinco veces; en Martínez Sierra sólo diez y nueve. Párrafos suprimidos:

SAMPSON.—*I will take the wall of any man or maid of Montagut's.* (Le tomaré la acera a todo criado o doncella de los Montagues.)

GREGORY.—*That shows the a weak slave: for the weakest goes to the wall.* (Eso indica que eres un mandria infeliz, pues el más débil es el que se arrima a la pared.)

SAMPSON.—*Tis true; and therefore women, being the weaker vessels, are ever thrust to the wall: therefore I will push Montague's men from the wall and thrust his maids to the wall.* (Verdaderamente, y por eso las mujeres, como las vasijas débiles, se arrinconan siempre a la pared. Por lo tanto, echaré de la pared a los criados de Montague y arrimaré a ella a las doncellas.)

Y no sólo verifica estas supresiones, sino que hace decir a los criados cosas absolutamente contrarias al texto. Así: arguye ahora Gregorio, en contestación a Sansón, que quiere mostrarse cruel con las sirvientes de la casa de Montague o Montesco: «*The quarrel is between our masters and us their men.*» (La contienda es sólo entre nuestros amos y entre nosotros sus criados.) Martínez Sierra traduce: «La querella es entre nuestros amos y nosotros somos sus criados»; frase que, como mal vertida, indica que los criados no deben intervenir, cuando lo que desea expresar Gregorio es todo lo contrario: que las doncellas criadas *(maids)* son las ajenas a la refriega, porque la enemistad es únicamente de amo a amo y de criado a criado. Siguen las mutilaciones.

SAMPSON.—*'Tis all one, I will show myself a tyrant: when I have fought with the men, I will be cruel, with the maids; I will cut off their heads.* (Igual me da, me mostraré tirano: después de batirme con los hombres, seré cruel con las doncellas; les voy a cortar sus cabezas.)

GREGORY.—*The heads of the maids?* (¿Las cabezas de las doncellas?)

SAMPSON.—*Ay, the heads of the maids, or their maidenheads; take it in what sense thou wilt.* (Sí, las cabezas de las doncellas, o su doncellez; tómalo en el sentido que quieras.)

GREGORY.—*They must take it in sense that feel it.* (Quienes lo tomarán en algún sentido serán las que lo sientan).

SAMPSON.—*Me they shall feel while I am able to stand: and tis know I am a pretty piece of flesh.* (Pues me sentirán mientras pueda tenerme firme, y es sabido que soy un bonito pedazo de carne.)

GREGORY.—*'Tis well thou art not fish: if thou hadst, thou hadst*

been poor John (1). (Más vale así; que de haber salido pescado, hubieras sido un pobre Juan.)

Prosigue el diálogo:

SAMPSON.—*My naked weapon is out: quarrel; I will back thee.* (Ya está desnudo mi acero: provócalos; yo te guardaré la espalda.)

GREGORY.—*How! turn thy back and run?* (¡Cómo!, ¿volviendo las tuyas y echando a correr?)

SAMPSON.—*Fear me not.* (De mí no temas.)

GREGORY.—*No marry* (2): *I fear thee!* (No, a fe mía; ¡tener miedo de ti!)

Adviértase ahora qué pintorescamente traduce Martínez Sierra este pasaje, echándolo a perder.

SANSÓN.—*Desnuda está mi espada. Pelea tú. Yo te guardo la espalda.*

GREGORIO.—*¿Me guardas la espalda o vuelves la espalda?*

SANSÓN.—*No temas.*

GREGORIO.—*No temo. Te temo.*

Véase cómo Martínez Sierra ha suprimido bastantes parlamentos a los criados.

Con esto y lo arriba transcripto, el suave lector juzgará de las aseveraciones de Martínez Sierra: «He puesto con el mayor cuidado, con la más fervorosa admiración y la más escrupulosa reverencia...», etc.

---

(1) En el diálogo de toda esta escena hay un vivo juego de vocablos, *calembours* y anfibologías, de fino donaire, que pierden al ser vertidas al español. En la presente replica de Gregorio, *poor John* (pobre Juan), se confunde con *poor-john* (pejepalo). Por ello compara con un pez a Sansón, que se tiene por un bonito pedazo de carne. Es curioso hacer notar que en la mayoría de los idiomas de Europa Juanito y Juan son sinónimos de gente inútil e imbécil. Así, los italianos dicen *Gianni*, y de aquí *Zani*, por «tonto». En castellano tenemos el *Bobo Juan*, que los franceses llamarían un *Jean niais*. En Alemania usan del *Hans Wurst*. En inglés calificar a alguno de que es un *John* o un Jack, no es hacerle ningún favor. Y en Francia dicen de un simple *C'est un Jean-Jean*.

(2) *Marry*, según los más autorizados comentaristas, parece ser una corrupción del antiguo juramento *By the Virgin Mary* (Por la Virgen María). Estas corrupciones y abreviaturas de juramentos eran frecuentes en tiempo de Shakespeare. Así, *Zaunds* (¡voto va!) no era sino abreviatura del *By-God's Wounds*, suprimido por la censura en la edición *in-folio*.

III

Las más hermosas frases de Shakespeare, sus incomparables imágenes, sus maravillosos pensamientos quedan unas veces suprimidos y otras desbaratados en la traducción de Martínez Sierra· Cuando Teobaldo toma parte en la reyerta entre Capuletos y Montagues, exclama, provocando a Benvolio:

What, drawn, and talk of peace! (¡Cómo; espada en mano y hablar de paz!) Frase de admirable sentido, que vierte así Martínez Sierra: «¡Cómo! ¿Separar? ¿Poner paz?»

Avancemos al diálogo entre el referido Teobaldo y Romeo. ¡Qué cosas traduce el autor de *El palacio triste!*

Entrar a escena Romeo. hablar, y verter Sierra un tejido de incongruencias y absurdos, no se puede hacer más pronto. En efecto, dice Benvolio al verle llegar: *Good morrow, cousin.* (Buena madrugada, pariente.) Y responde Romeo: *Is the day so young?* (¿Tan temprano es?) Martínez Sierra vierte así... vierte así su desconocimiento del inglés: «Feliz mañana, primo»; lo cual no es exacto. porque *morrow* se empleaba al saludar para significar, diminutivamente, la primera hora de la mañana, *tempranito*, como si dijéramos, en castellano. En el inglés de hoy, y si el texto trajera *Good morning*, habría acertado Sierra; pero usándose *morrow*, tal como traduce, es echar a perder el original. En realidad, la frase *Good morrow* no tiene entre nosotros una traducción que pueda dominarse corriente y usual. En Shakespeare *morrow* ofrece dos significados, primera hora de la mañana (madrugada) y mañana (día siguiente), a semejanza del *demain* y *matin* francés y con el mismo sentido que *morgen* en alemán. Las fórmulas de saludo han sido muy vagas en sus principios. En el mismo Shakespeare se lee con frecuencia *Good time of day*, especie de nuestro «Buenos días». Cuando comenzaron a usarse los relojes. dichas fórmulas fueron precisándose, y aparecieron *Good morning*, *good afternon*, *good evening*, saludo este último que tampoco tiene equivalencia ordinaria en castellano, toda vez que habría que traducir *Buen anochecer*, o cosa por el estilo.

De la propia manera, la palabra *cousin*, que Sierra traduce por

«primo», en tiempos de Shakespeare empleábase generalmente para indicar cualquier parentesco distinto del inmediato de padres a hijos o de hijos a padres; y así significaba «primo» como «sobrino», haciendo las veces de *nephews*, y en algunas ocasiones era sinónimo de *grand child*. Por ello, su traducción más adecuada es «pariente», «deudo» o «allegado».

Si tan difícil vemos que es verter a Shakespeare como fácil que se equivoque Martínez Sierra, no nos extrañará que éste traduzca el *Is the day so young?* por «¿Tan joven es el día?» Sólo que esto es ya intolerable.

Pero prosigamos, que aún están por venir los atrevimientos. He aquí cómo traduce la sublime definición del amor, que sale de labios de Romeo. Dice Shakespeare:

«*Love is a smoke raised with the fume of sighs;*
Being purged, a fire sparkling in lovers' eyes;
Being vex'd, a sea mourish'd with lovers' tears:
What is it else? a madness most discreet,
A choking gall and a preserving sweet.»

(El amor es humo engendrado por el hálito de los suspiros; si lo alientan, es chispeante fuego en los ojos enamorados; si lo contrarían, un mar nutrido con lágrimas de amantes; ¿qué más diré?: discretísima locura, hiel que endulza, almíbar que amarga.) Sierra traduce así, ¡qué diferencia!: «El amor es nube formada con humo de suspiros; si con ventura, hoguera que centellea en los ojos de los amantes; si con desdicha, un mar alimentado con lágrimas de amantes. ¿Qué más? Discretísima locura, acíbar que ahoga, miel que conserva.»

El aficionado a chistes baratos tendría ocasión de zaherir a Martínez Sierra por lo que dice del amor, que es miel en conserva o miel que conserva.

Más adelante exclama Romeo, hablando del objeto de sus desvelos:

«*O, she is rich in beauty, only poor*
That, when she dies, with beauty dies her store.»

(¡Oh!, es rica en belleza, y sólo pobre, porque, cuando muera, con su hermosura tendrá fin su tesoro.) ¿Qué traduce Martínez Sierra?—se preguntará.

No traduce nada. Se come el párrafo. Sin duda, así se acaba más presto; pero esas líneas que se manduca son enormemente interesantes, y de su interés ha hablado extensamente Lamartine, como definidoras del carácter de Romeo.

Continúa el diálogo y pregunta Benvolio: *Then she hath sworn that she will still live chaste?* (Entonces, ¿habrá hecho ella voto de perpetua castidad?)

Romeo contesta lo siguiente en la versión de Martínez Sierra: «Sin duda; es demasiado hermosa, demasiado prudente. ¡Para ganar el cielo me desespera a mí!»

Aquí la irreverencia cometida no cuenta precedentes, pues además de no ajustarse las anteriores palabras al texto inglés, el traductor se ha comido bastantes párrafos, la tirada de versos que va a continuación, una de las mejores estrofas de la tragedia:

«*She hath, and in that sparing makes huge waste;*
For beauty, starved with her severity,
Cuts beauty off from all posterity.
She is too fair, too wise, wisely too fair,
To merit bliss by making me despair:
She hath forsworn to love; and in that vow
Do I live dead, that live to tell it now.»

(Así es, y tan avara se quiere mostrar de su hermosura, que, al marchitarla con tales rigores, priva de ella a toda la posteridad. Es sobrado hermosa, sobrado discreta, sobrado discretamente hermosa para ganar el cielo y causa de mi desesperación. Ha jurado no vivir para el amor, y con tal juramento vivo yo muerto, que sólo vivo para contártelo ahora.)

Estas divinas frases, completamente mutiladas, son todavía los prolegómenos, como quien dice. A las palabras de Romeo replica Benvolio, pretendiendo hacerle desistir de su amor.

Be ruled by me, forget to think of her. (Sigue mi consejo, no pienses en ella.) Y responde Romeo: *O, teach me how I should forget to think!* (¡Oh, enséñame entonces cómo pueda yo dejar de pen-

sar'.) Esta admirable respuesta es traducida por Martínez Sierra: «Enséñame a olvidar.»

Responde a su vez Benvolio aconsejando a su pariente que dé libertad a sus ojos, que corteje a otras hermosuras. Y prorrumpe, exaltado, Romeo:

«... 'Tis the way
To call hers, exquisite, in question more:
These happy masks that kiss fair ladies' brows,
Being black, put us in mind they hide the fair;
He that is strucken blind cannot forget
The precious treasure of his eyesight lost:
Show me a mistress that is passing fair,
What doth her beauty serve but as a note
Where I may read who pass'd that passing fair?
Farewell: thou can'st not teach me to forget.»

(Eso daría origen a que pensara todavía más en su exquisita e incomparable belleza. Los envidiados antifaces que besan el rostro de las hermosas, nos hacen adivinar con su negro matiz la radiante blancura que encubren; el que ciega de repente, jamás puede olvidar el inestimable tesoro de su vista perdida; preséntame una dama de la más extremada belleza, ¿de qué me servirá esa belleza, sino de escrito en el que pueda yo leer quién aventajó a esa aventajada belleza? Adiós: tú no sabes enseñarme a olvidar.)

He aquí cómo traduce Martínez Sierra el anterior pasaje, que no lo pensara ni moro ni cristiano:

«Eso es el modo de proclamar la suya aún más exquisita. El que se ha quedado ciego no puede olvidar el tesoro de su vista perdida. Muéstranse una beldad. ¿De qué podrá servirme esa belleza sino como cifra en que poder leer lo que le falta para alcanzar a la que yo no alcanzo? Adiós: no puedes enseñarme a olvidar.» Sin comentarios; bien dice el traductor que no los necesita.

Expusimos en anteriores artículos que, no contento el Sr. Martínez Sierra con mutilar despiadadamente la obra shakespeariana, añadía párrafos de su propia cosecha, haciendo incurrir al gran dramático en incongruencias y anacronismos que no había cometido en modo alguno. Ha llegado la hora de demostrarlo. En la es-

cena III del acto I pregunta la Nodriza cuánto falta para el primero de agosto

How long is it now
To Lammas-tide? (1)

Y contesta Lady Capuleto:

A fortnight and odd days. (Poco más de dos semanas.)

Día arriba, día abajo, la tragedia se desarrolla, pues, a últimos de julio, ya casi en agosto, toda vez que en tiempos de la Reina Isabel aún no había computado Inglaterra con la Corrección gregoriana. Sentado este precedente, véase si no es estupendamente gracioso lo que *traduce* Martínez Sierra en la escena IV del acto I, haciéndole decir a Benvolio: «Estamos en Carnaval y no son menester ceremonias.» Palabras son éstas que, claro es, no podía, en modo alguno, como antes decimos, escribir Shakespeare, tras lo que hace decir a Lady Capuleto y a la Nodriza de Julieta. Sus términos rezan fielmente: *The date is out of such prolixity*, que se pueden traducir: «La cosa no quiere tantos prolegómenos», o «Esas arengas pasaron ya de moda», o «Todo eso resulta ya anticuado». Pero, ¿de dónde, diablos, por mucho que se estire la frase, puede resultar «Estamos en Carnaval y no son menester ceremonias»? Téngase presente que el anterior párrafo es contestación a estos versos de Romeo:

«*What, shall this speech be spoke for our excuse?*
Or shall we on without apology?»

que se prestan a la versión, imitando la elasticidad y frescura del diálogo shakespeariano: «Bueno, ¿recitamos este discurso,

(1) Jaime Clark y Martínez Lafuente traducen *Lammas-tide* por «Fiesta de San Pedro». Macpherson y otros por «Fiesta de los Angeles». Ambas hipótesis son equivocadas. *Lammas-tide*, en opinión de los más autorizados comentaristas debe traducirse por «primero de agosto», día en que se celebraba en los pueblos anglosajones la «misa o fiesta del pan» —*hlammoe-sse* o *hlaf-moesse*—, en la que se ofrecía un pan como primicia de la cosecha del trigo. Así lo vierte también Roviralta.

Martínez Sierra calla todos estos pormenores, como si *Lammas-tide* fuera facilísimo de traducir.

en disculpa de nuestra intrusión, o nos colocamos adentro. sin más apologías?»

No se puede seguir palabra por palabra traducción tan caprichosa; y empleamos este dulce adjetivo, en lugar de un fuerte dicterio, porque tantas irreverencias, más que otra cosa, revelan inconsciencia pura, inmoderado afán de publicar, salga lo que saliere.

Continuaremos examinando la funesta labor del Sr. Martínez Sierra. Sepa quien leyere sus versiones, que a él lee: pero de ninguna manera al divino Guillermo.

IV

Si Shakespeare fuese lo que le hace ser D. Gregorio Martínez Sierra, el genio inglés no hubiera pasado, a buen seguro, a la posteridad. En la primera escena entre Capuleto y Paris, el padre de Julieta invita al conde a la fiesta que se ha de celebrar en su palacio, y añade:

Such comfort as do lusty young men feel
When well-apparell'd April on the heel
Of limping winter treads, even such delight
among fresh female buds shall you this night
inherit at my house.

(El deleite que experimenta el robusto mancebo, cuando el engalanado abril pisa los talones del perezoso invierno, lo sentiréis esta noche en mi casa, rodeado de frescos capullos femeniles.) Martínez Sierra *traduce* únicamente: «El placer del baile, grato a la juventud, te aguarda.» ¡Echen ustedes ese par de pareados al autor de *Mamá!* Su versión es una no interrumpida serie de cortes y falsas interpretaciones de original. Hay, verbigracia, un trozo de diálogo entre Romeo y Benvolio que, por cierto, ofrece notable semejanza con varios pasajes del *Quijote*—aquellos en que el Caballero de la Triste Figura hace entender a todo el mundo que

Dulcinea es «la más fermosa señora» de la tierra (1)—, que, por los aludidos cortes pierde una gran parte de su hermosura. Dice Benvolio que, cuando Romeo contemple algunos rostros que él ha de mostrarle en el festín de los Capuletos, se desvanecerá el amor que profesa a Rosalina, y acabará por creer que su cisne es un cuervo. Así sucede, en efecto, apenas el galán conoce a Julieta, que no es Romeo tan constante como Don Quijote; pero, de primera intención, el hijo de Montagne se vuelve airado contra su pariente, y exclama:

When the devout religion of mine eye
Maintanis such falsehood, then turn tears to fires;
And these, who, often drown'd, coul never die,
Transparents heretics, be burnt for liars!

(¡Cuando la sacrosanta religión de mis ojos mantenga tal falsedad, truéquense mis lágrimas en llamas, y estos diáfanos herejes (los ojos), tantas veces anegados, sin poder morir jamás, sean quemados como impostores!) El Sr. Martínez Sierra suprime la segunda parte de la oración y deja cojo el texto.

Pero nada es comparable a lo que vierte el autor de *La casa de la Primavera*—¿cuál será esta casa?—cuando llegan pasajes dificultosos, precisamente por ignorar a los grandes comentaristas. Si en vez de escribir que la obra shakespeariana no necesita de co-

(1) *Romeo y Julieta* y el *Quijote* menudean en admirables analogías cuando de amor se trata. *Day in night* (día en la noche) llama Julieta a Romeo en la escena II del acto III. La misma frase aplica Don Quijote a Dulcinea al retirarse el hidalgo manchego a la Peña pobre. «Morena» denomina Cervantes en otra ocasión a la noche, y «noche morena» (*Blackbrow'd night*) dice Shakespeare por boca de la hija de Capuleto.

De donde se infiere que no es tan original, como muchos creyeron, aquella imagen de la copla de Manuel Machado:

«Del placer, que irrita,
y el amor, que ciega,
escuchad la canción, que recoge
la noche morena.»

Antiguamente confundíanse bastante los términos obscuro, negro y moreno. En el ya enunciado Cervantes se llama Sierra Negra a Sierra Morena.

mentarios, hubiera examinado los de Steevens, no haría decir a Mercucio que la Reina Mab es «la comadrona de las hadas». El texto inglés reza: *She is the fairies'midwife.* (Ella es la partera de las ilusiones.) He aquí traducida la nota del dicho Steevens, de su famosa edición de 1793: «No significa (*fairies midwife*) que Mab sea la comadrona o partera de las hadas, sino que. entre ellas, a Mab le estaba reservado el particular oficio de extraer de la cabeza de los hombres los sueños y fantasías que conciben durante el sueño, «hijos de un cerebro ocioso», como el propio Mercucio asevera. En igual sentido se expresan los más calificados comentaristas; así lo vierten Schlégel, Delius, Deighton, Clark, Clarke, Roviralta, Lermina, Chiarini, etc., y así se registra la voz *fairy*, en uno de sus significados, en el diccionario de Webster. Sólo lo traducen mal Martínez Sierra y Guillermo Macpherson.

Todo el expresado relato de Mercucio, célebre en las antologías literarias, está desfigurado y lleno de lagunas en la versión que nos ocupa. Por ejemplo, al hablar Shakespeare del «pequeño cínife de librea gris—*small grey-coated gnat*—que conduce la carroza de la antes citada Reina Mab, Martínez Sierra hace punto, siendo así que el texto continúa diciendo que este mosquito *not half so big as a round little worm prick'd from the lazy finger of a maid:* «no es ni la mitad de grande que el redondo gusanillo que se extrae con la punta de un alfiler del perezoso dedo de una doncella», aludiendo a la antigua conseja, según la cual en la carne de los dedos de las muchachas perezosas solían criarse determinados gusanillos—*idle worms.*

Otro corte de importancia. Reprocha Romeo a Mercucio la pasada narración de la Reina Mab, arguyendo que no habla de nada. Y contesta su amigo:

...True, I talk of dreams;
Which are the children of an idle brain,
Begot of nothing but vain fantasy,
Which is as thin of substance as the air,
And more inconstant than the wind, who wooes
Even now the frozen bosom of the north,
And, being anger'd puffs away from thence,
Turning his face to the dew-dropping south.

(Cierto, hablo de sueños, que son los hijos de un cerebro ocioso, engendrados únicamente por la vana fantasía, tan vaporosa como el aire y más mudable que el viento que ahora acaricia el seno helado del Norte, y que, después de irritado, brama desde allí, volviendo la cara al Sur destilador de rocío.) Estos ocho versos no tienen para Martínez Sierra más traducción que las seis siguientes palabras: «Es verdad, estoy hablando de sueños.» Sin embargo, Sierra dijo que sólo suprimía *unas líneas*, *pocas*, y hasta ahora se ha comido centenares de versos.

Mas todas estas mutilaciones, con ser mucho, no son nada ante la eliminación de personajes. En la escena del baile, tan modificada que el propio autor la desconocería, es donde se verifica la primer muerte a manos de Martínez Sierra—que le lleva la delantera a Teobaldo—, la de aquel *an old man of the Capulet family* (un anciano de la familia de Capuleto), de quien hicimos mención páginas atrás. Lo suprimido es tanto, que no se puede insertar aquí.

Saltemos ahora con Romeo las tapias del jardín de Capuleto. En seguida advertiremos los cortes del traductor. Murmura Julieta: «¡Ay de mí!», y exclama Romeo:

She speaks:
O, speak again, bright angel! for thou art
As glorious to this night, being o 'er my head,
As is a winged messenger of heaven
Unto the white-upturned wondering eyes
Of mortals that fall back to gaze on him,
When he bestrides the lazy-pacing clouds
And sails upon the bosom of the air.

(Ella habla. ¡Oh, habla otra vez, ángel resplandeciente! He aquí que esta noche apareces tan esplendorosa sobre mi cabeza como un alado mensajero celeste ante los ojos estáticos y maravillados de los mortales, que se inclinan hacia atrás para contemplarle, cuando él, cabalgando sobre las perezosas nubes, navega en el seno del aire.)

Ocho magníficos versos, que sólo tienen para Martínez Sierra otras tantas palabras, pues traduce: «Habla... ¡Oh, habla de nuevo

ángel de luz!» A palabra por verso no se traduce mal... Pero Sierra ha dicho la tan repetida frase de que no ha suprimido sino *unas cuantas líneas, pocas*... ¡Oh, el «seno helado del Polo Norte, de que habla Mercucio!»

Continúa la escena del jardín, y pregunta Julieta a Romeo cómo pudo llegar hasta allí, pues las tapias son difíciles de escalar. Éste contesta:

With love's light wings did I o'erperch these walls,
For stony limits cannot hold love out:
And what love can do, that dares love attempt.

(Con ligeras alas de amor salvé estos muros, pues no hay cerca de piedra capaz de atajar el amor, y aquéllo que el amor puede hacer, aquéllo el amor se atreve a realizar.) Sierra vierte en este estilo: «*Las* tapias del huerto *las* he saltado con *las* a-*las* de amor. No hay límite de piedra para quien ama, que a todo se arroja el que bien quiere.» Otro modelo de versión: las palabras que dirige a Julieta Fray Lorenzo, cuando la enamorada llega a la celda del franciscano. Véanse:

Here comes the lady. O, so light a foot
Will ne'er wear out the everlasting flint!
A lover may bestride the grossamer
That idles in the wanton summer air,
And yet not fall, so light is vanity.

(Aquí viene la dama. ¡Oh, jamás rozará un pie tan leve estas losas perdurables! Un enamorado podría cabalgar, sin caerse, en los tenuísimos filamentos que flotan en el aire juguetón del verano; tan ligera es la ilusión.) Martínez Sierra traduce la siguiente barbaridad, y perdone el suave lector: «Aquí viene la dama... ¡Oh, un paso tan ligero no desgastará mucho las piedras de la calle (!!). Un enamorado puede saltar (!) sobre el hilo de araña que flota perezoso en el aire del verano y no caer: ¡tan ligera es la vanidad!»

¿Qué «vanidad»? ¡Traduce *vanity* por vanidad! Es cuanto faltaba.

Para acabar, por hoy, diremos que Sierra se ha comido tam-

bién la escena IV del acto segundo, o sea veinticuatro parlamentos, desde la entrada de Romeo hasta la llegada de la nodriza de Julieta. La gran extensión de dicha escena nos impide, como antes, verterla e insertarla íntegra. Nuestro objeto es mostrar la profanación sin precedentes.

En las siguientes páginas daremos fin a nuestra labor sobre «Romeo y Julieta», no sin examinar más muertes de personajes, más cortes, más irreverencias y peores modos de traducir.

Y para finalizar nos ocuparemos después de «Hamlet», cerrando la serie de profanaciones llevada a cabo por Martínez Sierra.

V

Como el Sr. Martínez Sierra desconoce a los comentaristas, no se halla versado en inglés, y su castellano, feble y relamido—cual si lo elaboraran manos femeninas—, es la antítesis del lenguaje de Shakespeare, todo virilidad y fortaleza: su traducción viene a parar en algo amadamado, inclasificable, en completo divorcio con el original. Ya en el prólogo escribe: «Lector de buena fe; lectora de buen gusto y corazón sencillo: pobres, humildes, niños e ignorantes: abrid sin miedo el libro.» Hasta ahora no sabíamos que las tragedias shakespearianas fueran accesibles a los niños y a los ignorantes—de cómo pueden serlo a estos últimos tenemos la prueba en el propio autor de *El palacio triste*—, e igualmente que para aquilatarlas se necesitaran lectores de buena fe y lectoras de corazón sencillo, como codornices. Por el contrario, no se queda Shakespeare para cuantos cree Sierra; ni para él mismo como traductor; quédase para los inteligentes; *et intelligentibus*, *pauca*. Quédase para los Webster, autor de un excelentísimo diccionario inglés, y para los Schmidt, compilador del *Shakespeare-Lexicon*, obras que, de haberlas leído Sierra, no tradujera *morning's eye* por «luz gris de la mañana», sino por «semblante de la aurora», que es el verdadero significado; ni *death's the end of all* por «¡peor fuera no verlo!», sino por «la muerte es el fin de todo», que vertiera hasta el más holgazán alumno de inglés. «¡Peor fuera no verlo!» No, señor; mejor fuera no verlo...

Pero veamos otras frases vertidas. Dice la nodriza de Julieta:

Where 's my man? give me come aqua vitae. (¿Dónde está mi escudero? Dadme un sorbo de «aqua vitae»). Sierra «traduce»: («¡Ay, si me viviera mi pobre marido!... Dadme un poco de aguardiente...) ¿Qué les parece a ustedes? Pues más gracioso todavía es verle traducir el ingenioso calificativo que Mercucio aplica a Teobaldo, llamándole *Good king of cats* (buen rey de los gatos), por «espadachín de mi alma», cosa que se saca de su cabeza Martínez Sierra, destruyendo el tajante sarcasmo con que Mercucio zahiere constantemente a Teobaldo. *Tybalt* en inglés, y que, por ser en francés *Thibaut* el nombre dado al príncipe de los gatos en la famosa leyenda *Renard* (1) — que en tiempos de Shakespeare era popularísima y se había vertido en Inglaterra con el título de *Reynard the Fox*—y pronunciarse análogamente, el «calembour» resultaba término en extremo mortificante.

Si tan caprichosamente quedan traducidas por Sierra frases tan sencillas como el anterior *Good king of cats*, imagínese el lector qué sucederá cuando vengan versos cuya versión cuesta trasudores; tal la invocación de Julieta a la noche:

Spread thy close curtain, love-perfoming night,
That runaways' eyes may wink...

El primer verso: «Extiende tu velo tupido, noche consumadora del amor», falta en la versión. El segundo lo traduce así Sierra: «¡Ciérrense los ojos que pudieran ver!»

No es por ahí, como dicen, ni mucho menos. *Runaway's* o *runaways' eyes*—«errantes ojos», literalmente—hace referencia a los astros por sus movimientos de revolución en el espacio. *Eyes*, en efecto, suele significar en lenguaje figurado el sol, la luna o las estrellas. Webster, Drake y otros comentaristas aducen ejemplos convincentes, tales como «Los mil ojos de la noche» *(The thousand eyes of night)*, en significación de estrellas, y «El sol es el ojo del día». *(The sun is the eye of day)*, en sentido de astro en general. Por ello, el aludido verso quiere decir, sin duda: «Apáguense los

(1) Ben-Jonson, célebre escritor, amigo y pretendido rival de Shakespeare, estrenó, por entonces, con este mismo título, una pieza dramática en cinco actos.

astros errantes», que ruedan en el espacio, o, en todo caso, «Apáguense o ciérrense los ojos errantes del día», los astros diurnos, el sol, en una palabra, pues según se colige de la acción, la tarde está declinando, y el texto añade:

... And Romeo
Leap to these arms, untalk'd of and unseen.
Lovers can see to do their amorous rites
By their own beauties; or, if love be blind,
It best agrees with night.

Esto es, «Y vuele Romeo a mis brazos, sin que nadie le descubra ni repare en él. Para celebrar sus ritos amorosos les basta a los amantes con la luz de sus propios atractivos, y como el amor es ciego, aviénese mejor con la noche». Siendo ello así, el sentido de la frase aparece claro. Julieta desea que se oculte el sol para que, llegada la noche, Romeo pueda sustraerse a toda mirada indiscreta, interpretación que no admite dudas, habida cuenta de que al principio de la escena exclamó ya la enamorada:

Gallop apace, you fiery-footed steeds,
Towards Phoebus' lodging: such a waggoner.
As Phaeton would wyip you to the west.
And bring in cloudy night immediately.

Que significa: «Galopad apresuradamente, corceles de flamígeros pies, hacia el lecho de Febo: un cochero como Faetón os fustigaría precipitándoos al ocaso, y al punto traería la tenebrosa noche.»

Excusado es decir que, de los versos transcritos, el Sr. Martínez Sierra no traduce palabra.

En los consejos que da Fray Lorenzo a Romeo señala el franciscano el mejor remedio contra los pesares de la proscripción: *Adversity's sweet milk, philosophy.* (La filosofía, dulce bálgamo de la adversidad.) Martínez Sierra traduce: «La dulce miel de la filosofía.» De pasada anotaremos que *milk* no significa en modo alguno *miel*, como cree el melífluo y azucaradísimo Sierra, sino *leche*, y en tiempos de Shakespeare, además de leche, bálsamo, según el *Lexicon*, arriba aludido, de Schmidt.

Pero, para ver desafueros, no hay como examinar en la versión que nos ocupa la celebérrima escena quinta del acto tercero, aquella en que se habla del ruiseñor y la alondra, tan citada en las antologías. La más elemental prudencia, el más ínfimo decoro literario, el más ordinario respeto, hubieran obligado a cualquier escritor que no fuera Martínez Sierra, si no a traducir fielmente, que no sabe, a lo menos a no conducirse con punible irreverencia, suprimiendo frases y más frases del original. Un enemigo personal de Shakespeare se habría portado con mayor corrección. (1).

He aquí uno de los trozos del texto inglés. Exclama Romeo al reparar en el llanto de Julieta: *How is't, my soul? let's talk: it is not day.* (¿Qué te pasa, alma mía? Charlemos: aun no ha llegado el día.) Y contesta Julieta:

> *It is, it is: hie hence, be gone away!*
> *It is the lark that sings so out of tune,*
> *Straining harsh discords and unpleasing sharps.*
> *Some say the lark makes sweet division;*
> *This doth not so, for she divideth us:*
> *Some say the lark and loathed toad change eyes;*
> *O, now I would they had changed voices too!*
> *Since arm from arm that voice doth us affray,*
> *Hunting thee hence with hunts-up to the day.*
> *O, now be gone; more light and light it grows*

(¡Sí, sí! ¡Huye en seguida, vete, vete de aquí! ¡Es la alondra, que canta de un modo tan desentonado, lanzando ásperas disonancias y terribles chirridos! ¡Y dicen que la alondra, cuando emite sus notas, produce una dulce armonía! ¡Cómo, si ella nos separa! ¡Y dicen que la alondra y el sapo inmundo cambian los ojos! ¡Ay! ¡Ojalá ellos hubiesen trocado ahora también la voz! Porque esa voz nos llena de temor y te arranca de mis brazos, ahuyentándote de aquí con su canto de alborada. ¡Oh, parte ahora mismo! ¡Cada vez clarea más!)

---

(1) Greene, por ejemplo, que haciendo juego de palabras con *Shakespeare* (agita lanza) llamó al célebre dramático *Shake-scene* (agita escenas o revuelve escenas).

Y responde Romeo:

More light and light: more dark and dark our woes!

(¡Cada vez clarea más! ¡Cada vez se ennegrecen más nuestros infortunios!)

Estos once maravillosos versos no tienen para Martínez Sierra otra traducción que las siguientes palabras:

JULIETA.—¡Sí lo es, sí lo es! ¡Huye a toda prisa... vete... márchate! Es la alondra que canta desentonada... ¡Vete, vete ya! Cada vez hay más luz.

ROMEO.—Más y más luz... ¡Más y más negras nuestras penas!

Ahora, Martínez Sierra aseguró en el prólogo: «No vais a leer una adaptación ni una interpretación, sino una traducción, y traducción literal. He puesto con el mayor cuidado, con la más fervorosa admiración y la más escrupulosa reverencia el prodigioso verso inglés en prosa castellana.»

Otra prueba más de las tropelías del traductor son las palabras de Julieta a Fray Lorenzo, cuando le dice que, antes de casarse con Paris, le ordene arrojarse desde lo alto de las almenas de un torreón; y añade: «Enciérrame de noche en un osario, todo cubierto de crujientes huesos de difuntos, de ennegrecidas tibias y amarillentas calaveras descarnadas» (*Shut me nightly in a charnel-house, o'er-cover'd quite with dead men's rattling bones, with reeky shanks and yellow chapless skulls*). Martínez Sierra traduce «Enciérrame de noche en un osario, *rodeada* de huesos y de amarillas calaveras», echando a perder el texto, pues *o'er-covered* (lleno, cubierto, sembrado, henchido) se refiere, no a Julieta, sino al osario.

Por si todo esto fuera poco para poner en guardia a los lectores de la *Biblioteca Estrella* y autorizar la recogida de semejantes ediciones, aún hay mucho más; por ejemplo, ver cómo Baltasar, criado de Romeo, tutea a su señor, cosa, naturalmente, en pugna con el texto inglés; como lo está, asímismo, que diga Romeo que desafía a las estrellas. El original de la edición *in-folio* de 1623 reza así: *Is it e'en so? then I* DENY *you, stars!* (¿Será cierto? ¡Entonces, astros, NO CREO en vosotros!) Martínez Sierra vierte: «¿Eso es verdad? ¡Entonces OS DESAFÍO, estrellas!» La versión es a todas

luces equivocada, y por ella venimos en conocimiento de que Sierra ha traducido de un mal traductor francés. Algunas ediciones inglesas, en vez del DENY *you*, *stars*, escriben DEFY *yon*, *stars*, quizá por errata o bien porque antiguamente *deny* y *defy* significaron lo mismo. Ello no tiene importancia, siendo igual el sentido. A lo que no hay derecho es a dar a este verbo *(to defy)* su significado moderno de *desafiar*. Y como todas las ediciones francesas que conocemos lo traducen de este modo, deducimos que Sierra tradujo del francés y no del inglés. El pensamiento, pues, de Shakespeare está claro: Romeo no desafía ni tiene por qué desafiar a las estrellas; ni desafiarlas es otra cosa que mera ridiculez, sino que niega el influjo de los astros en la suerte del hombre, cosa que—dejando a salvo cuanto puedan opinar los astrólogos, que en estos menesteres no nos introducimos—es perfectamente sustentable.

En la escena del cementerio abundan también las interpretaciones equivocadas y aun disparatadas. *Yew-trees* (tejos) es traducido por «cipreses»; y *a tring that I must use in dead employ ment* («una sortija que necesito para un uso de importancia» o «para un grato empleo») de esta manera: «Una sortija que necesito usar en un grave empeño.» De aquí a que hubiera vertido Sierra: «Una sortija que necesito empeñar», sólo va un paso. Igualmente *in despite* (a despecho) es vertido por «desesperado», y *nest of death* (antro de muerte) por «nido de muerte». Cuando Julieta descubre la copa de veneno en la mano inerte de Romeo, exclama: *O, churl! drunk all and left no friendly drop to help me after?* (¡Ah, ingrato! ¿Todo lo apuraste, sin dejar para mí una sola gota benéfica que me ayude a seguirte?) Sierra vierte: «¡Oh, mal criado! (!!) ¿Lo bebiste todo, sin dejar una gota para mí?»

Finalmente, las últimas palabras de Capuleto a Montague, corolario a la muerte de los dos amantes de Verona: *Poor sacrifices of our enmity!* (¡Pobres víctimas sacrificadas a nuestra enemistad!), estan traducidas así: «¡Pobre sacrificio de nuestra enemistad!»

Por no hacer esto interminable, prescindimos de hablar de las acotaciones, todas ellas mal vertidas y peor interpretadas; de otras infinitas frases en que el pensamiento del autor brilla por su ausencia, y de muchas más mutilaciones. Lo suprimido es casi tanto como lo conservado.

Romeo and Jvliet, que es el poema de amor en que rayó a más alto el lirismo del más alto poeta, en la traducción de este Martínez queda reducido a una insignificante historieta cursi, plagada de frases vulgares.

¡Y pensar que dicho «traductor» está anunciando su versión de la primera parte del *Fausto*, de Goethe!...

¡Sálvese el que pueda!

Martínez Sierra usurpa cien versos a Moratín.

VI

Un tremendo plagio y dos grandes plagiarios.

No podía esto acabar de otro modo. Martínez Sierra, que como autor drámatico nos hizo recordar con todo lujo de detalles ***La casa de muñecas***, de Iben, en ***Mamá***; que en diferentes ocasiones—no disponemos aquí de espacio para anotárselas—fué acusado de plagiario, era natural que plagiario se mostrara también como traductor. Y un plagio tremendo de la versión de ***Hamlet***, hecha por Moratín, es su traducción del dicho ***Hamlet*** (***Biblioteca Estrella.***—Madrid, 1918), en absolutamente todos los versos que recitan los cómicos ante la corte en la escena o cuadro segundo del acto tercero, que en esta edición ocupan las páginas 108, 109, 110, 111, 112 y 114. En total, la friolera de setenta endecasílabos.

Y ahora vamos a descubrir a otro plagiario, al Sr. D. R. Martínez Lafuente, traductor de las «Obras completas de Shakespeare» (1).—Prólogo de Víctor Hugo.—Director literario, V. Blasco Ibáñez.—*(Prometeo*, Sociedad editorial.—Valencia, 1916-17.) El tal Lafuente, más fresco que la frescura de la ídem, copia también a Moratín los mismos versos que Martínez Sierra, e igualmente como éste calla de dónde los coge y se los apropia. En conjunto son ¡nada más! que cuatro páginas enteras, las 139, 140, 141 y 142.

---

(1) Ni son completas, toda vez que en ellas no se incluyen los poemas ni los sonetos, ni están vertidas del inglés; sino que son una pésima traducción de una mala traducción francesa. ¡Y nada menos que a Víctor Hugo hacen, quieras que no, prologuista!

¿Hemos dicho plagio? Rectifiquemos. Es más. Es una verdadera usurpación de la propiedad literaria. Los textos no nos dejarán mentir.

He aquí el atraco y saqueo que han cometido con Moratín estos dos Martínez (Sierra y Lafuente):

LEANDRO FERNÁNDEZ DE MORATÍN (1798)

Cómico 1.º (1)

Ya treinta vueltas dió de Febo el carro
a las ondas saladas de Nereo
y al globo de la tierra y treinta veces
con luz prestada han alumbrado el suelo
doce lunas, en giros repetidos,
después que el dios de Amor y el Himeneo
nos enlazaron, para dicha nuestra,
en nudo santo el corazón y el cuello.



Cómica

¡Oh, quiera el cielo que otros tantos giros
a la luna y el sol, señor, contemos,
antes que el fuego de este amor se apague!
Pero es mi pena inconsolable, al veros

MARTÍNEZ SIERRA Y MARTÍNEZ LAFUENTE (1917)

Cómico 1.º (El Duque)

Ya treinta vueltas dió de Febo el carro
a las ondas saladas de Nereo
y al globo de la tierra y treinta veces
con luz prestada han alumbrado el suelo
doce lunas, en giros repetidos,
después que el dios Amor y el Himeneo
nos enlazaron, para dicha nuestra,
en nudo santo el corazón y el cuello



Cómico 2.º (La Duquesa)

Y ¡oh! quiera el cielo que otros tantos giros
a la luna y al sol, señor, contemos,
antes que el fuego de este amor se apague.
Pero es mi pena inconsolable, al veros

(1) Estos versos de la traducción de Moratín se hallan también insertos en la refundición de *Hamlet* hecha por Luis López Ballesteros y Félix González Llana (que es la que generalmente se representa en nuestros teatros; pero estos escritores confiesan honradamente en dicha obra cuál es el verdadero autor.

doliente, triste y tan diverso ahora
de aquel que fuisteis...

....
.... Tímida recelo
....

que en pecho femenil llega al ex-
(ceso
el temor y el amor. Allí residen
en igual proporción ambos afectos,
o no existe ninguno o se combinan
éste y aquél con el mayor extremo.
¡Cuán grande es el amor que a vos
(me inclina,
las pruebas lo dirán que dadas
tengo;
pues tal es mi temor. Si un fino
(amante
sin motivos tal vez vive temiendo
lo que al veros así toda es temores,
muy puro amor abrigará en el pe-
(cho.



CÓMICO 1.º

Sí, yo debo dejarte, amada mía;
inevitable es ya. Cederán presto
a la muerte mis fuerzas fatigadas;
tú vivirás gozando del obsequio
y el amor de la tierra. Acaso en-
(tonces
un digno esposo...



CÓMICA

No; dad al silencio
esos tristes anuncios... Señor,
(fuera
traición culpable en mi tales afec-
(tos.
¡La que se casa con segundo es-
(poso,

doliente, triste y tan diverso ahora
de aquel que fuisteis...

....
.... Tímida recelo
....

que en pecho femenil llega al ex-
(ceso
el temor y el amor. Allí residen
en igual porción ambos afectos,
o no existe ninguno o se combinan
éste y aquél con el mayor extremo.
¡Cuán grande es el amor que a vos
(me inclina,
las pruebas lo dirán que dadas
(tengo;
pues tal es mi amor. Si un fino
(amante
sin motivos tal vez vive temiendo
la que al veros así toda es temores
muy puro amor abrigará en el pe-
(cho.



CÓMICO 1.º (EL DUQUE)

Sí, yo debo dejarte, amada mía;
inevitable es ya; cederán presto
a la muerte mis fuerzas fatigadas
tú vivirás gozando del obsequio
y el amor de la tierra. Acaso en-
(tonces
un digno esposo...



CÓMICO 2.º (LA DUQUESA)

No; dad al silencio
esos anuncios. ¿Yo? ¿Pues no se-
(rían
traición culpable en mi tales afec-
(tos?
¿Yo un nuevo esposo? No; la que
(se entrega

es que mató al primero!...
Motivos de interés tal vez la indu-
(cen
a renovar los nudos de Himeneo,
no motivos de amor. Yo causaría
segunda muerte a mi difunto
(dueño
cuando del nuevo esposo recibiera
en tálamo nupcial amantes besos.



Cómico 1.º

No dudo, no, que el corazón te
(dicta
lo que aseguras hoy; fácil creemos
cumplir lo prometido, y fácilmente
se quebranta y olvida. Los deseos
del hombre a la memoria están su-
(midos
que nace altiva y desfallece presto.
Así pende del ramo acerbo el fruto,
y así maduro, sin impulso ajeno
se desprende después; difícilmente
nos acordamos de llevar a efecto
promesas hechas a nosotros mis-
(mos...
que, al cesar la pasión... cesa el
(empeño.
Cuando de la aflicción y la alegría
se moderan los ímpetus violentos,
con ellos se disipan las ideas
a que dieron lugar, y el más ligero
acaso los placeres en afanes
muda tal vez y en risa los lamen-
(tos.
Amor, como la suerte, es incons-
(tante
que en este mundo, al fin, nada
(hay eterno,
y aun se ignora si él manda a la
(fortuna
o si ésta del amor cede al imperio.
Si el poderoso del lugar sublime

al segundo señor mató al primero.
Motivos de interés tal vez la indu-
(cen
a renovar los nudos de Himeneo,
no motivos de amor; no causaría
segunda muerte a mi difunto
(dueño
cuando del nuevo esposo recibiera
en tálamo nupcial amantes besos.



Cómico 1.º (El duque)

No dudaré que el corazón te dicta
lo que aseguras hoy, fácil creemos
cumplir lo prometido, y fácilmente
se quebranta y olvida. Los deseos
del hombre a la memoria están su-
(midos
que nace altiva y desfallece presto.
Así pende del ramo acerbo el fruto,
y así maduro, sin impulso ajeno
se desprende después. Difícil-
(mente
nos acordamos de llevar a efecto
promesas hechas a nosotros mis-
(mos...
que, al cesar la pasión... cesa el
(empeño.
Cuando la aflicción y la alegría
se moderan los ímpetus violentos,
con ellos se disipan las ideas
a que dieron lugar y el más ligero
acaso los placeres en afanes
muda tal vez y en risa los lamen-
(tos:
Amor, como la suerte, es incons-
(tante;
que en este mundo, al fin, nada hay
(eterno,
y aun se ignora si él manda a la
(fortuna
o si ésta del amor cede al imperio.
Si el poderoso del lugar sublime

se precipita, le abandonan luego
cuantos gozaron su favor; si el po-
(bre
sube a prosperidad, los que le fue-
(ron
más enemigos su amistad procu-
(ran
(y el amor sigue a la fortuna en
(esto),
que nunca al venturoso amigos
(faltan
ni al pobre desengaños y despre-
(cios.
Por diferente senda se encaminan
los destinos del hombre y sus afec-
(tos,
y sólo en él la voluntad es libre,
mas no la ejecución, y así el sueño
nuestros designios todos desva-
(nece.
Tú me prometes no rendir a nuevo
yugo tu libertad... Esas ideas
¡ay! morirán cuando me vieres
(muerto.

Cómica (1)

Luces me niegue el sol, frutos la
(tierra,
sin descanso y placer viva mu-
(riendo,
desesperada y en prisión obscura,
su choza envidie al eremita aus-
(tero;
cuantas penas el ánimo entristecen

se precipita, le abandonan luego
cuantos gozaron su favor; si el po-
(bre
sube a prosperidad los que le fue-
(ron
más enemigos su amistad procu-
(ran
(y el amor sigue a la fortuna en
(esto),
que nunca al venturoso amigos
(faltan
ni al pobre desengaños y despre-
(cios.
Por diferente senda se encaminan
los destinos del hombre y sus afec-
(tos,
y sólo en él la voluntad es libre,
mas no la ejecución, y así el sueño
nuestros designios todos desva-
(nece.
Tú me prometes no rendir a nuevo
yugo tu libertad... Esas ideas
¡ay! morirán cuando me vieres
(muerto.

Cómico 2.° (La duquesa)

Luces me niegue el sol, frutos la
(tierra,
sin descanso y placer viva mu-
(riendo,
desesperada y en prisión obscura,
su mesa envidie al eremita aus-
(tero;
cuantas penas el ánimo entristecen

(1) Parcialísima y ridícula por demás es la traducción de Moratín, en cuanto a las notas, pues en ellas pretende ver faltas donde hay sublimidades; mas no se puede negar que, no obstante atacar a Shakespeare sin fundamento —en lo que se pareció a Voltaire—, Moratín es un excelente poeta, como la sola versión de estos pasajes indica. No es preciso ser muy perspicaz para compronder al primer golpe de vista que ni Martínez Sierra ni el otro Martínez (Lafuente) hubieran sido capaces de escribir los presentes correctos endecasílabos, que imitan admirablemente el ritmo del original.

todas turben el fin de mis deseos,
y los destruyan, ni quietud en-
(cuentre
en parte alguna con afán eterno,
si ya difunto mi primer esposo
segundas bodas, pérfida, celebro.



Cómico 1.º

Mucho juraste... Aquí gozar qui-
(siera
solitaria quietud: rendido siento
al cansancio mi espíritu. Permite
que alguna parte le conceda al
(sueño
de las molestas horas...



Cómica

... Él te brinde
con tranquilo descanso y nunca el
(cielo
en unión tan feliz pesares mezcle.



....

Cómico 2.º

Negros designios, mano diligente
propicia la ocasión, nadie pre-
(sente
¡Oh, tosigo violento!
¡Oh, hierbas recogidas

todas turben el fin de mis deseos,
ni quietud encuentre
en parte alguna con afán eterno,
si, ya difunto mi primer esposo,
segundas bodas, pérfida, celebro.



Cómico 1.º (El duque)

Mucho juraste... Aquí gozar qui-
(siera
solitaria quietud: o rendido siento
al cansancio mi espíritu. Permite
que alguna parte le conceda al
(sueño
de las molestas horas...



Cómico 2.º (La duquesa)

... Él te halague
con tranquilo descanso y nunca el
(cielo
en unión tan feliz pesares mezcle.



....

Cómico 3.º (Luciano)

Negros designios, brazo ya dili-
(gente
a ejecutaros tosigo oportuno,
sitio remoto, favorable el tiempo
y nadie que lo observe. Tú ex-
(traído
de la profunda noche en el silencio
atroz veneno de mortales hierbas

por Hécate tres veces marchitadas	**(invocada Proserpina (1) com- (puesto;**
y tres inficcionadas,	**infectadas tres veces, y otras tantas**
	exprimidas después sirve a mi in- (tento
que tu magia fatal y tu violencia	**pues a tu actividad mágica, ho- (rrible**
usurpen del vivir la dulce esencia!	**la robustez vital cede tan presto.**

Quedamos, pues, en que esto es una copia descarada.

¡Buena anda la literatura, señores!

Vengamos ya a otros puntos de la «traducción» famosa.

Lo primero, Martínez Sierra mata el eje de la obra. Todos sabemos que Hamlet representa la duda, y que sobre esta materia White, Hazlitt, Schlegel, Coleridge, Goethe, Víctor Hugo y otros célebres escritores, han trazado páginas inmortales. Pero Hamlet es la duda... hasta que, sacudiéndose de ella, se dispone a obrar, o sea hasta la escena cuarta del cuarto acto. A partir de este momento, todo es en él pujanza, energía y decisión. Ha llegado a una llanura en las fronteras de Dinamarca, ha visto el ejército de Fortinbrás, ha conversado con un capitán de las fuerzas y, al quedarse solo, se lamenta de no haber obrado antes, viniendo como vienen todos los acontecimientos a acusarle y aguijonear su perezosa venganza.

—¿Qué papel estoy haciendo, pues—dice—, yo, que tengo un padre asesinado y una madre envilecida, poderosos estímulos para mi razón y mi sangre, y permito que todo duerma en paz? Y mientras tanto, estoy viendo la muerte inmediata de esos veinte mil hombres, que por un capricho y una ilusión de gloria corren al sepulcro como a un mullido lecho, y combaten por un trozo de tierra tan exiguo, que en él no pueden decidir la cuestión, y que ni siquiera es un osario con capacidad bastante para enterrar a los muertos. ¡Oh! ¡Desde este mismo instante sean de sangre mis pensamientos o no merezcan más que el desdén!»

Toda esta escena falta en Martínez Sierra, como falta en otros

(1) Aquí los plagiarios se apartan un momento del original y lo echan a perder, pues no es a Proserpina a quien se invoca, sino a Hécate. Además el endecasílabo es incorrecto, a no ser que se pronuncie Proserpína. El texto inglés dice: *With Hecate's ban thrice blasted, thrice infected* (tres veces envenenada con la maldición de Hécate, tres veces infecta).

arreglos teatrales. Naturalmente, quien lea o vea representar la tragedia con tan absurdos cortes, no se explicará cómo de repente, y por arte de birlibirloque, el carácter del príncipe sufre desde el acto quinto tan radical transformación.

Hablar de otros extremos de la versión que nos ocupa, sería volver a repetir cuanto dijimos acerca de *Romeo y Julieta*. Apenas hay palabra que corresponda al original. Sin embargo, haremos merced al lector de algunas desaprensiones, llamémoslas así.

Igual que en *Romeo*, y por si no hubiera bastantes muertes en la obra, Sierra asesina a dos embajadores, Cornelius y Voltimand. En la primer escena, entre Horacio, Marcelo y Bernardo, falta un interesantísimo diálogo, en el que se habla de la rigurosa vigilancia que se lleva a cabo todas las noches, de los preparativos bélicos, compra diaria de cañones en el extranjero, leva de calafates y acopio de pertrechos de guerra; de la pasada contienda entre los reyes de Dinamarca y Noruega, Hamlet y Fortinbrás; de la muerte de éste a manos del primero, consecuencia de cuya derrota fué adquirir el danés extensos territorios enemigos, que ahora intenta recobrar el hijo del difunto monarca, el valeroso príncipe Fortinbrás, que ha ido reclutando en las fronteras de Noruega pandillas de gente miserable y resuelta a todo, según ha comprobado el Gobierno. Sin el anterior relato, que suprime Sierra, se entra en la obra, y no sabemos el estado en que se halla el país, completamente desastroso, que justifica las palabras de Hamlet: «Dinamarca es una cárcel... una de las peores» *(Denmark's a prison... one o'the worst)*, ni tampoco por qué, al fin de la tragedia, entra triunfante el aludido Fortinbrás. En total, Sierra se ha comido cuarenta y dos endecasílabos. Más adelante, y sobre el mismo asunto, como faltan en la traducción los referidos Voltimand y Cornelius, el lector de la *Biblioteca Estrella* se queda a buenas noches del encargo que les transmite el rey Claudio de que entreguen un mensaje al soberano de Noruega, con objeto de que éste impida que su sobrino Fortinbrás lleve a cabo sus proyectos de invadir Dinamarca. Aquí los versos eliminados son veinticuatro. También se manduca Sierra el retrato que hace Hamlet de su padre: *So excellent a King; that was, to this, Hyperion to a satyr* (Un rey tan excelente que, comparado con éste, era lo que Hiperión—Apolo—al lado de un sátiro).

Otra muestra de la versión es la escena entre Ofelia y Polonio. Hablan de Hamlet. El padre reprocha a su hija sus devaneos con el príncipe, diciendo que, si estima su honradez, no dé crédito a sus ofertas. Ofelia exclama: *My lord, he hath importuned me witch love in honourable fashion* (Señor, me ha requerido de amores con intención honesta). Y responde Polonio: *Ay, fashion you may call it; go to, go to.* (¡Ya lo creo! Bien puedes llamar a eso intención; ¡quita allá, quita allá!)

Como se advertirá, el primer *fashion* forma equívoco con el segundo; razón que obliga, para que resulte el juego de palabras, a traducirlo por «intención». También podría verterse *honourable fashion* por «aire respetuoso», en significación de «mira honrada», y así resultar la respuesta de Polonio: «Bien puedes llamar aire a eso» (al requerimiento del príncipe). Todo menos traducir, como Sierra, que Hamlet ha hablado a su amada «por modo honroso», y, en lugar de verter el equívoco, hacer decir a Polonio: «¡Ay, desdichada», frase que no existe en el texto inglés.

En ornitología y caza tampoco está muy fuerte Sierra, pues confunde el coger chochas *(to catch Woodcocks)*, con el cazar codornices.

De pasada notamos nuevos cortes en la escena cuarta del acto primero entre Hamlet, Horacio y Marcelo. En la segunda del acto segundo se suprime, asimismo, la llegada de Cornelius y Voltimand, que regresan de Noruega a comunicar al rey Claudio que, en efecto, los preparativos bélicos de Fortinbrás se dirigían contra Dinamarca; pero que aquel monarca, una vez que hubo recibido el mensaje danés, mandó suspenderlos, reduciendo a prisión a su sobrino, que ahora promete formalmente desistir de su empeño y enderezar, en cambio, su acción guerrera contra Polonia, para cuya empresa solicita del rey de Dinamarca la concesión de paso franco por sus dominios, bajo las condiciones de garantía y seguridad consignadas en un pliego de que son portadores. Los versos excluídos son veintinueve. Del mismo modo, no se halla en dicha escena, aparte los infinitos pensamientos de que está matizada, el extenso trozo, hasta la llegada de Polonio, en que Hamlet, Rosencrantz y Guildenstern tratan de los cómicos que luego han de representar en palacio.

Pero lo más grave del caso es que —como de costumbre en Sie-

rra- -se le hace decir a Shakespeare lo que Shakespeare no escribió. Tal absolutamente todo el recitado primero de Hamlet y los cómicos ante Polonio, Rosencrantz y Guildenstern, que son sesenta versos en que se describe la muerte de Príamo a manos de Pirro. Todo ello está arrancado de la tragedia inmortal y sustituído con el antiguo romance de Hécuba, en que se narra el desconsuelo de ésta por la pérdida de su hija Policena; un romance castellano que, naturalmente, ni escribió Shakespeare ni es original de Sierra. ¿Qué le parece al lector? Lo mismo se podría haber encajado aquí la relación que hace D. Juan Tenorio de su estancia en Italia.

Cuando Hamlet tira estocadas al tapiz y mata a Polonio, Sierra traduce: «Tu suerte te ha valido», contrariamente al original, que reza: «Sufre tu destino» (*Take thy fortune).* Decir a uno en buen castellano: «Tu suerte te ha valido», ¿quién negará que es decirle que su suerte le ha salvado? Ahora, si la suerte para Polonio estriba en que le hayan dado una estocada y convertido en cadáver...

En fin, con indicar que el príncipe danés se dirige al espectro de su padre como si hablara a una cupletista, está dicho todo.

En efecto, aparece la sombra del difunto rey, llena de gravedad, y cayendo de rodillas, exclama Hamlet: «¡Salvadme y guarecedme con vuestras alas, guardianes celestes!» Inmediatamente después de estas palabras, que traducimos nosotros, dice Hamlet a la aparición, por boca de Sierra: «¿Qué quieres, graciosa figura?» (!!) El texto original es: *What would your gracios figure?* (¿Qué deseáis, sombra venerada?) Traducir *gracious figure* por «graciosa figura», dirigiéndose a un enviado del otro mundo, vale tanto como verter el vulgar *all right* por «todo recto», y es cuanto puede disparatar un traductor de inglés.

De modo que el Sr. Martínez Sierra no sólo es un *traditore* de Shakespeare, sino que hasta en sus versiones cultiva libremente el plagio.

LA OBRA DE VILLAESPESA

Serie no interrumpida de plagios

Cuando el suave lector haya examinado las anteriores páginas, habrá tenido por seguro que existen más plagiarios. Y es lógica la deducción, pues si los sedicentes magnates de la literatura de tal modo arrebañan el pensamiento ajeno—a veces fondo y forma en una sola pieza—, ¿qué será aquéllos que vegetan en la penumbra? En efecto, hay más plagiarios; tantos, que de hacer aquí una lista de ellos, habríamos de convenir en que nada es dable esperar de la actual generación literaria; mejor dicho, de la pasada generación, pues de la presente aún no es posible aquilatar valores, por no los haber, que dijéramos hablando a lo clásico, como cierto pobrete, pelillo de los bigotes de Lope de Vega, quien se imagina que con estampar hubiérades y voacé prolonga nuestro siglo de oro, sin advertir que él escribe, sí, como en los tiempos clásicos, como en los tiempos clásicos escribían los que escribían con los pies. El escritor debe ser crónica de su época y escribir—si de su época trata—como en su época se escribe; y si de siglos pasados, no decir mal lo que ya se dijo bien. En términos generales, nadie debiera tomar la pluma sino para hablar de cosas nuevas o presentar modernos aspectos de lo antiguo conocido. No nos satisface la arqueología más que en la arqueología, no en la literatura. Fuera de que ya sabemos todos que el mejor escritor es aquel que más abunda en ideas y produce más sensaciones emotivas; y tanto más grande, no cuanto más retroceda en estilo, sino cuanto más su estilo se adelante a los venideros tiempos. No se colija de aquí una defensa desaforada del neologismo; mas, ¿qué palabra no ha sido

una vez neologismo? Ni tampoco al contemplar tanto plagio se infiera que no contamos con literatos, poetas y novelistas de talento. Cierto es que existen, aunque no en la medida que fuera menester. No hemos de ocuparnos de ellos en este libro, que no aspira a otra cosa que a extirpar el vallico, cizaña o malas hierbas de los campos de trigo candeal. Lo bueno, por sí sólo se alaba.

* * *

Y vamos con D. Francisco Villaespesa, que divagábamos ya, saliéndonos del asunto...

En esto de plagiar, Villaespesa da ciento y raya a Julio Cejador. Vino el tal a la Corte allá por los tiempos calamitosos del «Madrid Cómico», cuando boqueaba el bien fenecido modernismo —que ahora es lícito decir que fué obra de unos cuantos andaluces guasones—y salían a la plaza pública los nombres de Nietzsche, Verlaine, Mallarmée y Baudelaire.

¿Qué bagaje literario traía Villaespesa? El que va a continuación, bastante exiguo, en verdad: «Intimidades», «Flores de almendro» y «Luchas», tres libros de versos, cada uno peor que el otro, inspirados en Salvador Rueda, que por entonces solía leerse... El nuevo vate se dejó crecer las melenas—con ese aseo que siempre le ha caracterizado—, y, decidido a eclipsar al Dante, dió en hojear cuanto hallara de raro en los escritores franceses a la sazón de moda. Aquí tuvo principio su perturbación, origen de las fatalidades ulteriores. Primeramente, no sabía francés, y hubo de contentarse con versiones duras, que distaban del original como del cielo la tierra. Empezó, pues, a padecer de indigestión literaria, que se acrecentó e hizo crónica con el conocimiento—también superficial—de escritores portugueses e italianos: Eça de Quiroz, D'Annunzio, Gravina, y, más tarde, Eugenio de Castro, José Asunción Silva, etc., barajado todo ello con la nueva estética que predicaban Jaime el Barbudo (Valle-Inclán) y Vargas Vila. En este sentido, a tono ya con los poetas en boga y acuciado por los triunfos de Antonio Machado y de Rubén Darío, rompió con sus balbucientes estrofas, pulsó otra lira y dió a luz—aborto y no parto—«La copa del rey de Tule» y «El alto de los bohemios», dos volúmenes caó-

ticos y absurdos, producto de tan desordenadas como opuestas lectaras. Con ellos—sobre todo con «La copa» expresada—el poeta afiliábase a la secta modernista, y en ellos aparecían ideas tan peregrinas como la de que «los murciélagos son sabios»; se hablaba de la adoración «al Dios bifronte» (!); de que el silencio es «la esfinge con el dedo en el labio» y de otras cosas no menos ridículas y disparatadas.

Afortunada o desgraciadamente, el furor modernista de Villaespesa duró poco; y el poeta, convencido de su mal papel, se reintegró a sus cálidas rimas andaluzas, de las que no debió salir jamás. Pero aconteció que, si como modernizante pudo ser discutido y aun anatematizado, al volver al redil de sus antiguos versos sencillos y coloristas, aunque sin la elevación necesaria—«Viaje sentimental», «Rapsodias», «Bajo la lluvia»...—, la más desoladora indiferencia se hizo en torno de él. Y fué entonces cuando, advirtiendo que el verso propio a palo seco era producción improductiva, varió de procedimientos, sintió o creyó sentir la vena dramática, despidióse de toda escuela y apadrinó cuanto se le puso por delante, con una ilimitada audacia o, como dirían suavemente los franceses, con un «éclectisme dédaigneux». El caso de Villaespesa plagiario no cuenta par en el mundo, por atrevido. Apenas topó con autor que no pasara por las armas; y de hacer aquí una lista de todos aquéllos a quienes expolió, se llenaría de nombres la página entera. Y no se imagine que aun en sus tiempos de modernista permaneció puro. Sus modernismos eran también elaboración directa del plagio o glosa de cuanto caía en sus manos pecadoras o pescadoras. Así, el tema de los «murciélagos»—anteriormente aludidos—arrancaba de Asunción Silva; los «blancos corderos pascuales», de Valle-Inclán; e igualmente el «girar de las ruecas» y «las campanas», de Brandess; las «fuentes verdinegras», de D'Annunzio; los «pavos reales» y las «saudades», de Eugenio de Castro—¡oh, lo que arrambló de éste!—; y, en fin, los «jardines verlainianos», de Machado. No se crea tampoco que Villaespesa mejoraba los modelos. Jamás supo embellecer lo que a mano airada adquiría. La prueba está en que de él nada queda, y algunos de los despojados perduran. Su imitación resulta contraproducente.

Un día se alza García Goyena contra la paternidad de «El Alcázar de las Perlas», como plagio de unos poemas suyos. Examínase

el asunto. La Academia de la Poesía cita a Villaespesa a presentar sus excusas, y le descalifica. Es en otra ocasión cuando se descubre todo un drama calcado en Almeida Garret; es en infinitos escritos donde se adivina la inspiración del admirable «Stechetti». Villaespesa hace a todo oídos de mercader. (Esto de «oídos de mercader» no deja de estar bastante bien aplicado.) Amigos suyos que le dan a leer poesías, las ven luego sutilmente disfrazadas e insertas con su firma. Incapaz de concebir el argumento de una pieza teatral, echa el guante a cuanto imagina que puede servirle de base para construir una obra; y son cuentos, narraciones, poemas y dramas objeto de su lectura asidua, para después trasladarlos a las tablas.

Y todo esto que decimos, vamos a probarlo a continuación:

Plagio de un soneto de Camões

He aquí un bellísimo soneto de Luis Camões, arramblado por Villaespesa.

Dice el genio portugués, que tanto amaba la lengua de Castilla:

«Está o lascivo e doce passarinho
com o biquinho as pennas ordenando,
o verso sem medida, alegre e brando,
despedindo no rústico raminho.
O cruel cazador, que do caminho
se ven callado e manso desviando,
com prompta vista a setta endireitando
lhe da ne estygio lago eterno minho.
D'esta arte o coraçao que libre andava,
(posto que ja de longue destinado)
onde menos temía foi ferido.
Porque o trecheiro cego me esperava
para que me tomase descuidado
en vossos claros olhos escondido.»

La edición más a mano para hallar el anterior soneto es «Las cien mejores poesías de la lengua portuguesa», recopiladas por Donna J. Micaellis de Vasconcellos.

Ahora veamos el plagio del Sr. Villaespesa. Es también un soneto, que se titula «La gacela», publicado con otros bajo el epígrafe común de «La corte de los Felipes». Helo aquí:

«Estaba una gacela descuidada
mirando, silenciosa y complaciente,
en el azul espejo de una fuente
su propia y bella imagen reflejada,
cuando una mano, oculta en la enramada,
le arrojó un dardo, tan certeramente,
que tembló la gacela, y, de repente,
desplomóse en el agua, ensangrentada.
Igual que a la gacela me ha ocurrido.
Cuando en vuestras pupilas me miraba
y estaba más tranquilo y descuidado,
mortal saeta el corazón me ha herido...
¡Y era, señora, que el amor andaba
en vuestros negros ojos emboscado!»

Como se notará a simple lectura —ya que la claridad del portugués hace innecesaria la traducción del soneto de Camões —, la segunda poesía es un plagio descarado de la primera, con la agravante de que le falta su peculiar sencillez y ternura.

Cuando yo comuniqué este desafuero al muy excelente poeta Juan José Llovet, improvisó el soneto

«Estaba sudoroso Villaespesa,
etc.»

que puede leerse íntegro, al principio de este volumen, soneto que le sirve de colofón y que no está exento de gracia.

Para remate, ahí va otra prueba concluyente de cómo procede en literatura el Sr. Villaespesa y de que los calabozos no guardan en su seno a todos los sujetos maleantes.

Una novela usurpada

Existió en Madrid un individuo llamado Urquía —y debe de existir si aún no ha muerto—que fundó «La Novela Corta», y allí, a la vuelta de la portada, dió en calificar de *maestros* a una colección de mentecatos, fuera de unos pocos nombres respetables, que en verdad los había, y no sabemos cómo pudieron ocurrírsele.

Cada semana nos servía una «novela inédita»; pero como el tal apenas cataba de literatura, iba dando a luz una serie de copias y plagios que no se explica cómo hasta el presente no se protestó contra el desmán.

Entre los *maestros* o *jóvenes maestros* claro es que no podía faltar Villaespesa. Y tras una desencadenada ristra de plagios, el 17 de Marzo de 1917 apareció en la susodicha revista, en su número 63, lo siguiente: «*Amigas viejas.* - Novela inédita, por Francisco Villaespesa.»

Demostremos ahora que esa novela es una mala traducción o copia de un cuento de Fialho d'Almeida titulado *Sempre amigos*, contenido en las páginas desde la 119 a la 154, en el cuarto volumen de las obras completas del referido escritor portugués *(Fialho d'Almeida.—«Contos»—2.ª ediçâo.—Lisboa. Livraria classica editora de A. M. Teixeira. Praça dos Restauradores, 20. 1913.)*

La única diferencia entre ambas obras reside en que Villaespesa cambia en *la suya* los nombres y el lugar de acción. En efecto, de Joanna hace María Antonia; de Jerolmo, su esposo, Juan Antonio; del hijo de este matrimonio, Ricardo, Juan Vicente; de Francisca, Joaquina, y de su marido, el borracho *Estragedo*, el Bizco

Con este pequeño «trabajo», una variante en el final y cortes en algunos capítulos para que las treinta y seis páginas de prosa apretada de *Sempre amigos* quepan en las treinta y cuatro de letra extendida de *La novela corta*, producción prohijada, cobrada e inserta. Y *maestro* que «te tienes», en tanto no aparezcan los tricornios de la Guardia civil.

Cotejemos, pues, las dos narraciones. Comienza Fialho d'Al-

meida retratando así la figura de Joanna: «*Era uma rapariga alta, musculo duro e sobrancelha espessa, cujos punhos podiam amassar sem cansaço alqueires e alqueires de pão.*» Y describe Villaespesa a María Antonia: «Su belleza y su esbeltez no excluían el vigor y la fortaleza, pues sus puños eran capaces de amasar, sin fatigas, muchas fanegas de pan.»

Sigue par el capítulo primero, y finaliza así el segundo: Almeida: «*Em certos momentos, um mundo de phantasías projectando-se-lhe do phantoscopio da mente, innundava—a de photospheras de luminosa essencia—se sería un pequeno, valentão capaz de ajudar o pai, se seria uma rapariga de calcanhar quadrado e dentes solidos que enchesse de cantigas e de actividade o ninho!...*»

Villaespesa: «En ciertos instantes, un mundo de fantasmagorías poblaba su imaginación exaltada por la fiebre; y entonces (1), como para desahogar su corazón de esperanzas, se decía a sí mismo, en un arrullo trémulo de voz: —¡Será un mocetón como su padre, fuerte y ágil, capaz de ayudarnos a pasar los días amargos de la vejez, o una rapaza alegre y viva, de cabellos de oro y ojos azules que llenará de risas y cantos nuestro humilde nido!»

Igual continúa el capítulo III e igualmente coinciden los autores:

FIALHO D'ALMEIDA	FRANCISCO VILLAESPESA
«*Paredes meias vivía a Francisca, casada con o* Estragado, *un bebedo.*	**A la vuelta del molino, pared por medio de él, vivía la Joaquina, casada con el Bizco, un borracho impenitente, cuyas pendencias y cuyos escándalos eran la constante comidilla de los vecinos.**
Joanna tinha amizade a essa pobre mulher macilenta e sofredora, semanalmente espancada pelo marido, que para mais lhe impunha o sacrificio de fomes e farrapos.	**María Antonia tenía una gran amistad con esa pobre mujer macilenta y dolorosa, que casi a diario recibía sendas palizas de su marido que, además, la imponía el**

(1) Villaespesa, a veces, traduce el concepto y no las palabras exactas, porque la versión le es difícil, como le ocurre con estas *photospheras de luminosa essencia*, que deja a buenas noches.

Dissera muitas vezes, vendo-a passar para o pego com trouxas de roupa a cabeça, envelhecida e estupida pelo contagio das miserias e brutalidades soffridas, com o filho semi-nú agarrado ás saias e o engeitadinho ao peito:

—Nem sei como vossemecê póde, coitadinha!

A outra nâo se queixaba; tinha as miseraveis resignaçôes d' uma cadella expulsa; com un geito de hombros e a voz sumida rutrucava sempre:

—Entâo, paciencia! Deus nâo quiz...

E Francisca era reconhecida a visinha, que bastantes veces a livrára das brutalidades do bebedo e das frequentes penurias da casa.

A Joana, comparando a sua sorte à da pobre engelhada, sentía da comparaçao, exaltar-se a sua felicidade, abençoando a hora em que lhe nascera o primeiro impulso para o Jerolmo.»

sacrificio de las hambres y los harapos.

Decía muchas veces, viéndola pasar hacia el río, con grandes montones de ropa sobre la cabeza, envejecida y estúpida por el contagio de las miserias y brutalidades sufridas, con la hijita semidesnuda agarrada a las sayas, andrajosas:

—¡No sé cómo puedes sufrir tanto, pobrecilla!

La otra no se quejaba; tenía las miserables resignaciones de una perra expulsada, y con un encogimiento de hombros y la voz sumida, contestaba siempre:

—¡Paciencia! Dios lo quiere.

Estaba muy agradecida a María Antonia, porque con bastante frecuencia la libraba de las brutalidades del borracho y de las constantes penurias de la casa.

La mujer de Juan Lorenzo, comparando su suerte con la de su pobre vecina, sentía en la comparación exaltarse su felicidad, bendiciendo la hora en que naciera en su corazón el primer impulso amoroso hacia su marido.»

¿Qué les parece a ustedes? ¿Esto es una *novela inédita* de Villaespesa o una traducción, encubriendo el nombre de su verdadero padre y firmándola como original suya?

He ahí, al azar, un nuevo trozo, éste del capítulo IV:

ALMEIDA

«Cearan; o Jerolmo a cabeceira da banca vigiava o filho, advertindo—o a cada partida do garoto. Entre os dois ficava o câo. —Da outra banda a Joanna, com o pequeñito adormecido no regaço, migava sopas na malga.

VILLAESPESA

Cenaron. Juan Lorenzo, a la cabecera de la mesa, al lado del hijo, riéndose y celebrando las gracias del rapaz. A sus pies roznaba el gato. En frente, María Antonia, migaba el pan en la sopa. Comian bajo la parra.

Por encima, el cielo un poco

Por cima. o céo um pouco escurecido e todo picado d' estrellas, tinha um arfar de penumbras profundas, em que os olhos se perdiam, divagando.

Un ventinho fresco, impregnado de fenos, fazia agitar con murmurios finos as folhas metallicas da figueira verdeal.»

obscurecido y todo picado de estrellas, tenía un palpitar de penumbras profundas, en el que los ojos se perdían en profundas divagaciones.

Un viento fresco, impregnado de henos, agitaba con murmullos suaves las hojas metálicas de la higuera verdeal.»

Así continúa dicho capítulo hasta que finaliza; y vean cómo comienza el siguiente:

No quintal. a Francisca roía o seu pâo secco e negro, de semanas.

A amassadura por pagar, uns fiados na loja do Vieira, trapos por toda a banda... Ao chegar a casa, o «Estragado» atirára—lhe un sôco ao vacio, pedindo o jantar para que nâo tinha dado feria. E cobrira—a de injurias obscenas diante dos filhos, exprobando—lhe a fealdade e fraqueza.

Puxára—lhe até pelos cabellos, gritando com voz avinhada de cobarde:

—Grandessissima porca! Grandessissima bebeda!»

En su casuca la Joaquina roía un pedazo de pan negro y seco, traído del horno hacía dos semanas.

No habían podido pagar el amasijo y la hornera se cansó de fiarle.

Al llegar el «Bizco», pidióle a grandes gritos la cena, y al encontrarse con que nada había dispuesto, la cubrió de injurias, gritándole con su voz que apestaba a vino:

—Grandísima puerca!

—Grandísima borracha!

En el capítulo VI parece que también coinciden los dos autores· He aquí cómo da principio:

«—Visinha, gritou a pobre mulher do quintal, para a Joanna que acabava de levantar a mesa.

. . . . (1) . . . .

—Qué e?

. . . . (2) . . . .

—Vecina—gritó la pobre mujer llegando jadeante al molino donde María Antonia acababa de quitar la mesa.

—¿Qué quiere?

Joaquina continuó en un tono lloroso de plañidera:

(1) Párrafos suprimidos por el plagiador al traducir.

(2) Idem de ídem.

E disse n' um tom choroso:

—Perdôe-me pelo amor de Deus, que não me esqueço de quem me faz bem. E a minha desgraça, aquelle homem, a minha vergonha...

—Houve pencadaria de moiro, aposto!

—O costume, Nosso Senhor nos ajude. E se fosse só isso...

—Então que mais temos?

—O men homem não entrou na sua casa ha pouco?

—Entrou. para escutar o que cada um está dizendo na sua casa, foi pró que elle entru! Mas ouviu-a toda!

—Ai filha! Veio de lá como uma fera. Puxou-me pelos cabellos. quebrou os cantaros da agua. bateu no rapaz com uma corda; que eu e que tinha a culpa. que ia tudo a tiro, que haviam de saber quem era Joaquim Antonio. Perdôe-me pelo amor de Deus, perdôe-me tanta mortificaçao. Pelos modos ouviou fallar no lugar de feitor do conselheiro... E está com a pinga!

—Siempre gastara de saber se e peccado cada um agenciar a sua vida! O men homem vai fallar com o fidalgo; o seu quer o lugar — que vá tamben. O outro escolhe, e ninguem tem de que se ficar queixando. Esta e a rezão!

—Tudo lhe disse, visinha, tudo lhe disse! Homem, o visinho Jerolmo não lhe parece mal que tu queiras ser feitor e pretendas o mesmo nicho que elle! Vai e fallas. Fallando e que uma pessoa se entende. Agora o vereis! Ainda me deu ais. Visinha perdôe-me pelo

—Perdóneme por el amor de Dios; pero no puedo olvidarme de tanto bien como me ha hecho. Aquel hombre es mi desgracia, es mi vergüenza...

—¿Te ha pegado de nuevo?

—¡Como de costumbre! Nuestro Señor nos ayude, mas si sólo fuese eso...

—¿Qué más te ocurre?

—¡Mi hombre no entró en su casa hace poco!

—Entró para escuchar lo que aquí decíamos... Sólo por eso... ¡mas quien escucha su mal oye!... Razón tiene el refrán.

¡Ay, hija! llegó aquí como una fiera. Me tiró de los cabellos, rompió los cántaros del agua y azotóme con una cuerda, gritando que yo tenía la culpa de todo, y que habían de saber pronto quién era el Bizco...

Perdóneme, por el amor de Dios, tantas mortificaciones... Le oí hablar de que pretendía tomar en arrendamiento las parcelas del señor mayorazgo y de que Juan Lorenzo aspiraba a lo mismo...

—¡No es ningún pecado agenciarse cada cual la vida! Mi marido ha ido a hablar con el hidalgo; que vaya también. El señor mayorazgo escogerá a quien le plazca y nadie tendrá razón para quejarse.

—Todo eso se lo dije, vecina: Vé a hablar. Hablando se entiende la gente; se enfureció más... me pegó de nuevo... Vecina... perdóneme, por el amor de Dios; pero yo quiero decirle que... ¡miradme temblar! no pueden sostenerme la

amor de Deus, mas eu quería dizer-lhe... e que... Olhe, estou a tremer que nem varas verdes, nem me tenho nas pernas, veja lá. Mas e que elle sahin com más intençoes, que se havia de pagar, que ia dar cabo d' elle... Perdôe-me, filha, perdôe-me por alma de seu pai, mas elle e mau e capaz de fazer alguma, em estando bebedo. Nâo deixe sahir seu marido esta noite. nâo o deixe sahir.

—Mas se elle se foi agora mesmo! disse a Joanna, se subito abalada.

piernas...; el Bizco ha salido con malas intenciones, jurando que se la habían de pagar, que iba a dar fin de Juan Lorenzo... Perdóneme, hija, por el alma de su padre, mas él es malo, capaz de todo estando borracho... ¡No deje salir a su marido estando borracho... ¡No deje salir a su marido esta noche, no le deje salir!...

—Mas si acaba de salir ahora mismo!—exclamó María Antonia, alarmada de súbito.

Así acaba, ni más ni menos, este capitulo VI

En cuanto al capítulo VII, la diferencia es tan notable como ustedes verán a continuación:

«Eram mais de nove horas. Os homes estavam nas eiras, fora da villa; aqui e além, deleitado ao fresco junto das portas escancaradas e escuras, alguns vultos dormiam. A penumbra da noite picada de estrellas, errava nas embocaduras, em cones movediços de uma indeciqao phantastica. O campo dormia, e sómente a espaços, no como silencio absorto dos restolhos latia un cão, ou tilintava a esquilla d'algum jumento de travalho. A casa do fidalgo ficava no outro extremo da villa, isoladados casebres por una alameda de freixos enormes...»

«Eran más de la nueve de la noche. Los hombres estaban en las eras, fuera del poblado, y aquí y allá, echadas al fresco junto a las puertas entornadas y obscuras, dormitaban algunas sombras. Las penumbras nocturnas, agujereadas de estrellas proyectaban sobre la paz de la aldea vagas y fantásticas inquietudes. El campo yacía dormido, y solamente de vez en cuando, en el silencio absorto de los rastrojos latía un perro o tintilaba una esquila. La casa del mayorazgo se alzaba en el otro extremo de la villa, aislada de los casales por una frondosa y alta alameda...»

Igual sigue el resto. ¿Para qué vamos a molestarnos en seguir cotejando ambas obras? El lector sabrá de hoy en adelante a qué atenerse respecto de la honradez literaria del Sr. Villaespesa.

Obra que se examine de él, obra que produzca, acójase con recelo. Es plagio, copia o traducción. Si todos los autores expoliados por este poeta andaluz le reclamaran lo suyo, Villaespesa quedaría en cueros.

No se podía esperar menos de quien llegó a la corte sin cultura de ninguna especie y así persevera.

Dios le perdone al pobre diablo.

Casares y los académicos

CONTINÚA EL ARREBAÑAMIENTO

Sobre la mesa tengo dos volúmenes, dos diccionarios ingleses: uno, el publicado por la casa Garnier Frères, de París; otro, el dado a luz por D. Julio Casares en las prensas de la casa Calleja, esa casuca editorial, que tiene censor para los autores y en la que no puede editarse sin exhibir previamente la cédula de confesión. La casuca Calleja queda calificada con sólo decir que entró a saco en el pensamiento, modificando a su capricho las obras, quitando y sustituyendo párrafos, para que resultaran conforme al credo de nuestra santa, católica y apostólica Iglesia romana. Es inutil buscar ninguna obra rebelde ni de libertad de conciencia en el catálogo de esta antepuerta de la sacristía.

Los diccionarios que tenemos sobre la mesa son pintiparados, exactos; el Sr. Casares no se ha tomado mayor trabajo al confeccionar el suyo sino ir siguiendo línea por línea el de la casa Garnier, que no bien se entere del despojo, claro es que entablará una reclamación a la casuca Calleja o al Sr. Casares. ¡Y pensar que este señor vino dándose a conocer con *Crítica profana*, un librote donde se acusaba de plagio a los Sres. Valle-Inclán, *Azorín* y Ricardo León! El cazador cazado, y al maestro cuchillada. Denunciaba a estos escritores por plagiarios —cosa que no demostró, pues la reminiscencia no es plagio—, y ya había él arramblado con un diccionario entero. La cosa tiene gracia. ¿Y cómo iba a haberse dado a conocer, frisado ya en el medio siglo, a no ser de este modo?

Para que no pueda verse en nosotros parcialidad—que no la te-

nemos nunca—, dejemos a Cansinos-Assens, de continuo sereno y equilibrado, que nos diga que sea la tal *Crítica profana* del tal Casares.

«He aquí, después de todo—escribe—, otra vez la vieja crítica que creíamos para siempre muerta y que resurge odiosamente viva en este libro *Crítica profana: Valle-Inclán*, «*Azorín*», *Ricardo León*, escrita por un auténtico sucesor de los antiguos dómines...

»En torno a este libro, por los fragmentos publicados en los periódicos, se ha formado una turbia atmósfera de impura expectación. El hombre obscuro que, con una temeraria osadía, ha puesto su nombre opaco en la portada de un libro al lado de tres nombres radiantes—tal la nube que encubre y trasluce un triple fulgor astral—no podía menos de concentrar en sí las miradas del público. Pero este triunfo espectacular deberá atribuirlo el autor de *Crítica profana* al resplandor de esos tres nombres, no a la fuerza y novedad de su profana crítica. Cualquier otro que hubiese cumplido ese gesto audaz de ataque a la obra de tres maestros del habla castellana, hubiese conseguido rasgar del mismo asombro los ojos de la multitud.

»En *Crítica profana* analízase por un espíritu minucioso y lenticular el enigma del genio; averíguase qué inspiraciones han recibido Valle-Inclán y *Azorín* de sus predecesores, de qué autor obscuro ha tomado el primero para engarzarlas en su prosa magnífica unas pobres palabras de relleno: con qué ajenas dádivas enriqueció la riqueza de sus *Sonatas;* se pronuncia la palabra *plagio* y he aquí a la muchedumbre arremolinada y atónita. En realidad, todo esto es sólo nuevo para el vulgo. A los que, con una juventud tierna, hemos acompañado la virilidad literaria de los escritores del 98; a los que hemos compartido sus ensueños y sus ideales; a los que fuimos llamados ***modernistas*** por la crítica valetudinaria y en nuestro anónimo sangramos de su misma pasión, el libro del Sr. Casares no nos ha revelado nada. Cuanto en él se dice lo sabíamos ya hace mucho tiempo los que nos sentábamos, aunque fuese al borde de los triclinios, en aquellos cenáculos literarios...

»A propósito de Valle-Inclán, el Sr. Casares ha hablado de Eça de Queiroz, de Barbey, de D'Annunzio, de este último harto ligeramente. Ninguno de nosotros desconocía la influencia de estos maestros en el nuevo maestro nuestro.

»Hemos asistido a su formación y hemos visto de qué árboles prodigiosos tomaba las ramas fragantes para avivar su interior fuego. En *Azorín* veíamos la influencia de Montaigne, y la de Taine y la de Sterne—sentido relativo y diminutivo de las cosas—. Pero esto no era una razón para negarles nuestra reverencia: era un motivo para llenarnos de sagrado asombro. ¿Acaso podía exigírseles a los nuevos maestros que renovasen el mito de los hermafroditas? ¿Podía prohibírseles que acercasen sus labios al pecho maternal de la belleza creada? Lo esencial era que con esos raudales extraños acrecentasen el propio caudal, sin alterar su curso, guardando el ritmo único y continuo de los ríos que reciben afluyentes, y en cuyo trémulo y henchido fluir se marcan largas rayas, como en las cervices bovinas. ¿Pierde algo un artista porque se conozcan los orígenes de su creación? Abiertas están para todas las obras de los maestros, patentes sus lecciones de estética; y, sin embargo, ¿cuántos son los escritores que logran con estos elementos primos hacer una obra bella y original?

»Los maestros del 98, a pesar de los supuestos plagios e influencias que el Sr. Casares les descubre, han hecho esa obra. Cada uno de ellos ha logrado comunicar a sus contemporáneos sus inquietudes, sus preocupaciones, sus defectos. Han creado escuela, y pueden mirarse en las obras de epígonos innúmeros. El Sr. Casares mismo tiene que rendirles el tributo de su admiración, para que su crítica no parezca monstruosa. ¿Qué pueden contra una obra fuerte y sólida, como la de un Valle-Inclán, esos reparos de unos cuantos galicismos o solecismos, empleados por lograr una gracia nueva o por marcar una rebeldía contra ingloriosas vetusteces?

»¿Qué el plagio de unas cuantas palabras triviales —se trata de un diálogo tomado de Casanova—, en comparación de tanta belleza original, que no pudo concebir el aventurero italiano?...

¡A cambio de un galicismo, de una palabra impropia, cuánta perdurable belleza, cuánto original pensamiento, cuánta viva inquietud!...

»Ved a Ricardo León, este escritor que no es del 98, este escritor seudoclásico, autor de esas obras, escritas con un absoluto reposo de espíritu adormecido sobre los moldes tradicionales, en los que el ansia de revelar emociones nuevas no tortura ni conturba el estilo.

»En él es en quien acumula mayor número de flechas el profano sagitario, y en sus obras donde recoge el más copioso florilegio de absurdos. De allí ha tomado los *dientes de almendra*, *los gritos que muerden el corazón como puñales*. *los polvorines que corren*, *la humilde retama*. etc. El hallazgo de estas distracciones en un creador de prosa fácil y llana, ¿no es la mejor disculpa para los escritores del 98, que fueron creadores de una belleza nueva y se expusieron a todos los riesgos de la novedad, país sin senderos, lleno de emboscadas? Y, sin embargo, estas mismas distracciones del maestro, ¿no están ampliamente compensadas por tantas y tantas páginas acordadas y eufónicas?

»Cuando los lectores se han hecho más comprensivos para la belleza, que se viste a veces con frases desgarbadas; cuando hasta la Academia Española evoluciona hacia una mayor amplitud en los medios de expresión; cuando la crítica se ha hecho interpretativa y lírica. rebuscadora de bellezas, viene el Sr. Casares a resucitar el antiguo espíritu de negra intransigencia, el sectarismo gramatical de aquella antigua crítica que era una suerte de Santo Oficio para los escritores que, al crear belleza o pensamiento, tropezaban en la piedra de estorbo de la palabra. Nada más fácil que ejercer esa crítica de gerundios y galicismos. Quien quisiese herir al señor Casares con sus propias flechas, podría reprocharle que el título de su obra suena, como él diría, a reminiscencia auditiva de *Prosas profanas*, de Rubén Darío; que sus páginas no están exentas de galicismos—en una sola, la 318, he subrayado *consignar*, en el sentido de anotar; *convencionales*, *fortuna*, en el sentido de suerte, sin contar locuciones como ésta: *Dado su programa*, página 221, etc. Pero hoy, esa crítica, que se limita a descubrir manchas en el sol no nos interesa ya. Hoy la belleza se pondera en balanzas más finas que las antiguas romanas gramaticales. Hoy las muchedumbres democráticas dicen al escritor, verbo de anhelos recónditos: «Escribe como quieras, pero dinos algo. ¡Algo grande, original y bello!»...»

* * *

Hasta aquí Cansinos-Assens.

Luego de publicar su libraco Casares, se agotó. Unicamente lo

vimos escribir articulejos de periódico, que después recogía para formar volúmenes. Así dió a la estampa otro libro de recortes, en que ya descaradamente se dedicaba a incensar a los académicos. Su labor fué totalmente nula. Sin examinar a fondo el diccionario de la Real Academia Española, se dedicó a la busca y captura de erratas. Para demostrar una, le vimos trazar nada menos que tres artículos, porque el Diccionario escribe *conejos* por *concejos*, cosa que el lector subsana sin necesidad de que se le advierta. Y en estos divertimientos tan profundos se va pasando la vida, sin catar que en el propio Diccionario, a poco que se mire, saltan los disparates que es un primor. Así, por ejemplo, vemos: «*Mula*, f. la hembra del mulo.» Llamar a la mula hembra del mulo, acredita a toda una Corporación cuyo lema es limpiar, fijar y dar esplendor al idioma. En estas cosas no reparaba el Sr. Casares, sino que mareando a diario a los académicos, se agarró al manto de los jesuítas para ingresar en la Academia, lo que, naturalmente, consiguió. Pero, ¡cómo lo consiguió! Por verdadera misericordia, por un acto de compasión. No le interesan al lector los pormenores; pero si la Academia ha de conseguirse teniendo que hacer lo que él hizo, a ninguno de nuestros amigos le deseamos esa mísera *inmortalidad*. Y luego para nada, para seguir tan obscurecido como antes. Porque frisando ya, como decimos, en los cincuenta años y llevando sólo cinco o seis en la República de las letras, ¿qué puede esperar este hombre? El que a los veinte años no se ha dado a conocer, a los veinticinco no tiene editados libros y a los treinta no ha logrado llamar la atención, salvo el caso del genio, debe abandonar la pluma. El estridor de un día sólo sirve para que, a la postre, el autor, prematuramente envejecido, se llene de amarguras. No creemos en los niños prodigio, pero mucho menos en los ingenios demasiado tardíos. El verdadero mérito en seguida se revela. Un estudio minucioso ha demostrado que grandes escritores que florecieron repentinamente a edad algo avanzada, no se debió sino a que dificultades materiales impidiéronles dar con anticipación pruebas patentes de su valer.

Así, la Academia bien poco dará al Sr. Casares, aunque el señor Casares mucho menos dará a la Academia.

Y hablemos ya de esta Corporación donde también se ocultan los plagiarios.

No ha muchos días, la tal Academia de la Lengua—o de la legua, para hablar con propiedad—ha recibido en su seno a dos nuevos incompetentes.

Nos referimos al señor Gutiérrez Gamero—muy señor nuestro—y al conde de la Mortera.

El brazo derecho apostamos a que ninguno de los lectores oyó jamás que existiera un escritor con pujos de inmortal que se llamara Gutiérrez Gamero. En serio, ¿hay un dramaturgo, poeta o novelista que se firme Gutiérrez Gamero? Apelamos a la buena fe de todos. Esto es una entelequia. Dicho Gutiérrez no pasó al mundo de los vivos. Ni como pseudónimo recordamos al tal. He aquí un ente de razón, sin razón alguna para salir de la mampara del anónimo.

Lo que sucede en la Real Academia Española no cuenta precedentes. Se rechaza a la condesa de Pardo Bazán y se admite al Gutiérrez. Y Maura, el hombre de las austeridades, no siente rubor en hacer académico a su hijo, que suma en su haber intelectual igual bagaje literario. Se ha alabado mucho la obra del conde de la Mortera, *Carlos II y su corte*. Era raro, en verdad, que un escritor saliera a la plaza pública con una erudición a tono con la época que describe, y así, de repente, en estilo pulido y clásico, sin acreditarse de antemano en esta clase de investigaciones, mayormente en quien por su posición social más debía propender al ocio que a cualquiera linaje de quebraderos de cabeza. A todos, en efecto, sorprendió el parto. *Carlos II y su corte* mostraba un asombroso conocimiento de aquella España caduca, entregada a los más inverosímiles mitos, propensa a increíbles patrañas, fanatizada hasta un grado que constituyó la vergüenza de Europa, con un rey imbécil y unos cortesanos ladrones. No sé cuánto habrán variado los tiempos; lo cierto es que al primer golpe de vista, a tiro de arcabúz, que se dijera entonces, advertíase que las fuentes en donde se inspiraba el moderno historiador debían de ser puras, si juzgábamos por determinados minuciosos detalles que de continuo escapan a la más sutil de las sagacidades; detalles íntimos que ningún autor tocó y que muy ocultos permanecían o el comentarista los inventaba.

¡Qué había de inventarlos! Los recogía, palabra por palabra y línea por línea, cosa fácil, como se supondrá. Y al transcribirlos,

disfrazábalos y no pocas veces deducía de ellos consecuencias opuestas. Es decir, que trastornaba los manantiales históricos a su capricho, según convenía a las ideas retrógradas de la familia, y lejos de aplicar en un sentido recto la filosofía a los hechos indubitables y atribuir a la falta de libertad de conciencia la ruina de aquel grande imperio—que con una centuria de anticipación había previsto Quevedo—, tendía a falsear las causas verdaderas de la catástrofe en que se hundió nuestra nación bajo el imperio despótico y abominable de los Austrias. Así, y en cierto modo, este historiador del siglo XX, a vuelta de rodeos trasnochados, defendía una influencia indefendible en la corte del segundo de los Carlos. La cuestión era salvar el principio de secta, aunque pereciese lo demás. La casa de Austria no le agradecerá bastante el favor.

Pero «da la casualidad» que existen unas celebérrimas *Memorias* inéditas, escritas por Matías de Novoa, ayuda de cámara real, y aquí entró a saco el conde de la Mortera, prevalido de que nadie había de examinarlas, hallándose sin publicar y no yéndole a nadie nada en ello.

Grande fué nuestro desencanto al descubrir los cómodos procedimientos de historiador que usaba el arrogante señor Maura y Gamazo.

Lo sospechábamos; pero no nos atrevíamos a creerlo. La obra se leyó y releyó. Granjeó envidiable fama al *Delfín*, como por entonces era llamado. Pasó el tiempo. Seguimos las huellas del historiador, y como no había otros Matías de Novoa, calló definitivamente y no nos fué posible aplaudirle en más ensayos de este género (1). Luego vimos en el *Diario de la Marina*, de la Habana, algunos artículos suyos. Acrecentóse nuestro desencanto. Aquello era francamente vulgar, sin atisbo alguno que revelara la inteligencia privilegiada, las magníficas dotes de observador, de psicólogo y hasta de estilista que admirábamos en Matías de Novoa, en

(1) Hace poco ha publicado una *Historia crítica del reinado de D. Alfonso XIII*, «durante su menoridad» (?), donde, naturalmente, a pesar de no haber existido reinado más desastroso ni políticos más funestos, el Sr. Maura y Gamazo se cuida muy bien de arremeter contra el trono, y sus allegados y adláteres -aristocracia, milicia y clero-, causa de nuestra ruina y de que Salisbury pudiera decir lo que dijo.

Por supuesto, nadie se ha ocupado de tal historia o historieta.

donde, y como criado a sus pechos, debía haber continuado inspirándose. Nada, cuatro prosas raquíticas, tratando de asuntos complejos del vivir hispano, sin elevación mental. Esto era todo.

Al considerarle fracasado, su distinguido papá ha procedido justamente ahuchándole en el cuarto viejo de los trastos inútiles, mansión de ancianos desvalidos, que es la Academia. Allí está bien, al lado del señor Gutiérrez Gamero, con quien podrá jugar a la brisca o entretenerse en descifrar la limpia prosa de su señor padre.

Y de la misma manera que se nombró académico al mastodonte de don Mariano Catalina, por la única razón de que lo fué su tío, el elegante don Severo; y a don Miguel Echegaray, porque también lo era su hermano, así don Gabrielito ocupará un sillón con su correspondiente letra en la *docta casa* por el único e imprescindible motivo de que su padre dirige la referida Corporación. Proponemos que la letra que venga a llenar sea la H. que no se pronuncia. Y en cuanto al señor Gutiérrez, que le asignen la M o la K.

No se asusten ustedes porque le perdamos el respeto a ese asilo. La Academia no merece consideración de clase alguna. En su propia divisa lleva lo que es. ¿Quién no ha de ver en el *Limpia, fija y da esplendor*, sino la muestra de un establecimiento de limpiabotas?

En tanto, y como arriba dijimos, se le niega a la condesa de Pardo Bazán el derecho a ser académico, so pretexto de que no existen precedentes. ¡Oh, desdichado país, donde el precedente da un tapaboca a toda consulta o advertencia! Pero hasta en esto yerra la Corporación, pues sí hay precedentes. A raíz de fundarse la Academia por Felipe V, fué admitida en ella la «doctora de Alcalá», o sea la condesa de Oñate, joven de singular talento, cuya temprana muerte privó a las letras españolas de una eminente representante del sexo femenino. Yo he publicado su discurso de recepción.

Y la Academia, con su común espíritu rastacuero y retardatario, como avergonzada de que entre tantos *sesudos* varones hubiera una sapientísima mujer, ha cometido el incalificable atropello de borrar su nombre del catálogo; de modo que España ignora que mucho antes que en Francia hemos tenido aquí una mujer a quien por sus excepcionales dotes se llamó al concierto de los «inmortales».

Imposible, pues, tomar en serio a esta Academia en los tiempos que corren. Es honra literaria no contarse entre sus miembros, algunos de los cuales apenas saben leer y escribir. Y no hablemos del diccionario, birria y rechifla de los buenos filólogos.

Si miramos al extranjero, la Corporación goza en él de absoluto descrédito e indiferencia.

Todo el mundo se burla de la tal. Los mismos periódicos no dedican ya a las recepciones más espacio que el destinado a un simple suceso de treinta líneas. Acabarán por no ocuparse siquiera.

En fin, con señalar que una de las condiciones para académico estriba en la observancia de la moral y buenas costumbres; que es académico electo Benavente, y que lo son y por otro orden, el aludido Gutiérrez y el Sr. Sandoval, y no Pío Baroja ni Blasco Ibáñez, está dicho todo.

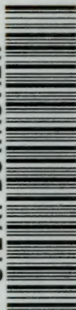
Claro que existen académicos de valía, grandes novelistas como el muy docto y elegantísimo Ricardo de León, el muy erudito Cotarelo y algún otro; pero ésta es la excepción. Y en cuanto a prosistas correctos como Mariano de Cavia o figuras europeas como Palacio Valdés, baste decir que sólo son electos, pues no han creído que debían ingresar y codearse con individuos como el Sr. Gutiérrez aludido, de quienes no se conocen libros ni se oyó hablar jamás.

FIN

ERRATAS PRINCIPALES

Página	Línea	Dice	Debe decir
XII	1	higalgos	hidalgos
58	31	Krenser	Kreuzer
61	15	personajes	pasajes
63	16	mienta	intenta
85	17	iban	iba
91	27	oxisten	existen
94	42	1850	mil ochocientos cincuenta
96	14	Berenguer	Beranger
96	16	*trepas*	*trépas*
140	36-7	*Similís*	*Similia*
163	8	bruto	indocto
189	15	adoptado	adoptada
196	6	quedándonos	quedádonos
217	32	*hlammœ-sse*	*hlammœsse*
225	29	bálgamo	bálsamo
236	34	tres	(tres
249	31	*Siempre gastava*	*Sempre gostava*
251	4	en cueros	encueros




UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 14 06 01 16 006 1